

La trama del neoliberalismo

Mercado, crisis y exclusión social

Emir Sader y Pablo Gentili (Comps.)

Perry Anderson - Robin Blackburn - Atilio Boron
Michael Löwy - Pierre Salama - Göran Therborn



Segunda edición

Prefacio de Atilio A. Boron

Introducción de Pablo González Casanova



La trama del Neoliberalismo

Mercado, crisis y exclusión social

EMIR SADER Y PABLO GENTILI

Compiladores

**Pablo González Casanova, Perry Anderson
Göran Therborn, Atilio A. Boron, Emir Sader,
Pierre Salama, Pablo Gentili, Robin Blackburn**



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

SECRETARIO EJECUTIVO: DR. ATILIO A. BORON

ÁREA DE DIFUSIÓN

COORDINADOR:	JORGE A. FRAGA
ARTE Y DIAGRAMACIÓN:	MIGUEL A. SANTANGELO
EDICIÓN:	FLORENCIA ENGHEL
ASISTENTE ACADÉMICA DEL SECRETARIO EJECUTIVO:	SABRINA GONZÁLEZ
RECUPERACIÓN DE TEXTOS:	ALEJANDRO GAMBINA
LOGÍSTICA Y DISTRIBUCIÓN:	MARCELO F. RODRIGUEZ

PRIMERA EDICIÓN: AGOSTO, 1999

SEGUNDA EDICIÓN: AGOSTO, 2003

Edición Digital: Libronauta Argentina S. A., 2005

Edición Impresa ISBN 950-23-0995-2

La traducción original del portugués fue publicada por la Editora Paz e Terra, Río de Janeiro São Pablo, en mayo de 1995 Título: Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o estado democrático.

© *Emir Sader*

© *Editora Paz e Terra*

© *Libronauta Argentina S. A.*

Traducción de los capítulos I, II, IV, V; Pablo Gentili

Traducción del capítulo VI: Pablo Gentili y Emilio Taddei

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo de los titulares del copyright

ÍNDICE

Prefacio a la segunda edición en lengua castellana

Atilio A. Boron

Presentación a la edición en lengua castellana

Prólogo

La trama del neoliberalismo: una introducción

Pablo González Casanova

Capítulo I

Neoliberalismo: un balance provisorio

Perry Anderson

Capítulo II

La crisis y el futuro del capitalismo

Göran Therborn

Capítulo III

La sociedad civil después del diluvio neoliberal

Atilio A. Boron

Atilio A Boron

Capítulo IV

La trama del neoliberalismo: mercado, crisis y exclusión social

Perry Anderson, Atilio Boron, Emir Sader,
Pierre Salama y Göran Therborn

Capítulo V

Pos-neoliberalismo

La historia no terminó

Göran Therborn

El pos-neoliberalismo: un proyecto en construcción

Atilio A. Boron

Más allá del neoliberalismo lecciones para la izquierda

Perry Anderson

Capítulo VI

Estado, democracia y alternativa socialista en la era neoliberal

Robin Blackburn, Atilio Boron, Michael Löwy,
Emir Sader y Göran Therborn

Referencias de los autores y compiladores

Prefacio a la segunda edición en lengua castellana

Atilio A. Boron

Para el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales es una gran satisfacción poder poner nuevamente a disposición de los lectores esta nueva edición de *La Trama del Neoliberalismo* en lengua castellana. Este libro, que gozara de amplísima difusión en su versión en lengua portuguesa publicada en Brasil y que también circulara profusamente entre nosotros, se encontraba agotado desde hacía un tiempo en nuestro idioma. Razones de diverso orden, ahora felizmente superadas, habían demorado la pronta reedición de un libro que ofrece una de las más interesantes discusiones en torno a la problemática del neoliberalismo, analizada desde sus más diversos ángulos. Su actualidad e importancia están fuera de duda, como el paso del tiempo se encargó de ratificar y una lectura atenta de sus páginas volvería a confirmar. Pero desde su primera edición se produjeron algunas novedades que, pese a corroborar las principales previsiones formuladas en el libro, modifican algunas de las condiciones bajo las cuales se produce el despliegue de las contradicciones que signan a la época del neoliberalismo. En las páginas que siguen pasaremos revista a las transformaciones más relevantes ocurridas en estos últimos años.

Sobre el curso declinante del neoliberalismo

En primer lugar, se confirmaron los pronósticos que en el libro se formulaban -no de manera unánime, por cierto- acerca del curso descendente que experimentaría la oleada neoliberal que se abatió con

singular fuerza en nuestro continente desde mediados de los años ochenta del siglo pasado. Sería tan absurdo sostener que hoy el neoliberalismo se encuentra en retirada como afirmar que su ascendiente sobre la sociedad, la cultura, la política y la economía latinoamericanas se ha mantenido incólume con el transcurso de los años. Cualquier análisis de la coyuntura actual, a mediados del 2003, revela que a diferencia de la hermética consistencia que evidenciaban los experimentos neoliberales en los años noventa, lo que se observa en la actualidad es una combinación de consolidación en ciertas áreas, notablemente en la economía, y un debilitamiento relativo en los ámbitos de la cultura y la política. La primera tiene un componente sumamente paradójico, porque si en algo coincide la gran mayoría de los análisis efectuados sobre el neoliberalismo es en el rotundo fracaso que han experimentado sus propuestas económicas. Esto viene a demostrar por enésima vez la importancia de concebir la hegemonía de una alianza de clases como resultado de la constitución de un bloque histórico en el cual, al decir de Antonio Gramsci, se sueldan sólidamente los elementos estructurales y superestructurales, garantizando la primacía de la alianza aún cuando sus fundamentos materiales se encuentren seriamente erosionados. Como decía Galileo, "Eppur si muove!".

Podría esbozarse por lo tanto una analogía heurística entre este prolongado periplo de la decadencia del neoliberalismo y lo acontecido con la crisis de la hegemonía oligárquica en América Latina. En los países más avanzados de esta parte del mundo ésta comienza en el período que transcurre entre la Primera Guerra Mundial y el estallido de la Gran Depresión de 1929. Sin embargo, el sólido entramado de la dominación oligárquica que combinaba la supremacía económica de los sectores agroexportadores (o minero-exportadores, en algunos casos) con una fuerte ascendencia en el terreno cultural e ideológico y un claro predominio en materia política hizo posible la supervivencia de la forma estatal oligárquica aún cuando durante su transcurso, como en el caso argentino, se produjeran importantes modificaciones en el régimen político gracias a la introducción del sufragio universal. De este modo, el deterioro de los fundamentos materiales de la hegemonía oligárquica no desencadenó su inmediato colapso, sino que puso en juego una serie de mecanismos que postergaron por décadas su ocaso definitivo, exactamente hasta la irrupción de los regímenes populistas. Análogamente podría plantearse como hipótesis que la progresiva bancarrota de las condiciones económicas de base que hicieron posible el auge del neoliberalismo no se ha traducido en una inmediata defenestración de su hegemonía debido al papel estabilizador que cumplen los componentes ideológicos y políticos en la conservación de su primacía. Se ha abierto así un período, cuya duración puede ser más o menos larga según los casos, en el cual su lenta agonía le permite por

ahora seguir prevaleciendo por un tiempo, postergando la aparición de una fórmula económico-política que lo sustituya.

Este carácter “desigual y combinado” de la decadencia del neoliberalismo en América Latina exige por lo tanto contar con instrumentos analíticos cada vez más refinados, algunos de los cuales, estamos seguros, el lector encontrará en este libro. En efecto, es preciso desentrañar las raíces del férreo predominio que el neoliberalismo ha sabido mantener en el crucial terreno de la economía a pesar de su pobre *performance* en materia de crecimiento, desarrollo y autodeterminación nacional. Si al momento de aparecer la primera edición de este trabajo el neoliberalismo era una fórmula política ganadora, como lo probaron taxativamente las victorias electorales de Carlos S. Menem y Alberto Fujimori, entre otros, al promediar la década de los noventa, a la vuelta del siglo aquél había perdido su glamour político y las elecciones comenzaron a ser ganadas por candidatos que prometían un decidido cambio de rumbo. El caso de la Alianza en la Argentina en 1999, y posteriormente los triunfos electorales de Lucio Gutiérrez en Ecuador y Luiz Inacio “Lula” da Silva en Brasil, unidos al excepcional desempeño de Evo Morales en Bolivia y del Frente Amplio en el Uruguay y la seguidilla de victorias cosechada por Hugo Chávez en Venezuela, son síntomas bien elocuentes del cambio experimentado por la ciudadanía en los países de la América Latina. En la base de tantas derrotas se encuentra el fracaso de la fórmula económica canonizada en el Consenso de Washington.

Las labores de Sísifo del post-neoliberalismo

Sin embargo, hasta el momento actual este tembladeral político abierto a los pies del neoliberalismo no llegó a fructificar en la construcción de una genuina alternativa post-neoliberal. Esta falta de correspondencia dio así inicio a un período en donde, para utilizar la conocida metáfora de Antonio Gramsci, lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer. El resultado de este interregno, como lo recordaba el gran teórico italiano, ha sido la aparición de una serie de fenómenos aberrantes que expresan con su sola presencia la naturaleza altamente conflictiva y por momentos bárbara de esta coyuntura. El abierto desfalco del contrato electoral, perpetrado por gobiernos que llegan al poder sólo para romper de inmediato con sus promesas, es una de estas aberraciones; la traición a los principios es otra; la supervivencia en la escena política de la región de personajes como Menem, Fujimori, Pinochet, Banzer hasta su inesperado fallecimiento, el recientemente resucitado Salinas de Gortari y tantos más, es otra; y hay

muchas más. Todas ellas denotan, de una manera a veces grotesca y otras trágica, esta continuada supremacía del neoliberalismo más allá de su evidente fracaso y del hecho que en las urnas la ciudadanía le haya dado la espalda de manera rotunda.

No obstante, los gobiernos que llegan al poder sobre los hombros de una impresionante marejada de votos populares y con un mandato expreso claudican a la hora de poner en marcha una agenda post-neoliberal. Parecen destinados a derrumbarse como Sísifo cuando estaba a punto de llegar a la cumbre de la montaña cargando su pesada piedra. ¿Por qué? Este libro ofrece algunas claves sugerentes para interpretar tamaña frustración. Baste por ahora con decir que entre las muchas transformaciones que tuvieron lugar en el período de auge del neoliberalismo se cuentan dos, de extraordinaria importancia, y que arrojan luz sobre este problema. En primer lugar, el acrecentado poder de los mercados, en realidad de los monopolios y grandes empresas que los controlan, *vis a vis* el estado. Esto significa que la capacidad de influencia -y en la mayoría de los casos de abierto chantaje con que cuentan tales grupos somete a los gobiernos de la región a presiones difíciles, si bien no imposibles, de neutralizar, con la consiguiente frustración de las aspiraciones de cambio de nuestras sociedades. En segundo lugar, las modificaciones en un sentido antidemocrático que ha sufrido el estado en América Latina, y que han resultado en un desplazamiento hacia los ámbitos supuestamente más “técnicos”, y por consiguiente alejados de la voluntad popular expresada en las elecciones, de un número creciente de temas que hacen al bienestar público y que se resuelven en pequeños conciliábulos entre la dirigencia empresaria y la clase política¹. La política comercial internacional se discute en secreto al igual que el ALCA y, por otra parte, el neoliberalismo logró imponer, gracias a la invalorable ayuda de los mal llamados “organismos multilaterales de crédito”, la perversa tesis de que los bancos centrales deben ser “independientes.” Esto es, deben permanecer al margen de cualquier influencia democrática o de cualquier tipo de control popular, y estar completamente subordinados a los mercados, es decir, a los dueños del dinero. El desorbitado crecimiento del poder de los mercados y la involución democrática de los estados tuvo como consecuencia el debilitamiento de la capacidad de autodeterminación de los gobiernos y, como contrapartida, un aumento incontenible en la influencia de los *lobbies* empresariales en la formación de la decisión política. Si bien en el terreno de la cultura y la ideología el neoliberalismo se encuentra hoy muy cuestionado, lo cierto es que este fortalecimiento de los grandes beneficiarios de la reestructuración neoliberal en el terreno fundamental de la economía, unido al papel de los “perros guardianes” de la ortodoxia del Consenso de Washington, principalmente el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el

Banco Interamericano de Desarrollo, la Organización Mundial del Comercio y el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, para no mencionar sino los más relevantes, le ha dado un nuevo aliento a la idea de que no hay otra alternativa que proseguir indefinidamente con las políticas económicas impuestas en las dos últimas décadas, y que cualquier tentativa de abandonar esa ruta suicida sólo puede ser para peor². Al igual que Sísifo, que se condenó al traicionar el mandato de Zeus, los gobiernos post-neoliberales podrían terminar suicidándose si traicionan el mandato popular.

La contraofensiva ideológica

Sin embargo, para una cabal interpretación de este itinerario declinante del neoliberalismo es preciso tener en cuenta un tercer elemento: la declinación de la ascendencia ideológica del neoliberalismo. En los ochenta y la primera mitad de los noventa su predominio era indisputable, de ahí el primado del pensamiento único y el Consenso de Washington. Además, su influencia se sentía también en la vida cotidiana, en el sentido común epocal, en la escala de valores construida a imagen y semejanza de los valores que campeaban en el mercado, con su culto al individualismo exacerbado, su fe en la “magia de los mercados” y en las virtudes de las políticas ortodoxas. Hoy en día esa constelación de valores se enfrenta a una profunda crisis. Incluso en el terreno crucial de las ideas económicas el neoliberalismo confronta con adversarios cada vez más enconados. Su fracaso en este ámbito es hoy inocultable. América Latina perdió, gracias a las políticas ortodoxas recomendadas sobre todo por el FMI, la década de los ochenta. De ahí su denominación: la “década perdida.” Hubo un momento de esperanza en el sentido de que en los noventa se recuperase la marcha. La verdad es que sólo los primeros años de esa década final del siglo aportaron algún transitorio alivio. Pero la segunda mitad volvió a descender a los niveles de la precedente, al punto tal que los parsimoniosos informes de la CEPAL hablan de una “media década perdida” y ya no ocultan la necesidad de abandonar lo antes posible una fórmula económico-política que postró a un continente riquísimo y lleno de posibilidades.

La contraofensiva ideológica se extendió, como era de esperar, a otros ámbitos de la vida social más allá del económico. El hiper-individualismo antaño tan celebrado pasó a ser visualizado con otras tonalidades, asociadas a la corrupción generalizada que acompañó la implantación de las políticas neoliberales en la región y, en fechas más recientes, al auge de la criminalidad y la inseguridad ciudadana que abruman a los países del área. El desencanto es ya evidente. Los

problemas de los países centrales multiplican las incertidumbres, y el avance de formas organizativas autónomas y solidarias creadas por ese inmenso ejército de “condenados de la tierra”, para usar la gráfica expresión de Franz Fanon, robustecen día a día la creencia de que ya no es posible confiar en los mercados ni en sus demiurgos, y que el hiper-individualismo salvaje y el *killing instinct* tan valorados por la economía neoclásica son el camino seguro para el final holocausto de la especie humana. La lenta pero sistemática recuperación del pensamiento crítico en las ciencias sociales de América Latina es otra indicación de lo mismo, que señala la bancarrota de las metodologías individualistas y economicistas que habían entrado en los años ochenta, de la mano de escuelas como las de la “elección racional” y la teoría de los juegos. Por último, el importantísimo papel desempeñado en lo que José Martí precozmente denominara “la batalla de las ideas”, cristalizada primero en la realización de los foros sociales mundiales de Porto Alegre y sus derivados en las más distintas áreas del mundo, señala claramente los alcances de este sostenido cambio registrado en el clima ideológico mundial. Baste para ello comprobar la desordenada retirada de Davos de la escena pública internacional, una vez que la contraofensiva ideológica de los opositores a la mundialización neoliberal rompió la conspiración del silencio que tornaba inaudible sus voces e invisibles sus protestas. Un indicio no menor de esto ya lo habían aportado, en 1998, las innumerables conmemoraciones, seminarios internacionales, reuniones y lanzamientos de libros y revistas relativas al sesquicentenario de la aparición del *Manifiesto del Partido Comunista*, algo simplemente impensable apenas tres años antes. Esta creciente disputa que se ha establecido en el terreno de la ideología, y en donde los partidarios del neoliberalismo se baten en retirada, ha contribuido decisivamente a socavar su predominio en los más apartados rincones del planeta.

Los movimientos contestatarios

La cuarta novedad producida desde la aparición de este libro fue la emergencia de vigorosos movimientos sociales contrarios a la globalización neoliberal y al neoliberalismo en general. Si en la primera mitad de la década de los noventa éste parecía avanzar sobre tierra arrasada y con sus banderas desplegadas, a medida que se aproximaba el fin de siglo la resistencia social contenida durante mucho tiempo adquirió una gravitación extraordinaria³. Cabe señalar que una precoz advertencia de lo que habría de ocurrir tiempo más tarde se escenificó en las montañas del sureste mexicano con la abrupta aparición del EZLN el 1 de enero de 1994. La sorpresa causada por esta primera gran protesta que, hay que recordarlo, fue seguida por una serie de grandes

encuentros en la selva Lacandona encaminados a organizar una gran batalla ideológica universal en contra del neoliberalismo, hizo que muchos pensarán que la irrupción zapatista sería apenas un grito local, potenciado por el tradicional autoritarismo del estado mexicano y de los gobiernos priístas. Sin embargo, otras fuerzas sociales de la región habían también comenzado a manifestar su descontento con las políticas neoliberales. Sobresalen en este sentido las grandes movilizaciones que tuvieron lugar en la Argentina, en oposición a las políticas impulsadas por el gobierno de Menem, y anteriormente las protestas que habían tenido lugar en Caracas y que culminaron en lo inmediato con el sangriento “caracazo” y, años más tarde, con el irresistible ascenso de Hugo Chávez al poder.

No obstante, habrían de ser las grandes movilizaciones y demostraciones que tuvieron lugar en Seattle, en noviembre de 1999, las que abrirían una nueva fase en la resistencia en contra de la globalización neoliberal. Ya no se trataba de las protestas populares que se verificaban en los países de la periferia del capitalismo, sino de otras personificadas por las víctimas que el neoliberalismo producía en el corazón mismo de los capitalismos desarrollados. A Seattle le siguió la progresión de los sucesivos foros mundiales organizados en Porto Alegre a partir del 2001 y, posteriormente, toda una serie de grandes movilizaciones de masas que conmovieron a las principales ciudades de América Latina, Europa y América del Norte⁴. En África y Asia estos procesos se desarrollaron mucho más lentamente, y hasta el día de hoy el centro de gravedad de las protestas se encuentra claramente localizado en el hemisferio occidental, si bien esta tendencia está comenzando a cambiar en los últimos tiempos. La importancia de estos movimientos, a veces llamados “no-globales”, difícilmente podría ser exagerada. Ellos representan en el terreno de la lucha política la emergencia de una cultura y una ideología alternativa al neoliberalismo. No son movimientos contrarios a la globalización, sino que su oposición es a la forma actual, predominante, de esta globalización, signada por la hegemonía del neoliberalismo. Las potencialidades que encierran estos movimientos son enormes, y en buena medida podría decirse que vienen a representar el relevo de los agotados partidos socialistas y comunistas que, aparentemente, no estarían en condiciones de ofrecer una respuesta adecuada en esta nueva fase de la historia del capital. Por sus características son movimientos anti-sistema, basistas, profundamente democráticos y que colocan inéditos desafíos a los tradicionales mecanismos de cooptación y asimilación con que las clases dominantes neutralizaron a las organizaciones populares en la fase anterior. Esta es pues otra gran novedad producida en los últimos años y que, en cierto sentido, había sido anticipada en algunas de las contribuciones de este libro.

El neoliberalismo armado

La quinta y última novedad ha sido la vertiginosa transformación del neoliberalismo en una doctrina y una práctica fuertemente autoritarias. A medida que avanzaba la resistencia popular a sus políticas, el neoliberalismo abandonó su talante falsamente democrático y demostró que en el fondo no era otra cosa que un proyecto autoritario que pretendía disimularse en la supuesta racionalidad y anonimato del mercado. En este proceso involutivo podemos distinguir dos etapas: una primera anterior al 11 de septiembre del 2001, en la cual el neoliberalismo, ya a la defensiva luego de los acontecimientos de Seattle, comenzó a desarrollar un discurso y una práctica orientados a la militarización de la política y a la criminalización de la protesta social. Huelga aclarar que estas directivas provenían de Washington y eran transmitidas a través de una densa red de mediaciones que las presentaba como parte de una estrategia diseñada para combatir al narcotráfico y las insurgencias guerrilleras de la región. La etapa posterior está marcada por el evento traumático del ataque a las Torres Gemelas de Nueva York y al Pentágono y comienza, para ser muy estrictos, con el anuncio de la nueva doctrina estratégica norteamericana en septiembre de 2002, en donde se afirma el principio de la “guerra preventiva” y se clausura en los hechos la posibilidad de un orden internacional plural a partir del principio de que, en palabras del presidente George W. Bush Jr., “ésta es una guerra entre el bien y el mal, y Dios no es neutral”.

La satanización de los críticos de la globalización neoliberal, unida al vertiginoso endurecimiento del clima ideológico y político internacional, provocó en los meses inmediatamente posteriores a los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001 un importante reflujo en las movilizaciones y las protestas que se venían produciendo con un ritmo cada vez más intenso en numerosos países. No obstante ello, pocos meses después la ofensiva de los movimientos sociales contrarios a la globalización neoliberal recuperó su dinámica expansiva, que se ha sostenido hasta la actualidad. Es que tales protestas nada tienen de coyuntural, sino que son indicativas de una condición estructural de esta nueva fase del desarrollo capitalista, en la cual la proporción de excluidos sin ninguna posibilidad de reintegrarse al mercado de trabajo crece sin cesar. En ese sentido, la exitosa realización del Foro Social Mundial de Porto Alegre a comienzos del 2002, cuando aún no se terminaban de remover los escombros de las Torres Gemelas de Nueva York, fue de alguna manera el síntoma de una irresistible recuperación, que se ratificaría después en numerosas ciudades de las Américas y Europa, para encontrar su apogeo en las gigantescas demostraciones de Génova y en Florencia, durante la realización del Foro Social Europeo en noviembre del 2002. Las formidables manifestaciones contrarias a la guerra de Irak, y muy

particularmente las que tuvieron lugar en las principales ciudades del mundo el 15 de febrero del 2003 en la Jornada de Protesta Global contra la Guerra promovida desde el Tercer Foro Social Mundial de Porto Alegre, convocaron en ciudades como Londres, Roma, Madrid, Barcelona, París y Berlín, entre tantas otras, a la más grande cantidad de personas jamás vista. Según Tariq Alí, “más de ocho millones de personas marcharon por las calles de cinco continentes” en una movilización “sin precedentes en tamaño, alcance o escala”⁵. Estas grandes manifestaciones, junto con el vigoroso sentimiento antibélico que se extendió como reguera de pólvora por todo el mundo, revelan los extraordinarios alcances del rechazo popular al neoliberalismo y su política de exterminio.

Estas son, en apretada síntesis, las principales novedades producidas en relación a las andanzas del neoliberalismo en América Latina. Hubo también otras, pero su relevamiento excedería los modestos límites de este nuevo prefacio. Confiamos en que las contribuciones reunidas en este volumen habrán de ser útiles para una mejor intelección de todos los aspectos que definen este momento en la historia del capitalismo. Esperamos también, de este modo, colaborar en la empresa en que están empeñados los más grandes movimientos sociales de nuestra época: acabar con la mundialización neoliberal y dejar atrás uno de los períodos más siniestros en la historia de la humanidad.

Buenos Aires, 25 de julio de 2003

NOTAS

1 Hemos explorado en detalle esta problemática en *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000).

2 Sobre el tema de la reorganización internacional del capitalismo ver nuestro *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO, 2002) y Ana Esther Ceceña y Emir Sader, compiladores: *La Guerra Infinita. Hegemonía y Terror Mundial* (Buenos Aires: CLACSO, 2001).

3 Cf. José Seoane y Emilio Taddei (compiladores) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO, 2001) y Atilio A. Boron, Julio Gambina Naúm Minsburg (compiladores) *Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO, 1999).

4 Ante los desafíos planteados por esta nueva fase en la evolución de los conflictos sociales y las resistencias a las políticas neoliberales en América Latina, la XIX Asamblea General de CLACSO, reunida en Recife, en noviembre de 1999, encomendó a la Secretaría Ejecutiva del Consejo la puesta en marcha de un programa especial para dar seguimiento y sistematizar información sobre estos temas. El resultado fue la creación del Observatorio Social de América Latina (OSAL), que cuatrimestralmente publica una revista conteniendo una cronología de los conflictos sociales de la región, debates teóricos relativos a esta problemática y dossiers con informes especiales sobre algunos de los aspectos sobresalientes de las luchas sociales que tienen lugar en el área.

5 Cf. Tariq Alí, "Re-colonizando Irak" en OSAL, *Revista del Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO), N° 10, Enero-Abril del 2003, p. 267.

Presentación a la edición en lengua castellana

Los textos que integran este libro resumen algunas de las contribuciones realizadas durante el Seminario Internacional *Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o Estado democrático*, realizado en Rio de Janeiro entre los días 13 y 16 de septiembre de 1994. Dicho evento, promovido por el Departamento de Políticas Sociales de la Facultad de Servicio Social de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), contó también con la participación de numerosos colegas cuyos trabajos, no incluidos en el presente volumen, han sido sumamente valiosos para las discusiones y los debates realizados en sus diferentes sesiones: Kiva Maidanik (Rusia), Carlos Alberto Torres (USA), Adriana Puiggrós (Argentina), Francisco de Oliveira, José Paulo Netto, Gaudêncio Frigotto, José Ricardo Rantelho, Luiz A. Machado, Sônia Fleury, Aldaisa Sposati, André Medici y Mario Sergio Cortella, estos últimos de Brasil.

Los trabajos de Perry Anderson, Göran Therborn, y Atilio Boron constituyen la versión completa (por ellos mismos corregida) de las cuatro conferencias centrales de aquel Seminario. La reunión de estos textos fue acompañada de un diálogo colectivo entre dichos autores, Pierre Salama, Luis Fernandes y los compiladores del presente volumen.

Debemos destacar una vez más el apoyo brindado por los directivos y profesores de la UERJ, gracias a quienes este Seminario pudo ser realizado: Ricardo Veir Alves, Rosangela Nair C. Barbosa, Ney Luiz Teixeira de Almeida, Elaine Behring, Claudia Gonçalves de Lima, Eduardo Stotz y Dayse Candida Santos Rocha. Asimismo expresamos nuestro agradecimiento a la Fundação de Apoio á Pesquisa do Estado

do Rio de Janeiro (FAPERJ). Por último, debemos destacar la invaluable contribución realizada por Luis Fernandes y Emilio Taddei, cuya colaboración ha sido fundamental para la edición de los textos que integran este libro.

La obra que aquí presentamos fue originalmente publicada en portugués por la Editorial Paz e Terra (Río de Janeiro, 1995; segunda reimpresión: marzo de 1996). La edición española ha sido prologada por Pablo González Casanova, intelectual riguroso y comprometido con las luchas populares en América Latina. Nadie mejor que él podría haber abierto las reflexiones que aquí presentamos, las cuales pretenden, simplemente, realizar un mínimo aporte para la comprensión crítica de las políticas neoliberales en nuestros países.

Emir Sader y Pablo Gentili
Rio de Janeiro, febrero de 1996

NOTA

el relativo atraso en la publicación de esta obra en español nos ha permitido incluir un último capítulo no previsto en su versión original: "Estado, democracia y alternativa socialista en la era neoliberal". El mismo constituye la transcripción de un diálogo mantenido entre Robin Blackburn, Atilio Boron, Michael Löwy, Emir Sader y Göran Therborn, coordinado por Luis Fernandes, Pablo Gentili y Emilio Taddei, en ocasión del segundo seminario Pós-Neoliberalismo realizado en la Universidade do Estado do Rio de Janeiro-UERJ en septiembre de 1996. Creímos importante su inclusión ya que las temáticas abordadas han pretendido dar continuidad a las discusiones que se resumen en el diálogo realizado dos años antes y transcriptas en el capítulo IV.

Emir Sader y Pablo Gentili

Rio de Janeiro, agosto de 1997

Prólogo

La trama del neoliberalismo: una introducción

Pablo González Casanova

Es éste un libro que apunta a estudiar lo que le sucederá al neoliberalismo. Sus autores, en general, no afirman que ya nos encontramos en una época posterior al neoliberalismo. Inquieren sobre las alternativas que el propio sistema tiene para cambiar las políticas neoliberales en un momento dado cuando sus efectos secundarios y sus terribles estragos resulten intolerables para el sistema o sus opositores. También apunta a la búsqueda de alternativas de pueblos y naciones frente a las redes transnacionales o los estados sujetos a sus propias oligarquías económico-político-culturales y a las grandes empresas y potencias hegemónicas.

¿Qué puede haber más allá de la *tiranía del neoliberalismo*?, se pregunta José Paulo Netto en la edición brasileña del presente volumen. Al contestar advierte que el neoliberalismo ha tendido a legitimarse con un proyecto democrático, y que sin la crítica al proyecto democrático neoliberal es imposible encontrar la alternativa y menos aún implantarla.

A un nivel de profundidad mayor, aparece la necesidad de vincular el neoliberalismo y el capitalismo; esto es, el neoliberalismo y la nueva organización nacional, internacional y transnacional del capital con su reestructuración de clases y mercados transnacionales, con su desestructuración de la clase obrera que prevaleció en la época del Estado Benefactor, y con su desestructuración de los mercados nacionales, de las empresas estatales, y de muchas mediaciones sociales hoy en buena parte del mundo eliminadas.

Preguntarse por los límites y el fin de la democracia neoliberal, y por sus alternativas dentro del sistema con regímenes de facto, con burocracias autoritarias, civiles y militares, aparece como otra forma de acercarse a situaciones en que eventualmente surgirá una alternativa popular y democrática. Tras las “fronteras” de la tiranía neoliberal formalmente constitucional y “democrática” se halla la tiranía neoliberal de facto, golpista. Frente a ambas se encuentran los límites del conformismo popular: su “capacidad de tolerancia” ante un empobrecimiento sin alternativa y su “capacidad de tolerancia” ante una opresión abiertamente represiva. En ambos puntos, y a partir de la desestructuración de clases y naciones, el problema consistirá en ver qué capacidad surge (y cómo se desarrolla y consolida) para superar, tras el conformismo y la desesperanza, las falsas salidas de etnicismos y fundamentalismos excluyentes, de acciones puramente contestatarias o coléricas, o las de movimientos neo-nazis, neofascistas, de camisas negras y cabezas rapadas que internalizan en el pueblo el odio al pueblo, y que asocian a una parte del mismo a proyectos populistas de derecha. Todos esos movimientos, al enjuiciar a la democracia neoliberal, desatan el odio contra toda democracia, contra la tolerancia y la libertad individual y social. Son parte de la tiranía neoliberal.

Es aquí donde los científicos sociales se enfrentan a mistificaciones colosales ante las que muestran una complacencia o complicidad que hace de ellos coautores del neoliberalismo y sus variadísimas formas de mentir, fantasear, falsificar, engañar. La traducción por los intelectuales del más monstruoso proyecto histórico del capitalismo a un proyecto aceptable para las masas, con medidas que aquéllos avalan y éstas no entienden en su contenido real sino largos años después, es un proceso que el verdadero sociólogo tiene que denunciar, desestructurar y someter a una teoría explícita capaz de construir alternativas con las mayorías y para ellas.

El neoliberalismo, como forma de organización del capitalismo a partir de sus módulos y redes más poderosas, logra la hegemonía ideológica con una democracia en que lo social es adjetivo. Esa hegemonía es tanto más fuerte cuanto más débil es el Estado-Nación y más débiles las redes y módulos que a su amparo controlan un territorio o un espacio socioeconómico del ex mercado nacional, o del ex mercado protegido del trabajo y la seguridad social.

La hegemonía neoliberal se impone recomponiendo las relaciones del Estado, el mercado, las empresas, los obreros, los empleados y los excluidos, los marginados o los superexplotados.

La hegemonía neoliberal se rehace con alternancias entre regímenes políticos y militares que no afectan su preeminencia en la economía y el mercado. Militares o civiles imponen la misma política económica. Salir

de ella, antes que plantear el cambio de un sistema social a otro, plantea el cambio en la organización misma de la sociedad civil para que, desde el polo de los excluidos, logre organizarse e imponer ciertos límites y políticas a los mercados, las empresas y los estados.

El proyecto visible plantea, dígame o no, úseme o no la expresión, el problema de la “socialización del poder” por vías revolucionarias pacíficas y violentas y entre conflictos y negociaciones que lo hacen particularmente complejo. En el interín el debilitamiento del Estado-Nación, así como el de las empresas no asociadas a la red hegemónica transnacional, el de los trabajadores organizados, el de los partidos políticos y los movimientos sociales, da pie a un creciente despojo del excedente por la vía de la deuda externa, el comercio desigual, y la “desregulación”; genera también una creciente expropiación de las empresas sociales y las empresas públicas, así como la incautación de las empresas privadas -en quiebra a la falta de créditos para la producción de mercados rentables-, fenómenos que se complementan con otros como la inflación e hiperinflación que, lejos de provenir de aumentos de salarios y prestaciones, sólo empobrecen más a los trabajadores, a las clases medias y a los desempleados.

La “superación de las debilidades de la izquierda” se vuelve un problema central. No sólo es difícil desprenderse de los lastres de una lógica estatista y de una lógica sólo nacional frente a un problema de poder empresarial y global, sino que, cuando ocupa una parte mínima de los gobiernos, debe enfrentarse a Estados-Nación hegemónicos y a estructuras oligárquicas que utilizan en su contra las divisiones étnicas, religiosas e ideológicas, y aceleran las demandas consumistas y las tendencias clientelistas entre las masas.

En este libro, más que el fin del neoliberalismo, los autores registran “un viraje político de sentido claramente antidemocrático” que parecería extenderse en los años ‘90 a lo largo del mundo, y que se manifiesta claramente con el renacimiento del racismo y la xenofobia en Europa y Estados Unidos. Ese viraje antidemocrático, hasta en las formas, coincide con una nueva ideología intervencionista a nivel mundial, que en nombre de “acciones militares humanitarias” permite a las grandes potencias preparar “fuerzas de acción rápida” y una opinión pública que se entusiasma con nuevas guerras contra Irak. Todo ocurre mientras los sistemas de “defensa nacional” de los países del Sur y del Este del Mundo han sido desestructurados o articulados al sistema global, y mientras renacen viejas formas hegemónicas de lucha entre Alemania y Rusia, y entre Estados Unidos, Francia, Japón y China, todos socios cercanos y distantes, recelosos de sus movimientos nucleares y tecnológicos.

El fin de la luna de miel democrática del neoliberalismo corresponde al fin de la utopía capitalista que tanto exaltó la caída del “socialismo real” y que hoy no tiene el menor elemento para presentarse como portaestandarte de la Razón y la Modernidad. La “des-ideologización” propugnada por este tipo de regímenes busca que las ideologías y los proyectos socialistas y democráticos sean abandonados de una vez y para siempre.

El mundo que construye el neoliberalismo y los efectos directos e indirectos, específicos y universales que produce le dan un carácter francamente posmoderno, en el sentido de que el tiempo futuro, lejos de asociarse a un proyecto humanista tiende a evolucionar hacia una clara condición animal, ajena a la política y la dialéctica. Sólo la construcción de alternativas con poder popular y universal parece ofrecer un camino. En el horizonte del Nuevo Mundo y de América Latina débilmente se avizora un mundo menos inhumano en los hechos, democrático y también socialista.

Pues, ¿hasta qué punto el neoliberalismo y la posmodernidad no son sino una etapa más de la dominación del capitalismo y del fracaso de “La Razón” que surgió con él y que aspiró a crear el mundo que no creó? ¿Y hasta qué punto lo verdaderamente nuevo en la historia de la razón anticapitalista y socialista no es dar mayor atención y peso a la construcción de las mediaciones democráticas con poder de las mayorías, más que a los planteamientos sobre causas y fines? ¿Hasta qué punto lo realmente nuevo es la construcción de mediaciones de las mayorías, que no sean cooptadas por sistemas de participación, o eliminadas por sistemas de represión?

El problema realmente nuevo es el que sucede a todas las experiencias anteriores de lucha por la democracia, por el socialismo y la liberación. Esas experiencias llevaron a regímenes de cooptación y de represión, y sus beneficiarios fueron minorías más o menos ampliadas y redistributivas y más o menos represivas en guerras y dominaciones internas e internacionales. El problema nuevo es que las alternativas fueron insuficientemente liberadoras, insuficientemente socialistas, e insuficientemente democráticas.

La falta de legitimidad que a fin de cuentas alcanzaron la socialdemocracia, el populismo y el socialismo real plantea hoy los problemas más nuevos de las ciencias sociales, implica asumir no sólo las luchas contra “la Razón de la burguesía”, sino las luchas de ciudadanos, trabajadores y pueblos en favor de nuevos sistemas que no sean represivos ni excluyentes, que den pie a un “ethos pluralista”, que impidan fenómenos autodestructivos como el desarrollo de las fobias entre los distintos pueblos o fracciones de pueblos y que lleven a un movimiento histórico de democracia multiétnica, universal y socialista.

Prólogo

En los trabajos de Perry Anderson, Göran Therborn y Atilio Boron hay notables esfuerzos de síntesis que permiten hacer un balance preciso del neoliberalismo, de la crisis y del futuro del capitalismo, así como de la evolución de la sociedad civil después del “diluvio neoliberal”.

Capítulo I

Neoliberalismo: un balance provisorio

Perry Anderson

Comencemos con los orígenes de lo que se puede definir como *neoliberalismo* en tanto fenómeno distinto del mero liberalismo clásico, del siglo pasado. El neoliberalismo nació después de la Segunda Guerra Mundial, en una región de Europa y de América del Norte donde imperaba el capitalismo. Fue una reacción teórica y política vehemente contra el Estado intervencionista y de Bienestar. Su texto de origen es *Camino de Servidumbre*, de Friedrich Hayek, escrito en 1944. Se trata de un ataque apasionado contra cualquier limitación de los mecanismos del mercado por parte del Estado, denunciada como una amenaza letal a la libertad, no solamente económica sino también política. El blanco inmediato de Hayek, en aquel momento, era el Partido Laborista inglés, en las vísperas de la elección general de 1945 en Inglaterra, que este partido finalmente ganaría. El mensaje de Hayek era drástico: “A pesar de sus buenas intenciones, la socialdemocracia moderada inglesa conduce al mismo desastre que el nazismo alemán: a una servidumbre moderna”. Tres años después, en 1947, cuando las bases del Estado de Bienestar en la Europa de posguerra efectivamente se constituían, no sólo en Inglaterra sino también en otros países, Hayek convocó a quienes compartían su orientación ideológica a una reunión en la pequeña estación de Mont Pélerin, en Suiza. Entre los célebres participantes estaban no solamente adversarios firmes del Estado de Bienestar europeo, sino también enemigos férreos del *New Deal* norteamericano.

En la selecta asistencia se encontraban, entre otros, Milton Friedman, Karl Popper, Lionel Robbins, Ludwig Von Mises, Walter Eukpen, Walter

Lippman, Michael Polanyi y Salvador de Madariaga. Allí se fundó la Sociedad de Mont Pélerin, una suerte de franco-masonería neoliberal, altamente dedicada y organizada, con reuniones internacionales cada dos años. Su propósito era combatir el keynesianismo y el solidarismo reinantes, y preparar las bases de otro tipo de capitalismo, duro y libre de reglas, para el futuro. Las condiciones para este trabajo no eran del todo favorables, una vez que el capitalismo avanzado estaba entrando en una larga fase de auge sin precedentes -su edad de oro-, presentando el crecimiento más rápido de su historia durante las décadas de los '50 y '60. Por esta razón, no parecían muy verosímiles las advertencias neoliberales de los peligros que representaba cualquier regulación del mercado por parte del Estado. La polémica contra la regulación social, entre tanto, tuvo una repercusión mayor. Hayek y sus compañeros argumentaban que el nuevo "igualitarismo" de este período (ciertamente relativo), promovido por el Estado de Bienestar, destruía la libertad de los ciudadanos y la vitalidad de la competencia, de la cual dependía la prosperidad de todos. Desafiando el consenso oficial de la época ellos argumentaban que la desigualdad era un valor positivo -en realidad imprescindible en sí mismo-, que mucho precisaban las sociedades occidentales. Este mensaje permaneció en teoría por más o menos veinte años.

Con la llegada de la gran crisis del modelo económico de posguerra, en 1973 -cuando todo el mundo capitalista avanzado cayó en una larga y profunda recesión, combinando, por primera vez, bajas tasas de crecimiento con altas tasas de inflación- todo cambió. A partir de ahí las ideas neoliberales pasaron a ganar terreno. Las raíces de la crisis, afirmaban Hayek y sus compañeros, estaban localizadas en el poder excesivo y nefasto de los sindicatos y, de manera más general, del movimiento obrero, que había socavado las bases de la acumulación privada con sus presiones reivindicativas sobre los salarios y con su presión parasitaria para que el Estado aumentase cada vez más los gastos sociales.

Esos dos procesos destruyeron los niveles necesarios de beneficio de las empresas y desencadenaron procesos inflacionarios que no podían dejar de terminar en una crisis generalizada de las economías de mercado. El remedio, entonces, era claro: mantener un Estado fuerte en su capacidad de quebrar el poder de los sindicatos y en el control del dinero, pero limitado en lo referido a los gastos sociales y a las intervenciones económicas. La estabilidad monetaria debería ser la meta suprema de cualquier gobierno. Para eso era necesaria una disciplina presupuestaria, con la contención de gasto social y la restauración de una tasa "natural de desempleo", o sea, la creación de un ejército industrial de reserva para quebrar a los sindicatos. Además, eran imprescindibles reformas fiscales para incentivar a los agentes

económicos. En otras palabras, esto significaba reducciones de impuestos sobre las ganancias más altas y sobre las rentas. De esta forma, una nueva y saludable desigualdad volvería a dinamizar las economías avanzadas, entonces afectadas por la estagflación, resultado directo de los legados combinados de Keynes y Beveridge, o sea, la intervención anticíclica y la redistribución social, las cuales habían deformado tan desastrosamente el curso normal de la acumulación y el libre mercado. El crecimiento retornaría cuando la estabilidad monetaria y los incentivos esenciales hubiesen sido restituidos.

La ofensiva neoliberal en el poder

La hegemonía de este programa no se realizó de la noche a la mañana. Llevó más o menos una década, los años '70, cuando la mayoría de los gobiernos de la OECD (Organización para el Desarrollo y la Cooperación Económica) trataba de aplicar remedios keynesianos a las crisis económicas. Pero al final de la década, en 1979, surgió la oportunidad. En Inglaterra fue elegido el gobierno Thatcher, el primer régimen de un país capitalista avanzado públicamente empeñado en poner en práctica un programa neoliberal. Un año después, en 1980, Reagan llegó a la presidencia de los Estados Unidos. En 1982, Kohl derrotó al régimen social-liberal de Helmut Schmidt en Alemania. En 1983, en Dinamarca, Estado modelo del Bienestar escandinavo, cayó bajo el control de una coalición clara de derecha el gobierno de Schluter. Enseguida, casi todos los países del norte de Europa Occidental, con excepción de Suecia y de Austria, también viraron hacia la derecha. A partir de ahí, la ola de derechización de esos años fue ganando sustento político, más allá del que le garantizaba la crisis económica del período. En 1978, la segunda Guerra Fría se agravó con la intervención soviética en Afganistán y la decisión norteamericana de incrementar una nueva generación de cohetes nucleares en Europa Occidental. El ideario del neoliberalismo había incluido siempre, como un componente central, el anticomunismo más intransigente de todas las corrientes capitalistas de posguerra. El nuevo combate contra el imperio del mal -la servidumbre humana más completa a los ojos de Hayek- inevitablemente fortaleció el poder de atracción del neoliberalismo político, consolidando el predominio de una nueva derecha en Europa y en América del Norte. Los años '80 vieron el triunfo más o menos incontrastado de la ideología neoliberal en esta región del capitalismo avanzado.

Ahora bien, ¿qué hicieron, en la práctica, los gobiernos neoliberales del período? El modelo inglés fue, al mismo tiempo, la experiencia pionera y más acabada de estos regímenes. Durante sus gobiernos

sucesivos, Margaret Thatcher contrajo la emisión monetaria, elevó las tasas de interés, bajó drásticamente los impuestos sobre los ingresos altos, abolió los controles sobre los flujos financieros, creó niveles de desempleo masivos, aplastó huelgas, impuso una nueva legislación anti-sindical y cortó los gastos sociales. Finalmente -y ésta fue una medida sorprendentemente tardía-, se lanzó a un amplio programa de privatizaciones, comenzando con la vivienda pública y pasando enseguida a industrias básicas como el acero, la electricidad, el petróleo, el gas y el agua. Este paquete de medidas fue el más sistemático y ambicioso de todas las experiencias neoliberales en los países del capitalismo avanzado.

La variante norteamericana fue bastante diferente. En los Estados Unidos, donde casi no existía un Estado de Bienestar del tipo europeo, la prioridad neoliberal se concentró más en la competencia militar con la Unión Soviética, concebida como una estrategia para quebrar la economía soviética y por esa vía derrumbar el régimen comunista en Rusia. Se debe resaltar que, en la política interna, Reagan también redujo los impuestos en favor de los ricos, elevó las tasas de interés y aplastó la única huelga seria de su gestión. Pero, decididamente, no respetó la disciplina presupuestaria; por el contrario, se lanzó a una carrera armamentista sin precedentes, comprometiendo gastos militares enormes que crearon un déficit público mucho mayor que cualquier otro presidente de la historia norteamericana. Sin embargo, ese recurso a un keynesianismo militar disfrazado, decisivo para una recuperación de las economías capitalistas de Europa Occidental y de América del Norte, no fue imitado. Sólo los Estados Unidos, a causa de su peso en la economía mundial, podían darse el lujo de un déficit masivo en la balanza de pagos resultante de tal política.

En el continente europeo, los gobiernos de derecha de este período -a menudo de perfil católico- practicaron en general un neoliberalismo más cauteloso y matizado que las potencias anglosajonas, manteniendo el énfasis en la disciplina monetaria y en las reformas fiscales más que en los cortes drásticos de los gastos sociales o en enfrentamientos deliberados con los sindicatos. A pesar de todo, la distancia entre estas políticas y las de la socialdemocracia, propia de los anteriores gobiernos, era grande. Y mientras la mayoría de los países del Norte de Europa elegía gobiernos de derecha empeñados en distintas versiones del neoliberalismo, en el Sur del continente (territorio de De Gaulle, Franco, Salazar, Fanfani, Papadopoulos, etc.), antiguamente una región mucho más conservadora en términos políticos, llegaban al poder, por primera vez, gobiernos de izquierda, llamados eurosocialistas: Mitterrand en Francia, González en España, Soares en Portugal, Craxi en Italia, Papandreu en Grecia. Todos se presentaban como una alternativa progresista, basada en movimientos obreros o populares, contrastando

con la línea reaccionaria de los gobiernos de Reagan, Thatcher, Kohl y otros del Norte de Europa. No hay duda, en efecto, de que por lo menos Mitterrand y Papandreu, en Francia y en Grecia, se esforzaron genuinamente en realizar una política de deflación y redistribución, de pleno empleo y protección social. Fue una tentativa de crear un equivalente en el Sur de Europa de lo que había sido la socialdemocracia de posguerra en el Norte del continente en sus años de oro. Pero el proyecto fracasó, y ya en 1982 y 1983 el gobierno socialista en Francia se vio forzado por los mercados financieros internacionales a cambiar su curso dramáticamente y reorientarse para hacer una política mucho más próxima a la ortodoxia neoliberal, con prioridad en la estabilidad monetaria, la contención presupuestaria, las concesiones fiscales a los capitalistas y el abandono definitivo del pleno empleo. Al final de la década, el nivel de desempleo en Francia era más alto que en la Inglaterra conservadora, como Thatcher se jactaba en señalar. En España, el gobierno de González jamás trató de realizar una política keynesiana o redistributiva. Al contrario, desde el inicio, el régimen del partido en el poder se mostró firmemente monetarista en su política económica, gran amigo del capital financiero, favorable al principio de la privatización y sereno cuando el desempleo alcanzó rápidamente el record europeo de 20% de la población económicamente activa.

Mientras tanto, en el otro extremo del mundo, en Australia y Nueva Zelandia, un modelo de características similares asumió proporciones verdaderamente dramáticas. En efecto, los gobiernos laboristas superaron a los conservadores locales en su radicalidad neoliberal. Probablemente Nueva Zelandia sea el ejemplo más extremo de todo el mundo capitalista avanzado. Allí, el proceso de desintegración del Estado de Bienestar fue mucho más completo y feroz que en la Inglaterra de Margaret Thatcher.

Alcances y límites del programa neoliberal

Lo que demostraron estas experiencias fue la impresionante hegemonía alcanzada por el neoliberalismo en materia ideológica. Si bien en un comienzo sólo los gobiernos de derecha se atrevieron a poner en práctica políticas neoliberales, poco tiempo después siguieron este rumbo inclusive aquellos gobiernos que se autoproclamaban a la izquierda del mapa político. En los países del capitalismo avanzado, el neoliberalismo había tenido su origen a partir de una crítica implacable a los regimenes socialdemócratas. Sin embargo, y con excepción de Suecia y Austria, hacia fines de los años '80, la propia socialdemocracia

europea fue incorporando a su programa las ideas e iniciativas que defendían e impulsaban los gobiernos neoliberales. Paradojalmente, eran ahora los socialdemócratas quienes se mostraban decididos a llevar a la práctica las propuestas más audaces formuladas por el neoliberalismo. Fuera del continente europeo sólo Japón se mostró reacio a aceptar este recetario. Más allá de esto, en casi todos los países de la OECD, las ideas de la Sociedad de Mont Pèlerin habían triunfado plenamente. ¿Qué evaluación efectiva podemos realizar de la hegemonía neoliberal en el mundo capitalista avanzado, durante los años '80? ¿Cumplió o no sus promesas? Veamos un panorama de conjunto.

La prioridad más inmediata del neoliberalismo fue detener la inflación de los años '70. En este aspecto, su éxito ha sido innegable. En el conjunto de los países de la OECD, la tasa de inflación cayó de 8,8% a 5,2% entre los años '70 y '80 y la tendencia a la baja continuó en los años '90. La deflación, a su vez, debía ser la condición para la recuperación de las ganancias. También en este sentido el neoliberalismo obtuvo éxitos reales. Si en los años '70 la tasa de ganancia en la industria de los países de la OECD cayó cerca de 4,2%, en los años '80 aumentó 4,7%. Esa recuperación fue aún más impresionante considerando a Europa Occidental como un todo: de 5,4 puntos negativos pasó a 5,3 puntos positivos. La razón principal de esta transformación fue sin duda la derrota del movimiento sindical, expresada en la caída dramática del número de huelgas durante los años '80 y en la notable contención de los salarios. Esta nueva postura sindical, mucho más moderada, tuvo su origen, en gran medida, en un tercer éxito del neoliberalismo: el crecimiento de las tasas de desempleo, concebido como un mecanismo natural y necesario de cualquier economía de mercado eficiente. La tasa media de desempleo en los países de la OECD, que había sido de alrededor de 4% en los años '70, llegó a duplicarse en la década del '80. También fue éste un resultado satisfactorio. Finalmente, el grado de desigualdad -otro objetivo sumamente importante para el neoliberalismo- aumentó significativamente en el conjunto de los países de la OECD: la tributación de los salarios más altos cayó un 20% a mediados de los años '80 y los valores de la bolsa aumentaron cuatro veces más rápidamente que los salarios.

En todos estos aspectos (deflación, ganancias, desempleo y salarios) podemos decir que el programa neoliberal se mostró realista y obtuvo éxito. Pero, a final de cuentas, todas estas medidas habían sido concebidas como medios para alcanzar un fin histórico: la reanimación del capitalismo avanzado mundial, restaurando altas tasas de crecimiento estables, como existían antes de la crisis de los años '70. En este aspecto, sin embargo, el cuadro se mostró sumamente

decepcionante. Entre los años '70 y '80 no hubo ningún cambio significativo en la tasa media de crecimiento, muy baja en los países de la OECD. De los ritmos presentados durante la larga onda expansiva, en los años '50 y '60, sólo quedaba un recuerdo lejano.

¿Cuál es la razón de este resultado paradójico? Sin ninguna duda, el hecho de que -a pesar de todas las nuevas condiciones institucionales creadas en favor del capital- la tasa de acumulación, o sea, la efectiva inversión en el parque de equipamientos productivos, apenas creció en los años '80, y cayó en relación a sus niveles -ya medios- de los años '70. En el conjunto de los países del capitalismo avanzado, las cifras son de un incremento anual de 5,5% en los años '60, 3,6% en los '70, y sólo 2,9% en los '80. Una curva absolutamente descendente.

Cabe preguntarse aún por qué la recuperación de las ganancias no condujo a una recuperación de la inversión.

Esencialmente, porque la desregulación financiera, que fue un elemento de suma importancia en el programa neoliberal, creó condiciones mucho más propicias para la inversión especulativa que la productiva.

Los años '80 asistieron a una verdadera explosión de los mercados cambiarios internacionales, cuyas transacciones puramente monetarias terminaron por reducir de forma sustancial el comercio mundial de mercancías reales. El peso de las operaciones de carácter parasitario tuvo un incremento vertiginoso en estos años.

Por otro lado, y éste fue el fracaso del neoliberalismo, el peso del Estado de Bienestar no disminuyó mucho, a pesar de todas las medidas tomadas para contener los gastos sociales. Aunque el crecimiento de la proporción del PNB consumido por el Estado ha sido notablemente desacelerado, la proporción absoluta no cayó, sino que aumentó, durante los años '80, de más o menos 46% a 48% del PNB medio de los países de la OECD. Dos razones básicas explican esta paradoja: el aumento de los gastos sociales con el desempleo, lo cual significó enormes erogaciones para los estados, y el aumento demográfico de los jubilados, lo cual condujo a gastar otros tantos millones en pensiones.

Por fin, irónicamente, cuando el capitalismo avanzado entró de nuevo en una profunda recesión, en 1991, la deuda pública de casi todos los países occidentales comenzó a reasumir dimensiones alarmantes, inclusive en Inglaterra y en los Estados Unidos, en tanto que el endeudamiento privado de las familias y de las empresas llegaba a niveles sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial. Actualmente, con la recesión de los primeros años de la década de los '90, todos los índices económicos se tornaron mucho más sombríos en los países de la OECD, donde hoy la desocupación alcanza a 38 millones de personas,

aproximadamente dos veces la población de Escandinavia. En estas condiciones de crisis tan aguda, era lógico esperar una fuerte reacción contra el neoliberalismo en los años '90. ¿Sucedió de esta forma? Al contrario: por extraño que parezca, el neoliberalismo ganó un segundo aliento, por lo menos en su tierra natal, Europa. No solamente el thatcherismo sobrevivió a la propia Thatcher, con la victoria de Major en las elecciones de 1992 en Inglaterra; en Suecia, la socialdemocracia, que había resistido el embate neoliberal en los años '80, fue derrotada por un frente unido de la derecha en 1991. El socialismo francés salió desgastado de las elecciones de 1993. En Italia, Berlusconi, una suerte de Reagan italiano, llegó al poder conduciendo una coalición en la cual uno de sus integrantes era hasta hace poco un partido oficialmente fascista. En Alemania, el gobierno de Kohl probablemente continuará en el poder. En España la derecha está en las puertas del poder.

El segundo aliento de los gobiernos neoliberales

Sin embargo, más allá de estos éxitos electorales, el proyecto neoliberal continúa demostrando una vitalidad impresionante. Su dinamismo aún no está agotado, como puede verse en la nueva ola de privatizaciones llevadas a cabo en países hasta hace poco tiempo bastantes resistentes a ellas, como Alemania, Austria e Italia.

La hegemonía neoliberal se expresa igualmente en el comportamiento de partidos y gobiernos que formalmente se definen como claros opositores a este tipo de regímenes. La primera prioridad del presidente Clinton, en los Estados Unidos, fue reducir el déficit presupuestario, y la segunda adoptar una legislación draconiana y regresiva contra la delincuencia, lema principal también del nuevo liderazgo laborista en Inglaterra. La agenda política sigue estando dictada por los parámetros del neoliberalismo, aun cuando su momento de actuación económica parece ampliamente estéril y desastroso.

¿Cómo explicar este segundo impulso de los regímenes neoliberales en el mundo capitalista avanzado? Una de sus razones fundamentales fue, claramente, la victoria del neoliberalismo en otra región del mundo. En efecto, la caída del comunismo en Europa Oriental y en la Unión Soviética, del '89 al '91, se produjo en el exacto momento en que los límites del neoliberalismo occidental se tornaban cada vez más evidentes. La victoria de Occidente en la Guerra Fría, con el colapso de su adversario comunista, no fue el triunfo de cualquier capitalismo, sino el tipo específico liderado y simbolizado por Reagan y Thatcher en los años '80. Los nuevos arquitectos de las economías poscomunistas en el Este, gente como Balcerowicz en Polonia, Gaidar en Rusia, Maus en la

República Checa, eran y son ardientes seguidores de Hayek y Friedman, con un menosprecio total por el keynesianismo y por el Estado de Bienestar, por la economía mixta y, en general, por todo el modelo dominante del capitalismo occidental correspondiente al período de posguerra. Esos líderes políticos preconizan y realizan privatizaciones mucho más amplias y rápidas de las que se habían hecho en Occidente; para sanear sus economías, promueven caídas de la producción infinitamente más drásticas de las que jamás se ensayaron en el capitalismo avanzado; y, al mismo tiempo, promueven grados de desigualdad y empobrecimiento mucho más brutales de los que se han visto en los países occidentales.

No hay neoliberales más intransigentes en el mundo que los “reformadores” del Este. Dos años atrás, Vaclav Klaus, Primer Ministro de la República Checa, atacó públicamente al presidente de la *Federal Reserve Bank* de los Estados Unidos durante el gobierno de Ronald Reagan, Alan Greenspan, acusándolo de demostrar una debilidad lamentable en su política monetaria. En un artículo para la revista *The Economist*, Klaus fue incisivo: “El sistema social de Europa occidental está demasiado amarrado por reglas y controles excesivos. El Estado de Bienestar, con todas sus generosas transferencias de pagos desligadas de cualquier criterio, de esfuerzos o de méritos, destruyó la moralidad básica del trabajo y el sentido de la responsabilidad individual. Hay excesiva protección a la burocracia. Debe decirse que la revolución thatcheriana, o sea, antikeynesiana o liberal, apareció (con una apreciación positiva) en medio del camino de Europa Occidental, y es preciso completarla”. Bien entendido, este tipo de extremismo neoliberal, por influyente que sea en los países poscomunistas, también desencadenó una reacción popular, como se puede ver en las últimas elecciones en Polonia, Hungría y Lituania, donde partidos ex comunistas ganaron, y ahora gobiernan nuevamente sus países. Pero en la práctica, sus políticas de gobierno no se distinguen mucho de las de sus adversarios declaradamente neoliberales. La deflación, el desmantelamiento de los servicios públicos, las privatizaciones, el crecimiento del capital corrupto y la polarización social siguen, un poco menos rápidamente, por él mismo rumbo. Una analogía con el eurosocialismo del Sur de Europa se hace evidente. En ambos casos se trata de una variante mansa -al menos en el discurso, aunque no siempre en las acciones de un paradigma neoliberal común tanto a la derecha como a la izquierda *oficial*. El dinamismo continuado del neoliberalismo como fuerza ideológica a escala mundial está sustentado en gran parte, hoy, por este “efecto de demostración” del mundo post-soviético. Los neoliberales pueden ufanarse de estar frente a una transformación socioeconómica gigantesca, que va a perdurar por décadas.

América Latina, escenario de experimentación

El impacto del triunfo neoliberal en el Este europeo tardó en sentirse en otras partes del globo, particularmente aquí en América Latina, que hoy en día se convierte en el tercer gran escenario de experimentación neoliberal. De hecho, aunque en su conjunto le ha llegado la hora de las privatizaciones masivas después de los países de la OECD y de la antigua Unión Soviética, genealógicamente este continente fue testigo de la primera experiencia neoliberal sistemática del mundo. Me refiero, obviamente, a Chile bajo la dictadura de Pinochet: aquel régimen tiene el mérito de haber sido el verdadero pionero del ciclo neoliberal en la historia contemporánea. El Chile de Pinochet comenzó sus programas de forma drástica y decidida: desregulación, desempleo masivo, represión sindical, redistribución de la renta en favor de los ricos, privatización de los bienes públicos. Todo esto comenzó casi una década antes que el experimento thatcheriano.

En Chile, naturalmente, la inspiración teórica de la experiencia pinochetista era más norteamericana que austríaca: Friedman, y no Hayek, como era de esperarse en las Américas. Pero es de notar tanto que la experiencia chilena de los años '70 interesó muchísimo a ciertos consejeros británicos importantes para Thatcher, como que siempre existieron excelentes relaciones entre los dos regímenes hacia los años '80. El neoliberalismo chileno, bien entendido, presuponía la abolición de la democracia y la instalación de una de las más crueles dictaduras de posguerra. Sin embargo, debemos recordar que la democracia *en sí misma* –como explicaba incansablemente Hayek– jamás había sido un valor central del neoliberalismo. La libertad y la democracia, explicaba Hayek, podían tomarse fácilmente incompatibles, si la mayoría democrática decidiese interferir en los derechos incondicionales de cada agente económico para disponer de su renta y sus propiedades a su antojo. En ese sentido, Friedman y Hayek podían ver con admiración la experiencia chilena, sin ninguna inconsistencia intelectual o compromiso de principios. Pero esta admiración fue realmente merecida, dado que –a diferencia de las economías del capitalismo avanzado bajo los regímenes neoliberales en los '80–, la economía chilena creció a un ritmo bastante rápido bajo el régimen de Pinochet, como lo sigue haciendo con la continuidad político económica de los gobiernos pospinochetistas de los últimos años.

Si Chile fue, en este sentido, una experiencia piloto para el nuevo neoliberalismo en los países avanzados de Occidente, América Latina también proporcionó la experiencia piloto para el neoliberalismo del Este pos-soviético. Aquí me refiero a Bolivia, donde en 1985 Jeffrey Sachs perfeccionó su tratamiento de shock, aplicado más tarde en Polonia y Rusia, pero preparado originariamente para el gobierno de Banzer, y

después aplicado imperturbablemente por Víctor Paz Estenssoro, sorprendentemente cuando fue electo presidente en lugar de Banzer. En Bolivia, la puesta en marcha de la experiencia neoliberal no tenía urgente necesidad de quebrar a un movimiento obrero poderoso, como en Chile, sino de parar la hiperinflación. Por otro lado, el régimen que adoptó el plan de Sachs no era una dictadura, sino el heredero del partido populista que había hecho la revolución social de 1952. En otras palabras, América Latina también inició una variante neoliberal “progresista”, difundida más tarde en el Sur de Europa, en los años del eurosocialismo. Pero Chile y Bolivia eran experiencias aisladas hasta finales de los años ‘80.

El viraje continental en dirección al neoliberalismo no comenzó antes de la presidencia de Salinas, en México, en 1988, seguido de la llegada de Menem al poder, en 1989, de la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez en el mismo año en Venezuela, y de la elección de Fujimori en el Perú en el ‘90. Ninguno de esos gobernantes confesó al pueblo, antes de ser electo, lo que efectivamente hizo después. Menem, Carlos Andrés Pérez y Fujimori, por cierto, prometieron exactamente lo opuesto a las políticas radicalmente antipopulistas que implementaron en los años ‘90. Salinas ni siquiera fue electo, apelando, como es bien sabido, a uno de los tradicionales recursos de la política mexicana: el fraude.

De las cuatro experiencias vividas en esta década, podemos decir que tres registraron éxitos impresionantes a corto plazo (México, Argentina y Perú) y una fracasó: Venezuela. La diferencia es significativa. La condición política que garantizó la deflación, la desregulación, el desempleo y la privatización de las economías mexicana, argentina y peruana fue una concentración formidable del poder ejecutivo; algo que siempre existió en México, un régimen de partido único. Sin embargo, Menem y Fujimori tuvieron que innovar con una legislación de emergencia, autogolpes y reforma de la Constitución. Esta dosis de autoritarismo político no fue posible en Venezuela, con una democracia partidaria más continua y sólida que en cualquier otro país de América del Sur, y el único que escapó de las dictaduras militares y regímenes oligárquicos desde los años ‘50. De ahí el colapso de la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez.

A pesar de esto sería arriesgado concluir que en América Latina sólo los regímenes autoritarios pueden imponer con éxito las políticas neoliberales. El caso de Bolivia, donde todos los gobiernos electos después de 1985, tanto el de Paz Zamora como el de Sánchez de Losada, continuaron con la misma línea, está ahí para comprobarlo. La lección que deja la larga experiencia boliviana es clara. Existe un equivalente funcional al trauma de la dictadura militar como mecanismo para inducir democrática y no coercitivamente a un pueblo a aceptar las

más drásticas políticas neoliberales: la hiperinflación. Sus consecuencias son muy parecidas. Recuerdo una conversación en Rio de Janeiro en 1987, cuando era consultor de un equipo del Banco Mundial y hacía un análisis comparativo de alrededor de veinticuatro países del Sur, en lo relativo a políticas económicas. Un amigo neoliberal del equipo, sumamente inteligente, economista destacado, gran admirador de la experiencia chilena bajo el régimen de Pinochet, me confió que el problema crítico del Brasil durante la presidencia de Samey no era una tasa de inflación demasiado alta -como creía la mayoría de los funcionarios del Banco Mundial-, sino una tasa de inflación demasiado baja. “Esperemos que los diques se rompan”, decía. “Aquí precisamos una hiperinflación para condicionar al pueblo a aceptar la drástica medicina deflacionaria que falta en este país”. Después, como sabemos, la hiperinflación llegó al Brasil, y las consecuencias prometen o amenazan confirmar la sagacidad de este neoliberal local.

Un balance provisorio

La pregunta que queda abierta es si el neoliberalismo encontrará aquí, en América Latina, más o menos resistencia a su implementación duradera que la que encontró en Europa Occidental y en la antigua URSS. ¿Será el populismo -o el laborismo- latinoamericano un obstáculo más fácil o más difícil para la realización de los planes neoliberales que la socialdemocracia reformista o el comunismo? No voy a entrar en esta cuestión; otros aquí pueden juzgarla mejor que yo. Sin duda, la respuesta va a depender también del destino del neoliberalismo fuera de América Latina, donde continúa avanzando en tierras hasta ahora inmunes a su influencia.

Actualmente, en Asia, por ejemplo, la economía de la India comienza, por primera vez, a ser adaptada al paradigma liberal, y hasta el mismo Japón no es totalmente indiferente a las presiones norteamericanas para desregular la economía. La región del capitalismo mundial que presenta más éxitos en los últimos veinte años es también la menos neoliberal, o sea, las economías de Extremo Oriente como Japón, Corea, Taiwán, Singapur y Malasia. ¿Por cuánto tiempo estos países permanecerán fuera de la influencia de este tipo de regímenes? Todo lo que podemos decir es que éste es un movimiento ideológico a escala verdaderamente mundial, como el capitalismo jamás había producido en el pasado. Se trata de un cuerpo de doctrina coherente, autoconsistente, militante, lúcidamente decidido a transformar el mundo a su imagen, en su ambición estructural y en su extensión internacional. Algo mucho más

parecido al antiguo movimiento comunista que al liberalismo ecléctico y distendido del siglo pasado.

En este sentido, cualquier balance actual del neoliberalismo sólo puede ser provisorio. Se trata de un movimiento inconcluso. Por el momento, a pesar de todo, es posible dar un veredicto sobre su actuación durante casi quince años en los países más ricos del mundo, única área donde sus frutos parecen maduros. Económicamente, el neoliberalismo fracasó. No consiguió ninguna revitalización básica de capitalismo avanzado. Socialmente, por el contrario, ha logrado muchos de sus objetivos, creando sociedades marcadamente más desiguales, aunque no tan desestatizadas como se lo había propuesto. Política e ideológicamente, sin embargo, ha logrado un grado de éxito quizás jamás soñado por sus fundadores, diseminando la simple idea de que no hay alternativas para sus principios, y que todos, partidarios u opositores, tienen que adaptarse a sus normas. Probablemente, desde principios de siglo, ninguna sabiduría convencional consiguió un predominio de carácter tan abarcativo como hoy lo ha hecho el neoliberalismo. Este fenómeno se llama hegemonía, aunque, naturalmente, millones de personas no crean en sus promesas y resisten cotidianamente a sus terribles efectos. Creo que la tarea de sus opositores es ofrecer otras recetas y preparar otros regímenes. Alternativas que apenas podemos prever cuándo y dónde van a surgir. Históricamente, el momento de viraje de una onda es siempre una sorpresa.

Capítulo II

La crisis y el futuro del capitalismo

Göran Therborn

Mi intención aquí es realizar algunas consideraciones sobre el presente y el futuro del capitalismo. En tal sentido, presentaré diez tesis sobre el neoliberalismo y sobre las condiciones que definen la dinámica contemporánea de nuestras sociedades y su probable destino. Voy a dividir mi exposición en cuatro segmentos articulados. El primero de ellos estará constituido por un conjunto de tesis sobre el neoliberalismo y su relación con el llamado “socialismo real”. El segundo, por un conjunto de cuestiones vinculadas a ciertos problemas estructurales del capitalismo. En tercer lugar, formularé dos tesis sobre la situación mundial desde el punto de vista geopolítico y geoeconómico de la actual coyuntura. Finalmente, y aunque no estoy aquí para dar consejos políticos, haré algunas referencias a determinadas cuestiones que creo relevante discutir en cuanto a la teoría y a la práctica política contemporánea.

La superestructura neoliberal en su contexto histórico

Mi primera tesis es, por cierto, muy simple: *el neoliberalismo es una superestructura ideológica y política que acompaña una transformación histórica del capitalismo moderno*. Desde mi perspectiva, dicha superestructura de ideología y de práctica política está, en su forma más doctrinaria, en declive. Esto parece ser así, aún cuando el discurso y la práctica neoliberal continúan siendo importantes en el presente y, probablemente, también lo sean en el futuro. Esta doctrina exótica ha entrado en la escena política a través de los despachos de los ministros

de Economía. Es en tal sentido que, si queremos eludir uno de los riesgos más temibles del neoliberalismo, debemos evitar elegir actuales o ex ministros de economía para desempeñarse como dirigentes máximos de nuestros países. Formulo esta observación en mi condición de sociólogo sueco y, no como un simple y coyuntural comentario político...

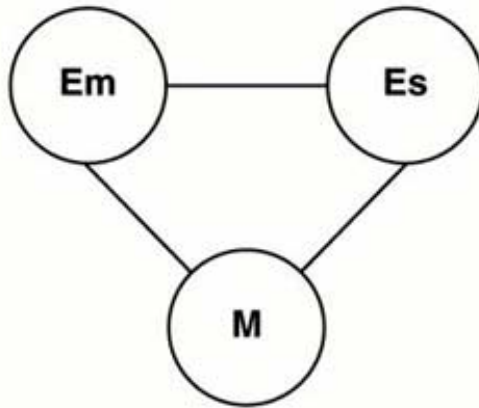
Segunda cuestión relevante: *la caída del llamado “socialismo real” forma parte del mismo proceso de transformación epocal que, a nivel socioeconómico mundial, acompaña el neoliberalismo.* Esto es, la caída de los regímenes autoritarios y dictatoriales en Europa Oriental no ha constituido solamente un cambio político de gran magnitud (entendido como un proceso de democratización), sino que también forma parte de una profunda transformación de todo el sistema económico mundial. Es en este contexto que debe entenderse tanto el colapso de los regímenes comunistas del Este europeo, cuanto la difusión y expansión creciente de los regímenes neoliberales.

Tercera tesis: *ha ocurrido un viraje en el desarrollo de las fuerzas productivas orientadas hacia una dirección de carácter más privado.* Según hemos aprendido en los cursos de marxismo, las fuerzas productivas se desarrollan en un sentido progresivamente público, siendo que este proceso entra en contradicción con las relaciones de producción capitalistas. Sin embargo, y contrariamente a lo que suponíamos, hoy vivimos un giro, un clivaje, en el desarrollo de las fuerzas productivas orientado en una dirección opuesta. Tal dirección se expresa en una nueva relación entre estados y empresas. En efecto, podemos decir que estamos experimentando el surgimiento de una nueva etapa o fase de capitalismo competitivo. Creo que es necesario detenernos un poco en algunos presupuestos teóricos de esta tercera tesis. Permítanme abrir un pequeño paréntesis.

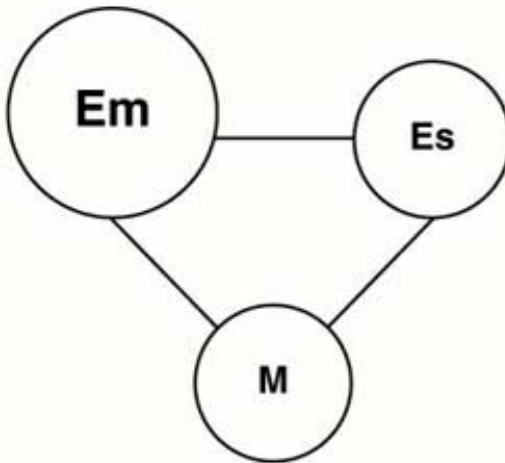
El triángulo institucional del capitalismo

Podemos analizar las instituciones mayores de las economías modernas como un triángulo con tres instituciones centrales: los estados, las empresas y los mercados. Cada uno de los vértices de esta figura detenta un poder específico: el Estado, el poder político (que puede ser autoritario o democrático); las empresas, el poder empresarial (que es poder de mando y, también, poder de negociación); y el sistema de mercados, el poder de la competencia. Muy sumariamente podemos ilustrar la historia institucional del capitalismo, comenzando por el capitalismo competitivo de la segunda mitad del siglo XIX, de la siguiente manera:

Capitalismo competitivo clásico



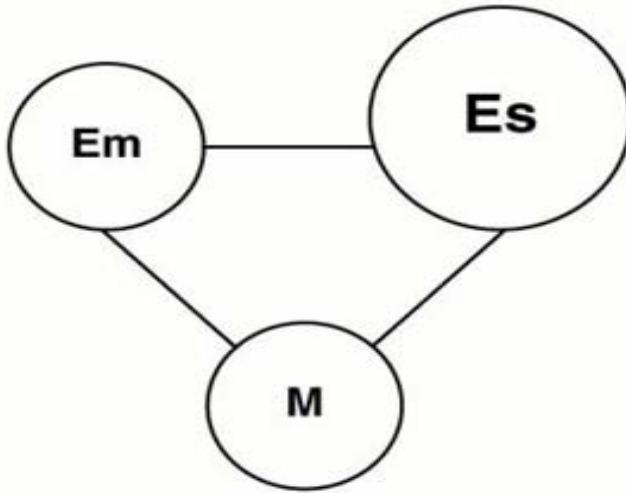
Capitalismo organizado (o monopolista)



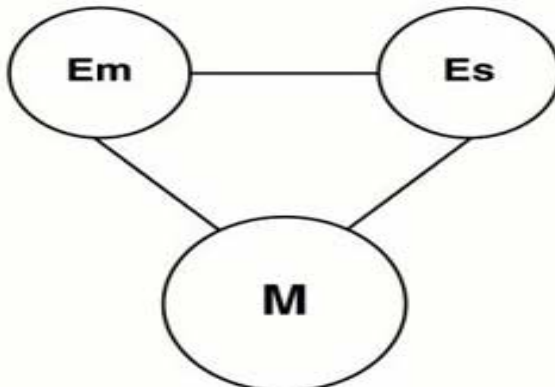
Em = empresas, Es = estado, M = mercados.

La comparabilidad está entre las configuraciones que caracterizan a los cuatro modelos, no entre los tamaños de los elementos individuales (por ejemplo, los mercados en las diferentes figuras).

Capitalismo de Bienestar



Nuevo capitalismo competitivo (actual)



Si analizamos la historia reciente del capitalismo mundial, observaremos que cinco o seis décadas atrás teníamos empresas relativamente fuertes y estados y mercados relativamente pequeños (fuera de la situación de guerra, claro). Este período de expansión de los carteles, de las alianzas entre las grandes empresas monopólicas, ha sido llamado capitalismo organizado. Fue ésta, también, la etapa de la caída y el decrecimiento del comercio mundial. Allí por los años '30 se desarrollaba un capitalismo con tendencias autárquicas.

Después de la Segunda Guerra Mundial se produjeron dos tendencias importantes. Por un lado, comenzaron a extenderse los mercados, especialmente el mercado mundial de mercancías. Se trató de una nueva apertura del comercio mundial bajo la hegemonía y la presión del modelo norteamericano. Lo importante es que, en este período, el mercado sufrió una intensa expansión, generándose una tendencia al aumento de la competencia.

Esto se expresó empíricamente en el hecho de que el comercio mundial creció más rápidamente que la producción. En dicha fase se produjo un fortalecimiento de los mercados en comparación con las empresas. Por otro lado, el período de posguerra fue también el período de crecimiento del Estado. En Europa Occidental y en América del Norte, esto se hizo manifiesto con la difusión de los Estados de Bienestar en los años '60, los cuales enfrentaron proporciones verdaderamente dramáticas en su expansión. En gran número de países, por ejemplo, los recursos del Estado para gastos sociales, aumentaron, en el lapso de dos décadas, más que en toda la historia anterior a 1960. También en otras partes del mundo hubo, durante este período, un gran crecimiento del aparato estatal, sobre todo a partir del desarrollo industrial. Por ejemplo, en Europa Oriental bajo la fórmula del "socialismo real", en Japón y en Asia Oriental, y también en América Latina, donde se desarrolló la industrialización con una importante intervención estatal. Podemos decir que, por lo menos hasta mediados de los años '70, el capitalismo se enfrentó tanto a una expansión de los estados como de los mercados.

El nuevo giro

Sin embargo, todo esto sufrió un cambio radical hacia los años '70 y específicamente durante los años '80. Este período ha supuesto un nuevo giro histórico en el desarrollo del capitalismo.

Querría concentrarme aquí en tres aspectos específicos de este cambio. Dos de ellos hacen referencia a la transformación de las

relaciones entre los mercados y las empresas, proceso que se efectuó de forma más dramática en relación a como se había producido en las décadas anteriores. El tercer aspecto remite a ciertos cambios en las relaciones entre los estados y los mercados.

En primer lugar, el proceso histórico de industrialización culminó, en los países capitalistas avanzados, hacia la segunda mitad de los años '60. El peso del empleo industrial ya había finalizado, en los países de la OECD, en 1970. Luego comenzó un proceso de desindustrialización relativa que, en muchos países, se produjo de forma muy vertiginosa. La llegada de la economía posindustrial significó una nueva relación entre los mercados y las empresas. Con excepción de los servicios sociales y de los servicios públicos, los servicios privados comenzaron a producirse en empresas más pequeñas y, sobre todo, en unidades productivas mucho más dependientes del mercado y de la demanda de los clientes. Este viraje del proceso de industrialización ha constituido una transformación fundamental en la conformación de la sociedad moderna.

Otro aspecto importante en este cambio estuvo dado por la introducción de nuevas modalidades de producción gracias al desarrollo de tecnologías más flexibles. Esta flexibilidad representó, en efecto, una mayor adaptabilidad a las demandas del mercado que ha sido posible gracias a ciertas innovaciones tecnológicas de manejo electrónico y computarizado del proceso de producción. En general suele discutirse esta producción flexible sólo en términos de relaciones industriales, de sistemas laborales o de sistemas de gerencia empresarial. Sin embargo, tal proceso también ha tenido una gran importancia en relación a la dinámica de la macroeconomía del capitalismo avanzado, al modificar las relaciones de fuerza y de poder entre las empresas individuales y el poder del mercado.

El tercer aspecto del nuevo crecimiento del mercado ha sido quizás el más dramático: la expansión absolutamente enorme de los mercados financieros internacionales que comenzó con el déficit público de los Estados Unidos financiando la Guerra de Vietnam. Con las recientes innovaciones tecnológicas, tanto de negocios cuanto de juegos financieros, estos mercados han llegado a ser extraordinariamente enormes en su riqueza y en sus recursos. Para dar sólo un ejemplo, durante un día en Londres se negocia un montante de divisas correspondiente al PBI mexicano de todo un año. En un día y medio, los traficantes de divisas venden y compran el equivalente al PBI anual de Brasil. Otro nuevo aspecto de este proceso es que, en Alemania, uno de los países más importantes del capitalismo avanzado, hacia 1985 las transacciones exteriores de capital representaban el 80% de su comercio exterior. En 1993, estas transacciones fueron cinco veces más importantes que el negocio de mercancías en aquel país. Si consideramos todos los mercados internacionales de monedas, divisas,

acciones, etc., veremos que éstos tienen una dimensión diecinueve veces mayor a todo el comercio mundial de mercancías y servicios.

Ahora bien, esta enorme expansión de los mercados financieros desempeña una gran importancia en varios aspectos. Primero, los mercados financieros son mercados muy competitivos, poseen ellos mismos una fuerte dinámica competitiva. Segundo, tienen un impacto considerable en el profundo cambio producido en las relaciones entre los mercados y los estados. Los estados nacionales han llegado a ser mucho más pequeños que este nuevo mercado financiero mundial, al mismo tiempo que han pasado a depender de la confianza que en ellos depositan dichos mercados para poder implementar gran parte de sus políticas. Nos encontramos ante una situación inversa a la de los años '30 y '40: dichos mercados pueden generar mucho más capital que el propio Estado. Esta es una fuerza objetiva que hoy estimula la onda de privatizaciones. Obviamente, existen motivos políticos e ideológicos para las privatizaciones. Sin embargo, y esto es muy importante, también existe un cambio profundo en las relaciones de fuerza entre los estados y los mercados.

Este proceso, característico en las economías competitivas posindustriales, es sumamente relevante en la medida en que también ha definido los parámetros de las transformaciones económicas y sociales en los regímenes de Europa Oriental. El comunismo de esta región fue una expresión elocuente del proceso de industrialización. En este sentido, podemos decir que ha sido un éxito. El crecimiento industrial de Europa Oriental fue, en muchos aspectos, impresionante. Estos países, históricamente más pobres, llegaron casi a igualarse a los países del resto de Europa hacia los años '60. Sin embargo, toda la situación cambió drásticamente con el proceso de desindustrialización, con las nuevas formas de producción, con el desarrollo de la economía de servicios y con las nuevas formas de gerencia empresarial. El socialismo de Europa Oriental no pudo adaptarse a la nueva fuerza y la nueva dinámica de los mercados. En efecto, sería difícil generar un sector de servicios de consumo según los principios de la *dictadura del proletariado*. Mucho más difícil sería también hacerlo con una dictadura de burócratas. Lo que los comunistas chinos y vietnamitas están intentando actualmente es adaptarse a esta nueva situación de los mercados. Su futuro es, al menos por el momento, una verdadera incógnita. Lo que quiero enfatizar es que hay un vínculo histórico entre el nuevo desarrollo de los mercados y la crisis económica que tiende a profundizarse en los países comunistas de Europa Oriental. Dicho proceso forma parte de la misma dinámica de transformación histórica de las relaciones entre empresas, estados y mercados.

Luego de este paréntesis, podemos continuar con la serie de tesis que me propongo desarrollar.

El Estado de Bienestar

Cuarta cuestión que me interesaría presentar aquí: *frente a este proceso de transformaciones es importante subrayar que el Estado de Bienestar se ha mantenido, a pesar de todo, sorprendentemente consolidado*. Se ha revelado como una institución firme y poderosa en las sociedades avanzadas y modernas. Más allá de los ataques frontales llevados a cabo por los neoliberales, y a pesar del poco apoyo de la izquierda clásica, los Estados de Bienestar se han mantenido muy bien. Concretamente, en los países de la OECD, los gastos públicos en 1993 eran más altos que en 1979, año de la asunción de Thatcher y, por supuesto, más altos que en 1980, año de la asunción de Reagan. La solidez del Estado de Bienestar puede verse también en América Latina. Por ejemplo, luego de la dictadura pinochetista, la más doctrinaria, dura, rígida, y probablemente la más brutal del Cono Sur, Chile tenía el sistema de políticas sociales más avanzado y costoso de América Latina. Esto, claro, no es un mérito de la dictadura. Después de todo, Pinochet y su régimen llevaron a cabo un intenso ataque, incluso armado, contra las instituciones de ese mismo Estado de Bienestar.

Podríamos preguntarnos por qué estas instituciones han sido tan sólidas. Aun cuando no tengo respuestas para explicar la resistencia que ellas han expresado en el caso chileno, en los países de Europa Occidental y en América del Norte, al menos una parte de la explicación es que el *Welfare State* ha llegado a ser una institución absolutamente central en la vida cotidiana de gran parte de la población. En Estados Unidos, el ingreso primario de un poco más del 40% de los habitantes depende del sector público. En algunos países europeos, este porcentaje llega al 65%, considerando tanto a los jubilados y asalariados como a los receptores de otras transferencias públicas. En este sentido, el Estado de Bienestar continúa siendo una esfera de fundamental importancia en las sociedades desarrolladas. El mantenimiento de estas instituciones no significa que los Estados de Bienestar “realmente existentes” poseen hoy los suficientes recursos o la capacidad necesaria como para superar los crecientes problemas sociales que diariamente enfrentan los países capitalistas avanzados. Pero éste es otro problema.

La sociología del capitalismo contemporáneo

Avancemos ahora en nuestra quinta tesis. Las crisis constituyen el ritmo de vida del capitalismo. En efecto, las crisis cíclicas forman parte de la vida normal de este sistema social e histórico. Sin embargo, *en el*

actual periodo, el capitalismo no enfrenta una contradicción económica estructural, una crisis económica estructural.

En sexto lugar, y en concordancia con la tesis anterior, debemos decir que: *la contradicción fundamental del capitalismo actual es más sociológica que económica.* Ella se manifiesta en la destrucción social creada por el poder del mercado. Vemos en todos los países, no solamente en América Latina, tendencias a un desempleo de masas de carácter permanente, la reproducción incesante de la pobreza y, también, el surgimiento de altos grados de desesperanza y de violencia, incluso en los países escandinavos. Estas tendencias autodestructivas de la competencia actual en el capitalismo, generadora de mecanismos cada vez más intensos de exclusión social en una gran parte de la población, es un aspecto central de esta contradicción sociológica.

Sin embargo, el problema no se agota allí. Las tendencias destructivas del capitalismo se confrontan también con poblaciones históricamente más capacitadas. Tanto a nivel mundial como a nivel local, estas tendencias se tropiezan con clases populares y clases medias más instruidas, lo que constituye un dato sumamente importante.

En efecto, si bien los países del capitalismo avanzado atraviesan por un proceso de profunda reestructuración, lo cual, tal como señaló Perry Anderson, se orienta a conformar una nueva estratificación de las clases populares y a intensificar ciertos mecanismos de fragmentación y desagregación social, por otro lado, también en estas mismas sociedades, podemos verificar un proceso de mayor capacitación de estas clases populares y de los sectores medios. En las economías capitalistas avanzadas, la tendencia dominante es demandar más calificación de la fuerza de trabajo (me refiero aquí a una orientación principal, aunque existen tendencias secundarias en dirección opuesta). Asimismo, el nivel de educación de toda la población está creciendo, al mismo tiempo en que se incrementan los niveles de autonomía individual.

Este es un proceso nacional y mundial. Durante los últimos treinta años, en relación a ciertos aspectos vinculados con la educación, la salud y la alimentación (en términos calóricos) se ha producido una relativa aproximación entre los países ricos y los países pobres. Sin embargo, esta aproximación de recursos individuales no económicos constituye una contradicción en el sistema capitalista mundial. Al mismo tiempo en que produce e intensifica esta tendencia, se intensifican los clivajes económicos y también los procesos de desigualdad social creciente al interior de los países capitalistas. No sabemos todavía qué formas asumirán en el futuro tales contradicciones, aunque ellas se expresan con fuerza en el capitalismo actual. Son profundas

contradicciones sociales a las que se enfrentan las prácticas neoliberales.

Luego de esta serie de tesis acerca de los procesos de transformación histórica del capitalismo, quisiera decir algo sobre la coyuntura actual y sobre los aspectos geopolíticos y geoeconómicos de nuestro presente y nuestro futuro.

Perspectivas de la coyuntura actual

Planteo, entonces, otra tesis: *el fin del eurocentrismo y del centralismo norteamericano constituye una dimensión del cambio histórico por el que atraviesan nuestras sociedades*. La Guerra Fría fue la proyección mundial de los conflictos de la modernidad europea. Luego de su fin podemos ver, por primera vez claramente, nuevos patrones de políticas y de luchas ideológicas en el mundo que no proceden de Europa Occidental ni de América del Norte. Vemos modelos de capitalismo avanzado en Asia Oriental, los cuales tienen muy poco en común con las experiencias europeas y estadounidenses. También, como ya ha señalado Perry Anderson, estos modelos de capitalismo avanzado han permanecido inmunes, al menos hasta ahora, al neoliberalismo como ideología. Los límites del neoliberalismo derivan también del fin del eurocentrismo en la historia moderna.

Por otro lado, creo que es importante subrayar que *los procesos actuales de globalización de la economía, de la política y de las comunicaciones no se manifiestan sólo en una uniformización planetaria ni en una polarización mundial, sino en desigualdades más visibles y próximas, así como en ciertas variaciones de lo que podemos llamar “procesos de criollización social” o nuevas formas de combinación y de recombinación de políticas, de prácticas sociales y de ideologías*. Estas modalidades de “criollización” pueden ser tanto de izquierda como de derecha.

Dos breves cuestiones antes de terminar.

Nos encontramos frente a límites precisos tanto por parte del capitalismo reformado, en el sentido keynesiano o socialdemócrata, como del socialismo clásico. Por otro lado, el marxismo se ha reconfirmado como instrumento analítico. Hoy podemos utilizarlo para explicar por qué han caído los regímenes comunistas en Europa Oriental, por ejemplo. Sin embargo, el marxismo contemporáneo ha desarrollado pocas guías estratégicas para los desafíos que debemos afrontar en la actualidad. En este contexto teórico, ¿qué perspectiva práctica podemos visualizar? Como novena tesis formularía que *hoy*,

más que nunca, precisamos una nueva concepción acerca de la transformación social y de la práctica política; una concepción, quizás, posmoderna. Más que una vanguardia que elabore el proyecto “modelo”, más que nuevas formas de poder central y concentrado, necesitamos prácticas diferenciadas, flexibles, movimientistas, simultáneamente locales y globales.

Es interesante, al menos para mí como europeo, que estas nuevas concepciones dinámicas futuras de la izquierda serán más nuevomundistas que europeas o asiáticas.

He aquí mi décima tesis.

En tal sentido, lo que ustedes hacen hoy y lo que harán mañana frente a los nuevos desafíos que nos presenta esta compleja realidad tiene una gran importancia no sólo para el futuro de Brasil sino también para el futuro mundial.

Capítulo III

La sociedad civil después del diluvio neoliberal

Atilio A. Boron

El presente capítulo consta de cuatro partes. En la primera se exploran el significado de la democracia y la ciudadanía, y su convulsionada relación con las estructuras de dominación inherentes a las sociedades capitalistas. En la segunda se aportan antecedentes acerca del impacto de la recesión y los ajustes de inspiración liberal sobre las condiciones de vida de las clases y capas populares en América Latina. En la tercera, se formulan algunas apreciaciones acerca de la validez empírica y consistencia lógica de algunas de las propuestas centrales de la ortodoxia neoliberal. En la cuarta, por último, se plantean algunas reflexiones sobre el tipo de sociedad civil resultante del diluvio neoliberal.

Introducción: ciudadanía y cuestión democrática en América Latina¹

La incompleta y relativamente precaria democratización de los regímenes políticos latinoamericanos vino acompañada por una reapertura del debate acerca del significado actual de la democracia. Pocas veces podría un tema como éste haber sido más oportuno en un continente que -como más de una vez lo recordara Agustín Cueva- en sus casi dos siglos de vida independiente no conoció una sola revolución burguesa que hubiera culminado en la instauración de un régimen democrático estable. Revoluciones burguesas hubo algunas, es cierto: en México en 1910-1917, en Guatemala en 1944, en Bolivia en 1952, y

hasta en el Brasil a partir de 1964. Pero ninguna de ellas concluyó sus “tareas pendientes” estableciendo un régimen democrático: su preocupación, antes bien, fue afianzar el funcionamiento del modo de producción capitalista, no introducir a la democracia burguesa. Su móvil y su objetivo era la implantación del capitalismo, no de la democracia. La impronta autoritaria del capitalismo latinoamericano tiene pues raíces muy profundas, que se hunden en nuestro pasado colonial y en la modalidad reaccionaria y dependiente con la cual nuestras sociedades se integraron al capitalismo mundial².

En todo caso, hacia comienzos de los años ochenta América Latina parecía dispuesta a intentar, una vez más, organizar su vida pública en consonancia con los preceptos democráticos. Esta tendencia fue reforzada por el hecho de que, desde mediados de los años setenta, el impulso democrático comenzó a dejarse sentir con una fuerza sin precedentes en la historia de la humanidad. Nunca como entonces hubo tantas naciones que acometieron la empresa de transformar su régimen político según las reglas del juego democrático.

Impresionados por estos acontecimientos, algunos teóricos, como Samuel P. Huntington, han creído ver en ellos la manifestación de una suerte de “tercera ola democrática”³. Como producto tanto de esta marejada democrática como de aquello que Norberto Bobbio denominara “1as duras réplicas de la historia” -y que incluye tanto el fenomenal fracaso del socialismo stalinista, padecido por la URSS y los países del Este europeo, como la completa inoperancia de las fórmulas socialdemócratas tradicionales para “superar” al capitalismo-, un segmento importante de la izquierda latinoamericana adhirió a una concepción ingenuamente optimista y “facilista” de la democracia, que reposa sobre dos supuestos: (a) el carácter presuntamente lineal e irreversible de los progresos democráticos, algo que, por ejemplo, un conservador lúcido y realista como Huntington se niega terminantemente a admitir; (b) la creencia, teóricamente errónea e históricamente falsa, de que la democracia es un proyecto que se agota en la sola “normalización” de las instituciones políticas. La empresa dramática de instaurar la democracia se reduce así a la creación e institucionalización de un puro orden político -es decir, un sistema de reglas del juego que hace abstracción de sus contenidos éticos y de la naturaleza profunda de los antagonismos sociales- y que sólo plantea problemas de gobernabilidad y eficacia administrativa⁴. Asombra comprobar cómo algo que parece a primera vista tan sencillo y razonable -según estos autores- haya podido despertar a lo largo de la historia pasiones tan desbordantes, precipitado resistencias tan encarnizadas, y provocado en los más diversos tipos de sociedades revoluciones y contrarrevoluciones, sangrientas guerras civiles, prolongadas luchas reivindicativas y salvajes represiones. ¿Habrá sido todo a causa de un simple malentendido, o

será que la implantación de la democracia es la coagulación de un determinado resultado de la lucha de clases, y como tal está muy lejos de ser un simple trámite administrativo? Ateniéndonos a la experiencia histórica del Brasil podríamos decir que fue muchísimo más sencillo conseguir la abolición de la esclavitud y producir la caída del imperio que alcanzar la democracia burguesa.

En todo caso, y sin entrar a considerar un tema que escaparía de los límites del presente trabajo, conviene tomar nota de las perniciosas implicaciones teóricas y político-ideológicas de este triunfo contundente de las concepciones schumpeterianas -que reducen la democracia a una cuestión de método, disociado por completo de los fines, valores e intereses que animan la lucha de los actores colectivos- a expensas de las formulaciones clásicas. En éstas, la democracia es tanto *un método de gobierno como una condición de la sociedad civil*, caracterizada por el predominio de la igualdad y por la existencia de una categoría social especial: los ciudadanos, cuya definición excede los marcos meramente formales y remite a características sociológicas y económicas bien especiales. Ninguna discusión sobre el futuro de la democracia encarada por los socialistas a finales del siglo XX puede ignorar este parámetro fundamental⁵. Una vez más Agustín Cueva estaba en lo cierto cuando prevenía en contra de esta tendencia a considerar a la democracia como una categoría exclusivamente "política". Esta definiría un tipo específico de relaciones entre el Estado y la sociedad civil -caracterizado por la existencia de la libertad, el pluripartidismo, las elecciones periódicas y el imperio de la ley- cuya efectividad democrática, se supone, está apriorísticamente garantizada cualesquiera sean sus condiciones concretas de existencia. De ahí que este malogrado autor concluyera que estas reglas del juego democráticas:

... en sí mismas me parecen positivas, pero con la salvedad de que nunca funcionan de manera indeterminada, o sea, con independencia de su inserción en cierta estructura más compleja que es la que les infunde una y otra "orientación"⁶.

Siendo esto así, una reflexión sobre nuestras nacientes democracias no puede hacerse sobre la democracia en general. Esta es inconcebible al margen de un análisis sobre la estructura y dinámica del capitalismo latinoamericano y, más detalladamente, sobre la naturaleza de los procesos de ajuste estructural y refundación capitalista actualmente en curso en nuestra región. En otras palabras, no tiene demasiado sentido hablar de la democracia en su abstracción cuando en realidad de lo que se trata es de examinar la forma, condiciones y alcances de la democratización en sociedades, como la capitalista, que se fundan en principios constitutivos que le son irreconciliablemente antagónicos. Esto en nada subestima la trascendencia de la democracia como forma de gobierno y como modo de vida, sobre todo después de los ríos de

sangre que corrieron en América Latina para conquistarla. Pero su necesaria valoración no puede ignorar que en su concreción histórica a la democracia -tanto en la periferia del capitalismo como en su núcleo más desarrollado- siempre se la encuentra entrelazada a una estructura de dominación clasista, la cual impone rígidos límites a sus potencialidades representativas y, en mayor medida todavía, a las posibilidades de autogobierno de la sociedad civil. La democracia de la Atenas clásica no disolvía por el hechizo de las palabras las relaciones de dominación que caracterizaban al esclavismo del mundo antiguo. El ascenso de Pericles no fue suficiente para que los amos se convirtieran en esclavos o para que éstos se emanciparan. Del mismo modo, la democratización del capitalismo no basta para que las arraigadas estructuras de dominio sobre las cuales reposa y de las cuales depende vitalmente se esfumen como resultado del sufragio universal y la representación política. Por lo tanto, la adecuada ponderación de estas relaciones requiere sortear dos escollos, que son las Scilla y Caribdis en donde naufragan muchos análisis: por un lado, el reduccionismo economicista, que disuelve la especificidad de la política en las leyes de movimiento del capital. A consecuencia de esto la dictadura y la democracia burguesa se convierten en distinciones irrelevantes: Augusto Pinochet es lo mismo que Olof Palme y Raúl Alfonsín es igual a Jorge R. Videla. El error simétrico al reduccionismo economicista se encuentra en las concepciones, hegemónicas en las ciencias sociales, que fragmentan y descomponen la realidad social, reificando a sus “partes” como si ellas pudieran existir independientemente de la totalidad a la que pertenecen y que les da sentido. Se habla de democracia “a secas” cuando en realidad estamos hablando de “capitalismos democráticos”, en donde lo sustantivo es el capitalismo y lo adjetivo la democracia⁷.

La inesperada “resurrección” de la sociedad civil en América Latina, un fenómeno que en el Brasil adquirió una intensidad extraordinaria desde los tiempos de las *direitas já!*, obligó a recolocar radicalmente los términos de la cuestión democrática. ¿Por qué? Sencillamente porque en su formulación convencional ésta no trascendía las fronteras del orden político. El discurso tradicional de la democracia permanece encerrado en la arquitectura formal del Estado y el sistema representativo, excluyendo de su horizonte de visibilidad todo aquello que las limitaciones de la ideología burguesa condena al limbo de la esfera “extra-política”. A pesar de sus evidentes limitaciones esta perspectiva es la que, todavía hoy, predomina en los planteamientos teóricos del *mainstream* de la ciencia política norteamericana. En otras palabras, no se franquea el hiato -que el joven Marx había identificado como una “falla estructural” en la tradición liberal-democrática- que separa artificialmente al *bourgeois* del *citoyen*⁸. En esta concepción la democracia remite al segundo y se desentiende de la suerte -y la

inserción estructural- del primero: para la teoría liberal-burguesa de la democracia es irrelevante si el ciudadano en cuestión es un propietario o un proletario. Es que la premisa silenciosa de todas las elaboraciones que arrancan de la matriz lockeana es que sólo el propietario puede aspirar a la ciudadanía. Como producto del peso que sigue teniendo este supuesto, gran parte de las contribuciones recientes producidas al interior de esta tradición doctrinaria tienen un inconfundible sabor de “fantasía”. Se admite sin discusión, por ejemplo, que las democracias latinoamericanas tienen ciudadanos -algo que habría que ver hasta qué punto y en qué proporción es cierto en cada país-⁹; o se formulan juicios abstractos sobre “la democracia” y sus problemas que parten del supuesto, casi nunca explicitado, de que ésta funciona en Argentina, Brasil o Chile -ni se diga en Haití, Guatemala o Honduras del mismo modo que lo hace en los países escandinavos. No es una mera casualidad que términos cruciales para el estudio de las democracias capitalistas en el mundo desarrollado -tales como *governmental accountability* o *responsiveness*, por ejemplo carezcan de traducción literal en lengua castellana y en portugués. Es que, hasta fechas muy recientes, eran vocablos innecesarios: la experiencia práctica de los pueblos iberoamericanos no suscitaba la necesidad de crear tales palabras¹⁰.

La irrupción de las masas en el Estado capitalista hizo inevitable la reformulación de la cuestión democrática. A raíz de esto la tradicional concepción “garantista” y exclusivista que había predominado hasta la Primera Guerra Mundial -con su fuerte impronta formalista- reveló todas sus insuficiencias. Esto no significaba, naturalmente, que los viejos principios codificados por el constitucionalismo liberal burgués del siglo XVIII y XIX hubieran perdido su valor, transformándose de la noche a la mañana en desdeñables “formalidades”. Le cupo a Rosa Luxemburgo el honor de haber sido quien, con singular agudeza, reconoció que aquellas libertades, derechos y garantías individuales apostrofadas por su supuesta condición de “burguesas” *segúan siendo condiciones necesarias -si bien no suficientes- para la construcción de una democracia socialista*. Su opción revolucionaria no la hizo sucumbir ante la tentación -que tantos estragos hiciera en la izquierda- de denostar a la democracia burguesa por ser exclusivamente “formal”¹¹. La validez de la crítica socialista a las inconsistencias de un régimen cuyos predicados igualitaristas y democráticos son incongruentes con sus premisas prácticas clasistas y autoritarias sigue siendo aún hoy irrefutable. Véase si no el desolador panorama de nuestras democracias, manteniéndose precariamente de pie sobre sociedades estructuralmente injustas, que condenan cada día a miles de personas a la marginalidad y el desamparo. Claro está que, siguiendo a Rosa Luxemburgo, es vital comprender que el argumento de la democracia socialista nada tiene que

ver con la codificación que éste sufriera a manos del estalinismo. En la vulgata pseudomarxista se procedía sin más trámite a la cancelación de esas libertades “formales” pretextando su carácter irreductiblemente burgués, ¡como si el *habeas corpus*, la libertad de expresión y asociación o el *majority rule* fuesen antagónicos con la teoría y la práctica política de las clases populares! ¿O es que, tal como correctamente se preguntara Norberto Bobbio, una asamblea de obreros elige sus representantes por el voto calificado de sus miembros, o apelando a un principio teocrático?¹² Rosa Luxemburgo, por el contrario, acertadamente sostenía que la democracia socialista exigía la más rotunda ratificación y extensión de esas libertades -formales sólo en apariencia- mediante la democratización “sustantiva” de la fábrica, la escuela, la familia; en fin, del conjunto de la sociedad¹³.

Todo lo anterior plantea por lo menos dos problemas que, dada su envergadura, apenas si nos limitaremos a enunciar. Primero, ¿hasta qué punto la plena democratización del Estado capitalista es capaz de suturar el hiato entre la igualdad “celestial” que proclama el régimen político y la desigualdad “material” que reproducen incesantemente las relaciones burguesas de producción? Es obvio que el proyecto de un capitalismo democrático tropieza con escollos insalvables, de naturaleza estructural. ¿Es solucionable la contradicción entre democratización política y autocracia económica? No parece; al menos, no hay casos históricos que avalen respuestas afirmativas. Lo que sí han habido son “compromisos” que cabalgan sobre esta contradicción y atenúan sus aspectos más desestabilizantes: no es otro el significado que tienen la democracia burguesa y el Estado keynesiano de bienestar. Pero el “compromiso de clases” no cancela el antagonismo clasista¹⁴. No pueden subestimarse los adelantos políticos experimentados por el capitalismo democrático desde la Primera Guerra Mundial, ni minimizarse los alcances del Estado keynesiano de bienestar desde los años treinta. Impulsados por las luchas populares los capitalismo democráticos debieron consentir la introducción de una serie de reformas que beneficiaron objetivamente a las clases subalternas. Sin embargo, es imposible negar que estos desarrollos tropezaron con los límites inflexibles del despotismo del capital en el decisivo terreno de la producción. El impulso reformista se detuvo en las puertas de las fábricas y los bancos.

Pero siendo esto así surge inmediatamente la segunda cuestión: ¿es posible concebir el tránsito desde una democracia capitalista a una democracia socialista, o “pos-capitalista”, como un deslizamiento gradual y sin rupturas entre dos polos de un mismo eje? El paso de la una a la otra, ¿es simplemente una cuestión acumulativa, o implica un salto cualitativo? La respuesta en ambos casos es negativa, y la experiencia histórica enseña que el posible tránsito desde una democracia capitalista

a otra de tipo socialista -o, al menos, "poscapitalista" -es impensable sin replantear simultáneamente el tema de la mutación radical en la estructura de la sociedad, es decir, el tema (tabú en tiempos neoliberales) de la revolución. En consecuencia, sólo podría hablarse de la profundización de la democracia luego de haber formulado alguna hipótesis verosímil sobre la estabilidad a largo plazo de la sociedad capitalista; y para conjeturar los itinerarios de un eventual tránsito hacia alguna forma de democracia "pos-capitalista" se requeriría similarmemente poder esbozar algunas hipótesis en torno a los factores que precipiten la descomposición del capitalismo contemporáneo.

En síntesis: los problemas objetivos y concretos que acosan la marcha de la democracia en América Latina trascienden holgadamente aquellos referidos a la exclusiva mecánica del régimen político. Permanecer encerrados en una concepción "politicista" de la democracia obnubila nuestra visión y nos instala en un universo ficcional que no guarda correspondencia con los procesos reales y concretos que conmueven a nuestras sociedades. La prueba de que la democracia no puede ser concebida en un sentido "politicista" y suprahistórico viene dada por el hecho de que lo que satisfacía al ideario democrático en la Grecia clásica, en las ciudades libres del medioevo europeo o en la civilización surgida con el advenimiento de la modernidad y el industrialismo constituye hoy en día nada más -pero también nada menos- que la plataforma histórica desde la cual los pueblos pugnan por nuevas y más fecundas formas de participación y de construcción del poder político. Si a comienzos del siglo XX la democracia podía excluir del sufragio a la mujer, en la segunda mitad del mismo ninguna democracia puede reivindicarse como tal sin la plena participación de la mujer en la vida política. Del mismo modo, la democracia "protectiva" de los derechos individuales, o del "individualismo posesivo", para usar las consagradas expresiones de C. B. Macpherson, requiere hoy -para no caer en el anacronismo- de nuevos contenidos de tipo económico y social que al igual que el sufragio femenino ya constituyen un componente fundamental de la doctrina democrática. El problema es que este cúmulo de nuevos derechos y *entitlements*, así como la concepción expansiva y participativa de la democracia que fluye de ellos, son tendencialmente incompatibles con la sociedad capitalista¹⁵.

Por consiguiente, el desafío que enfrentan las sociedades latinoamericanas va mucho más allá de asegurar la restauración de formas políticas congruentes con los principios fundamentales del régimen democrático. Aparte de eso -una tarea ya de por sí tan extenuante como el trabajo de Sísifo- los nuevos gobiernos deben también demostrar que la democracia es una herramienta eficaz para asegurar la transformación social y la construcción de una "buena sociedad". La agenda de la democracia en América Latina no puede

estar más recargada: pobreza extrema, enfermedad, analfabetismo, desempleo, decadencia regional y urbana, narcotráfico. ¿Pueden las nuevas democracias ignorar la fenomenal “deuda social” que este continente viene acumulando desde tiempos inmemoriales?

“Ajustes neoliberales”, pobreza y ciudadanía democrática

La derechización del clima ideológico y político de Occidente en los ochenta trajo consigo un doble movimiento: por una parte, una supersticiosa exaltación del mercado, cerrando los ojos a los resultados catastróficos que su autónomo funcionamiento había producido en el pasado -hasta desembocar en la Gran Depresión de 1929- y absolviéndolo piadosamente de sus culpas. Por la otra, una recíproca satanización del Estado como causante de todas las desgracias e infortunios que, de distinta manera, afectaron a las sociedades capitalistas. No es precisamente una casualidad que la crítica al Estado haya comenzado a arreciar cuando los estados capitalistas de América Latina inician una nueva etapa democratizadora. Bajo estas circunstancias, el auge de los planteamientos neoliberales que configuran el Consenso de Washington ha convertido al Estado en la *bete noire* que hay que combatir si es que nuestros países quieren arribar, algún día, a los diáfanos cielos del desarrollo. Cualquiera mínimamente familiarizado con la historia económica de las sociedades capitalistas, sea del centro como de la periferia, sabe muy bien que esta formulación es insostenible a la luz de la evidencia empírica. Recordemos simplemente lo siguiente: en la década del ‘60 las economías latinoamericanas de ese entonces, fulminadas ahora por su estatismo, crecieron a una tasa anual del 5,7%, y en la década siguiente, a pesar de los problemas derivados de la crisis del petróleo y la recesión en los países industrializados, lo hicieron al 5,6%. En los neoconservadores ‘80, cuando las políticas ortodoxas prevalecieron casi sin contrapeso, la tasa de crecimiento fue de tan sólo el 1,3%, que se transforma en negativa al tomarse en cuenta el crecimiento de la población¹⁶. El camino neoliberal hacia el Primer Mundo, por lo tanto, no es otra cosa que un mito, hábilmente manejado por las clases y fracciones que actualmente detentan la hegemonía en el sistema capitalista internacional. Los resultados de esa política pueden verse con toda nitidez en el caso de los Estados Unidos, donde la ortodoxia neoliberal de Reagan obró el milagro de hacer que en pocos años la mayor economía del mundo se transformase ¡del principal acreedor del planeta en el primer deudor del orbe! Sin embargo, y pese a esta evidencia, los pregoneros de las bondades del ajuste neoliberal en

América Latina prosiguen impertérritos con su prédica, y sus imponentes aparatos de hegemonía han transformado este verdadero *nonsense* en el sentido común de nuestras sociedades.

La hegemonía ideológica del neoliberalismo y su expresión política, el neoconservadurismo, adquirieron una desacostumbrada intensidad en la América Latina. Uno de sus resultados ha sido el radical debilitamiento del Estado, cada vez más sometido a los intereses de las clases dominantes y resignando grados importantes de soberanía nacional ante la superpotencia imperial, la gran burguesía transnacionalizada y sus “instituciones” guardianas: el FMI, el Banco Mundial y el régimen económico que gira en torno a la supremacía del dólar. Por otra parte, a la crisis estructural del Estado -su raquitismo y regresividad tributarias, la irracionalidad del gasto, la sangría de la deuda externa, su hipertrofia burocrática- se le añade un discurso ideológico autoincriminatorio que iguala todo lo estatal con la ineficiencia, la corrupción y el despilfarro, mientras que la “iniciativa privada” aparece sublimada como la esfera de la eficiencia, la probidad y la austeridad. Estas imágenes dicotómicas de lo “público” y lo “privado” no resisten el menor análisis, aunque sea por el hecho elemental de que la otra cara de la corrupción y la ineficiencia del “estatismo” es el empresario privado que corrompe al funcionario estatal. En todo caso, la amalgama de la crisis estructural del Estado con el discurso satanizador del sector público ha disminuido la capacidad de éste para formular y ejecutar políticas. La burguesía que en el pasado apoyó su acumulación privada en la gestión estatal y las políticas keynesianas hoy se desvive por amputarle al Estado todas sus capacidades regulatorias. Su estrategia de dominación -articulada en los diferentes escenarios nacionales con la de las fracciones hegemónicas del capital imperialista- ha sido facilitada por el fenomenal retroceso experimentado por el movimiento obrero a escala planetaria. Esta situación ha precipitado una ofensiva sin precedentes destinada a desandar el camino iniciado con la Gran Depresión de 1929, desplazando el centro de gravedad de la relación Estado-mercado en dirección de este último: de ahí la oleada de desregulaciones, liberalizaciones, aperturas indiscriminadas de los mercados, y las privatizaciones mediante las cuales los capitalistas se hicieron de las empresas estatales y de los servicios públicos más rentables.

Como resultado de todo lo anterior los capitalistas locales y sus socios metropolitanos obtuvieron varias ventajas: primero, reforzaron de manera considerable su predominio económico, reduciendo drásticamente el control público de los recursos nacionales y facilitando el accionar del sector privado. Segundo, algo muy importante para el gran capital financiero internacional y de lo cual se habla muy poco: garantizaron (al menos hasta ahora) el pago de la deuda externa, destinando a tales efectos recursos y propiedades de carácter público

otrora “intocables”; tercero, modificaron a su favor, y de manera decisiva, la correlación de fuerzas entre el mercado y el Estado, condicionando de este modo los grados de libertad que pudiera tener algún futuro gobierno animado por una vocación reformista o transformadora. Ante este panorama no caben dudas: tal vez la tarea más urgente con la que se deban enfrentar los países de América Latina una vez agotado el diluvio neoliberal será la reconstrucción del Estado.

a) La cruzada “privatista”

La fusión de la crisis fiscal con el discurso auto-incriminatorio del Estado que propagan los voceros del neoliberalismo ha impulsado a diversos gobiernos de la región a adoptar políticas tan salvajes como imprudentes -y, en algunos casos, altamente corruptas- de desmantelamiento de agencias y empresas estatales o paraestatales, cuyos resultados, en términos de la provisión de bienes públicos, son hasta ahora francamente negativos. La “muerte súbita” del Estado constituye una asombrosa novedad, por cuanto pone de relieve la pendular reversión de una tendencia muy pronunciada en los sesenta y en los setenta, y que tuvo como consecuencia el reforzamiento del Estado en casi todos los países de la región. Una somera revisión de la literatura de la época demuestra que el Estado se había transformado en un componente central del famoso “trío” dominante -junto con las burguesías “interiores” y el capital monopólico transnacional- en los estados burocráticos-autoritarios y las dictaduras militares de nuevo tipo que, por aquellos años, se enseñorearon de la región¹⁷. Si bien su poderío no podía equipararse al que caracterizaba al “socio principal” de esta alianza, el capital transnacional, la pujanza de las estructuras estatales, la diversidad de empresas de distinto tipo que poseía y administraba, y el enorme volumen de sus operaciones, hicieron del Estado un agente económico y político de primer orden. Además, éste no sólo podía dictar ciertas condiciones a las burguesías locales sino que, en algunos casos, pudo negociar con el capitalismo metropolitano desde una posición que le permitió -como en Brasil, México, en parte Venezuela- introducir estrictas regulaciones a sus negocios e, inclusive, dictar leyes de nacionalización de firmas extranjeras. Basta recordar, para calibrar la magnitud de las transformaciones experimentadas en estos años, que la problemática de aquella época era la de las nacionalizaciones, mientras que hoy en día la voz de orden es la de las privatizaciones. No hace mucho se diseñaban proyectos de expansión del sector público y las empresas estatales, hoy en día la ortodoxia dominante aconseja “achicar” el Estado, rematar sus empresas para fortalecer el sector privado de la economía, y nuestros gobiernos están actuando -con la furia y el dogmatismo de los conversos- en función de estas nuevas ideas. Esta violenta oscilación en el “clima ideológico” del

capitalismo tiene, sin dudas, enorme significación desde el punto de vista de las capacidades efectivas del Estado para intervenir en la vida económica. El “papel rector” que se le asignaba en la ideología desarrollista de la posguerra ha sido significativamente recortado; sus recursos y su capacidad para ejecutar una política económica soberana también. En consecuencia, sus posibilidades de regular los mercados, neutralizar los efectos desquiciantes del ciclo económico y producir los satisfactores sociales que requiere la población se han visto tajantemente menoscabados.

Entiéndase bien: no estamos proponiendo que la izquierda latinoamericana se embarque en una dogmática apología del modelo estatal vigente en el antiguo régimen social de acumulación. Aquel era un Estado que, visto desde la perspectiva de hoy, ciertamente aparece como sobredimensionado, involucrado innecesariamente en una infinidad de jurisdicciones y marcado por profundas tendencias deficitarias. Un Estado que, sin dudas, servía más para satisfacer las necesidades y los intereses de las clases dominantes que los de las clases y capas subordinadas. Sin embargo, dada la naturaleza “estadocéntrica” del viejo patrón de acumulación capitalista, este sesgo clasista no le impidió desempeñar un relevante papel desde la segunda posguerra hasta la crisis del petróleo: tal como decíamos más arriba, las economías latinoamericanas crecieron a un promedio anual superior al 5,5% y un vigoroso proceso de industrialización transformó radicalmente nuestras sociedades. Además, al amparo de ciertas coyunturas políticas, el impulso de las luchas populares hizo que el “Estado intervencionista” adoptase políticas que redistribuyeran moderadamente ingresos y riquezas, integrase políticamente a las capas y clases populares, y se les proveyera de ciertos bienes y servicios - salud, educación, vivienda, agua potable, transportes, una legislación social, etc.- a los cuales probablemente jamás habrían accedido si hubieran tenido que esperar los beneficios del mercado¹⁸. Agotado el modelo de acumulación que instalaba al Estado en una posición rectora -y sobre el cual se asentaba además el dinamismo del proceso de crecimiento- los defectos e insuficiencias del viejo orden estatal adquirieron un carácter grotesco. En el enrarecido clima producido por la embriaguez neoliberal, las razonables iniciativas tendientes a reformar el Estado se transformaron -como en la Argentina menemista- en una irracional cruzada purificadora. Ofuscados por su afán de ser “más papistas que el papa” y deseosos de probar en los hechos su intensa adhesión a los dogmas del Consenso de Washington, en lugar de erradicar al “estatismo” -como deformación viciosa de una institución como el Estado que, en la etapa actual, es irremplazable- varios gobiernos de la región se dieron a la tarea de destruirlo. En la Argentina se privatizaron las empresas públicas, pero transfiriendo escandalosamente, a precios irrisorios y sin los más elementales recaudos -que en el Reino Unido, por ejemplo, tomara la Sra. Margaret Thatcher- el patrimonio acumulado por varias generaciones a

la antigua “patria contratista”, a multinacionales privadas o a monopolios estatales extranjeros. También se desregularon muchas actividades económicas (pero preservando ciertos “cotos de caza” para oligopolios regentados por “influyentes” allegados a los círculos gobernantes) y en detrimento de la colectividad se amputaron innecesariamente funciones legítimas de fiscalización y contralor (por ejemplo, en la industria farmacéutica, bebidas o la alimentación) que el Estado desempeñaba con razonable eficacia desde hacía medio siglo. Por último, se redujo el déficit fiscal, pero privando al Estado de los recursos más elementales para proveer bienes públicos e intervenir con eficacia en la vida económica y social, a la vez que con sus misérrimos sueldos se ahuyentaba a sus más honestos y leales servidores¹⁹.

Toda esta insensatez fue justificada por una ideología crudamente “privatista” que, incentivada por los tecnócratas ligados a las instituciones financieras internacionales, sostiene que todo lo que hace el Estado es malo, ineficiente y corrupto; y que todo lo que hace el sector privado es bueno, eficiente y virtuoso. Cegados por su dogmatismo, o por sus intereses materiales, los “fundamentalistas” de la economía neoclásica parecen no ser capaces de percibir que el record de empresas privadas de aviación como USAir (a quien se le cayeron cinco aviones en cinco años), o las difuntas Pan American o Eastern, empalidecen ante el que exhiben empresas estatales o con amplia mayoría accionaria estatal como Swissair, Lufthansa o Air France. O que los ferrocarriles estatales de Francia, Suiza y Alemania son infinitamente superiores en calidad, eficiencia y precio a la firma privada norteamericana Amtrak; o que la empresa estatal telefónica de Francia es incomparablemente superior a cualquiera de las privadas de los Estados Unidos y que, a pesar de su crisis, el Royal Mail británico es muchísimo mejor que los “correos privados” que pululan por toda América Latina gracias a las políticas de destrucción del Estado patrocinadas por los gobiernos neoliberales de la región. Ante esta evidencia, ¿cómo puede aducirse la “superioridad” -en términos de eficiencia/racionalidad/precio/calidad/servicio- de la empresa privada, en todo tiempo, lugar y circunstancia?

b) Las políticas sociales y las “fallas del mercado”

Ahora bien: es evidente que, ante la magnitud del desafío que plantea la rápida propagación de la pobreza en todo el continente, el Estado deberá diseñar un conjunto de políticas sociales que neutralicen y corrijan los desquiciantes efectos de las “fallas” del mercado, que en América Latina han demostrado una colosal ineptitud para resolver los problemas de la educación, la vivienda, la salud, la seguridad social, el medio ambiente y el crecimiento económico, para no citar sino los ejemplos más corrientes. El costo de no hacer nada -pagando tributo al

dogma neoliberal- será inmenso, no sólo en términos de sufrimiento humano sino también de desempeño económico a mediano y largo plazo y de estabilidad democrática. Según diversos trabajos elaborados por la CEPAL, en 1960 un 51% de personas vivía por debajo de la línea de pobreza en América Latina, lo que equivalía a unos 110 millones de personas. En 1970 esta proporción descendió sensiblemente, a un 40%. En la década de los setenta la tendencia positiva se estanca, registrando un ligero aumento hasta llegar a un 41% en 1980. Luego del estallido de la crisis de la deuda y la puesta en marcha de las políticas de ajuste y estabilización la regresión social cobra más fuerza: la proporción de pobres salta al 43% en 1986 y un 46% en 1990, esto es, 196 millones de latinoamericanos²⁰. Las estimaciones alternativas sobre lo que nos aguarda para el resto de la década de los noventa están lejos de ser tranquilizadoras. Adoptando una metodología que permite la “medición integrada de la pobreza” y, en ese sentido, diferente a la de la CEPAL, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo llega a las siguientes conclusiones. En un escenario “optimista”, es decir, suponiendo que el PBI *per cápita* crece a un ritmo promedio anual del 1,3%, se llegará al año 2000 con 296 millones de pobres, o sea, un 56,3% del total de la población de América Latina y el Caribe. Sin embargo hay otra posibilidad, esta vez “pesimista” -que implica que el PBI *per cápita* permanece estancado- y en cuyo caso la región contaría hacia finales de siglo con 312 millones de pobres, un 59,3% del total de la población²¹.

La gravedad de la situación retratada por el trabajo del PNUD salta a la vista, sobre todo si se recuerda que en la América Latina y el Caribe de los ochenta el PBI per cápita sólo una vez, en 1986, creció por encima del 1,3% estipulado bajo la hipótesis “optimista”, y que en los tres últimos años de la década el crecimiento fue negativo, de -1,2, -0,6 y -2,6% respectivamente. Si bien es cierto que a comienzos de los noventa se produjo una cierta recuperación en algunos países, también es cierto que ésta sigue siendo “parsimoniosa” y que los pronósticos distan de dar por terminada la recesión instalada desde los ochenta. En todo caso, hacia 1993 las economías latinoamericanas no habían dado señales muy convincentes como para abrigar mejores esperanzas y esperar con confianza el cumplimiento de las previsiones optimistas. La crisis del peso en México, en diciembre de 1994, vino a ensombrecer aún más este panorama. Bajo estas condiciones, ¿es posible construir democracias estables y legítimas?

En todo caso, si se persiste en la orientación de la política económica adoptada durante la década de los ochenta, los países de la región corren serios riesgos de que las modificaciones regresivas que tuvieron lugar en el pasado inmediato se profundicen y consoliden definitivamente, coagulando un nuevo tipo de estructura social

caracterizada por su polarización, heterogeneidad y desequilibrios, con extremos de pobreza e indigencia que conviven -con niveles crecientes de violencia, criminalidad, anomia y desorganización social- con otros de riqueza y opulencia. Aquí surgen dos tipos de consideraciones. Por una parte no es con una mano de obra pauperizada, hambrienta, cada vez menos educada, carente de una adecuada atención sanitaria, mal vestida y peor alojada, como nuestros países podrán insertarse en la economía internacional. Las naciones que han sobresalido en este empeño han hecho exactamente lo contrario: invertir consistentemente en el capital humano, lo que ha llevado a reducir la pobreza y a construir sociedades más justas²².

Por la otra, a nadie se le escapa que una situación social de ese tipo - lo que ciertos economistas brasileños han dado en llamar el modelo de Belindia: una mezcla tenebrosa de la pobreza de la India con la opulencia belga- ofrece un terreno escasamente propicio para la estabilización y funcionamiento de un orden democrático. Para que éste sobreviva se requiere que en la sociedad prevalezca un grado mínimo de justicia distributiva: nuestros países no sólo se encuentran por debajo de ese umbral sino que -embelesados por el mito neoliberal- marchan resuelta y despreocupadamente en sentido contrario. No hace falta insistir demasiado en la significación que este negativo desempeño de la economía tiene sobre la estabilidad democrática y la solidez de sus principios de legitimidad. Baste con recordar que semejante *performance* se encuentra en las antípodas de lo que fuera el rasgo distintivo de la reconstrucción democrática y económica de la Europa de posguerra. Los recientes acontecimientos de Perú y Venezuela; la ininterrumpida supremacía militar en Chile, apenas disimulada por la existencia de un gobierno civil; las dificultades con que tropiezan los avances democráticos en México; los avatares de la democracia en Haití; los alarmantes síntomas de la descomposición de un precario orden estatal en Colombia, y el “vaciamiento” que han sufrido las demás experiencias democratizadoras en el continente, son ominosos recordatorios de su fragilidad, aún cuando sea bueno recordar que éstas no son tan débiles como se temía y que han resistido -hasta ahora- el peso de una tremenda crisis económica. Sin embargo, sería conveniente no caer en un imprudente optimismo, fruto de la subestimación de los factores que tienden a erosionar la estabilidad del orden político. Un régimen democrático que merced a las políticas de “ajuste salvaje” empobrece año a año a un número cada vez mayor de ciudadanos, o que transforma en letra muerta la separación de poderes, o que neutraliza por completo los débiles impulsos participativos desde la base, puede terminar cavando su propia fosa. Un régimen, en definitiva, que cancela la “ciudadanía política” lograda por la reinstauración de la democracia con la “desciudadanización económica y social” provocada por el apogeo del

neoliberalismo, puede proyectar una superficial impresión de estabilidad, hasta que de súbito se produce el derrumbe. La progresiva deslegitimación de las nuevas democracias, producto de su incapacidad para mejorar la suerte de las grandes mayorías, difícilmente pueda ser considerada como un elemento positivo en su estabilización²³.

Pero retomamos el hilo principal de nuestro argumento: ante la reiterada comprobación de que el mercado no hará sino agravar los problemas de la pobreza y la inequidad social, se aduce que el Estado se encuentra en bancarrota y que carece de los recursos necesarios para financiar una agresiva política social que al menos neutralice la masa de pauperizados que año a año genera la aplicación de las políticas neoliberales. Es evidente que el Estado en la mayoría de los países de la región se encuentra en bancarrota, “de rodillas” ante sus acreedores, para utilizar la gráfica imagen de uno de los ministros del presidente Menem ante una comisión parlamentaria. Sin embargo, lo que se oculta cuidadosamente es que tan deplorable situación de las cuentas fiscales no se origina en la desmesura del gasto sino en la crónica incapacidad de nuestros gobiernos para expandir sus ingresos por la vía tributaria. Contrariamente a lo que predicán algunos de los más fervorosos exégetas del neoliberalismo, el “tamaño” del Estado en América Latina, medido por la proporción del gasto público sobre el PBI, es sustancialmente *menor* que el de los países industrializados. Decir, por lo tanto, que estamos en crisis porque gastamos más de lo que debiéramos -ocultando el hecho de que, en relación al PBI, países como Argentina, Brasil, Chile y México gastan mucho menos que Francia, Alemania, Canadá, Estados Unidos y muchos otros gigantes de la economía mundial- equivale a faltar gravemente a la verdad. Más de la mitad de las economías industriales más importantes del mundo destinaron en 1985 más del 50% de su producto bruto al gasto público y, además, pese a la vocinglería de los economistas neoliberales, éste no ha cesado de crecer²⁴. La prédica de sus funcionarios, ministros y banqueros es incongruente con sus prácticas políticas y está principalmente dirigida a los endeudados gobiernos de la periferia. Por el contrario, en América Latina el ajuste fiscal redujo el gasto público a los efectos de canalizar recursos para el pago de la deuda y controlar la inflación. A fines de los años ochenta el gasto público como porcentaje del PBI era de 32,8% en Argentina, 31,2% en Brasil, 36,4% en Chile, 31,1% en México, y 27,0% en Venezuela, es decir, cifras equivalentes a las de hace unos veinte años, siendo los recortes en los “gastos sociales” los más significativos²⁵. Estos guarismos, por otro lado, se colocan escasamente por encima de la mitad de los valores propios de los capitalismos desarrollados, por lo cual difícilmente podría hablarse, con seriedad, de que nuestros estados han registrado un crecimiento aberrante en términos internacionales. Un reciente estudio del Banco

Mundial revela que los países de “bajos ingresos” tienen una proporción de gasto público sobre el PBI del 23%, mientras que las así llamadas “economías industriales de mercado” se sitúan en el 40,0%²⁶. En América Latina el gasto público de Guatemala, Perú y Paraguay es del 11,8%, 13,6% y 14,6% de sus respectivos productos brutos. Las cosas son bien distintas a como las pintan los tecnócratas del Consenso de Washington.

c) La inequidad en el sistema tributario

Lo anterior no implica desconocer el hecho de que el gasto público en los países de la región generalmente se administra de manera sumamente ineficiente. Tampoco significa ignorar el alto grado de corrupción que evidencian nuestros aparatos estatales, pero es preciso también recordar que este fenómeno no es menos grave y difundido en los capitalismos desarrollados, como lo prueban hasta la saciedad las experiencias de Italia y España y, en menor medida, el propio Japón. Tampoco es cierto que una política arrolladoramente “ultramercadista” como aconsejan los teóricos del Banco Mundial nos vaya a librar de la plaga de la corrupción. Las fuerzas del mercado no se caracterizan precisamente por un mayor apego a la justicia y la legalidad que el de los políticos y funcionarios públicos.

En todo caso, y más allá de estas salvedades, lo cierto es que el gasto público de nuestros países es sensiblemente inferior que el de los países industrializados. Pretender por lo tanto “ajustar” las cuentas fiscales reduciendo aún más el gasto fiscal es una política profundamente equivocada, irrealista y condenada inexorablemente al fracaso. En la Argentina, por ejemplo, ya no queda por dónde ajustar gastos, con salarios en el sector público del orden de los 150 o 200 dólares mensuales; con sueldos docentes que fluctúan en torno a los 300 dólares y con jubilaciones que oscilan alrededor de los 150 dólares ya no quedan mucho margen para recortar los “excesos”, sobre todo cuando se tiene en cuenta que una canasta de bienes y servicios para una “familia tipo” oscila en torno a los mil dólares mensuales. Un gobierno que paga esos sueldos de hambre y que condena a los asalariados y pensionados a la indigencia; que ha renunciado casi por completo a hacer cualquier tipo de obra pública; que “deserta” de sus responsabilidades fundamentales en materia de salud y educación, que cierra ramales ferroviarios, que prácticamente ha privatizado todo lo privatizable y que ni siquiera invierte para sustituir los bienes amortizados: ¿cuál es el gasto que aún le queda por “ajustar”?²⁷

Nadie duda que es necesario equilibrar las cuentas fiscales y producir una reforma integral del Estado. Esta habrá de ser, sin duda alguna, una

de las grandes tareas con que habrá de enfrentarse la izquierda en América Latina. Pero el talón de Aquiles de la crisis fiscal no radica en la desmesura del gasto sino en la incapacidad extractiva de nuestros gobiernos, y en su desinterés (más que en su debilidad política) para doblegar el “veto contributivo” que las clases dominantes han acordado (o en su defecto, impuesto) a las fuerzas políticas -democráticas o autoritarias- que gobernaron en los diversos países de la región. Esta fragilidad, o la complicidad estatal con los ricos, queda en evidencia cuando se compara la supuesta “alta presión tributaria” del Estado en América Latina con las cifras reales de lo que se paga en impuestos. Aquí nos encontramos con el hecho de que, contrariamente a la ideología dominante, nuestra presión impositiva es aproximadamente la mitad de la que existe en los países de la OECD y mucho más cercana a la que hay como promedio en África o Asia. Mientras que, en 1989, la presión tributaria -medida como porcentaje del PBI- de los países más desarrollados de América Latina oscilaba en torno al 17% (y la de Perú, Paraguay y Guatemala giraba alrededor del 8%) en África llegaba a 15,4% y en Asia al 14,6%. Por contraposición, en el conjunto de los países industrializados era como promedio el 37,5%, excluyendo en todos los casos las contribuciones por conceptos de seguridad social²⁸. Pero el ejemplo más elocuente lo provee el análisis de las cifras del impuesto directo en relación al PBI: mientras que el nivel promedio para los países de la OECD gira en torno al 14% del PBI, apenas si llegaba al 5% en México; 4% en Brasil y Colombia; 3% en Argentina, Chile, Costa Rica, Uruguay, y Ecuador; 2% en Paraguay, Perú y Guatemala, y 1% en Bolivia. Estos estados capitalistas, que fueron lo suficientemente “fuertes” como para dismantelar sus empresas públicas, amputar sus agencias administrativas, privatizar toda clase de servicios, destruir sindicatos y recortar salvajemente presupuestos fiscales y gastos sociales, aparecen como sorprendentemente débiles a la hora de organizar un régimen tributario mínimamente equitativo que obligue a los capitalistas a pagar impuestos en una proporción aproximada a la que prevalece en los países avanzados y, hasta cierto punto, en los del Sudeste Asiático²⁹.

Por otra parte, nuestra estructura impositiva es altamente regresiva e injusta: mientras que en los países industrializados los impuestos directos -que gravan al capital, las ganancias y las manifestaciones de riqueza- representan las dos terceras partes de los ingresos tributarios, en América Latina constituyen algo así como la tercera parte. Por consiguiente, el grueso de los ingresos fiscales proviene de impuestos al consumo, el trabajo y el comercio. Es decir, de gravámenes aplicados a los sectores no-propietarios de capital. Si las autoridades estuvieran dispuestas a producir una reforma fundamental de la legislación tributaria, estas graves distorsiones podrían ser suprimidas en un plazo

relativamente breve. Mientras tanto, la incapacidad del Estado para doblegar el “veto contributivo” de los grandes capitalistas, y para controlar la fenomenal tasa de evasión y elusión impositiva, despoja a los distintos órganos del Estado de toda posibilidad de intervenir eficazmente en la coyuntura. En la Argentina los recursos genuinos captados por la vía impositiva parecen incapaces de perforar el bajo techo en que se encuentran actualmente, y la inequidad de la estructura tributaria llega a tales niveles de perversión que la relación entre el total de impuestos pagados (directos e indirectos) y el ingreso personal del veinte por ciento de menores ingresos de la población económicamente activa ¡es más elevada que la media nacional, y superior inclusive en relación al 10 por ciento más rico del país! Mientras en 1986 el déficit inferior destinaba el 29,30% del ingreso familiar al pago de impuestos y el siguiente déficit destinaba el 27,30%, la media nacional dedicaba a tales fines el 26,10% y el déficit superior, el de los más ricos, canalizaba en esa dirección el 27% de sus ingresos. Desafortunadamente, una situación como la descrita está lejos de ser una anomalía, sino que se reproduce en casi todos los países de la región³⁰.

Es evidente que una estructura de este tipo es insostenible, a la luz de las exigencias de la ética política y su preocupación por la justicia; también lo es desde el punto de vista de los imperativos de racionalidad macro-económica que demanda el proceso de ajuste capitalista actualmente en curso. Es por eso que el complemento necesario del proceso de reconstrucción del Estado de Bienestar es la concreción de un nuevo “pacto fiscal” que ponga fin a las aberrantes inequidades contenidas en el régimen tributario. En ese sentido será preciso tener en cuenta que, al menos en el caso argentino, no sólo se trata de un nuevo acuerdo entre clases y sectores sociales sino entre las diversas instancias del Estado: el gobierno nacional, los gobiernos provinciales y, finalmente, los municipios. Si esta tarea no es encarada urgentemente, cualquier tentativa de introducir un cierto orden racional en la vida económica está condenada al fracaso³¹.

La crisis del Estado benefactor, inclusive en las formas incompletas que asumió en la periferia, es un asunto que está fuera de discusión. Pero la incapacidad del neoliberalismo para ofrecer una respuesta satisfactoria, en términos económicos, sociales y políticos, es asimismo igualmente evidente. Lo que por ahora resulta mucho menos claro, y nos parece que éste es uno de los grandes desafíos con que tropieza la izquierda en América Latina, es cómo y con qué reemplazarlo³². La ilusión de que los recursos que malamente (según sus críticos neoliberales) asignaba el Estado keynesiano serían distribuidos mejor y a menor costo por el mercado se ha disipado por completo luego del fracaso del experimento neoliberal en los Estados Unidos y el Reino Unido. La fenomenal crisis del sistema de salud en los Estados Unidos

revela, en un escenario privilegiado como muy pocos, las insuperables dificultades que tiene el mercado para garantizar una cobertura adecuada, eficiente y barata de un bien público tan prioritario como la salud. No en vano los países que salieron mejor posicionados de la crisis de los ochenta fueron aquellos que se abstuvieron de aplicar las recomendaciones de los fundamentalistas del Consenso de Washington.

El neoliberalismo y la organización internacional del capitalismo

En esta sección discutiremos los instrumentos y mecanismos mediante los cuales el neoliberalismo afianzó su hegemonía en el plano internacional y la validez empírica y la consistencia lógica de algunas de sus propuestas centrales. Es evidente que los triunfos electorales de Margaret Thatcher y Ronald Reagan marcaron el apogeo de esta ideología a comienzos de la década del ochenta. Al convertirse en el “dogma” dominante de los Estados Unidos y el Reino Unido, el neoliberalismo adquirió una gravitación en el sistema internacional pocas veces vista en la historia. De la mano de esta “derechización” del clima ideológico y político de Occidente vino el ascendiente de las teorías económicas neoclásicas, con sus hechiceros y aprendices de brujo dispuestos a aplicar, en todas partes y bajo cualquier circunstancia, la misma receta codificada en el Consenso de Washington. Pero este retorno de la ortodoxia, para usar la expresión de un asombrado Raúl Prebisch, se produjo en un terreno que ya había sido convenientemente abonado por el agotamiento del *boom* de la posguerra y por el desprestigio en que habían caído las fórmulas keynesianas. América Latina no pudo resistir al “contagio” ideológico, y uno tras otro los sucesivos gobiernos y fuerzas políticas capitularon ante la nueva ortodoxia que predicaban con inusitado fervor los voceros de la metrópolis.

Hay, sin embargo, otros antecedentes más lejanos que también favorecieron la vigorosa resurrección de las ideas liberales abandonadas en el fragor de la Gran Depresión. Se trata del “régimen económico” internacional establecido a finales de la Segunda Guerra Mundial, un régimen que establecía unas reglas del juego inspiradas en la doctrina del liberalismo económico para un mundo que, pese a estas exhortaciones, las violaba impunemente con el proteccionismo y el neoproteccionismo, con los fabulosos déficits fiscales y con las políticas migratorias restrictivas³³.

Difícilmente podría exagerarse la importancia del papel jugado en la historia económica del último medio siglo por los acuerdos de Bretton Woods. En el verano boreal de 1944 y ante la inminencia de una segura

victoria militar, los aliados convocaron (en realidad, obedeciendo a una fuerte presión norteamericana) a una conferencia monetaria y financiera para acordar los lineamientos del "liberalismo global" que habría de prevalecer al emergente orden mundial de posguerra. La reunión tuvo lugar en Bretton Woods, New Hampshire, cuando las noticias triunfales del desembarco de Normandía renovaban las esperanzas de un pronto desenlace en los frentes de batalla. Temas fundamentales de la conferencia -a la que asistieron cuarenta y cuatro países, incluyendo la Unión Soviética- fueron la elaboración de las nuevas reglas del juego que debían regir el funcionamiento de la reconstruida economía mundial y la creación de las instituciones encargadas de asegurar su vigencia. La premisa subyacente era que el proteccionismo comercial había sido el gran culpable de las tragedias ocurridas en los convulsionados treinta años que siguieron al estallido de la Primera Guerra Mundial. En consecuencia, buena parte de las deliberaciones estuvo dedicada a identificar mecanismos que asegurasen (a) el predominio del libre comercio y la eliminación de todo vestigio de proteccionismo; (b) el financiamiento externo de países agobiados por problemas de corto plazo (caída en los volúmenes y/o precios de sus exportaciones, déficit presupuestarios, inestabilidad monetaria, etc.), y (c) la aprobación de un conjunto de políticas dirigidas a hacer posible la reconstrucción y el desarrollo de las economías devastadas por la guerra. Esta división de tareas entre la promoción del libre comercio, la estabilización macroeconómica y las reformas estructurales habría de originar en 1947 el General Agreement on Trade and Tariffs (GATT) y las instituciones gemelas que nacerían de las deliberaciones de Bretton Woods: el Banco Mundial en 1945, y el Fondo Monetario Internacional un año después.

Lo que estos acuerdos hicieron fue consolidar, en el terreno de la economía mundial, la victoria militar de los aliados y muy especialmente de los Estados Unidos, la potencia cuyo irresistible ascenso a la hegemonía internacional era ya un dato inocultable. Quienes participaron en la conferencia de Bretton Woods eran en realidad un abigarrado mosaico en donde junto a los anfitriones convivían dificultosamente -sus antagonismos estructurales eclipsados por el esfuerzo supremo de la lucha antifascista- viejas potencias colonialistas en decadencia, naciones secularmente sometidas a la rapiña de Occidente y, solitaria, la joven república soviética.

Las divergencias entre los gobiernos capitalistas de los Estados Unidos, Francia y el Reino Unido eran tan profundas como irritantes. Washington nunca ocultó su desdén por la Francia ocupada por los nazis. Tampoco su benigna condescendencia hacia los británicos. En dicha conferencia los Estados Unidos (y los aliados en su conjunto) tampoco perdieron de vista el carácter efímero de su amistad con Moscú, como lo confirmaría la Guerra Fría pocos años después. En verdad, en

Bretton Woods norteamericanos e ingleses discutieron acerca de las condiciones bajo las cuales se resolvería la vacancia hegemónica surgida a causa de la declinación de los segundos, y que había ocasionado dos guerras mundiales y precipitado la Gran Depresión de los años treinta.

Los norteamericanos, por su parte, estaban empeñados en asegurar las condiciones más propicias para consolidar la hegemonía resultante de su decisiva participación en la Segunda Guerra Mundial, y del hecho excepcional de que dicha conflagración se hubiera producido sin que se disparase un solo tiro en su territorio, sumiendo en cambio tanto a aliados como a adversarios en la ruina y la destrucción. Los británicos, por su parte, trataban comprensiblemente de evitar que el derrumbe del Imperio los dejara demasiado desairados y en posiciones sumamente desventajosas. La derrota de los sensatos argumentos de John M. Keynes -sin duda uno de los más grandes economistas de nuestro siglo y delegado de Londres a la conferencia- no se debió a la superioridad discursiva del ignoto representante norteamericano sino a la desfavorable correlación de fuerzas con que el Reino Unido enfrentaba el incontenible ascenso de la *pax americana*.

Poco tiempo después, una vez concluida la guerra, el verdadero papel que estaban llamados a desempeñar estos acuerdos de Bretton Woods -sus beneficiarios principales y las víctimas de los mismos- aparecería con meridiana claridad. La crisis de la deuda y la interminable sucesión de ajustes que han padecido las economías latinoamericanas desde ese entonces constituyen tan sólo el último capítulo de esta historia.

A medio siglo de distancia parece oportuno evaluar el papel que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional han efectivamente jugado en la economía mundial y, muy especialmente, en los capitalismo periféricos. Estas instituciones han cumplido, y siguen haciéndolo en nuestros días, una función eminentemente “disciplinadora” dentro de la economía capitalista internacional. Su poder de hecho se ha acrecentado considerablemente a partir de la década de los ochenta, cuando las naciones de la periferia o los eslabones más débiles del mercado mundial sucumbieron ante el peso combinado de la recesión y la crisis de la deuda. Es por esto que la “capacidad disciplinadora” del BM y el FMI ha sido eficaz sobre todo en la periferia: en América Latina y en África, muchísimo menor en Asia y nula por completo en las economías desarrolladas. El BM y el FMI son muy efectivos en presionar para imponer una rígida disciplina fiscal en América Latina, pero sus recomendaciones son olímpicamente desoídas por los gobiernos de los países desarrollados. El déficit fiscal de los EE.UU. al culminar la era republicana fue del 4,9 por ciento del PBI, y el de Italia a comienzos de los noventa era cercano al 10 por ciento, lo cual no impedía a los

gobiernos de Reagan y Craxi predicar con entusiasmo las virtudes del equilibrio fiscal y las bondades de un Estado pequeño. Pero por un déficit mucho menor que éstos -digamos un 1 o 1,5 por ciento- el BM o el FMI se sienten en la obligación de enviar una misión a América Latina para exigir que nuestros gobiernos “pongan su casa en orden”, lo que invariablemente se traduce en recortes presupuestarios y congelamientos salariales. Es interesante constatar cómo la creciente inadecuación de las instituciones de Bretton Woods para regular el funcionamiento del capitalismo contemporáneo las llevó a aplicar una política “foucaultiana” de “vigilancia y castigo” sobre las economías más débiles, mientras desnudan su deplorable impotencia para hacer frente a los grandes problemas de la economía mundial y en particular a los efectos desquiciantes de las incontroladas transacciones financieras internacionales. La pregunta, por lo tanto, no es ociosa: el BM y el FMI, así como están, ¿para qué sirven?

Sin embargo, su comprobada inutilidad para regular la creciente inestabilidad de los mercados internacionales no fue óbice para que tanto el BM como el FMI pasaran a desempeñar un papel protagónico en la orientación de las políticas económicas adoptadas por estados supuestamente soberanos; en la supervisión de la implementación de dichas políticas -siempre previamente “acordadas” con sus expertos; en la certificación de la “buena conducta” de los distintos gobiernos, cada vez más necesaria a medida que la bomba de tiempo del Plan Brady exige más y más desembolsos que estos países no están en condiciones de afrontar con fondos genuinos; y, por último, en la concesión de préstamos y financiamientos especiales a los diversos gobiernos que necesitan hacer frente a una coyuntura difícil.

Pero más allá de desempeñar todas estas funciones -que con cierta benevolencia podríamos considerar como exclusivamente “técnicas” y financieras- el BM y el FMI se convirtieron en un gigantesco *think-tank* del neoliberalismo. Más de diez mil economistas y unos pocos centenares de cientistas sociales trabajan bajo su manto, acopiando datos y realizando estudios de todo tipo que luego sirven de base para las recomendaciones y los *policy papers* de ambas instituciones y, fundamentalmente, para apoyar la prédica neoliberal de sus voceros y para rodear con un halo de científicidad tecnocrática las presiones que sus máximas autoridades ejercen sobre los gobiernos. Esta sería pues la función ideológica que cumplen las instituciones surgidas de Bretton Woods, destinadas a: (a) convertir al neoliberalismo en el sentido común no ya de una época sino de toda la humanidad, fuera de lo cual sólo existe la locura, el error o el más obcecado dogmatismo, con lo cual se coloca en manos de las clases dominantes una poderosísima herramienta de control político y social; (b) convertir al capitalismo en la culminación de la historia humana, la “última” y más elevada forma de organización económica y social jamás conocida en la historia.

Sin embargo, el “catecismo” neoliberal tropieza con algunos serios escollos: en primer lugar, la historia económica de los últimos doscientos años no ofrece un solo ejemplo de un país que hubiera salido del atraso o el subdesarrollo siguiendo el modelo de reformas neoliberales que hoy con tanta enjundia recomiendan el BM o el FMI. Sus más caracterizados representantes no pueden mencionar ni un solo caso que respalde con la experiencia histórica la supuesta verdad contenida en las recetas económicas del *Washington Consensus*. Ninguno de los ejemplos más exitosos del período de posguerra -Alemania, Italia, Francia, Japón, más tarde España, Corea y los Nics asiáticos, para no hablar de la China- adhirió a los preceptos libremercaderistas que con tanto celo el BM y el FMI propagandizan por todo el mundo y que tanta influencia ejercen sobre los gobiernos de América Latina.

Por otro lado, tampoco pueden sus “expertos” demostrar, más allá de toda duda razonable, que los países que llevan a cabo los programas de estabilización y ajuste estructural recomendados por el BM y el FMI tienen abierta la vía al crecimiento y desarrollo económicos, aunque sea en el corto plazo. En algunos casos -y por un cierto tiempo- parecería que sí, pero hay una evidencia estadística no menos persuasiva que sostiene lo contrario. Chile y México adoptaron con entusiasmo las “reformas orientadas al mercado”, pero mientras Chile creció (modestamente, como ya veremos) México decreció.

Conviene detenernos en este punto. A los efectos comparativos, y para atenuar la propaganda montada desde el BM y el FMI en torno de lo que se ha dado en llamar “el milagro chileno”, convendría recordar que el crecimiento del ingreso bruto nacional real per cápita de Chile entre 1980 y 1990 fue del 2,9 por ciento, es decir una tercera parte de la tasa de crecimiento que China registrara anualmente a lo largo de esa década y cerca de la mitad de la que tuvieron Corea del Sur, Taiwan, Tailandia, Hong-Kong y Singapur³⁴. Y ninguno de estos países, cuya performance económica ha sido incomparablemente superior a la de cualquier otro de América Latina -incluyendo naturalmente a Chile, México antes del colapso de diciembre de 1994 y la propia Argentina aplicó en lo más mínimo las recomendaciones del modelo neoliberal. Todo lo contrario. Esto se observa con meridiana claridad en lo que hace al papel del Estado (que como es bien sabido, se acentuó en aquellas latitudes) y a la distribución del ingreso, un aspecto menos conocido entre nosotros. Mientras en los países del Sudeste Asiático la desigualdad social comenzó a achicarse desde las primeras etapas del desarrollo -al paso que los ingresos se redistribuían progresivamente en la experiencia latinoamericana- las desigualdades se profundizaron y los salarios reales experimentaron una notable caída. Si la teoría neoliberal hubiese sido correcta, las crecientes desigualdades sociales y el desplome de las remuneraciones a los asalariados habrían sido poderosos resortes para

atraer las inversiones de los capitalistas y estimular el crecimiento económico. Nada de eso ocurrió por estas latitudes, y lo mismo aconteció en el Reino Unido bajo el gobierno conservador de Margaret Thatcher.

Fueron, por el contrario, los países del sudeste asiático quienes crecieron mucho más que los de América Latina y Europa. En 1952 el ingreso del 20% superior de la pirámide de ingresos de Taiwan era 15 veces mayor que los correspondientes al quintil inferior; hacia 1980 esta desproporción se había reducido a 4,2 veces.

En Chile, en 1970 el quintil superior de la distribución de ingresos se apropiaba del 55,8% del ingreso nacional, mientras que los dos quintiles inferiores -que comprendían al 40% de la población económicamente activa- apenas disponían del 11,5%, lo que arroja una razón de 4,9 (pero contra dos quintiles, y no uno como en el caso taiwanés). En 1982-83 el quintil superior acrecentó sus ingresos y ascendió a un 59,5%, mientras los dos quintiles de la base descendían al 10%, elevando la razón de la desigualdad a 5,9. Es razonable suponer que si esta comparación se efectuara contrastando solamente quintil superior versus quintil inferior -tal como se hizo en el caso taiwanés- el perfil de la distribución de ingresos de Chile se acercaría bastante al que imperaba en Taiwán antes de que este país se transformara en una de las más exitosas economías del mundo. Una historia similar, a veces más patética todavía, puede contarse si se observan otros países de nuestra región³⁵.

En otras palabras, el caso del exitoso modelo de ajuste tan elogiado por el Banco Mundial y el FMI es suficientemente ilustrativo: en 1988 -es decir, ¡quince años después de inaugurado el experimento neoliberal!- el ingreso per cápita y los salarios reales todavía no eran muy superiores a los de 1973, a pesar de los inmensos sacrificios exigidos por la dictadura y entre los cuales habría que destacar el 15% de desempleo promedio registrado entre 1975 y 1985, con un pico de 30% en 1983. Entre 1970 y 1987 el porcentaje de hogares por debajo de la línea de pobreza aumentó del 17 al 38%, y en 1990 el consumo per cápita de los chilenos todavía era inferior al registrado diez años antes. Como bien concluye Luiz Carlos Bresser Pereira, "la sociedad chilena probablemente no hubiera tolerado estos costos transicionales si el régimen político hubiera sido democrático"³⁶. Pero esto no es todo: diecisiete años de políticas neoliberales no sólo fueron incapaces de disminuir los bolsones de pobreza sino que, por el contrario, acrecentaron considerablemente la distancia que separaba ricos de pobres. Jorge G. Castañeda observa con toda justeza que entre 1978 y 1988 el decil más adinerado de la sociedad chilena aumentó su participación en el ingreso de 36,2% al 46,8%, ¡mientras que el cincuenta por ciento más pobre bajó la suya de 20,4 % a 16,8%!³⁷

En México, por su parte, la involución económica y social experimentada tras más de una década de ajustes ortodoxos es indiscutible. Los datos oficiales demuestran que el ingreso bruto nacional real per capita cayó en 12,4 por ciento entre 1980 y 1990, pese al celo “reformista” con que el gobierno del PBI impulsó las políticas neoliberales³⁸? Por otra parte, los datos indican que en esos años también aumentó significativamente la pobreza: entre 1982 y 1988 el salario real se redujo en un 40% y desde entonces apenas si ha mejorado; el tradicionalmente alto nivel de desempleo -abierto y encubierto- de México se ha elevado aún más al paso que el consumo per cápita del año 1990 fue en un 7% inferior al registrado en 1980³⁹. Según Jorge Castañeda, “cuando en 1992 el gobierno mexicano hizo públicas las primeras estadísticas de distribución del ingreso en quince años, resultaron aterradoras”. El optimismo oficial, imperturbable ante estas revelaciones, fue sin embargo violentamente sacudido por la insurrección en Chiapas, los dos magnicidios, el descomunal déficit de la balanza comercial, y finalmente el colapso económico y la devaluación del peso ocurridas a fines de 1994, verdadero *annus terribilis* para los ideólogos del neoliberalismo, que tenían en el caso mexicano uno de sus más brillantes ejemplos⁴⁰.

Brasil no se reformó y sin embargo en términos per cápita la caída de su producto fue inferior a la que experimentara México. Pese a ello el gigante sudamericano consolidó su posición en los mercados internacionales como una potencia industrial y, por su tamaño, como la octava o novena economía del mundo. Un dato sumamente interesante a tener en cuenta es que a pesar de su régimen de alta inflación y las turbulencias políticas y sociales de la segunda mitad de los ochenta, Brasil continuó siendo uno de los mercados más atractivos para la inversión extranjera, lo cual desmiente con la contundencia de los hechos la prédica de los profetas neoliberales. La Argentina de los ochenta, finalmente, ni se reformó ni creció, y la catastrófica caída de su ingreso, medida por los mismos criterios que los anteriores países, fue de 33,5 por ciento. Cuando en los noventa el gobierno de Menem abraza con ardor la ortodoxia neoliberal, la economía parece crecer con mucha fuerza. En realidad, se recupera del formidable bajón experimentado en esa década, sobre todo entre 1988 y 1990. La recuperación posterior en el período 1991-94 fue innegable, pero hay que colocarla contra el depresivo telón de fondo de los años ochenta.

En síntesis: la ecuación del desarrollo es mucho más compleja que la fórmula de Bretton Woods. No basta con la estabilización monetaria, la apertura comercial, la supresión del déficit fiscal, la desregulación y las privatizaciones. Como lo demuestra hasta la saciedad la experiencia europea de la segunda posguerra y, más recientemente, la del Japón y el Sudeste asiático, el desarrollo requiere una esclarecida política estatal

y ésta, naturalmente, supone la existencia de un Estado dotado de capacidades efectivas de intervención. No es un azar que el desempeño de la economía chilena haya tenido como uno de sus puntales -y también como uno de sus rasgos más “extravagantes” desde el punto de vista del catecismo neoliberal- la preservación en manos del Estado de la estratégica industria del cobre, estatizada durante los gobiernos de Frei Montalva (1964-70) y Allende (1970-73) y que aporta alrededor de la mitad de los ingresos por concepto de exportaciones. Este dato es cuidadosamente omitido por los teóricos del Consenso de Washington, dado que el mismo es incongruente con los preceptos que aconsejan privatizar toda la propiedad pública por “ineficiente” e “inflacionaria”. Si se extrapolasen las lecciones del caso chileno a la Argentina o el Brasil los economistas del Banco Mundial o del Fondo Monetario Internacional se verían en la incómoda posición de tener que recomendar a Buenos Aires la nacionalización de la pampa húmeda y parte del moderno sector industrial exportador, y a Brasilia hacer lo propio con la industria paulista... Es por eso que uno de los más encumbrados economistas del Banco Mundial, Sebastián Edwards, prefiere silenciar por completo esta anomalía aun a riesgo de lesionar muy gravemente los principios más elementales del método científico. En un reciente trabajo de divulgación doctrinaria -en donde existe un acápite titulado “Chile como modelo”- el autor oculta toda información sobre el papel desempeñado por la industria cuprífera del Estado, como si fuera un detalle insignificante que ni siquiera merece una nota al pie de página⁴¹.

Otra de las dificultades con que tropieza la propuesta neoliberal radica en el hecho de que aun en los casos “exitosos” de ajuste y estabilización de corto plazo, el crecimiento económico resultante produce un sostenido aumento de la pobreza, la desigualdad y la exclusión social. Estos “costos sociales” del ajuste suscitan, en el seno mismo del BM y el FMI, dos grandes interrogantes que los más lúcidos expertos de ambas instituciones no dejan de plantearse: (a) en primer lugar, acerca de la sustentabilidad económica del ajuste estructural en el mediano plazo; (b) su viabilidad política en el marco de un Estado democrático.

En relación a lo primero, las tribulaciones comienzan ni bien se cae en la cuenta de que en las condiciones actuales del mercado internacional las economías caracterizadas por profundos clivajes y discontinuidades estructurales, marcadas desigualdades sociales, y bajos niveles de salud y educación de la fuerza de trabajo, están inexorablemente condenadas a ser las eternas perdedoras en un mercado mundial cada vez más ferozmente competitivo. La economía de finales del siglo XX es “conocimiento intensivo”. Es ésta la principal ventaja competitiva que tienen las naciones y es la que explica que un país desprovisto de recursos naturales, como el Japón, pueda ser una de

las potencias industriales más importantes del planeta. Pero este país cuenta con una fuerza de trabajo altamente educada, que goza de una excelente atención médica, y posee una estructura social integrada en la cual las fenomenales disparidades de ingreso y riqueza que caracterizan a los países latinoamericanos son por completo desconocidas. El problema es que la aplicación de las recetas neoliberales de estabilización y ajuste estructural tiende precisamente a producir las condiciones sociales menos promisorias para que las economías en cuestión puedan sobrevivir exitosamente a los imperativos de la apertura comercial y la liberalización de los mercados. En otras palabras, con el catecismo del BM y el FMI en sus manos nuestros gobiernos están destruyendo la educación y la salud pública, acentuando las desigualdades sociales, acrecentando la proporción de pobres estructurales y marginales de todo tipo que no pueden ser “reconvertidos” e incorporados creativamente a la economía moderna. El problema se suscita cuando, siguiendo la lógica del *export led growth* propiciada por los neoliberales, esa misma fuerza de trabajo debe salir a competir en los mercados mundiales con la de países, como los del Sudeste Asiático, que por no adherir a las tesis del Consenso de Washington robustecieron sus estados nacionales, aumentaron el gasto público en salud y educación, invirtieron macizamente en investigación y desarrollo, lanzaron ambiciosos programas de reconversión de la población trabajadora y fomentan sus exportaciones con subsidios e incentivos de todo tipo.

Si lo anterior remite, de cierta forma, a uno de los “límites económicos” de la receta neoliberal, el tema del impacto de estas políticas sobre las perspectivas de la consolidación democrática no es menos preocupante que el anterior. No es necesario caer en un economicismo desenfrenado para reconocer que ciertos modelos de acumulación capitalista son más propensos que otros a facilitar el funcionamiento de un régimen autoritario. Si el “capitalismo keynesiano” -con su énfasis en la demanda agregada, el combate al desempleo y la integración de la clase obrera- creó condiciones favorables para el advenimiento e institucionalización de estados capitalistas democráticos en la Europa de posguerra, el “capitalismo salvaje” que surge de la receta neoliberal tiene, por el contrario, “afinidades electivas” con las formas más primitivas y despóticas del poder burgués. De ahí que haya quienes temen que el “éxito” de esta propuesta refundacional del capitalismo se convierta en una victoria pírrica en donde la democracia sea una de sus víctimas más destacadas. El problema es que la lealtad fundamental de la nueva ortodoxia económica -y de la gran burguesía transnacional que la enarbola como su bandera- no está depositada en la democracia sino en el capitalismo. Tal como el propio Friedrich von Hayek lo declarara en la célebre entrevista concedida al matutino

conservador *El Mercurio*, si hubiera que elegir entre una economía de libre mercado con un gobierno dictatorial o una economía con controles y regulaciones pero con un Estado democrático, elegiría sin dudas lo primero. La actitud de uno de los padres fundadores del neoliberalismo retrata a la perfección el dilema al que se enfrenta la burguesía y su opción preferencial. Tanto sus intereses como sus valores la llevan a sacrificar cualquier cosa con tal de reafirmar la vigencia del modo de producción que le es propio, disposición tanto más comprensible cuando se recuerda la tradicional desconfianza -por no decir abierta hostilidad- con que los ideólogos del capitalismo han tratado el tema de la democracia. En el caso de von Hayek, como en el de Milton Friedman, esta elección en favor de una dictadura que preserve la libertad mercantil trata de fundamentarse en una concepción que sostiene que la libertad económica es “la madre de todas las libertades”. Tesis profundamente equivocada, insostenible a la luz de la experiencia histórica, pese a lo cual se ha convertido en un verdadero artículo de fe recitado a pie juntillas por los intelectuales, funcionarios y gobernantes integrados a la hegemonía ideológica del neoliberalismo⁴².

Una última consideración. No deja de ser una curiosa muestra de éxito el hecho de que las economías que se “sanean” con la medicina neoliberal tengan más pobres que nunca y la “deuda social” crezca inconteniblemente.

Las “instituciones financieras internacionales”, eufemismo para referirse al BM y el FMI, recomiendan calurosamente unas políticas que generan pobreza y exclusión social, y al mismo tiempo encomiendan numerosas investigaciones sobre el tema y manifiestan su consternación por el agravamiento del flagelo de la pobreza en América Latina. ¿Cómo se entiende esta contradicción, más allá de la indudable cuota de hipocresía que subyace a estas preocupaciones? En otro trabajo, referido al caso argentino, hemos intentado ofrecer una hipótesis para la interpretación de esta aparente paradoja⁴³. En su nocturnal retorno los autoproclamados discípulos de Adam Smith se convirtieron en los cultores y ejecutores de una política económica cuyo resultado más perdurable ha sido la generalización sin precedentes de la pobreza. Esta ha adquirido rasgos muy pronunciados en América Latina y formas un poco más atenuadas -pero no por ello menos desquiciantes- en el mundo desarrollado: una breve recorrida por el *inner city* de cualquiera de las grandes ciudades norteamericanas así lo demuestra. El tema ha originado una verdadera avalancha de estudios, artículos y libros dedicados al examen de la cuestión, especialmente en los países industrializados, y la bibliografía sobre la materia es inmensa y crece arrolladoramente día tras día. Ahora bien, si Adam Smith -que primero fue profesor de filosofía moral y luego se dedicó a la economía, en una trayectoria semejante a la de Karl Marx- preanunciaba un mundo de

riquezas armoniosamente distribuidas gracias a la virtud que encerraba la “mano invisible” del mercado, sus sombríos descendientes de finales del siglo XX viven vergonzantemente obsesionados por la creación de la pobreza. Tal como lo demostró convincentemente Max Weber, la creencia que profesaban los burgueses calvinistas en la predestinación hizo que éstos buscasen en su enriquecimiento, en la posesión de los bienes materiales, los signos divinos confirmatorios de su propia salvación⁴⁴. Por el contrario, los neoliberales contemporáneos, no menos fundamentalistas y dogmáticos que aquellos calvinistas de antaño, encuentran en la pobreza el “mensaje sagrado” -que ya no lo transmite la iglesia reformada sino el BM y el FMI- que certifique que efectivamente se está transitando por el virtuoso sendero de las reformas económicas “orientadas hacia el mercado”.

En síntesis: para el dogma neoliberal la generación de pobreza es señal de que se está marchando por el rumbo correcto. La pobreza y los padecimientos de las masas tienen un significado promisorio: en realidad significa que “las fuerzas del mercado” están moviéndose sin interferencias, y la reestructuración económica procede tal cual se esperaba una vez que el Estado se hizo a un lado y el “instinto capitalista” se puso en marcha, libre de las “artificiales” regulaciones caprichosamente establecidas durante décadas por gobernantes hostiles. Esto puede parecer esquemático o, en el peor de los casos, una censurable tentativa de *reductio at absurdum* de las posiciones ideológicas adversarias. Sin embargo, veamos lo que con singular franqueza y preocupación dijera un reciente converso al neoliberalismo, el ministro checo de Economía Vladimír Dlouhý:

... para los proponentes de las reformas, el desempleo y los cierres de firmas constituyen las pruebas de que aquellas alcanzan sus objetivos: si el bajo desempleo actual no se eleva al 8 o 10% este año... será una señal de que las reformas no lograron su propósito⁴⁵.

La generación del desempleo, en consecuencia, lejos de ser un indicio preocupante es una señal de que las cosas marchan bien, de que la economía se está “reestructurando”, modernizando, tomándose más competitiva. Son, en síntesis, nada más que los dolores del parto de la nueva sociedad que los hechiceros neoliberales están alumbrando, y no hay razones para preocuparse. ¡Vaya contraste! Max Weber observó con agudeza que el burgués calvinista buscaba en su acrecentada riqueza los signos de su salvación espiritual. De este modo las redenciones individual y colectiva aparecían ligadas por una “conexión de sentido” que, al menos en el capitalismo competitivo, asociaba fuertemente con la creación y (relativa) diseminación de la riqueza. El agotamiento y descomposición de aquella fase histórica del capitalismo admirablemente retratada en la obra de Daniel Bell, en donde el “espíritu capitalista” articulaba valores tan distintos a los actuales, como el ascetismo, la

frugalidad, el puritanismo, el ahorro, la ética del trabajo, etc., produjeron un “desplazamiento” por el cual los signos confirmatorios de que hemos emprendido la ruta de la salvación son buscados en la pobreza y el desempleo⁴⁶. El neoliberalismo es pues una perversa involución del Calvinismo: la multiplicación de los pobres y el aumento del sufrimiento humano no son más que dolorosos mensajes situados al comienzo del camino, indicando que estamos sobre la buena senda. Pero no hay que desesperar: son anuncios transitorios. No tardarán en aparecer otros, como el pleno empleo, el bienestar popular y la felicidad individual, señalando que se ha arribado al paraíso neoliberal, donde se podrán recoger los frutos de tanto esfuerzo. El pródigo “derrame” de la riqueza es apenas una cuestión de tiempo.

Neoliberalismo y destrucción de la sociedad civil

¿Qué tipo de sociedad dejan como legado estos quince años de hegemonía ideológica del neoliberalismo? Una sociedad heterogénea y fragmentada, surcada por profundas desigualdades de todo tipo -clase, etnia, género, región, etc.- que fueron exacerbadas con la aplicación de las políticas neoliberales. Una sociedad de “los dos tercios”, o una sociedad “a dos velocidades”, como suele ser denominada en Europa, porque hay un amplio sector social, un tercio excluido y fatalmente condenado a la marginación y que no puede ser “reconvertido” laboralmente ni insertarse en los mercados de trabajo formales de los capitalismos desarrollados⁴⁷. Esta creciente fragmentación de lo social que potenciaron las políticas conservadoras fue a su vez reforzada por el formidable avance tecnológico y científico y su impacto sobre el paradigma productivo contemporáneo. Esto se ha manifestado en una fenomenal capacidad de reemplazar el trabajo vivo por “máquinas inteligentes”, informatizadas y computadorizadas, lo que plantea por primera vez la posibilidad de que el trabajo, que desde los albores de la humanidad requirió el concurso de todos cuantos tuvieran alguna capacidad física para ejercerlo, se convierta en una actividad que sólo requiera la participación estratégica de una fracción de la masa laboral: los “analistas simbólicos”. ¿Se habrá acabado la era del trabajo de masas?⁴⁸ Puede ser prematuro dar una respuesta, pero es indudable que el desarrollo de las fuerzas productivas apunta en esa dirección.

Claro está que “el fin del trabajo”, parafraseando, el título del libro de Rifkin, no tiene un significado unívoco. Este depende fuertemente de la naturaleza de las relaciones sociales existentes: en una sociedad socialista puede significar el comienzo de la “verdadera historia” de la humanidad, como decía Marx, en la cual hombres y mujeres se liberen

definitivamente de la servidumbre del trabajo en cualquiera de sus formas. Pero bajo el predominio del neoliberalismo y su culto supersticioso al mercado el agotamiento del “trabajo de masas” se traduce en desempleo masivo, pobreza extrema, anomia y desintegración social, drogadicción, auge de la criminalidad, etc. Más allá de las muchas dudas que ha suscitado el colapso de los “socialismos realmente existentes”, parece razonable pensar que si el incontenible progreso técnico nos lleva a una radical redefinición del trabajo humano, el neoliberalismo está lejos de proveer el marco ideológico, social, económico y cultural más adecuado para adaptarse a las nuevas circunstancias. La combinación del “fin del trabajo” con el darwinismo social del mercado puede ser explosiva, y conducir a una hecatombe social de proporciones desconocidas.

La herencia del neoliberalismo es también una sociedad menos integrada, producto de las desigualdades y hendiduras que profundizó con su política económica. Contrariamente a lo que ocurre en Europa, es bien probable que en América Latina los “dos tercios” a los cuales aludíamos más arriba correspondan a los excluidos, mientras que sólo un tercio pueda disfrutar de los beneficios del progreso económico. Una sociedad que, en realidad, se ha convertido en una yuxtaposición de universos sociales que ya casi no guardan vínculos entre sí. Aunque parezca paradójal, el Brasil esclavista o el México colonial fueron sociedades mucho más integradas que las sociedades burguesas de finales del siglo XX: la explotación de las clases subalternas exigía entonces ciertas formas de sociabilidad por entero ausentes en el Brasil o el México capitalista de nuestros días.

El *fazendeiro* y el esclavo, el hacendado y el campesino indígena, eran polos antagónicos de una misma sociedad. En cambio, la gran burguesía de los países latinoamericanos (y las clases y grupos sociales integrados a su dominio) y las masas marginales que viven por debajo de la línea de pobreza pertenecen a dos universos distintos: viven económica, social, cultural y ecológicamente segregados. Robert Reich, actual Secretario de Trabajo del presidente Clinton, refiriéndose al impacto del neoliberalismo en los Estados Unidos, dijo que en su país hay gente que vive en la misma sociedad pero en dos economías completamente distintas. Esto es tanto más cierto en América Latina. Nuestros burgueses viven en distritos residenciales exclusivos, protegidos por sofisticados sistemas de vigilancia y *electronic surveillance*; sus niños asisten a escuelas y colegios donde sólo concurre gente de su misma condición, y luego los envían a estudiar en *colleges* y universidades norteamericanas. Se atienden en los hospitales de Houston y Miami, se divierten en Nueva York, Londres o París y acumulan capital en una vasta gama de emprendimientos altamente globalizados en donde el contacto físico con algún miembro de las clases

populares es un acontecimiento extraordinario. ¿Qué relación puede haber entre este tipo social y el que encarnan los millones de “condenados de la tierra” en la América Latina contemporánea, que se ganan la vida vendiendo golosinas y baratijas en las intersecciones de las calles, limpiando parabrisas, o como trabajadores ocasionales en labores sin ningún tipo de calificación; que no concurren a la escuela, que jamás visitaron a un médico, que apenas hablan el idioma del país, que viven en casuchas de latas y cartón? Estos ni siquiera reúnen, a finales del siglo XX, las condiciones mínimas como para convertirse en una fuerza de trabajo explotable. La opresión o explotación clasista no es su problema inmediato: éste lo constituye, paradójicamente, su ineptitud para ser explotados. Antes, en las viejas modalidades de acumulación capitalista, la explotabilidad de las masas era universal, como lo prueba el trabajo de los niños.

Además, existía por lo menos un punto de contacto entre burgueses y proletarios: la fábrica. Hoy éste prácticamente ha desaparecido, dada la creciente desindustrialización generada por el auge de la economía de servicios y -donde este fenómeno aún no se ha producido- por el impetuoso desplazamiento de trabajo vivo por el trabajo coagulado de la máquina, rasgo que ya se advierte con claridad inclusive en los capitalismo latinoamericanos.

El resultado de esta gigantesca reconversión es una sociedad que en realidad no es tal. Es una sociedad, el capitalismo neoliberal de fines de siglo XX, pero a la vez dos sociedades -distantes, irreconciliables, extrañas- débilmente articuladas y cuya integración se produce -vicariamente y de manera perversa- por la vía fetichizada e ilusoria de la televisión, que así se convierte en un factor de poder excepcional en nuestras sociedades, capaz de “inventar” presidentes y destrozar liderazgos que le son adversos. Al referirse a la *polis* oligárquica Platón percibió con notable lucidez que cuando gobernaba la plutocracia el resultado era la conformación de dos ciudades, una de pobres y otra de ricos, que coexistían de modo violento y “conspirando sin cesar los unos contra los otros”. En la ciudad oligárquica -y las democracias latinoamericanas se han convertido, gracias a la ortodoxia neoliberal, en sociedades que responden a grandes rasgos a esa caracterización clásica de Platón- “donde veas mendigos, andarán ocultos ladrones, rateros, saqueadores de templos y delincuentes de toda especie”⁴⁹. Una ciudad de ese tipo, con un “paisaje social” como el descrito más arriba, no constituye precisamente el mejor escenario para el florecimiento de las prácticas democráticas, salvo que con esto simplemente se quiera aludir al respeto ritual de ciertas formalidades que al estar vaciadas de todo contenido carecen por completo de significación. No nos olvidemos que bajo las dictaduras de Stroessner y Somoza había elecciones

periódicas; pero, tal como decíamos en la primera parte de este trabajo, la democracia es algo más que eso.

Una sociedad como la que hemos descrito, en donde se ha debilitado hasta grados extremos la integración social y se han disuelto los lazos societales y la trama de solidaridades preexistentes, es también una sociedad en donde las tradicionales estructuras de representación colectiva de los intereses populares se encuentran en crisis. Partidos y sindicatos perciben cómo su eficacia reivindicativa y su credibilidad social son erosionadas por las tendencias desquiciantes del capitalismo neoliberal, que destruye precisamente las arenas en las cuales tanto unos como otros deben desarrollar sus iniciativas. El vaciamiento de la política, crecientemente convertida en un suceso “massmediático” en el cual la televisión reemplaza al ágora, convierte a los partidos en simples sellos de goma privados de toda capacidad de convocatoria y movilización; y la “flexibilización” laboral y la progresiva informalización de los mercados de trabajo destruyen de raíz los fundamentos mismos de la acción sindical. ¿Qué queda, entonces? Queda la estrategia predilecta que el neoliberalismo impuso a las clases populares: el “sálvese quien pueda”, abdicando de toda pretensión solidaria, de todo esfuerzo colectivo de organización y representación. Es la pulverización del mercado trasladada a la arena política y a las negociaciones obrero-patronales, en donde el poderío de los monopolios es inconmensurablemente mayor que el de la miríada de débiles actores que, desorganizadamente y de manera egoísta, tratan de encontrar una “solución individual” a los rigores de la explotación clasista. Esta estrategia individualista pasa por la resignación y el sometimiento a las duras (y anteriormente inaceptables) condiciones de explotación incorporadas a los proyectos de “flexibilización” laboral; o por la mendicidad; o por la criminalidad y el narcotráfico. No hay otras escapatorias. Pueden surgir, ocasionalmente y más bien como violentas e intermitentes erupciones, formas de respuesta colectiva que casi invariablemente constituyen expresiones aberrantes como el racismo, la xenofobia, el “nuevo tribalismo” o los fundamentalismos de distinto tipo. Mientras la política de los tardocapitalismos liberales se convierte en un hecho “televisivo”, la protesta social y los movimientos de masas pueden adquirir, en algunos casos, características francamente reaccionarias. En todo este cuadro, como es muy evidente, se evaporan casi por completo la figura del ciudadano y la democracia, y las perspectivas de una ciudadanía participativa y autogobernada y de un capitalismo democrático, al menos en la periferia, se tornan cada vez más problemáticas.

Es cierto: hasta ahora los nacientes regímenes democráticos han sobrevivido a las durísimas condiciones impuestas por la crisis económica, los ajustes estabilizadores y las recomposiciones

económicas y sociales puestas en práctica para enfrentarla. Nos parece importante llamar la atención sobre este asunto. Cuando se habla de “ajuste” suele pensarse en políticas de corto plazo, concebidas para corregir momentáneos desequilibrios en las cuentas fiscales o en algunas variables macroeconómicas. Cuando estas políticas duran más de diez años pierden dicho carácter y se convierten en proyectos -a veces incoherentes, pero siempre fuertemente coercitivos- fundacionales de un nuevo tipo de sociedad. Esto último es precisamente lo que ha ocurrido en América Latina: capitalismo neoliberal, políticas conservadoras, sociedades fragmentadas, marginación de masas, ruptura del tejido social y disgregación de los mecanismos de integración, capitulación de la soberanía nacional, degradación de la política, etc. Todo esto es algo que va mucho más allá de un mero “ajuste”. Y lo más lamentable es que, en la experiencia de nuestro continente, el tránsito de la dictadura a la democracia se realizó manteniendo en lo esencial las mismas políticas económicas que los regímenes dictatoriales implantaron a sangre y fuego. La tarea de reconstrucción social que tenemos por delante es inmensa.

En todo caso, la capacidad de resistencia demostrada por las nuevas democracias latinoamericanas resultó una alentadora sorpresa, sobre todo si se la compara con similares situaciones que, en un pasado no demasiado lejano, produjeron el colapso de los gobiernos civiles. En efecto, coyunturas signadas por desbordes hiperinflacionarios, fuertes tendencias recesivas y/o crisis de balanza de pagos fueron casi invariablemente el preludeo del intervencionismo militar. Estas situaciones, naturalmente, potenciaban el activismo de los sectores populares que de este modo desbordaban las frágiles estructuras de intermediación de aquellas democracias, precipitando su colapso. Los casos de Goulart en 1964 e Illia en 1966 son otras tantas muestras de lo que venimos diciendo. En el caso chileno, estos factores también desempeñaron un papel muy importante, agravado por la naturaleza del proyecto socialista puesto en marcha por el gobierno de Salvador Allende.

Sin embargo, sería insensato pensar que las tremendas tensiones a las que se encuentran sometidas las democracias latinoamericanas podrían prolongarse indefinidamente. Una vez rota la secuencia clásica que de la crisis económica remataba en el golpe militar, es posible pensar en otras alternativas distintas, pero no por eso menos amenazantes. En efecto, el problema ya no sería tanto el peligro de una nueva intervención de las fuerzas armadas -superflua, toda vez que hoy los encargados de aplicar las políticas impuestas por el gran capital financiero internacional son gobiernos popularmente electos- sino el creciente déficit de legitimidad que se derivaría de la incapacidad de los regímenes democráticos para mejorar las condiciones de existencia de

las grandes mayorías nacionales y demostrar que la democracia también hace una diferencia en materia de bienestar.

El peligro reside pues en el progresivo vaciamiento de contenidos y propósitos, a resultas del cual la democracia latinoamericana quedaría convertida en una mueca monstruosa de sí misma, en un resecó cascarón cuya majestuosidad simbólica sería insuficiente para ocultar su tremenda hoquedad. Una democracia “minimalista” no tiene condiciones para hacer frente a los grandes desafíos y a los graves problemas sociales generados por el funcionamiento del capitalismo latinoamericano. La democracia se convertiría en una pura forma, y la vida social regresaría a una situación “cuasi-hobbesiana”, en la cual la desigual privatización de la violencia y el desesperado “sálvese quien pueda” al cual se verían empujados los indefensos ciudadanos agredidos por el capitalismo salvaje darían lugar a toda clase de comportamientos aberrantes. Este panorama ya es visible, con desigual intensidad, en varias de las nuevas democracias de nuestro continente. El aumento de la violencia y la criminalidad, la descomposición social y la anomia, la crisis y fragmentación de los partidos políticos, la prepotencia burocrática del Ejecutivo, la capitulación del Congreso, la inanidad de la justicia, la corrupción del aparato estatal y de la sociedad civil, la ineficacia del Estado, el aislamiento de la clase política, la impunidad para los grandes criminales y la “mano dura” para los pequeños delincuentes y, *last but not least*, el resentimiento y la frustración de las masas, constituyen el síndrome de esta peligrosa decadencia institucional de una democracia reducida a una fría gramática del poder y purgada de sus contenidos éticos.

Fernando H. Cardoso sintetizó hace ya unos años los desafíos que debían enfrentar las democracias latinoamericanas, al advertir que existía en nuestras sociedades:

*...el sentimiento de la desigualdad social y la convicción de que sin reformas efectivas del sistema productivo y de las formas de distribución y de apropiación de riquezas no habrá Constitución ni Estado de Derecho capaces de eliminar el olor de farsa de la política democrática*⁵⁰.

De eso precisamente se trata. De “eliminar el olor de farsa de la política democrática”, olor penetrante y que inunda con sus vahos toda la dilatada geografía latinoamericana. Si esto persiste, el futuro de la democracia en esta parte del planeta no puede ser muy alentador, tornando verosímiles las sombrías predicciones acerca del inexorable retorno del péndulo histórico hacia el campo de la dictadura. No comparto para nada ese pesimismo, pero es preciso estar conscientes de los riesgos que corren nuestras democracias. Las demandas generadas en la sociedad civil se multiplican, habida cuenta de las

injusticias, privaciones y sufrimientos provocados tanto por la crisis capitalista como por las políticas de ajuste y la recomposición global que le sucedieron, lo cual origina un verdadero aluvión de reivindicaciones que el mercado ni desea -ni puede, aunque lo quisiera- resolver. Por otra parte, la protesta social encuentra en la democracia un clima tolerante y comprensivo que facilita su propagación. Pero la misma crisis y el modelo de ajuste neoliberal que impulsan las renovadas exigencias de las clases y capas subalternas -víctimas “privilegiadas” del capitalismo salvaje- reducen notoriamente las capacidades estatales para producir las políticas necesarias para contrarrestar o compensar los efectos desintegradores de la crisis. Esto da lugar a una alarmante acumulación de contradicciones y antagonismos sociales, incentivados por una institucionalidad democrática que favorece la protesta social de “los de abajo”, mientras que las clases dominantes locales y las fuerzas imperialistas -coaligadas y parapetadas detrás de las políticas de ajuste- sujetan fuertemente las manos del Estado y se esmeran por debilitarlo cada vez más en provecho de sus intereses de clase. El resultado es la ingobernabilidad tendencial del régimen democrático, su acelerada deslegitimización y su probable desestabilización, con los riesgos nada pequeños de una inesperada -además de cruenta e indeseada- reinstalación de una dictadura militar de nuevo tipo. Esta sería popularmente plebiscitada por un súbito fervor de fundamentalismo nacional-populista, que se posesionaría de las grandes masas pauperizadas por el ajuste y condenadas al infierno de la marginalidad por las democracias capitalistas “realmente existentes” de América Latina. Este es el nuevo peligro, y hay muchos datos concretos en los diferentes países que indican que el riesgo es cada vez mayor. La experiencia del Perú no debería caer en oídos sordos. Sería una trágica paradoja que las víctimas del ajuste capitalista de hoy fuesen impulsadas por su desesperación y desilusión a reinstalar en el poder, esta vez democráticamente, a sus verdugos de ayer. Para evitar este desafortunado desenlace es más que nunca esencial constituir una genuina alternativa de recambio al neoliberalismo dominante. Esa tarea sólo podrá realizarla un conjunto plural de fuerzas de inspiración socialista que sea capaz de reconciliar los ideales fundamentales de justicia, libertad, democracia e igualdad con las necesidades prácticas de reconstrucción económica y social que habrá que emprender ni bien llegue a su término el diluvio neoliberal. Esa hora no está muy lejana, y si llegamos tarde a la cita, o acudimos a ella sin propuestas concretas y viables, el resultado bien podría ser la inauguración de una época signada por una barbarie de nuevo tipo. Dependerá en gran parte de nosotros que esto no ocurra.

NOTAS

1 Esta sección resume, en unas pocas páginas, el argumento y la discusión incluidos en nuestro Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC-UBA, cp. 7.

2 A. Cueva, El desarrollo del capitalismo en América Latina, México, Siglo XXI, 1976. Sobre el caso del Brasil, véase F. Fernandes, A revolução burguesa no Brasil. Ensaio de interpretação sociológica, Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1975.

3 Cf. especialmente S. P. Huntington, The Third Wave, Norman and London, The University of Oklahoma Press, 1991.

4 Esta visión minimalista y politicista de la democracia se encuentra en M. A. Garretón, Reconstruir la política. Transición y consolidación democrática en Chile, Santiago, Andante, 1987. También en A. Flisfisch, N. Lechner y T. Moulián, "Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina", en AAVV, Democracia y desarrollo en América Latina, Buenos Aires, GEL, 1985. En el volumen colectivo compilado por G. O'Donnell, P. Schmitter y L. Withehead, Transiciones desde un gobierno autoritario, Buenos Aires, Paidós, 1988, se recogen algunos de los mejores trabajos inspirados en esta tradición, aún cuando es justo aclarar que no todos los autores adhieren a sus premisas o dejan de tener serios cuestionamientos hacia ellas. La defensa más sofisticada de esta perspectiva en el ámbito de la ciencia política latinoamericana se encuentra en la obra de C. Strasser, Para una teoría de la democracia posible. Idealizaciones y teoría política, Buenos Aires, GEL, 1990, y Para una teoría de la democracia posible. La democracia y lo democrático, Buenos Aires, GEL, 1991. No obstante, a nuestro juicio, la cuidadosa argumentación de este autor no es suficiente para superar las insanables limitaciones inherentes al enfoque minimalista y politicista de la democracia. Si los más diligentes teólogos medievales fracasaron en su tentativa de demostrar la cuadratura del círculo, ¿cómo hacer para justificar la separación en la teoría de aquello que en la vida real de las sociedades hallamos inextricablemente unido?

5 Cf. J. Schumpeter, Capitalism, Socialism and Democracy, Nueva York, Harper Torchbooks, 1950 (3ra. edición), cps. 20-23.

6 Cf. A. Cueva, Las democracias restringidas de América Latina. Elementos para una reflexión crítica, Quito, Planeta, 1988, p. 12, (destacado en el original).

7 Una excelente crítica de la mistificación en que incurren las corrientes dominantes de las ciencias sociales se encuentra en K. Kosic, *Dialéctica de lo Concreto*, México, Grijalbo, 1976.

8 K. Marx, "Sobre la Cuestión Judía", en K. Marx y F. Engels, *La Sagrada Familia*, México, Grijalbo, 1958, pp. 3-38.

9 Guillermo O'Donnell ha planteado con mucha sutileza el problema de estas ciudadanías "incompletas" en su "The State, Democracy, and some Conceptual Problems", en W. C. Smith, C. H. Acuña y E. A. Gamarra, eds., *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform*, Miami, North-South Center, 1994, pp. 157-169.

10 Agradezco a Paulo Sergio Pinheiro el haberme confirmado la inexistencia de estas palabras en idioma portugués.

11 Recuérdese el intenso debate suscitado por las tesis de Rosa Luxemburgo a propósito de la revolución rusa y sus enseñanzas. Cf. su "The Russian Revolution", en *Rosa Luxemburg Speaks*, Nueva York, Pathfinder Press, 1970, pp. 365-395, en donde la revolucionaria polaca advierte las implicaciones autoritarias de largo plazo de ciertas decisiones tomadas en los meses iniciales de la revolución rusa. Casi veinte años antes, en su célebre contribución al Bernstein-Debate, Luxemburgo había planteado en *Reforma o Revolución* -reproducida en *Obras Escogidas*, Tomo I, México, ERA, 1978 una aguda defensa de la democracia como componente imprescindible del proyecto socialista. Una formulación actual de esta tesis se encuentra en Raymond Williams, "Hacia muchos socialismos", en *El Cielo por Asalto*, Año 1, N2 3, 1991.

12 N. Bobbio, "Quali alternative alla democrazia rappresentativa?", en F. Coen, *Il marxismo e lo Stato. Il dibattito aperto nella sinistra italiana sulle tesi di Norberto Bobbio*, Roma, Mondoperaio, 1976, pp. 19-37.

13 R. Luxemburgo, "The Russian Revolution", op. cit., pp. 393-395.

14 Sobre el tema del compromiso de clases en el Estado keynesiano ver, entre otros: C. Offe, *Contradictions of the Welfare State*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1984, y del mismo autor, *Disorganized Capitalism*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1985; A. Przeworski, *Capitalism and social democracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

15 C.B. Macpherson, *The political theory of possessive individualism. Hobbes to Locke*, Londres, Oxford University Press, 1962; y también su *The life and times of liberal democracy*, op. cit., pp. 23-43. Véase también la sugerente sistematización efectuada - tras las huellas de Macpherson- por David Held, *Models of Democracy*, op. cit., y la obra de C. Pateman, *Participation and Democratic Theory*, op. cit.

16 Calculado sobre la base de informes varios de la CEPAL y el Banco Mundial.

17 Sobre este tema, consultar los clásicos trabajos de G. O'Donnell, *Modernization and bureaucratic authoritarianism. Studies in South American politics*, Berkeley: Institute of International Studies, University of California, 1979, y F. H. Cardoso, *Autoritarismo e Democratização*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1975.

18 Una sugerente discusión sobre el auge y la crisis de los modelos de acumulación "estadocéntricos" puede verse en L. Paramio, "El final de un ciclo y la crisis de unos actores: América Latina ante la década de los '90", ponencia presentada al XVI Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Ciencia Política, Buenos Aires, julio de 1991; véase también R. Lagos, "Crisis, ocaso neoliberal y el rol del Estado", en *Pensamiento Iberoamericano*, N° 25 a, enero-junio de 1984, pp. 163-188, y M. Cavarozzi, "Beyond transitions to democracy in Latin America", ponencia presentada al XV Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Ciencia Política, Buenos Aires, julio de 1991.

19 Una estimulante recopilación de trabajos sobre estos temas puede verse en D. Muchnik, *Economía y Vida Cotidiana en la Argentina*, op. cit., y en A. Bocco y N. Minsburg (comps.), *Privatizaciones. Restructuración del Estado y la Sociedad*. Del Plan Pinedo a "los Alsogaray", Buenos Aires, Letra Buena, 1991.

20 O. Sunkel, "La crisis social en América Latina. Una perspectiva neoestructuralista", en C. Contreras Quina (comp.), *El Desarrollo Social. Tarea de Todos*, Santiago, Comisión Sudamericana de Paz, Seguridad y Democracia, 1994, p. 38.

21 Fuente: PNUD, *Desarrollo sin pobreza*, Documento de Trabajo preparado para la IIª Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe, Santiago, 17-19 de octubre, 1990, p. 45 e. Entre 1991 y 1993, según la CEPAL el PBI per cápita creció a un promedio del 1,4% anual, es decir, apenas una décima de un uno % de lo mínimo necesario para satisfacer las modestas exigencias del escenario optimista! Cf. CEPAL, *Cepal News*, Washington, CEPAL, Vol. XV, N° 1, enero de 1995.

22 Cf. CEPAL, Transformación productiva con equidad, Santiago, 1990.

23 Una visión contraria a la nuestra se encuentra en K. L. Remmer, "The political impact of economic crisis in Latin America in the 1980's", en *American Political Science Review*, Vol. 85, N° 3, septiembre de 1991, pp. 777-800.

24 Ver cifras en A. Boron, Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina, op. cit., pp. 223-228.

25 CEPAL, Transformación productiva.... op. cit. , p. 95. En el caso argentino, en el período 1992-94 el gasto público descendió aún más, al 27%, pero el gobierno insiste en que todavía es muy elevado.

26 World Bank, World Development Report, 1991. The Challenge of Development, Oxford, Oxford University Press, 1991, p.139.

27 Interrogado por los periodistas en ocasión de una de las tantas marchas de los jubilados demandando una mejora de sus haberes, el ministro Domingo Cavallo comentó urbi et orbi que él no podía vivir con menos de diez mil dólares al mes. Pese a ello se mantuvo firme en su posición de negar un aumento a los pensionados que ganaban entre 140 y 150 pesos mensuales.

28 Cf. CEPAL, Equidad y Transformación Productiva. Un Enfoque Integrado, Santiago, CEPAL, 1992, p. 92.

29 Equidad y transformación productiva... op. cit. p. 92.

30 Cf. J. J. Santiere, Informe sobre la estructura tributaria argentina, Buenos Aires, Banco Mundial, 1989.

31 Cf. R. Carciofi, La desarticulación del pacto fiscal. Una interpretación sobre la evolución del sector público argentino en las dos últimas décadas, Buenos Aires, CEPAL, Doc. de Trabajo N° 36, 1990.

32 Cf. C. Offe, Contradictions of the Welfare State, Cambridge, MIT Press, 1984, y Disorganized Capitalism, Cambridge, MIT Press, 1985. Véase asimismo L. Paramio, Tras el Diluvio. La izquierda ante el fin de siglo, Madrid, Siglo XXI, 1988; A. Przeworski, Capitalismo y Socialdemocracia, Madrid, Alianza, 1988; E. Isuani, R. Lo Vuolo y E.

Tenti Fanfani, *El Estado Benefactor: un paradigma en crisis*, Buenos Aires, Miño, Dávila CIEPP, 1991.

33 Sobre el tema de los “regímenes económicos internacionales” ver la antología editada por S. D. Krasner (comp.), *International Regimes*, Ithaca, Cornell University Press, 1983, y, del mismo autor, *Structural Conflict. The Third World against Global Liberalism*, Berkeley, University of California Press, 1985; R. W. Cox, *Production, power and world order: social forces in the making of history*, Nueva York, Columbia University Press, 1987; R. O. Keohane, *After Hegemony: cooperation and discord in the world political economy*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1984; S. Strange, *States and Markets*, London & New York, Pinter Pub. (segunda edición), 1994. Por último, ver nuestra “Towards a post-hegemonic age? The end of Pax Americana”, en *Security Dialogue*, Vol. 25 (2), 1994, pp. 211-221.

34 O. Altimir, *Cambios en las desigualdades de ingreso y en la pobreza en América Latina*, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1992, apéndice C-1.

35 Cf. CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, op. cit., p. 22. Sobre la cuestión del igualitarismo ver R. Blackburn, “Fin de Siécie: Socialism after the Crash”, en *New Left Review*, Londres, N°185, enero-febrero de 1991. Los datos sobre Chile fueron tomados de P. Meller, “Adjustment and Equity in Chile”, París, OECD, 1992, p. 23.

36 L. C. Bresser Pereira, “Efficiency and Politic” p. 26. Los datos sobre Chile también provienen de P. Meller, “Latin American adjustment and economic reforms: issues and recent experience”, CIEPLAN (junio 1992), y de CEPAL, “Notas” op. cit., p. 45.

37 *La Utopía Desarmada*, Buenos Aires, Ariel, 1993, p.284. Véase asimismo M. Délano y H. Traslaviña, *La herencia de los Chicago-boys*, Santiago, Ornitórringo, 1989; E. Tironi, *Los silencios de la revolución*, Santiago, Puerta Abierta, 1988, y X. Arrizabalo Montoro, *Resultados económicos de la dictadura en Chile (1973-1989)*, Doc de Trabajo 1-93 del Instituto Internacional del Desarrollo.

38 Cf. O. Altimir, op. cit.

39 L. C. Bresser Pereira, op. cit.

40 Cf. J. Castañeda, op. cit., pp. 283-284. Como si lo anterior fuera poco el presidente Zedillo formuló reiteradas declaraciones en las que aseguraba que en esta nueva

“vuelta de tuerca” del ajuste neoliberal exigida por el desplome de la economía mexicana “el costo principal será pagado por los más pobres”.

41 S. Edwards, América Latina y el Caribe. Diez años después de la crisis de la deuda, Washington, Banco Mundial, 1993, pp. 34-35.

42 Hemos explorado detalladamente estas cuestiones en nuestro Estado, Capitalismo y... op. cit., cps. 2, 3 y 7. Ver, por supuesto, los dos trabajos pioneros y fundamentales de C. B. Maepherston, *The Political Theory of Possesive Individualism*, Oxford, Oxford University Press, 1962, y *Democratic Theory. Essays in Retrieval*, Oxford, Oxford University Press, 1973.

43 En esta sección seguimos nuestro “El experimento neoliberal de Carlos Saúl Menem”, en *El Cielo por Asalto*, Buenos Aires, III, N° 6, 1993.

44 El locus classicus de este tema es, por supuesto, M. Weber, *The protestant ethic and the spirit of Capitalism*, London, Unwin, 1985.

45 L. C. Bresser Pereira, J. M. Maravall y A. Przeworski, “Reformas económicas en las nuevas democracias. Un enfoque socialdemócrata”, en *El Cielo por Asalto*, III, Otoño 1993, N° 5, p. 14 (énfasis nuestro).

46 D. Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza Universidad, 1985.

47 Cf. A. Gorz, *Critique of economic reason*, Londres, Verso. 1989.

48 J. Rifkin, *The end of work*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1995.

49 Platón, *La República*, Buenos Aires, EUDEBA, 1985, par. # 552 d.

50 F. H. Cardoso, “La democracia en América Latina”, en *Punto de Vista*, N° 23, Buenos Aires, abril de 1985.

Capítulo IV

La trama del neoliberalismo: mercado, crisis y exclusión social*

Perry Anderson, Atilio Boron, Emir Sader,
Pierre Salama y Göran Therborn

Pablo Gentili (coordinador)

Hemos pensado que este diálogo sobre la trama del neoliberalismo podría organizarse alrededor de tres ejes básicos. En el primero de ellos proponemos discutir algunas cuestiones referidas a la propia definición del “neoliberalismo” y a los significados que ustedes atribuyen a dicho concepto. Luego nos interesaría conocer, por un lado, cuál es el balance que realizan de las políticas neoliberales, y, por otro, cómo caracterizarían aquellos aspectos centrales que dan sentido y coherencia a este tipo de regímenes. Por último, creemos que sería importante confrontar algunas ideas sobre las posibilidades y el futuro de una alternativa democrática a las terribles condiciones de miseria y exclusión que el neoliberalismo ha producido e intensificado en nuestras sociedades.

Göran Therborn

Creo que es relevante tener en claro qué queremos decir cuando hablamos de “neoliberalismo”; de lo contrario corremos el riesgo de transformarlo en un proyecto coherente y unificado, características éstas que no se corresponden con la realidad.

El término “neoliberalismo” posee un significado específico en lo concerniente a un conjunto particular de recetas económicas y de programas políticos que comenzaron a ser propuestos en los años ‘70. Dichas recetas han tenido como inspiración principal la obra de Milton Friedman. Estas ideas, al mismo tiempo, nos remontan a Hayek y a la

llamada Escuela Austríaca. Por otro lado, y concomitantemente, ha ocurrido a nivel mundial un cambio histórico en las relaciones institucionales entre el mercado y el Estado y entre las empresas y los mercados. Este cambio no ha sido fruto del proyecto neoliberal, no se reduce a un mero *producto* político de estos regímenes, ni tampoco es el efecto de una determinada ideología económica. Se trata de un cambio que tiene por detrás la fuerza de una configuración mucho más compleja.

En cuanto al balance, diría que, en la versión más estricta defendida por Thatcher en el Reino Unido y por Friedman y sus discípulos en los EE.UU., el neoliberalismo se transformó en un proyecto que ha ganado poder político y un número significativo de posiciones administrativas. Al mismo tiempo en que consiguió consolidarse, también fue capaz de exportar sus ideas a algunos países como por ejemplo Argentina, y anteriormente Chile.

Por otro lado, y en varios sentidos, el neoliberalismo no ha sido un proyecto muy exitoso. Si lo definimos en el marco estricto de las perspectivas defendidas por Hayek y Friedman, no creo que la Democracia Cristiana alemana, por ejemplo, encaje en esta definición. Visto desde ese ángulo, las principales “victorias” del neoliberalismo se han producido en los países anglosajones. Esto, claro, suscita algunas cuestiones interesantes respecto a las peculiaridades de los pueblos de aquellos países.

Otro aspecto relevante es la nueva importancia que han asumido los mercados y la competencia, proceso que refleja un cambio estructural en la historia del capitalismo. Este cambio ha alentado la fuerza ideológica de los partidos y de los intelectuales neoliberales, aunque aquél no sea un efecto producido por ellos.

Por último, quería destacar que la experiencia nos ha revelado, antes que nada, la extrema pujanza de los Estados de Bienestar. El *Welfare State* ha sido muy atacado tanto por la izquierda como por la derecha y el centro. Ataques que vienen desde los neoliberales confesos hasta de intelectuales como Jürgen Habermas y de ciertas fuerzas de la extrema izquierda. En general, el Estado de Bienestar ha sido objeto de fuertes críticas por estar en crisis, por permanecer entera e inevitablemente sometido a ciertas contradicciones internas irresolubles, etc. Analizado desde un punto de vista histórico, esto simplemente no es verdad. El balance nos muestra que este tipo de Estado fue constituyéndose en una institución extremadamente robusta que ha logrado mantenerse sorprendentemente bien. La comprobación más dramática de esto podemos encontrarla en América Latina: al final del pinochetismo, Chile todavía mantenía el Estado de Bienestar más organizado y eficiente de la región.

Existe una serie de razones (algunas conocidas y otras no tanto) que explican este proceso. En primer lugar, la propia magnitud del *Welfare State* dificulta el desmantelamiento de sus instituciones fundamentales. En los países avanzados, por ejemplo, entre el 40 y el 65% de la población adulta tiene en dicho Estado su principal fuente de renta. Esta cifra es del 40% en EE.UU. y llega al 65% en algunos pequeños países del continente europeo. No se puede desactivar de forma simple una institución de semejante importancia y magnitud. Si analizamos el tamaño del Estado -uno de los principales blancos de la crítica neoliberal- veremos que, en todos los países de la OECD, la magnitud relativa del gasto público es hoy mayor a lo que era en 1979. Esta relación se mantiene, incluso, si hiciéramos un ajuste cíclico que permita descontar los efectos de la reciente depresión.

El neoliberalismo está agotado como proyecto ideológico y político definido de forma estricta. La posibilidad misma de su continuidad se vincula no tanto al carácter unitario de su proyecto político y sí a sus lazos de articulación con el gigantesco proceso de cambio estructural producido en el mundo capitalista. Es decir, con las transformaciones ocurridas en el triángulo institucional del capitalismo (empresas, mercados y Estados), y con las variaciones en el tamaño relativo de cada una de estas tres esferas. En efecto, muy esquemáticamente podemos señalar que ya a comienzos de este siglo se produjo un crecimiento relativo de las empresas que culminó entre las dos guerras mundiales. Era una época de monopolios, de cartelización y de debilitamiento del comercio a escala planetaria. Después de la Segunda Guerra los mercados mundiales se abrieron y el comercio internacional comenzó a crecer más que la misma producción. Incluso las grandes empresas llegaron a hacerse dependientes de los mercados. Pero al mismo tiempo en que esto ocurría, aumentaba el tamaño de los Estados; surgía el *Welfare State*. El proceso que caracteriza estos últimos diez o quince años del desarrollo capitalista es una extensión enorme de los mercados (especialmente de los mercados de divisas y, sobre todo, de finanzas), los cuales expanden su dominio tanto sobre los Estados como sobre las empresas. Comienza el auge del poder anónimo del mercado frente al poder de los ciudadanos de los Estados y de los trabajadores de las empresas. Es en este contexto que debemos situar el neoliberalismo.

Pierre Salama

Para mí resulta muy complejo hacer un balance preciso. Creo que no sabemos con exactitud qué es el *neoliberalismo* ya que, en tanto categoría, él se ha vuelto muy difuso. Si bien, claro, se trata de una realidad que conocemos por sus efectos, en materia analítica se ha vuelto un concepto escurridizo.

Por otro lado, los liberales sostienen que el éxito de los programas de ajuste se debe a que se ha llevado a cabo una política liberal. Aun en aquellos casos en que hay una fuerte intervención del Estado, sostienen que dicho éxito se debe a una política orientada en el sentido -aparentemente siempre correcto- que ellos prescriben. Los liberales se apropian, sorprendentemente, del éxito coreano. Asimismo, cuando hay un fracaso, siempre se le echa la culpa al Estado populista, inclusive en aquellos casos en que éste ni siquiera existe. Evidentemente, los liberales se niegan a asumir los desastres que generan sus propias políticas.

Creo que aquí se sitúa la clave del problema: el impacto y la fuerza que el discurso neoliberal han tenido en la cabeza de la gente provienen de nuestra incapacidad para cambiar la forma de vivir y comprender el Estado.

Efectivamente, el aparato estatal no pudo responder de forma eficaz a las nuevas condiciones creadas por un alto grado de industrialización, y a las complejas dificultades que ha generado este proceso de cambios. El desempleo tendió a aumentar aceleradamente, lo que legitimó, a nivel subjetivo, la necesidad de medidas liberales de orientación claramente mercantil. Ha existido una especie de ambigüedad a partir de ese momento: el fracaso de las medidas liberales (por ejemplo, en América Latina, los sucesivos planes que desembocaron en la hiperinflación) trata de ser explicado con el argumento de que ha sido el Estado quien paralizó la actividad económica.

En este marco, el concepto de “neoliberalismo” tiende a hacerse difuso y elusivo.

El caso chileno es paradigmático. Con frecuencia oímos hablar del supuesto “éxito chileno” en un país que atraviesa su mayor período recesivo en los últimos veinte años. No hay que olvidar que Chile tuvo, bajo la dictadura pinochetista, dos grandes recesiones. Sin embargo, no dejamos de escuchar alabanzas al “milagro chileno”.

Por otro lado, es indudable que debemos superar el simple economicismo cuando analizamos este tipo de regímenes. Debemos comprender el significado del mercado y su relación con un Estado de nuevo tipo; aunque, ciertamente, no con el modelo de Estado que los neoliberales nos atribuyen.

Frente al efecto negativo de estas políticas debemos plantearnos varios problemas. En primer lugar, la cuestión misma del aparato estatal. Nosotros no defendemos un modelo de Estado corrupto. Defendemos una concepción política en la cual, efectivamente, la intervención estatal debe basarse en la solidaridad social. Es decir, en la disminución de las desigualdades y no solamente en la mera eficacia económica. Por otro

lado, debemos preguntarnos cuáles son los objetivos éticos de ese Estado, cuál es el proyecto de sociedad que él implica. Creo que frente al desastre del neoliberalismo, o, más exactamente, de las medidas liberales que han sido aplicadas en nuestros países, este problema adquiere una importancia central.

Por último, es un dato evidente que, en los países del Tercer Mundo, aunque no solamente en ellos, la pobreza ha crecido enormemente. Sin embargo, los efectos de las políticas neoliberales no concluyen ahí. Todavía más grave es que las desigualdades han crecido entre los mismos pobres. Nos enfrentamos a un proceso nuevo: *la pauperización de la pobreza*. Hay sectores que hoy son mucho más pobres que antes. Las políticas liberales, tal como han sido practicadas, condujeron a ciertas sociedades a una rápida y profunda dinámica de desagregación. Las fracturas sociales, por ejemplo en México, son reveladoras de los efectos altamente negativos del neoliberalismo.

El balance que hago se basa mucho más en las consecuencias concretas de las políticas neoliberales, que en la forma como se presenta, analíticamente, este concepto. Se trata, claro, de un balance altamente negativo.

Atilio Boron

Efectivamente, creo que es necesario realizar un balance de las consecuencias que se derivan de esta prolongada hegemonía neoliberal. Sin embargo, en primer lugar, habría que hacer una aclaración: el neoliberalismo no ha tenido la universalidad que en general suponemos. Si analizamos la aplicación de estas políticas de reconstrucción económica y social a escala mundial, nos daremos cuenta de que ellas tuvieron lugar fundamentalmente en algunos países europeos, sobre todo los anglosajones, en EE.UU., Canadá y, básicamente, en América Latina. La propuesta neoliberal ha sido desoída en el Sudeste asiático, y aunque haya comenzado a tener una cierta penetración, ésta no se tradujo, hasta el momento, en la aplicación sistemática de sus políticas. Japón es un activo militante en contra del neoliberalismo en foros tales como el Banco Mundial y el FMI. El gobierno japonés ha publicado solicitudes en el *Journal of Commerce* y en el *Wall Street Journal* abogando por un papel más activo del Estado y aconsejando adoptar una postura cautelosa (y a veces crítica) en contra del Consenso de Washington. En general, los países más exitosos de la economía mundial -China, Japón, Corea, Taiwan, etc.- no han tenido mucho que ver con el neoliberalismo. De todas maneras, es preciso admitir que, en el continente americano, el impacto de estas políticas ha sido muy fuerte.

Hecha esta salvedad, podemos preguntarnos acerca de cuál es el balance que arrojan tres lustros de hegemonía neoliberal.

Por un lado, estas políticas han cosechado éxitos evidentes en la lucha anti-inflacionaria. El neoliberalismo impuso una feroz disciplina fiscal con buenos resultados en lo que se refiere al control de la inflación, aun cuando el precio pagado por ello -la pauperización de las masas- sea inaceptable para sus críticos. En América Latina esto es claro, siendo paradigmáticos los casos de Argentina, Bolivia, México y, más recientemente, Brasil. Sin embargo, la estabilidad monetaria no fue suficiente para que tales países comenzaran a recorrer una nueva senda de crecimiento económico prolongado. En este sentido, los fracasos de la ortodoxia neoliberal en Bolivia y México son patéticos. Los ajustes salvajes allí practicados no significaron el prelude a una nueva fase de desarrollo. En la Argentina los resultados fueron mejores, aunque no hay que olvidar que allí la economía se había sumergido en un foso sin precedentes entre 1988 y 1990 y que, por consiguiente, gran parte del crecimiento ha sido, en realidad, la recuperación posterior a la caída. Por último, ¿cómo ignorar que la economía chilena recién a fines de los ochenta, luego de casi veinte años de ajuste y estabilización, superó algunas de las marcas alcanzadas a comienzos de los '70? En otras palabras, la famosa Curva de Lafer resultó ser una ingeniosa triquiñuela: se redujeron los impuestos a los ricos, mecanismo que les permitió acumular y concentrar más ganancias sin que, a pesar de todo, ellos realizaran las inversiones prometidas y esperadas. La tasa de inversión no aumentó significativamente, factor que repercutió negativamente sobre el crecimiento económico. Lo que sí se logró fue uno de los objetivos estratégicos del programa neoliberal: construir sociedades más desiguales a partir de la creencia de que, de ese modo, los abultados recursos que quedaban en manos de los ricos darían origen a un verdadero torrente de inversiones.

Lo que no estaba en el programa neoliberal era una adecuada valoración de los cambios culturales sufridos por el capitalismo. Esto es, el viejo modelo liberal suponía una conducta ascética por parte de los burgueses. Dada la creciente disponibilidad de recursos, éstos invertirían y gastarían con mesura, descartándose apriorísticamente la hipótesis de que tales sectores pudieran entrar en una carrera desenfrenada de consumo dispendioso conducente al despilfarro y a la desinversión. Sin embargo, esto último fue lo que efectivamente ocurrió. En los EE.UU. hay varios estudios que demuestran cómo el sector más rico de la sociedad norteamericana acumuló una masa impresionante de riquezas y rentas durante la época de Reagan, sin que eso se tradujera en mayores inversiones.

Lo mismo ha ocurrido en América Latina.

Como balance podemos decir que el neoliberalismo ha producido un retroceso social muy pronunciado, una reafirmación de las desigualdades dondequiera que haya sido puesto en práctica; pero ha logrado un éxito relativo en lo que se refiere al control de la inflación, y a la imposición de ciertos mecanismos de disciplina fiscal (aunque, como es bien sabido, en los EE.UU. no se haya exagerado demasiado en esta cuestión).

En relación al último aspecto debemos hacer algunas salvedades regionales. Por ejemplo: Italia en la década del '80 tuvo un déficit fiscal del orden del 10% del PBI, y creció aceleradamente. Sin embargo, cuando un país de América Latina tiene un déficit fiscal de 1,5 o de 2% del PBI, se dejan caer de inmediato misiones del FMI o del Banco Mundial para exigir que se ponga "orden" en las cuentas fiscales. De manera que el criterio defendido por el neoliberalismo acerca de la llamada disciplina fiscal varía mucho en función de los contextos regionales. Esto hay que leerlo en la clave de un sistema internacional donde hay una clase dominante global que establece criterios diferenciales según el país en cuestión: el déficit no preocupa si los que incurren en él son los países desarrollados, pero se transforma en una grave patología económica cuando los deficitarios son los países de la periferia.

Debemos también relativizar el supuesto éxito de aquellos "milagros económicos" neoliberales que se nos presentan como modelos a seguir. Cuando los casos de México, Argentina y Chile son observados en una perspectiva de larga duración (por ejemplo entre 1970 y 1990) los resultados obligan a relativizar la euforia generada por las aparentes conquistas de estos programas de ajuste.

En cambio, el resultado más perdurable del neoliberalismo ha sido la constitución de una sociedad dual, estructurada a dos velocidades y que coagula en un verdadero apartheid social. Un modelo donde existe un pequeño sector de integrados (cuyo tamaño varía según las distintas sociedades) y otro (mayoritario en América Latina) que va quedando completamente excluido, el cual sea probablemente irrecuperable en el corto plazo. Se plantea aquí una cuestión nada marginal para la consolidación de los regímenes democráticos: ¿qué hacer con las víctimas que produjo el neoliberalismo y para las cuales no tuvo -ni tiene-ninguna solución? ¿Cómo construir una democracia estable y sólida sobre tan precarios fundamentos sociales?

Emir Sader

Me parece que lo esencial es caracterizar al neoliberalismo como un modelo hegemónico; o sea, como un formato de dominación de clase

adecuado a las relaciones económicas, sociales e ideológicas contemporáneas.

Si bien él nace de una crítica, antes que nada económica, al Estado de Bienestar, luego se ha constituido en un cuerpo doctrinario que desemboca en un modelo de relaciones entre clases, en valores ideológicos y en un modelo determinado de aparato estatal.

Existe un proceso de re-privatización de las relaciones de clase, antes permeadas fuertemente por el Estado, según el país. Existe, también, un avance generalizado de las relaciones mercantiles que se expresa sin mediación alguna. No en vano la derrota histórica de ciertas huelgas, como la del carbón en Inglaterra y la de la Fiat en Italia, han sido marcos generales que permitieron impulsar y promover el avance neoliberal.

El neoliberalismo reinterpreta el proceso histórico de cada país: los villanos del atraso económico pasan a ser los sindicatos y, con ellos, las conquistas sociales y toda forma de lucha por la igualdad, la equidad y la justicia social. Al mismo tiempo, la derecha, los conservadores, se reconvierten a la modernidad, en su versión neoliberal, por la vía de las privatizaciones y de un modelo de Estado Mínimo.

El carácter global de estos regímenes requiere, como alternativa, un modelo no apenas económico (aunque con raíces de viabilidad económica) que surja de la real crisis del Estado de Bienestar, para desdoblarse en una nueva forma de ideología democrática, en un nuevo modelo de Estado, en nuevas relaciones sociales. El debate tiene que desbordar los estrechos límites del pensamiento economicista, aun cuando a partir de la esfera económica el neoliberalismo se haya transformado en el sentido común de nuestro tiempo. Esta ha sido su mayor victoria.

Perry Anderson

Concuerdo con las observaciones realizadas por Atilio Boron. Sin embargo, permítanme hacer algunos breves comentarios sobre ciertas cuestiones señaladas por Therborn en la apertura de este debate.

Dos cuestiones que Göran plantea son absolutamente relevantes. La primera es la identificación de un proceso subyacente de cambios histórico estructurales en la propia naturaleza del capitalismo; cambios que han abierto y posibilitado el éxito ideológico del neoliberalismo. Esto envuelve la importancia creciente de los mercados en relación a los estados y, también, de los mercados en relación a las empresas. Sobre todo en función de la competencia internacional, el papel de las empresas dominantes ha declinado junto con su poder de mercado individual. El poder de los estados en regular sus economías también ha

declinado en función del surgimiento, por primera vez, de un mercado genuinamente mundial. Conuerdo con Therborn en este aspecto. Es obvio que dicho cambio crea condiciones más propicias para la afirmación del neoliberalismo en cuanto doctrina teórica que valoriza sistemáticamente el papel del mercado a costa del Estado y también de las grandes empresas.

En segundo lugar, coincido en que el Estado de Bienestar no fue, de forma alguna, desmantelado en los países capitalistas avanzados. A pesar de la ofensiva neoliberal, el gasto público no ha declinado. Por el contrario, él ha experimentado un ligero incremento, aunque la tasa de ese crecimiento haya sido restringida por las propias políticas neoliberales.

Estos procesos destacados por Therborn son fundamentales. Conuerdo con sus observaciones. En lo que no coincido -y tal vez sea ésta una cuestión teórica todavía más interesante- es en lo concerniente a la importancia de las ideas y las perspectivas intelectuales en los cambios políticos y sociales del siglo XX. Ustedes deben conocer el famoso comentario de Keynes acerca de que todo político práctico o todo administrador que piensa estar actuando simplemente por el sentido común, está, de hecho, implementando las ideas de algún economista loco ya fallecido. O sea, es imposible escapar de la teoría: ella guía las acciones de las personas en las posiciones de comando del Estado, tengan o no tengan conciencia de esto. El propio Hayek, por cierto, decía que ése era el único comentario de toda la Teoría General de Keynes con el cual concordaba. En lo que concierne a la experiencia del siglo XX, Keynes estaba absolutamente acertado al realizar este comentario allá por los años '30. Asimismo Hayek ha demostrado una gran perspicacia al captar la importancia y la centralidad de esta observación.

Aquí creo estar en desacuerdo con Göran. Entiendo que el neoliberalismo fue y es una doctrina completa y coherente. Hayek es un pensador mucho más importante que Friedman, ya que desarrolla toda una epistemología y una teoría ética de la historia. Friedman, aun cuando haya desempeñado un papel importante, fue mucho más un técnico y un propagandista. Desde el punto de vista intelectual, el neoliberalismo es una fuerza bastante más formidable de lo que Göran está dispuesto a admitir.

Dicho esto, es enteramente cierto que la doctrina neoliberal -tanto en la versión austríaca como en la versión de Chicago- nunca fue integralmente implementada por ningún gobierno. De hecho, los liberales consistentes, al estilo Hayek, disientían con la Primera Ministra Thatcher por ser un tanto débil, y con el Presidente Reagan por no haber hecho todo de forma correcta. Parecería haber un enorme vacío (*gap*) entre la teoría y su implementación práctica por parte de ciertos regímenes

específicos. También es un hecho que, en un sentido más fundamental, las recetas neoliberales no han funcionado. O sea, no han conseguido colocar la máquina de la acumulación nuevamente en actividad en la escala esperada por sus defensores. No hemos visto, al menos hasta ahora, nada como el *boom* económico de los años '50 y '60.

Creo, entre tanto, que todavía hoy podemos hablar de una hegemonía neoliberal que continúa. Esto es así porque son las ideas neoliberales las que fijan los parámetros de toda la política económica. Ellas los determinan en el sentido de que no existe ninguna concepción alternativa coherente acerca de cómo deben ser conducidas las economías capitalistas modernas. La tradición keynesiana ha sido quebrada y desmoralizada. Algunos economistas individuales, claro, pueden afirmar que Keynes ha sido "malentendido", o cosas por el estilo. Pero en verdad, es evidente que no existe ninguna traducción de esto en una nueva afirmación coherente de un keynesianismo actualizado. Desde este punto de vista, el keynesianismo está agotado.

En el pasado ha habido una segunda alternativa al ordenamiento de las economías capitalistas, diferente de la variante keynesiana o socialdemócrata: la perspectiva del socialismo integral. Esta era una idea presente en el espacio político, una posibilidad que debía ser tomada en serio, inclusive por sus propios enemigos. Hoy, dicha alternativa simplemente ha dejado de operar en aquellos términos. No digo que concuerdo con esto, apenas estoy reconociendo el hecho de que ella no tiene más la fuerza efectiva que poseía antiguamente en el espacio político.

Esto quiere decir que hoy apenas una teoría se presenta como proposición intelectual efectiva para el ordenamiento de las economías capitalistas modernas: el neoliberalismo. Es interesante ver cómo esto repercute en países donde la tradición cultural local y la correlación de fuerzas no es particularmente favorable a la implementación de las políticas neoliberales.

Therborn dice que es difícil ver que el gobierno demócrata cristiano de Alemania pueda ser indicado como ejemplo de práctica neoliberal. Con relación a esto yo respondería, en primer lugar, que Alemania Occidental tuvo su propia subvariante endógena, inteligente y muy original de neoliberalismo, llamada Escuela de Freiburg, cuya personalidad más destacada era Walter Ecken. Aun cuando ellos no concordaban en todo con Hayek, ciertamente podrían ser descriptos como pertenecientes a esta corriente. Había así, en Alemania, un componente doctrinario muy importante moldeando los arreglos institucionales y económicos de los años '50. Tales mecanismos no fueron meros ajustes pragmáticos. En segundo lugar, diría que hoy no sólo podemos identificar en el *Bundesbank* el mecanismo institucional

más poderoso para la imposición de ciertas normas neoliberales estrechas y rigurosas, sino que también podemos observar cómo un gobierno inicialmente comprometido con una tradición social-católica de carácter semi-conservador y altamente corporativa está siendo empujado cada vez más hacia el camino de las privatizaciones.

Este es un punto sobre el cual creo importante insistir. La ola de privatizaciones ha sido monumental a escala mundial. No estamos en absoluto frente a una cuestión menor. La transferencia de gigantescos activos de empresas públicas a manos privadas está reconfigurando de manera fundamental nuestras sociedades. En Francia existe un intenso programa de privatizaciones. En Italia, también. Cuando digo que la dinámica del neoliberalismo no está agotada, es porque estoy convencido de que, dentro de cinco años, estos países estarán todavía viviendo procesos de venta de activos públicos fundamentales.

Si alguien me dijera que los neoliberales no son hoy tan poderosos, y que el propio neoliberalismo está desacreditado o agotado, yo respondería: “pues bien, entonces, ¿qué lo suplantó?”. Considero apresurado afirmar que actualmente algo lo haya sustituido. No encontramos todavía ningún cuerpo coherente de ideas alternativas comparable a lo que fue, en el pasado, la *Escuela de Estocolmo*, el keynesianismo o la alternativa socialista. La propia socialdemocracia desempeña hoy un papel esencialmente defensivo en Europa Occidental.

Esto suscita una tercera cuestión que quiero tan sólo plantear para la discusión. Alguien podría decir: “esto es correcto, pero tu posición es un tanto intelectualista. Desde el punto de vista histórico, siempre que el capitalismo enfrentó una crisis fundamental, o dificultades estructurales en su desarrollo, pudo encontrar soluciones pragmáticas. En la práctica, el capitalismo siempre fue tanteando y hallando soluciones a ciegas”. En cierta forma, podemos decir que esto fue efectivamente lo que ocurrió en América Latina durante los años '30, o en el propio Brasil durante el primer gobierno de Vargas. No había ninguna teoría coherente sobre cómo orientar la economía brasileña, la cual, a pesar de esto, consiguió hallar un camino con relativo éxito. ¿No podríamos imaginar que algo similar está ocurriendo hoy?

Se trata de una cuestión real e importante. En relación a esto me gustaría simplemente decir que el mejor ejemplo de una fórmula económica alternativa para administrar el capitalismo de sentido claramente no liberal ha sido dado por Japón. Este país es, de hecho, la economía más exitosa en el mundo. Sin embargo, no hay ninguna teoría japonesa sobre la superioridad de su forma de capitalismo en relación a la experiencia europea o norteamericana. Lo que sí existe, por otro lado, es un nexo institucional extremadamente específico en el Japón que

incluye una configuración particular del Estado, de las firmas, del mercado de trabajo, etc. Todo esto va siendo articulado por una cultura nacional muy fuerte, la cual constituye una forma de “cemento” que sustenta y da coherencia a todo, cumpliendo el mismo papel que las ideas económicas formales en otras partes del mundo capitalista. El problema es que se trata de una composición, de un arreglo tan específico e ideosincrático que no sabe muy bien cómo defenderse de la ofensiva política e intelectual comandada por los EE.UU., el cual parece determinado a quebrar la sólida articulación institucional japonesa a través de fuertes incursiones neoliberales en áreas como la Bolsa de Valores, los seguros, etc.; y por ser tan específicamente nacional, el modelo japonés no puede reproducirse de forma universal. Y aún cuando pueda parecer una premisa exageradamente racionalista o iluminista, creo que cualquier fuerza intelectual o política que asume una perspectiva universal tiene una ventaja estratégica fundamental en relación a ciertas alternativas de carácter más particularista.

Göran Therborn

Perry Anderson ya resaltó nuestros puntos de desacuerdo. Aunque no creo que sean muy grandes, ellos remiten a la importancia relativa de una fuerza intelectual coherente y específica frente al desarrollo de ciertas fórmulas políticas. Conuerdo en que no hay ninguna alternativa teórica a la vista. También en que no hay, al menos todavía, un sucesor al neoliberalismo. En tal sentido, el comentario de Keynes es muy pertinente ya que existe, a nivel mundial, un clima extremadamente favorable a dicha corriente. Sin embargo, esto no me preocupa tanto.

Tomemos, por ejemplo, la cuestión de las privatizaciones: más allá del impulso ideológico, buena parte de la euforia privatizante se vincula con las nuevas relaciones estructurales entre Estado y mercado. Hoy los mercados de capitales pueden generar muchos más fondos que los propios estados. La discusión más pragmática sobre la política de privatizaciones en Europa no es tanto si ella generará o no mayor eficiencia, si logrará quebrar la espina dorsal de los sindicatos u otra cosa por el estilo. Tales políticas se justifican en términos de capitalización. O sea, en el mercado privado de capitales será más fácil obtener los fondos necesarios para realizar inversiones en Lufthansa o en el sistema de telecomunicaciones alemán que en el propio Estado. Se trata de un profundo cambio histórico. En los años ‘30 y ‘40 hubo una ola de nacionalizaciones, por ejemplo en el sistema básico de telecomunicaciones, fundamentalmente porque el capital privado era demasiado pequeño como para generar el capital de inversión necesario.

Me parece que algunas de nuestras diferencias de perspectiva se relacionan con el propio concepto de neoliberalismo. No me siento muy a

gusto con la forma en que tanto Perry Anderson como Atilio Boron y Pierre Salama utilizan este concepto. Por un lado, ellos avanzan en una definición bien distintiva y precisa. El texto clave aquí utilizado es el de Hayek (por cierto, un trabajo intelectual formidable, cuyo grado de influencia efectiva es una cuestión de orden menor que debemos dejar para discutir en otra ocasión). En estos términos, el neoliberalismo es una doctrina muy específica: el “texto canónico” de un gran profeta, el cual es seguido por profetas secundarios. Por otro lado, el neoliberalismo es también confundido con cualquier política económica que considera, como parámetro, la nueva fuerza del mercado y de la competencia internacional. No estoy muy convencido de la validez de este doble abordaje conceptual. Creo que debemos optar por uno o por otro.

Si el neoliberalismo es concebido como una doctrina muy específica, tendrá entonces un impacto político limitado. En su forma “pura” nunca fue implementado y, probablemente, nunca lo será. Por otro lado, si él es entendido de forma muy general, no podemos legítimamente atribuirle a Hayek su paternidad.

Ahora permítanme destacar algunas cuestiones muy específicas sobre Alemania y Japón. Es verdad que el *Bundesbank* es una institución monetaria extremadamente poderosa. Si definimos el neoliberalismo como una especie de ortodoxia de mercado que es común tanto al viejo como al nuevo liberalismo, claro que el *Bundesbank* encaja en esa definición.

El caso de Ludwig Erhard es, de hecho, muy interesante. El fue el arquitecto del llamado “milagro alemán occidental”. Consiguió, inclusive, volverse dirigente de un partido del cual ni siquiera era miembro: la Democracia Cristiana. Aunque poca gente lo sepa, él se transformó en miembro del partido apenas algunos días antes del Congreso que lo eligió como su dirigente máximo. Ahora bien, al mismo tiempo en que fue una figura muy poderosa, también fue la expresión de un fracaso. Erhard no tuvo éxito en dos batallas absolutamente fundamentales, las cuales nos remiten a su importancia para la Democracia Cristiana. Una de estas contiendas fue en relación a la extensión del Estado de Bienestar en Alemania, sobre todo la reforma de las pensiones introducidas en los años ‘50, experiencia de seguridad social pionera en todo el mundo. Se trata del primer sistema moderno de pensiones. Erhard, claro, fue un opositor férreo de esta reforma. Simplemente fue apabullado. Adenauer tampoco tenía demasiada simpatía por este esquema, pero debe haber pensado que, desde el punto de vista electoral, sería desastroso oponerse al nuevo sistema de pensiones. Entre una cosa y otra, el neoliberalismo acabó no predominando en la Democracia Cristiana alemana. La segunda batalla se vinculó al papel que debería desempeñar la Comunidad Europea. Erhard tenía una posición contraria a ella. Era, en su visión de Europa, una especie de *thatcherista*. La

concepción de Comunidad Europea que defiende la Democracia Cristiana, además de ser contraria a los principios del neoliberalismo, expresa, de hecho, un proyecto de carácter comunitario (en oposición a la noción de “mercado común”).

En relación a Japón, concuerdo con todo lo que fue dicho. La única cosa que me gustaría destacar es una cierta paradoja (la cual, por cierto, refuerza la argumentación de Perry) que no puede ser dejada de lado: nadie quiere importar el modelo macroeconómico del Sudeste Asiático o de Japón, precisamente por su carácter específicamente nacional. Por lo menos, nadie en los países del capitalismo avanzado. Es cierto, entre tanto, que algunas naciones en desarrollo esperan transformarse en futuros Taiwans o futuras Coreas. Pero ésa es otra cuestión. Por otro lado, muchas ideas japonesas están siendo incorporadas y asumidas por algunas perspectivas occidentales de la administración. En este sentido, muchas concepciones japonesas sobre *lean production*, control de calidad, trabajo en equipo, administración empresarial, etc., están siendo importadas y difundidas. Por lo tanto, en términos microeconómicos, la experiencia de Japón no es tan específicamente nacional.

Contrariamente, para Europa y América del Norte, este país se tornó el gran modelo en materia de administración microeconómica.

Querría concluir con una última reflexión. Creo que todos estamos de acuerdo en que las políticas neoliberales han generado un profundo desastre social al promover la desintegración de nuestras sociedades en escala masiva. Creo que, a largo plazo, uno de los elementos que compromete la viabilidad de estos regímenes es su incapacidad para desmoralizar y derrotar definitivamente las luchas sociales de resistencia. Incluso en lo que concierne a los sindicatos, no debemos olvidar que, aunque el movimiento sindical se haya debilitado, la vasta mayoría de los trabajadores de Europa continúa protegida por acuerdos colectivos. Esto vale también para España y Francia, donde apenas una pequeña minoría de la población está afiliada a las entidades gremiales. En toda Europa, en EE.UU., y también en América Latina, los costos sociales del neoliberalismo se están tornando cada vez más amenazadores para los propios sectores hegemónicos. Es en este sentido que no se puede fijar la emergencia de una concepción económica alternativa y enteramente coherente como una precondition absoluta para comenzar a combatir las bases del neoliberalismo. La incapacidad creciente de los detentores del poder para producir los resultados que el modelo neoliberal promete, acoplada a una preocupación creciente por los terribles costos sociales generados, puede minar seriamente la vitalidad de este proyecto. Concuerdo, de cualquier forma, en que esa vitalidad todavía existe.

Pierre Salama

Me interesaría considerar aquí algunos ejemplos. Al neoliberalismo se le atribuye un éxito aparentemente indiscutido en el control de la inflación. Esto es cierto en lo que respecta a algunas políticas neoliberales, y falso en relación a otras. Estamos tan a la defensiva frente a este proyecto que a veces parece que perdemos la memoria. Según entiendo, las medidas neoliberales adoptadas en la mayor parte de los países, y especialmente en América Latina, han precipitado y acentuado la inflación. Tal como ya he afirmado: en cierta medida, la fuerza del neoliberalismo reside en nuestra propia debilidad. Nuestra actitud defensiva no nos permite leer los fracasos del modelo y, casi como por arte de magia, nos induce a creer en su discurso.

Hemos perdido referencias y precisión en nuestros análisis.

En el capitalismo siempre existe la posibilidad de una crisis redentora. Es decir, una crisis que sea capaz de generar cierto nivel de crecimiento económico con un alto costo social. Siempre existe la posibilidad de que el capitalismo sea más salvaje. A pesar de esto, debemos ser capaces de subrayar tanto los límites como los fracasos con los que se ha enfrentado (y cotidianamente se enfrenta) el neoliberalismo. Tenemos que lograr escapar de esta actitud defensiva.

La fuerza de este proyecto radica en que se presenta como un dogma. En apariencia, él es la única salida posible a la crisis. Lo que nos está faltando es una lectura alternativa. Me parece que éste es un punto muy importante.

Si analizamos con precisión lo que han sido (y son) las políticas neoliberales, concluimos que ellas fueron (y son), fundamentalmente, políticas económicas de exclusión. Aun en los casos en que este modelo ha gozado de un relativo éxito (a expensas de un terrible costo social, como en Argentina y México), se trata de políticas muy frágiles. Si bien lograron frenar la inflación, lo hicieron al precio de crecientes desigualdades sociales y de un déficit muy alto de la balanza comercial. Esto ha sido así a tal extremo que hoy la política económica de esos países depende estrechamente de lo que ocurre en la Bolsa de Nueva York. Sólo basta con que haya fugas masivas de capitales, como sucedió hace diez o doce años en América Latina, para que dichas políticas fracasasen abruptamente, agudizando las desigualdades sociales ya existentes¹. A veces parecemos olvidar esta cuestión fundamental.

Recientemente estuve en México durante la campaña electoral. Allí pude observar que la autodenominada corriente de izquierda tenía casi la misma política económica que el PRI. La izquierda rechazaba cuestionar estas premisas, incluido el acuerdo con los EE.UU., el cual aparecía como una salida posible a la profunda crisis por la que

atraviesa el país. Esta falta de criticidad se hace sin remarcar los múltiples peligros que la liberalización a ultranza del mercado irá a generar sobre la población mexicana, especialmente sobre los más pobres. Los límites del neoliberalismo comienzan a evidenciarse y creo que hay que ponerlos al descubierto.

Ya no podemos pensar en una socialdemocracia “a la keynesiana”. Me parece que es necesario volver a Polanyi.

Hay que rechazar el reduccionismo que supone pensar el Estado por un lado y el mercado por otro. Debemos demostrar, como lo hizo Polanyi, que dicha combinación puede realizarse históricamente. Sin lugar a dudas, hoy es más necesario recuperar a Polanyi que a Rawls o a Hayek.

Luis Fernandes

La discusión desarrollada aquí es, de hecho, crucial. En tal sentido, me interesaría preguntarles si consideran válido y necesario diferenciar, en el concepto de “neoliberalismo”, una versión más fuerte de otra más débil.

Como ha quedado claro hasta el momento, las transformaciones económicas, sociales y políticas que hoy se desarrollan a nivel mundial constituyen un proceso sumamente contradictorio. Por un lado, se consolidan mercados globales -como los monetarios- que reducen la capacidad de los estados nacionales para regular sus propias economías. Por otro, la proporción de gastos públicos de tales estados no para de crecer en relación a sus respectivos PBI. Por un lado, y en nombre de una integración económica mundial de carácter supuestamente inevitable, se dismantelan las barreras aduaneras a nivel nacional. Por otro, se generalizan barreras no tarifarias y se consolidan grandes bloques y territorios económicos con lógicas eminentemente proteccionistas.

En medio de estas contradicciones es evidente que el neoliberalismo, en la versión fuerte de Hayek, Von Mises, Friedman, etc., no existe en lugar alguno. En la última década y media, entre tanto, hemos testimoniado cambios sustanciales en lo concerniente a las políticas económico-sociales. Tales políticas se materializan, sobre todo, en dos pilares fundamentales: la ofensiva privatizante y el movimiento de retracción de los programas universales de protección social, en virtud de criterios más particularistas de acceso a ciertos beneficios. Estos dos aspectos se hicieron sentir con mucha fuerza en Brasil, sobre todo a partir de la elección del presidente Collor en 1989.

En el caso específico brasileño, esto representó una primera tentativa (políticamente fracasada) de implementación del proyecto neoliberal en nuestro país.

Me parece que estos desarrollos conforman una respuesta determinada a las condiciones y contradicciones enfrentadas por el capitalismo en este final de siglo, y no el resultado inevitable de éstas. En tal sentido, aunque pueda encontrar fuente de inspiración en el neoliberalismo *shiiita* de Hayek, la aplicación práctica del proyecto neoliberal no se confunde con él (así como la aplicación histórico-práctica del corporativismo no se confunde con las formulaciones originales de los ideólogos de esta corriente). Justamente por tratarse de una respuesta entre varias posibles, ella tampoco se confunde con las transformaciones estructurales en curso en el capitalismo.

Estos dos pilares ¿no pueden ser asumidos como la clave para una definición más operacional y concreta del neoliberalismo, reflejando la emergencia y la consolidación de un nuevo modelo que pasa a ser dominante en Europa, en las Américas y en ciertos países asiáticos y africanos hacia finales de los años '80?

Atilio Boron

Creo que hay argumentos plausibles para definir el neoliberalismo en un sentido más estricto, más doctrinario, en el plano de las ideas. Siendo así, también creo que es innegable que existe una ola neoliberal que ha invadido todo el mundo. Sin embargo, una de las tesis que Perry Anderson ha defendido en su balance provisorio del neoliberalismo (según la cual esta corriente ha penetrado más profundamente que la vieja doctrina liberal) no me parece del todo correcta si la aplicamos al contexto de América Latina.

Perry Anderson

Sí, es verdad. De cualquier forma, no estaba pensando en América Latina cuando hice aquella afirmación.

Atilio Boron

Aun así tienes razón en una cosa: en el siglo XIX el liberalismo clásico llegaba poco más allá del Canal de la Mancha. En cambio, actualmente, el neoliberalismo se disemina por todo el mundo. Este es un punto fundamental. Mientras que en el siglo XIX todos los gobiernos

de América Latina adherían al credo liberal y los argumentos del liberalismo inglés se expandían rápidamente en la región, en Europa -y especialmente en Europa del Este- dicho fenómeno nunca se produjo. Poco más allá del Rin, de Alemania a Siberia, no había liberalismo.

Hoy en día el neoliberalismo se propaga como una plaga, aunque no todas las sociedades sean igualmente vulnerables a su mensaje.

En este caso podría decirse que la categoría “neoliberalismo” es útil porque resume el sentido común a la época, el sentido común que imponen las clases dominantes. Y, nos guste o no, éste se ha arraigado profundamente en las masas. El mercado es idolatrado; el Estado es satanizado; la empresa privada es exaltada y el “darwinismo social de mercado” aparece como algo deseable y eficaz desde el punto de vista económico.

Ahora bien, en términos de *policy making* (política industrial, política económica, etc.), creo que hay que rescatar una particularidad de América Latina, a diferencia de los EE.UU., Alemania, Inglaterra, Francia o Suecia, si el Banco Mundial y el FMI no califican a nuestros gobiernos en la categoría de gente seria y respetable, que hace bien los deberes, etc., ellos difícilmente consiguen dinero en los mercados mundiales. O sea, la vulnerabilidad financiera de los países de la región se ha acrecentado, como bien señaló Pierre Salama, por el nuevo endeudamiento, la liberalización y los desequilibrios en la balanza comercial y la balanza de pagos.

En países como México, Venezuela, Argentina, Brasil y Chile (donde también se observa el mismo fenómeno, reflejado en un importante aumento de la deuda externa), este proceso es claro y evidente. En nuestros países, “neoliberalismo” quiere decir “aplicar lo que dicta la ortodoxia económica del Banco Mundial y del FMI”, aplicar el *Consenso de Washington*. Nuestros dirigentes neoliberales nunca leyeron a Hayek, ni les preocupa el problema teórico de la servidumbre y la opresión del Estado totalitario. Sus preocupaciones son mucho más mezquinas, y pedestres: hacer dinero, “cerrar” las cuentas fiscales y tener acceso al mercado internacional. Para un país como Argentina, por ejemplo, que necesita 10.000 millones de dólares por año de “dinero fresco” para evitar el colapso del modelo económico, tener el sello de aprobación de instituciones como el Banco Mundial y el FMI resulta decisivo. Por eso el ídolo del momento es Friedman y no Hayek.

En una reunión celebrada recientemente en Washington los funcionarios de estos organismos decían que les encantaría que cuando fueran a Asia, o inclusive a África, los recibieran de la misma manera en que los reciben en América Latina. Son conscientes de la gran influencia que ellos tienen en nuestros países. Cuando uno mira el impacto del neoliberalismo, lo que encuentra es un terrible dogmatismo económico

que también fue asumido por no pocas fuerzas de izquierda. Esta capitulación ideológica tal vez haya sido facilitada por la liviandad con que algunos partidos de izquierda manejaron, en América Latina, el tema del déficit fiscal. Keynes decía que éste podía ser virtuoso cuando fluctuaba dentro de ciertos límites; si se convertía en una tendencia acumulativa y creciente, sus conclusiones eran diferentes. Esto es, se suponía que el déficit era un fenómeno que podía durar tres, cuatro o cinco años, y que, si no era demasiado grande, nada impediría la adopción de correctivos eficaces.

La izquierda latinoamericana, que no está inmune a la tradición del populismo, distorsionó el significado del keynesianismo y lo transformó en una política irresponsable de manejo del gasto público. ¿No es acaso una insensatez pensar que la inflación es un problema de la economía “burguesa”? Al comprobar el tremendo error de esa tesis, muchas formaciones políticas de izquierda arrojaron por la borda sus antiguas convicciones, sin una seria autocrítica, y abrazaron el neoliberalismo con el furor propio de los conversos.

En todo caso, la supeditación ideológica de que estamos hablando tiene menos que ver con el marco doctrinario general del neoliberalismo, y mucho más con las restricciones que condicionan la política económica en América Latina. Hoy en día, en nuestros países, no existe un ministro de Economía que pueda tomar ninguna decisión de relevancia macroeconómica sin tener el previo consentimiento de los tecnócratas (no siempre demasiado brillantes) del Banco Mundial o del FMI. Es simplemente imposible.

Göran Therborn

Quiero remitirme a las cuestiones presentadas por Luis en su pregunta. Me parece que no deberíamos polemizar en torno a nuestras definiciones. Lo importante es que cada uno tenga claro las definiciones que utiliza, al mismo tiempo en que explicita sus diferencias conceptuales con las definiciones empleadas por los otros. Yo, personalmente, prefiero hablar de la emergencia de una nueva etapa de capitalismo competitivo en la que se distinguen un nuevo papel y una nueva dinámica en los mercados. Esta nueva etapa del capitalismo de mercado fija los parámetros de actuación para los políticos y las fuerzas políticas del mundo de hoy. El neoliberalismo emerge como una corriente particular, entre otras, dentro de los parámetros de este nuevo capitalismo competitivo. Se trata ciertamente de una corriente perniciosa y también coherente. Esta comprensión del asunto enfatiza los cambios institucionales y estructurales en curso en el capitalismo, sin identificar a ésta como la consecuencia de un proyecto ideológico y político determinado. No niego, entre tanto, que ciertas fuerzas políticas e

ideológicas puedan haber contribuido a la emergencia de estos cambios, así como a la propia continuidad de los mismos.

En términos comparativos, el período entre guerras, y especialmente los años '30, fueron marcados por el capitalismo organizado. Esto se materializaba en una serie de variantes. Había, en todo el mundo, mucha admiración por la experiencia de los planes quinquenales soviéticos. Existían el *New Deal* en los EE.UU., las políticas de Schacht en Alemania, las nuevas políticas socialdemócratas en Escandinavia, las políticas socioeconómicas adoptadas (con menor suceso) por el gobierno del Frente Popular en Francia, etc. En aquel período era el capitalismo organizado el que fijaba los parámetros. Las formulaciones de Hayek, por ejemplo, parecían cosas de ermitaños perdidos en el desierto. En el transcurso de este período había una gran variedad de alternativas políticas e ideológicas en disputa. Sin embargo, todos debían adaptarse a la particular configuración institucional que definía al capitalismo avanzado de la época. Esto no quiere decir que no hubiera diferentes opciones reales en conflicto. Existían, por ejemplo, grandes diferencias políticas e ideológicas con relación a los conceptos de democracia y represión, entre el nazismo tecnocrático de Schacht, el *New Deal*, los acuerdos en Escandinavia y la administración de los planes quinquenales soviéticos. Pero los parámetros estaban marcados por la propia naturaleza del capitalismo organizado que caracterizó el período en cuestión. Existe un cierto paralelismo entre esta situación y la que hoy nos toca vivir, sólo que actualmente los parámetros son fijados por un nuevo tipo de capitalismo competitivo. La izquierda ha demorado mucho en ver y reconocer este nuevo dinamismo del mercado.

Otro tema planteado por Luis fue la cuestión del Estado de Bienestar y las tentativas de retroceder a criterios más selectivos y particularistas desde donde entender los derechos. Ciertamente, esto es característico de la corriente neoliberal. Lo máximo que tales sectores consiguen imaginar es una red de protección (*safety net*) tan sólo para los más pobres de los pobres. Sin embargo, no han tenido mucho éxito en esas tentativas. Hoy comienzan a quedar claras las razones de este fracaso. La persistencia del desempleo, la tendencia a su crecimiento estructural y la precariedad de los vínculos en los márgenes del mercado de trabajo provocan problemas sociales múltiples. La propia expansión de estas cuestiones ha acarreado el mantenimiento de ciertos esquemas institucionales del Estado de Bienestar, dificultando la adopción de políticas que restringen los beneficios a apenas algunos grupos de la población.

La funcionalidad de los criterios selectivos también es puesta en cuestionamiento dada la imposibilidad de eliminar importantes “trampas de pobreza” (*poverty traps*) a través de derechos sociales selectivos. Los que reciben este tipo de beneficio selectivo tienden a quedar presos en

la estructura de beneficios estatales, pues no les compensa tratar de conseguir un trabajo mal remunerado (único tipo de empleo que tienen chances de conseguir en el mercado). Estas “trampas de pobreza” tienden a tornarse más rígidas y profundas cuanto más selectivo sea el esquema de beneficios. Por lo tanto, es verdad que las corrientes neoliberales han intentado tornar más selectivos y particularistas los derechos sociales, aunque no han tenido demasiado éxito en el intento.

Atilio Boron

Una pregunta: ¿tú dices que el capitalismo entró en una nueva fase altamente competitiva?

Göran Therborn

Sí, efectivamente.

Atilio Boron

Sin embargo, desde mi punto de vista me parece que estamos frente a un capitalismo que ha reforzado extraordinariamente sus estructuras y sus prácticas oligopólicas. En América Latina, si de algo estamos seguros, es que el capitalismo es, hoy por hoy, mucho menos competitivo que hace veinte años atrás. La presencia de monopolios y oligopolios no tiene precedentes en nuestra historia.

En los mercados mundiales, la impresión que tengo es que también este proceso se manifiesta con mucha intensidad. Por ejemplo, recientemente el PNUD publicó un conjunto de estadísticas que revelan que un grupo de 500 empresas transnacionales controlan algo así como el 80% del comercio internacional, mostrando un grado inédito de concentración económica.

Göran Therborn

Estoy pensando en la progresiva expansión de los mercados y en la nueva relación establecida entre los mercados y las empresas. Un capitalismo competitivo podría incluir solamente a algunas empresas importantes. No veo ningún problema conceptual en esto. La competencia entre las empresas ha aumentado a nivel mundial, y el comercio internacional ha crecido mucho más rápidamente que la producción. Tal tendencia se intensifica con los procesos de desregulación que involucran a nuevas áreas como, por ejemplo, las

telecomunicaciones (antes fuertemente protegidas por los Estados nacionales).

Otro aspecto de esta nueva competencia es el papel que desempeñan los mercados financieros. En él, todas las grandes empresas de producción tienen un protagonismo muy importante. Los departamentos financieros de empresas industriales como *Unilever* o, por ejemplo, los de cualquier empresa productora de automóviles, poseen, en estos mercados, una relevancia mucho más destacada que antes en lo referido a la generación de sus ganancias. En suma, los mercados financieros de capitales son eminentemente competitivos.

Atilio Boron

Bien, ¿pero hay un acceso universal a esos mercados? En este sentido, creo que existen dos problemas. Uno es el de las protecciones no arancelarias al comercio internacional que perjudican notablemente a América Latina y a los países del Tercer Mundo. Otro, el grado de apertura real de los mercados internacionales y el acceso efectivo que a ellos pueden tener firmas pequeñas y medianas. Esto es, *Unilever* o *Shell* pueden acceder a cualquier mercado internacional; pero una pequeña o mediana empresa brasileña o argentina, no.

Göran Therborn

Bueno, una de porte medio, no...

Atilio Boron

Claro, pero es precisamente allí donde está el problema. Por eso digo: si el capitalismo es sólo competitivo, no puede ser entonces sólo competitivo para los grandes, para los monopolios. Siendo así, su competitividad es una farsa. La lucha entre los monopolios no es lo que Adam Smith entendía por competencia.

Göran Therborn

Es que competitivo es también el capitalismo de las grandes empresas...

Atilio Boron

Pero competencia oligopólica es una cosa, y el capitalismo competitivo es otra. Por eso creo que es necesario relativizar la afirmación de que existe un rasgo competitivo que distinguiría esta nueva fase del desarrollo capitalista por comparación a las anteriores.

Göran Therborn

A nivel mundial esto es así. Me estoy refiriendo a una tendencia general.

Atilio Boron

Suponiendo que esto sea así, ¿una cooperativa pesquera del norte de Suecia tiene acceso al mercado de capitales de Frankfurt?

Göran Therborn

No, pero no lo tenía tampoco en el pasado. Lo nuevo es que un número significativo de las grandes empresas suecas hoy opera en los mercados financieros mundiales. Esto tiene una importancia central tanto para Suecia como para las grandes empresas. Aquí reside la nueva característica de esta fase. No estoy diciendo que todos puedan entrar fácilmente en los mercados financieros. Sin embargo, creo que debemos estar de acuerdo en que estos mercados han crecido enormemente en importancia.

Pierre Salama

Sí, incluso mucho más que el comercio...

Göran Therborn

Claro, muchísimo más. Hoy los mercados mundiales de divisas representan diecinueve veces más el volumen del comercio mundial de mercancías y servicios. En Londres, durante un solo día, el balance de negocios de divisas representa un valor superior al PBI de México durante todo un año. También en un día y medio se negocian más divisas que todo el PBI anual de Brasil. Estos mercados son eminentemente competitivos. Aunque es cierto que no todos acceden a él.

Si me aceptan la comparación, es como el campeonato mundial de fútbol: es muy competitivo, pero no todos pueden disputarlo... (risas).

Perry Anderson

Bueno, por lo menos ahí los ingleses algunas veces son excluidos.

Pierre Salama

La única diferencia es que en la Copa Mundial de fútbol hay reglas... (risas).

Atilio Boron

¡Ahí esta el problema! Creo que ese mercado de supuesta competencia internacional tiene características salvajes. En él no existe otra regla que la fuerza bruta de aquellos que disponen de grandes masas de capital líquido para hacerlos jugar especulativamente en estos mercados, a veces sólo por uno o dos días. Por lo tanto, un mercado sin reglas y sin ámbito estatal no puede, rigurosamente hablando, ser competitivo. En la jungla reina el más fuerte, y no tiene mucho sentido hablar de la competencia entre el león y la gacela. Por eso no creo que se pueda caracterizar esta nueva etapa como competitiva, más allá de lo que ocurra en los mercados financieros.

En tal sentido, por ejemplo, no hay competencia en el mercado internacional de fuerza de trabajo. Veamos si no lo que ocurre con el NAFTA, en donde se promueve el libre comercio, la libre circulación de mercancías, pero al mismo tiempo se redoblan implacablemente todos los dispositivos tendientes a impedir la libre circulación de la fuerza de trabajo. Por si esto fuera poco, en la Conferencia de El Cairo, los países industrializados lograron imponer el criterio por el cual se prohíbe la reunificación de las familias de inmigrantes. Por otro lado, las mercancías tampoco circulan libremente en el mercado mundial; pregúntele sino a cualquier productor latinoamericano de fibras textiles si le resulta sencillo exportar a EE.UU., Europa o Japón.

Göran Therborn

Pero pueden circular mucho más libremente que antes...

Perry Anderson

Déjenme, por favor, hacer algunos comentarios a la pregunta de Luis. Quiero abordar, en primer lugar, la problemática vinculada a la definición del neoliberalismo. La discusión que estamos realizando nos ha llevado a distinguir una definición fuerte (en tanto doctrina elaborada y construida por teóricos importantes en Austria, Alemania y Estados Unidos) de otra más débil (en tanto nueva política económica que responde a las nuevas realidades de los mercados financieros globales). Nuestra discusión apunta hacia la necesidad de diferenciar estos dos significados. A pesar de todo, insisto en que hay una fuerte conexión entre ambos.

Tal vez podamos pensar en los términos de la conexión histórica que existía, antes y después de la Segunda Internacional, entre el marxismo en cuanto doctrina dominante altamente elaborada y coherente del movimiento obrero, y las políticas pragmáticas adoptadas por los gobiernos socialdemócratas en los países occidentales. Casi todos los partidos socialdemócratas del continente europeo -inclusive los que más se apartaron del marxismo, como los partidos escandinavos- derivaron su inspiración teórica original de la doctrina fuerte, dura y comprehensiva del materialismo histórico. La doctrina fuerte -sea ella marxista o neoliberal- crea el espacio del debate teórico. A veces hasta formula algunas ideas extravagantes, como la proposición marxista de abolir el dinero o la propuesta de Hayek de privatizar su emisión. Al extender las fronteras de lo que es concebible, se cambia lo que las personas piensan y hacen en espacios más restringidos. Existe, por lo tanto, una relación funcional entre el espacio teórico más amplio y el espacio cotidiano, donde las ideas se traducen en medidas prácticas.

A diferencia de Göran, no creo que las acciones de los políticos de Occidente, durante los años '80, se hayan pautado únicamente por las difíciles condiciones que ellos enfrentaron, procurando adaptarse a problemas como el déficit en la balanza de pagos o las nuevas condiciones económicas, sin cualquier referencia a las ideas de Hayek o Friedman.

Veamos algunos ejemplos. Si preguntásemos a los estrategas de la política económica del PSOE en España, como Miguel Boyer y Carlos Solchaga, por qué adoptaron las medidas que adoptaron en 1982 y 1983, no creo que fuesen a responder que se trató de una política cuestionable derivada de las barreras impuestas por los mercados internacionales. Por el contrario, ellos justificarían y fundamentarían teóricamente lo que estaban haciendo a partir de alguna derivación, directa o indirecta, de un cuerpo doctrinario de ideas. Esto también ocurriría con quien desempeñó un papel semejante en la Suecia socialdemócrata: el ministro de Finanzas Feldt.

Esto se relaciona con otro punto interesante. Todos nosotros conocemos la gran expansión vivida por el sistema universitario en los países del capitalismo avanzado durante la posguerra, sobre todo a partir de los años '60. Tal proceso se tradujo en un cambio fundamental en los cuadros de dirección de los partidos de izquierda, en especial en los partidos socialdemócratas. Un caso evidente es el de Francia. Si comparamos las bancadas del Partido Socialista francés con la de los gaullistas u otros partidos de derecha en los años '80, veremos que el primero tenía un nivel de calificación educativa muy superior al segundo. Este ha sido un cambio general en los sistemas políticos de aquellos países. Hoy es muy probable encontrar un ministro de Finanzas o ciertas personas en posiciones de mando con una sólida formación teórica. Por ello, no es un accidente que Vaclav Maus viva citando a Hayek en todos sus discursos. Las posiciones de Hayek y Friedman son tomadas muy en serio por un número significativo de personas que hoy ocupan posiciones de poder.

Atilio cree que esto puede ser cierto en Europa, pero no en América Latina. Yo no estoy tan seguro. Aquí en Brasil, un político importante que desempeñó un papel dirigente en el pasado, Roberto Campos, ciertamente leyó a Hayek, aunque algo más tarde que su mentor Eugenio Gudin, y tenía por él una gran admiración. Hoy, Campos dice que desde hace mucho tiempo defiende las ideas del autor de *Camino de Servidumbre*, y que los acontecimientos recientes demuestran que, al final de cuentas, siempre ha tenido razón. El propio Fernando Henrique Cardoso, ciertamente, conoce las ideas de Friedman y Hayek. Puedo asegurarles que Vargas Llosa, en Perú, también leyó a estos autores. Yo he tenido la oportunidad de conversar con él en la embajada de Brasil en Londres, y allí me reveló su gran admiración por estos pensadores. Creo que no debemos subestimar la penetración de estas ideas. De esta forma entiendo la conexión entre el neoliberalismo en un sentido fuerte y su versión más difusa.

El segundo punto que quiero abordar es el de las privatizaciones. En esta cuestión existe una diferencia de énfasis entre la perspectiva de Göran y la mía. Therborn ha defendido el argumento, por cierto muy interesante, de que en Alemania las privatizaciones se justifican no por la crítica al parasitismo de las empresas públicas (argumento típicamente anglosajón) sino por la necesidad de encontrar fuentes alternativas de inversión para empresas como *Lufthansa*, las compañías de telecomunicaciones, etc. Mi opinión es que las privatizaciones pretenden ser legitimadas de múltiples formas. En la propia Alemania la cuestión de la ineficiencia y de los perjuicios de las empresas estatales también forma parte del debate público. En otro país de gobierno socialdemócrata, Austria, el principal argumento en defensa de las privatizaciones radica en la acusación de que las empresas públicas son

ineficientes. Este es también el caso de Francia e Italia. Creo, por lo tanto, que existen múltiples motivaciones para defender tales políticas.

En Inglaterra, una de las razones básicas del proceso de privatizaciones ha sido puramente electoral. Existía la creencia de que la venta de activos públicos podría crear una clientela que daría apoyo político a los conservadores. Ellos vendieron, por ejemplo, los activos de la *British Gas*, un monopolio estatal altamente lucrativo. El impacto social y político de esta estrategia puede ser comprendido a partir del siguiente indicador: en Inglaterra, al final del gobierno de Thatcher, había más individuos accionistas de las antiguas empresas estatales que personas afiliadas a los sindicatos.

Esto nos remite a otra interesante cuestión: precisamos desarrollar una tipología de las diferentes estrategias de privatización. El caso inglés es ya un primer ejemplo. Argentina, donde el proceso de concentración de los activos privatizados ha sido increíble, es otro. Allí no se buscó la creación de una nueva clientela popular. En el Este europeo también encontramos numerosos ejemplos sobre las formas diferenciales en que se llevan a cabo las políticas de privatización como estrategia para consolidar el capitalismo.

La venta masiva de activos públicos, al estilo inglés, destaca la centralidad de la transmisión ideológica de este núcleo coherente y riguroso de la teoría neoliberal para las convicciones populares. El neoliberalismo se apoya en una visión muy superficial y limitada del *hombre económico*. Esta perspectiva carece de atractivos más imaginativos. Se puede decir que el marxismo también es una teoría limitada, pues aborda sólo algunos aspectos de la vida humana y subestima cuestiones existenciales que son abordadas de forma más amplia por el pensamiento religioso. En el caso del neoliberalismo, tal limitación es todavía más grave. ¿Cómo puede, entonces, tornarse popular? En un principio la idea era que esta perspectiva se haría popular al generar un rápido crecimiento económico. Thatcher pensaba que ése era el camino para transformar todo el paquete de medidas en una salida con apoyo popular. El hecho es que, hasta ahora, el neoliberalismo fue incapaz de generar un rápido crecimiento económico en cualquier país donde haya sido aplicado.

Frente a de estas dificultades, se pasó a intentar estimular la popularidad del neoliberalismo en base a cierto recorte en los impuestos. Esto, claro, de forma engañosa. Lo que Thatcher hizo, en realidad, fue cortar los impuestos directos y elevar los indirectos. Sin embargo, todo esto también se mostró inadecuado para generar una fuerte atracción popular hacia las ideas centrales de la doctrina neoliberal. El neoliberalismo produjo, y continúa produciendo, enormes fisuras sociales en los países del capitalismo avanzado. Esta es una tendencia que llama

la atención incluso a aquellos que viven en los países del Sur. a quien haya visitado Londres, París o Copenhague en 1965 y decida volver hoy, la primera cosa que le impactará es el gran número de mendigos que hay en la calle. Se trata de un índice muy visible y concreto de la desintegración social que está siendo llevada a cabo. A esto debemos sumar el aumento de la delincuencia, el problema creciente de las drogas, la marginalidad, el desempleo de masas, etc.

¿Cuáles son las consecuencias de un modelo económico que genera semejante situación? Podemos decir que hay una respuesta que viene desde abajo y otra que viene desde arriba. La primera tiende a ser el racismo, la xenofobia y, en los Estados Unidos, el fundamentalismo religioso. La doctrina neoliberal clásica, claro, no tiene ningún tipo de alternativa para estas cuestiones. Sin embargo, los gobiernos neoliberales exitosos, principalmente Thatcher y Reagan, encontraron una respuesta: el nacionalismo. La gran mayoría de los gobiernos liberales jugó con mucha fuerza esta carta, lo que plantea algunos asuntos interesantes para las perspectivas del neoliberalismo en América Latina. Desde el punto de vista lógico, la política económica neoliberal es, en estos países, de carácter anti-nacional. En efecto, en la medida en que ella supone un fuerte proceso de apertura de los mercados, difícilmente podrá ser acompañada de una intensificación del nacionalismo. Será improbable, o al menos más difícil, que el neoliberalismo apele a esta ideología en los países latinoamericanos, tal como lo hizo en algunas naciones europeas y en los EE.UU.

Atilio Boron

Sólo quería hacer un pequeño comentario con referencia a la intervención de Perry. Creo que, en América Latina, es mucho más conocido Friedman que Hayek. Lo que ocurre es que la difusión del pensamiento de Friedman, como uno de los principales exponentes del pensamiento neoliberal, tiene que ver con otro fenómeno que aparece con características muy nítidas: el ascenso de los economistas a lugares claves del poder político.

Ellos comienzan a cumplir un papel similar al que en el siglo XIX desempeñaron los abogados en el desarrollo de los estados nacionales en América Latina y, mucho antes, los clérigos en el orden medieval. Los economistas se convierten en políticos e, inclusive, hasta en presidentes. Salinas de Gortari es un caso expresivo de esta tendencia; eventualmente, Fernando Henrique Cardoso, el cual no es un economista clásico por su formación pero que, de todas maneras, es un intelectual muy familiarizado con la ciencia económica; Domingo Cavallo como presidenciable en Argentina; Alejandro Foxley, presidente de la

Democracia Cristiana en Chile y con buenas probabilidades de ser el candidato oficial a la presidencia de la República en el próximo turno electoral.

Lo que parece claro es que el pensamiento liberal en América Latina tiene mucho más que ver con la popularización (y también la vulgarización) del neoliberalismo practicado por Friedman, que con la profundidad y la complejidad filosófica del pensamiento de Hayek. Cualquier economista neoliberal de América Latina difícilmente pueda hacer algo más que balbucear las tesis de Hayek, aunque es indudable que conocen muy bien el monetarismo de Friedman y la economía neoclásica.

Pierre Salama

Creo que Atilio planteó anteriormente una paradoja que también suele formularse en Francia. Si la izquierda aplica su programa de gobierno, puede producir un grave desequilibrio económico. Ahora bien, si aplica una política liberal, pierde las elecciones. La izquierda, entonces, está condenada a ser ella misma, y perder, o a aplicar la política de los otros, y también perder... (risas).

Hay que relativizar un poco este problema. En relación a América Latina, el FMI, y sobre todo el Banco Mundial han cambiado bastante. Desde hace dos años pregonan la necesidad de una intervención más activa del Estado. No hacían esto en la época del discurso friedmaniano. Ahora bien, según este discurso, el aparato estatal debe intervenir en el sector de infraestructura, en educación y en salud. Esto es nuevo. La corriente neoclásica trata de redefinir la intervención estatal limitándola a estos ámbitos. En lo relativo a tales cuestiones, el Banco Mundial ha cambiado. Tampoco debemos olvidar que, hace algún tiempo, este organismo fue, incluso, keynesiano. Creo que aún frente a la política de dichos organismos existen márgenes de maniobra. Estos márgenes pasan por una redefinición del Estado y del mercado.

En este sentido, hoy son necesarias dos cosas. En primer lugar, una intervención del Estado contra las desigualdades sociales, manteniendo el reconocimiento del nuevo rol del mercado. En segundo término, el mercado no puede crear espontáneamente entrepreneurs. Esto se ha transformado en una tarea imposible con la creciente sofisticación industrial. El Estado debe intervenir, pero no como lo hacía antes. Dicha intervención debe favorecer a ciertas estructuras industriales. Esto se llama política industrial. Creo que una corriente de izquierda o socialdemócrata puede ser absolutamente compatible con las privatizaciones, si ellas contemplan efectivamente la cuestión social y si van acompañadas, de forma contraria a como ocurre en Argentina y

México, de una política industrial. Podemos tener perfectamente, entonces, privatizaciones con política industrial, es decir, con intervención directa por parte del Estado.

Hoy, más que nunca, es necesario reinventar nuevas relaciones entre el mercado y el Estado. ¿Para qué caer en el simplismo de la corriente hayekiana? Creo que así podremos salir del dilema en el que nos encontramos y escapar a ciertas clasificaciones un poco ligeras.

Por defender estas ideas algunos liberales me consideran un keynesiano a ultranza. Otros, un neomarxista empedernido. El problema también es que muchos keynesianos y muchos marxistas me consideran un liberal.

Quizás esto sea así porque ellos se encuentran en una posición defensiva. Yo creo que redefinir el rol del Estado y del mercado es una tarea central para la izquierda. En tal sentido, también es importante hacer más preciso el sentido que debe asumir una política industrial asociada a una nueva modalidad de intervención estatal que conduzca, decididamente, a eliminar las desigualdades en la distribución del ingreso, sin que esto implique un aumento de la burocracia.

Göran Therborn

Perry Anderson ya apuntó algunas importantes conexiones o correas de transmisión entre doctrinas y políticas.

Es verdad que hoy la doctrina económica dominante es el neoliberalismo. Esto permite examinar las condiciones necesarias para que la perspectiva neoliberal consiga efectivamente penetrar en la esfera política. En aquellos contextos en que los partidos de masas y la sociedad civil son fuertes, los políticos tienden a estar enraizados a nivel social. Cuando esto ocurre, sería de esperar una influencia menor de la doctrina neoliberal. En este caso, el poder de los ministros de economía (como por ejemplo Feldt, de la socialdemocracia sueca que ha citado Perry) está limitado. Debemos recordar que los socialdemócratas suecos se apoyan en un movimiento muy bien estructurado, así como la democracia cristiana alemana. Ciertos países que carecen de una estructura partidaria sólida -como suele ocurrir aquí en América Latina- enfrentan riesgos mucho mayores. Esto explica por qué el neoliberalismo puede triunfar en España, país cuya estructura de partidos es más frágil. El poder de los ministros de Finanzas, en estos casos, es menos limitado por la acción de otros ministros que deben atender otros intereses. Helmut Kohl, ciertamente, nunca asumió por completo la doctrina neoliberal. Si lo hubiera hecho, su proyecto de reunificación en Alemania habría fracasado.

Atilio Boron

De todas estas intervenciones resulta evidente que estamos frente a una situación caracterizada por el surgimiento de una nueva ortodoxia ideológica que se ha expandido universalmente. Este proceso no fue producto de las fuerzas “naturales” del mercado. Por el contrario, significó el triunfo de un proyecto de recomposición reaccionaria del capitalismo que atrajo hacia sí a las principales fracciones de la burguesía internacional. Perry destaca el carácter que asume este proyecto en términos ideológicos, rastreando su génesis en Hayek y la Sociedad de Mont Pélerin. Göran, Pierre y, en cierto sentido, Emir, subrayan las transformaciones estructurales del capitalismo a escala mundial. Sin embargo, todos estamos de acuerdo en que ambas dimensiones están articuladas. Creo que existen varios indicadores de tal articulación. Por ejemplo, el libro *Free to Choose*, que populariza el liberalismo *ad usum* de Friedman, fue un lanzamiento planetario que hizo que la obra se distribuyera en casi noventa países en apenas tres o cuatro semanas. Semejante operativo fue acompañado de una gira mundial de los Friedman. Junto con el libro también se vendía un magnífico video que ilustraba con bellísimas y persuasivas imágenes las tesis en él desarrolladas. Contrariamente, *The Road to Serfdom*, de Hayek, fue un típico libro académico que circuló en los ámbitos especializados y con escasa repercusión en la opinión pública. El suceso de Friedman no fue, en consecuencia, obra de las fuerzas espontáneas del mercado, sino el resultado de un proyecto político dirigido a lograr un enorme impacto a nivel global. Tomando en cuenta la derrota de la izquierda, el debilitamiento del movimiento obrero, el colapso de Europa Oriental y de los “socialismos reales”, no es por azar que esta suerte de “racionalidad supra-histórica” de inspiración neoliberal adquiera tal predicamento. Esto se ve de manera muy clara en los partidos de izquierda en América Latina, muchos de los cuales han asimilado de forma absolutamente acrítica los principios y las políticas constitutivas de esta nueva hegemonía burguesa.

Del panorama que hemos presentado, una pregunta surge con claridad: dado que el neoliberalismo ha sido incapaz de resolver todo un conjunto de acuciantes problemas sociales (la marginalidad, la exclusión, la pobreza, etc.), ¿qué puede ocurrir, en un futuro no muy lejano, cuando estas fórmulas se agoten? La respuesta doctrinaria que daría Hayek (o eventualmente Friedman) es: cuando la democracia se equivoca y, sin poder administrar eficientemente la medicina neoliberal, avanza contra el mercado, será preciso entonces cancelar la democracia.

Sin embargo, esto parece bastante poco probable en América Latina. Actualmente, no hay actores sociales dispuestos a intentar cancelar la democracia política para mantener la libertad del mercado. No los hay en Argentina, en Chile, ni en Brasil. Esto abre, objetivamente, un espacio

para la re-creación de una nueva izquierda. Dicha izquierda no puede levantar la bandera del keynesianismo de los años '50 y '60 como si nada hubiera ocurrido. Debemos ser capaces de reconocer que los mercados tienen una dinámica que sólo puede ser ignorada pagando un costo exorbitante, y que ésta no puede ser suprimida por una simple operación ideológica.

Evidentemente, hay un proceso de globalización especialmente acentuado en el mundo de las finanzas. Nuestros países son demasiado vulnerables como para pretender hacer caso omiso de estos desafíos. Pero, al mismo tiempo, hay que reconocer que ha comenzado una carrera contra el reloj: el neoliberalismo triunfante en EE.UU. y en Inglaterra enfrenta muchas dificultades y problemas. Sería absurdo pensar que, en esos países, durante los próximos diez años, no vayan a comenzar a ensayarse fórmulas que, sin volver a lo que eran las políticas públicas en los '60 o en los '70, intenten salir de la camisa de fuerza que plantea el modelo neoliberal mediante caminos más o menos heterodoxos. Creo que hay una serie de asignaturas pendientes en la democracia latinoamericana que nos impulsan a pensar en modelos económico-políticos muy imaginativos y creativos. En otras palabras: hay espacio para comenzar a pensar una estrategia de reconstrucción del Estado, o mecanismos realistas con relación a las nuevas formas de propiedad pública (no necesariamente estatal) que necesitamos. En América Latina la izquierda ha caído en el vicio de asimilar lo público a lo estatal, cuando en realidad lo primero es más importante, complejo y estratégico que lo segundo. Podemos salir de este falso reduccionismo pensando también políticas redistributivas que no caigan en los excesos del populismo. Algunos partidos ya han comenzado este proceso de búsqueda, y por ese camino debemos seguir transitando.

Así como América Latina anticipó de cierta forma la nueva ola neoliberal (con Pinochet en Chile y Martínez de Hoz en Argentina), habría que ver si no será también esta parte del mundo la que sea capaz de producir una cierta anticipación en estas nuevas modalidades de gestión de la cosa pública.

El neoliberalismo se nos presenta como la única salida, como "la solución técnica", cuando no es otra cosa que la expresión de la supremacía de una coalición de intereses de las clases dominantes. En este sentido, el gran éxito de Cavallo ha sido convencer a casi todo el sistema político argentino de que su manera de enfocar los problemas de la economía es exclusivamente "técnica", pura e incontaminada. Tenemos que tener la audacia de superar las trampas del tecnocratismo neoliberal; ésta será una de las grandes batallas ideológicas que habremos de librar en los próximos años.

Emir Sader

Querría hacer una breve referencia a la cuestión planteada por Luis. Si bien es cierto que hay dos versiones del neoliberalismo, no menos cierto es que también existen dos versiones bien diferenciadas acerca del Estado de Bienestar: una dura y otra blanda. Cualquiera sea la flexibilidad que atribuyamos a este concepto, resulta difícil referirnos a la presencia de un Welfare State en Brasil. Cuando gran parte de la población -hoy claramente la mayoría- no tiene ni siquiera acceso a la libreta de trabajo (elemento que representa apenas una dimensión mínima de la ciudadanía) es evidente que nos encontramos ante un país cuyas redes de protección social son sumamente frágiles. Hablar aquí de un Estado de Bienestar tiene, en rigor, connotaciones cínicas. Como dijo Daniel Cohn-Bendit, asustado, cuando llegó a Brasil: “aquí se ve la diferencia básica entre un país que tuvo por detrás cien años de movimiento obrero y otro que jamás lo tuvo”.

Yo no estaría tan seguro como Atilio sobre la ausencia, en América Latina, de actores sociales capaces de cancelar la democracia política para mantener la libertad de mercado. Justamente, la extensión de ciertos valores del consenso neoliberal, y las terribles condiciones de exclusión social provocadas por los lineamientos económicos de este modelo, van generando las condiciones propicias para las políticas orientadas contra el movimiento de masas y contra ciertas conquistas sociales ya históricas. Al mismo tiempo, la informalización de la economía solapa las condiciones de resistencia democrática del movimiento popular.

Es cierto que, aun cuando Pinochet y Fujimori hayan sido necesarios para dar nacimiento a las políticas neoliberales, esto no significa que tales condiciones deban repetirse para la reproducción y el mantenimiento de este modelo. Sin embargo, dicha reproducción ha impuesto una violenta ruptura en las alianzas y en la solidaridad social entre los sectores medios y las clases populares, vinculando a los primeros a las nuevas condiciones de supervivencia en el mercado y dejando a las segundas en el abandono más absoluto por parte del Estado.

Estas nuevas relaciones de clase acarrearán peligros sociales muy graves. La resistencia organizada por parte del movimiento popular se va debilitando progresivamente como consecuencia de la informalización de la economía, del desempleo, etc. Tienden a producirse reacciones de violencia descontrolada, muy diferentes, claro, a las de Sendero Luminoso, pero que expresan ciertas variantes de la brutalidad urbana y suburbana que ya hemos conocido (y conocemos) en Medellín, Cali, Río de Janeiro, Ciudad de México y quizás próximamente Buenos Aires. Se trata de fenómenos de desagregación social frente a los cuales los

gobiernos responden con políticas represivas y con intervención militar; mecanismos que, indefectiblemente, hieren la frágil legalidad de estos países. Como no podía ser de otra manera, los monopolios de la comunicación de masas generan y amplifican el coro de voces proclives a este tipo de medidas.

Por todo lo anterior, el neoliberalismo es un grave peligro para la democracia. Y no sólo desde un punto de vista social (dada la desigualdad que genera y profundiza) sino también desde un punto de vista político.

El plano ideológico es esencial para desarticular el sentido común impuesto. Mostrar la incompatibilidad del neoliberalismo con la democracia social y, finalmente, con la propia democracia política, constituye uno de nuestros grandes desafíos.

Göran Therborn

En uno de sus trabajos recientes, Emir Sader ha destacado la existencia de dos discursos que se polarizaban en la campaña electoral brasilera: el de la justicia social y el de la estabilidad monetaria. El desencuentro de ambos hace que uno sea hegemónico sobre el otro. Creo que la clave para el futuro, en América Latina y en otras partes del mundo (inclusive en Europa), está en alcanzar la articulación y la complementación necesaria entre ambos discursos.

La izquierda crítica no puede estar en contra de la estabilidad monetaria ni oponerse a la administración económica competente. La cuestión clave reside (y reconozco que esto es fácil de formular y difícil de hacer) en desarmar los temas de la estabilización monetaria y de la administración económica. Semejante desafío presupone el reconocimiento de los nuevos cambios estructurales del capitalismo. Por eso, los he enfatizado tanto a lo largo de este debate.

Existen nuevos parámetros, no sólo discursivos sino también institucionales. El secreto del éxito político de la Democracia Cristiana alemana y de la ligeramente más progresista socialdemocracia escandinava es que ambos movimientos mantuvieron su credibilidad frente al electorado en tanto defensores de una administración competente y de la justicia social. Los socialdemócratas alemanes, en la presente elección, no fueron capaces de convencer a la mayoría de que ellos son capaces de producir mejores soluciones para los problemas del desempleo y del crecimiento económico que los demócratas cristianos.

Perry Anderson

Para concluir sólo quiero hacer un breve comentario en relación a lo que Göran acaba de decir, ya que concuerdo enteramente con él. Es evidente que cualquier izquierda que pretenda gozar de cierta credibilidad tiene que convencer a su electorado de que es capaz de combinar equidad con eficiencia, justicia social y estabilidad monetaria. Esta es una tarea más sencilla en los países centrales que aquí en el Sur. Hay una razón muy simple para ello. En el Sur, en general, y en América Latina, en particular, la combinación de estabilidad monetaria con justicia social depende de reformas fiscales drásticas. Una de las raíces estructurales del proceso inflacionario en América Latina ha sido la débil tributación del capital y de la clase media. Sin profundas reformas fiscales, es muy difícil ver cómo se podrá alcanzar la estabilidad monetaria y ciertas reformas sociales genuinas.

Göran nos ha recordado sistemáticamente a lo largo de esta discusión la existencia de ciertos límites impuestos por los mercados internacionales de capitales. Es aquí que surge una de las dificultades cruciales. Aun cuando hubiera un consenso electoral favorable a determinadas reformas fiscales serias en cualquier país de América Latina, una vez que se comiencen a implementar esas reformas, los sectores del poder económico reaccionarán produciendo una fuga de capitales. Esta consideración complementa las reflexiones de Therborn.

El punto más general que me gustaría destacar vuelve a nuestra discusión sobre el neoliberalismo.

Paradójicamente, un legado ideológico e intelectual positivo que nos deja este proyecto, se vincula a lo que Roberto Mangabeira Unger llama plasticidad de instituciones. El hecho de que ciertos gobiernos neoliberales, como el de Margaret Thatcher en Inglaterra y los que actualmente administran buena parte de los países del Este europeo, se hayan involucrado en programas masivos de ingeniería social deliberada, muestra cómo ciertas características marcantes del mapa institucional, que siempre han sido consideradas inmutables, pueden, en verdad, ser transformadas radicalmente. Estos gobiernos han sido muy militantes. La gestión Thatcher produjo más legislación que todos los gobiernos laboristas entre los años '60 y '70. Fue una fuerza legislativa extremadamente activa, mostrando que toda una gama de nuevas instituciones podían ser creadas. Creo que ésta es una lección que ya se encuentra registrada en el imaginario popular: el paisaje institucional no es tan macizo como se pensaba en el pasado.

Paradójicamente, los neoliberales mostraron que las estructuras de propiedad podían ser alteradas. La propia ola de privatizaciones genera el siguiente pensamiento: "si estas gigantescas empresas públicas pueden ser divididas y vendidas, ¿quiere decir esto que las estructuras

de propiedad empresarial privada también son modificables? ¿No podría haber alteraciones también en dichas formas?”. La distinción establecida aquí entre formas públicas y estatales de propiedad se relaciona con esto. ¿No hay acaso una gama mucho más variada y diversa de formas posibles de propiedad respecto a lo que, tradicionalmente, era concebido en contraposición a un modelo puramente privado de o puramente estatal?

Muchos instigantes trabajos teóricos sobre dichas cuestiones están siendo desarrollados en los países del capitalismo avanzado. Ellos atacan la cuestión de las estructuras de propiedad empresarial como el eslabón débil del consenso existente. Esto incluye los trabajos recientes de John Roemer, así como ciertos estudios sobre varias formas diferenciales de propiedad gerenciadas por los trabajadores, diversas formas de articulación del modelo alemán, nuevas ideas sobre el dividendo social en la estructura de las empresas privadas, etc. Como ustedes saben, esta discusión ha sido muy estimulada por el impresionante éxito de las empresas mixtas en China.

El propio modelo chino supone un conjunto de asuntos muy amplios e interesantes que está atrayendo la atención de Occidente. Creo que ésta es una línea muy promisoría de enfrentamientos para la izquierda latinoamericana. Una perspectiva de superación del neoliberalismo debe conseguir volver contra sí mismo su propia dinámica incesante, su continua desestabilización institucional, y de esta forma poder utilizar esta fuerza en nuestro provecho.

Pierre Salama

Evidentemente, existen muchos proyectos neoliberales. En tal sentido, debemos tener cuidado cuando hablamos genéricamente *del* proyecto neoliberal o de la solución neoliberal. Durante los últimos años hemos asistido a diversas formas de implementación de estos regímenes. Su característica común radica en una confianza ciega tanto en las leyes del mercado como en la capacidad del hombre para alcanzar cierta armonía por intermedio de las reglas que regulan las relaciones mercantiles. Del mismo modo en que hoy existen diversos “neoliberalismos”, es probable que haya, en el futuro, nuevos proyectos neoliberales. Creo que es importante destacar esta cuestión antes de hacer referencia a las alternativas.

El neoliberalismo se caracteriza por sostener que no existe solución fuera del modelo que él propone: tener una confianza ciega en la dinámica del mercado. Los liberales sostienen que una crisis es siempre consecuencia de comportamientos viciosos derivados de un Estado omnipresente. Resultado: hay que reducir el tamaño del aparato estatal y

augmentar el rol del mercado. El dogmatismo de la corriente neoliberal se asemeja, paradójicamente, al dogmatismo estalinista. De allí que no deba asombrarnos que muchos neoliberales de hoy hayan sido estalinistas en el pasado. En los países del Este esto es muy claro. Se trata de una forma de terrorismo del pensamiento. Defensivamente, a veces nosotros mismos aceptamos algunos de los argumentos neoliberales, como si ellos fueran universalmente válidos.

Pienso que existen otras salidas. Creo, también, que tales salidas se pueden explicitar a partir de una lectura de la crisis radicalmente diferente de la que realizan los neoliberales. No se trata sólo de un problema ético derivado de nuestra crítica al costo social producido por tales políticas. Esta posición es justa, pero insuficiente.

Me parece un error discutir el neoliberalismo sólo desde una posición ética, aun cuando ella es importante y fundamental. Nuestros principios deben ser también compatibles con una posición científica. ¿Qué quiero decir con esto? Que los atributos de la ciencia no son propiedad exclusiva de los neoliberales. Una lectura diferente de la crisis debe permitirnos fundar otra política económica.

Voy a dar dos ejemplos.

Primero, *la inflación*. La corriente liberal considera, en términos generales, que ella se produce porque hay un exceso en la oferta de moneda. Nosotros pensamos diferente: el crecimiento de la inflación es producto de un conflicto distributivo. El conflicto distributivo resulta de la existencia de dos grupos sociales que, en un momento dado, entran en choque. Tales grupos no se encuentran en la misma posición social. Existe uno (los empresarios) que fija los precios y, al definirlos, define la tasa de ganancia. Fija, igualmente, los salarios necesarios para garantizar dicha tasa de ganancia. La aceleración del proceso inflacionario se deriva de la exacerbación de este conflicto. Si hacemos esta lectura podemos concebir la reducción de los índices inflacionarios a partir de formas alternativas de resolución del conflicto distributivo que no penalicen, necesariamente, a los trabajadores mediante una reducción progresiva de sus salarios.

Segundo, *la especificidad de la actual coyuntura*, especialmente en los países latinoamericanos. Hemos asistido a una financiarización de las empresas. Estas han ganado mucho más dinero en el sector financiero que en el sector productivo. Dados los altos rendimientos de este sector, a las empresas no les ha convenido invertir su capital en el sector productivo. Este último se volvió obsoleto y limitado para extraer suficiente plusvalía.

Consecuentemente, la necesidad de invertir más en el sector financiero lleva a disminuir los salarios, debido a que la plusvalía no

puede originarse en un aumento de la productividad. La solución liberal de reducir los salarios produce una aceleración inflacionaria ya que, como sucedió en varios países del Tercer Mundo, dicha masa de dinero, en lugar de ir al sector productivo, se desvía hacia el sector financiero intensificando la espiral inflacionaria. Por el contrario, una política redistributiva que grave o limite los efectos negativos de la financiarización de las empresas permitirá disminuir el conflicto distributivo entre empresarios y trabajadores al impedir que el dinero se oriente tan fácilmente al sector financiero. Esto sólo se logra disminuyendo el terrible poder que hoy posee dicho sector. En la medida en que se hacen más difíciles las transacciones financieras, se libera una masa de dinero suficiente como para invertir en el sector productivo. Semejante política, entre otros factores gracias al crecimiento de la productividad, permitiría, por ejemplo, aumentar los salarios.

Los ejemplos anteriores también nos muestran la necesidad de la intervención estatal. No soy un apóstol del Estado. Por el contrario, creo que el aparato estatal puede ser algo muy perverso, y que las desviaciones burocráticas pueden costarnos muy caro. Soy de aquellos que consideran que nuestro objetivo último es la disminución del peso del Estado, e incluso su desaparición. Así lo soñaban, hace algún tiempo, los viejos y buenos marxistas. Creo que la solución no está en el peso creciente del Estado sino en definir una nueva intervención estatal radicalmente diferente a la que hemos conocido en materia de distribución del ingreso y de política industrial.

No dudo que el mercado es, para bien o para mal, revelador de necesidades. Tampoco dudo de que debemos abrir la economía y que es necesario producir de forma competitiva. Debemos tener confianza en el mercado, pero en un mercado que esté claramente reglamentado y regulado por el Estado.

El error de gran parte de la izquierda es haber sucumbido al neoliberalismo pensando que sólo existe una salida a la crisis. Ha faltado imaginación. Creo que la izquierda respondió a la inmediatez sin tener proyectos globales de largo plazo. No podemos limitarnos a decir que vamos a hacer lo mismo que los neoliberales en materia económica, sólo que con un poco más de política social.

Las soluciones democráticas que debemos presentar se derivan, entonces, de una nueva lectura de la crisis radicalmente diferente a la que nos ofrece la corriente liberal.

Ha llegado nuevamente la hora de las utopías. Los grandes debates en el seno de la izquierda podrán aportarnos la necesaria credibilidad política que todavía precisamos para el desarrollo de un proyecto alternativo.

NOTAS

Pablo Gentili y Luis Fernandes, coordinadores.

1 Este diálogo se realizó en septiembre de 1994, antes de que se desencadenara la ya conocida crisis mexicana. En efecto, en diciembre de ese mismo año, el gobierno de México se vio obligado a realizar una importante devaluación de su moneda, al mismo tiempo que ponía en marcha una rigurosa política de austeridad, como consecuencia de la fuga masiva de capitales producida en aquel país.

Capítulo V

Pos-neoliberalismo

La historia no terminó

Göran Therborn

Creo que todos aquí estamos de acuerdo en que el neoliberalismo pertenece al imperio del mal. En varios casos, inclusive, podemos calcular el grado de perversidad que dicho régimen supone. Esto es, deducir con los métodos de las Ciencias Sociales los costos que acarrea la destrucción económica de nuestras sociedades.

Por ejemplo, en Rusia, la toma del poder por parte del régimen de Boris Yeltsin y sus consejeros neoliberales ha generado, directa o indirectamente, 500.000 muertos en sólo dos años. Es posible llegar a esta terrible conclusión si comparamos cuál hubiera sido la tasa de mortalidad en dicho país durante los años '92-'93, si se hubieran mantenido las tasas vigentes en los años '89-'90-'91. Es cierto que esta tragedia no es comparable a los costos del estalinismo. Pero, ciertamente, es el enorme costo social de un experimento de restauración capitalista que se produce en condiciones externas sumamente favorables.

El desempleo de masas, que se ha hecho permanente en los países capitalistas avanzados, tiene también sus efectos mortales en un sentido literal. Por ejemplo, en Suecia, hemos calculado que el desempleo de larga duración produjo en los años '80 (o sea, antes de la crisis actual) la muerte de unas doscientas personas. En un país muy bien organizado, bastante igualitario y casi con pleno empleo en aquella década, el desempleo permanente tuvo (y tiene) efectos nefastos que pueden ser establecidos y medidos empíricamente.

Estamos, por lo tanto, frente a un fenómeno que tiene enormes costos sociales. Sin embargo, como ya dijera Perry Anderson y Atilio Boron, es importante subrayar que el neoliberalismo no puede ser reducido a una simple locura pasajera, ni solamente a un proyecto burgués malintencionado. Aunque en cierto sentido es un poco todo esto, semejante explicación resultaría excesivamente simplista.

El neoliberalismo es un proyecto serio y racional, una doctrina coherente y una teoría vinculada y reforzada por intensos procesos de transformación histórica del capitalismo. Es una doctrina, al menos de hecho, conectada con una nueva dinámica tecnológica, gerencial y financiera, de los mercados y de la competencia.

Debemos preguntarnos, entonces, en qué puede llegar a consistir una etapa posterior a este tipo de regímenes.

En mi opinión, el pos-neoliberalismo no será, necesariamente, el socialismo ni otra nueva etapa del capitalismo.

Podemos decir, más concretamente, que el pos-neoliberalismo consistirá en una nueva dinámica histórica donde los desafíos y las tareas de la justicia social, los derechos sociales y económicos de todos los seres humanos, los problemas planetarios del medio ambiente y la propia arquitectura del espacio social estarán en el centro del discurso político. Si el neoliberalismo, tal como hoy lo conocemos, es una superestructura del capitalismo contemporáneo, el pos-neoliberalismo deberá ser la expresión de una nueva coyuntura política e ideológica.

Frente a un neoliberalismo serio necesitamos una izquierda seria. Los días del populismo han pasado. Desde mi perspectiva, los nuevos desafíos de la izquierda se pueden reunir en tres conjuntos de tareas.

En primer lugar, necesitamos de análisis empíricos rigurosos sobre los nuevos mecanismos de acumulación, sobre los procesos de cambio cultural y sobre las cada vez más profundas dinámicas de desintegración social.

Hoy, más que nunca, son insuficientes las repeticiones de teorías clásicas. Debemos conocer las nuevas formas de injusticia social y, sobre todo, los mecanismos y los procesos concretos que introducen y reproducen la miseria, la enfermedad y la violencia.

Necesitamos, en segundo término, reconocer el valor de la capacidad de gerenciamiento, al mismo tiempo que debemos aprender a manejar la producción, la administración y la dirección macroeconómica y macropolítica.

Esto es, en mi opinión, muy importante para evitar la falsa idea de que “competencia” y “justicia social” se oponen. Para evitar contraponer, por ejemplo, la estabilidad monetaria a la justicia social. La experiencia

relativamente exitosa de los socialdemócratas nórdicos, después de los años '30, se debió sobre todo a su eficiente combinación de ética social y capacidad gerencial. En un país como Brasil, con grandes y graves problemas sociales, esta tarea es mucho más difícil que en un pequeño país como Suecia. Obviamente, el desafío es mucho más grande para ustedes. Sin embargo, creo que vuestra capacidad es también, al mismo tiempo, más grande que la nuestra.

La tercera tarea de una izquierda de y para el futuro consiste en desarrollar y ampliar algo que yo, personalmente, tengo muy poco: *la sensibilidad en el arte político de la comunicación de masas*. Dado que este atributo me falta, no tengo demasiados consejos para dar al respecto. Sin embargo, quisiera delimitar por lo menos algunas direcciones en las cuales tendría que expresarse esta sensibilidad del arte político. Me parece que el discurso de una izquierda del futuro, una izquierda victoriosa y dinámica, debe tener en cuenta cinco intereses y fuerzas específicas. En un orden arbitrario, estas fuerzas son:

1 La clase obrera y las clases populares en un sentido amplio. Esta sensibilidad política tiene que expresarse en un discurso clasista que tenga en cuenta las tradiciones, las experiencias y los intereses de los trabajadores y también de los trabajadores potenciales, los desempleados.

2 Por otro lado, nuestro discurso tiene que asumir una orientación movimientista, con especial atención a los nuevos movimientos sociales de tendencias progresistas como, por ejemplo, los movimientos feministas y los ecológicos, entre otros.

3 En rigor, los dos anteriores constituyen discursos políticos más o menos clásicos. Al lado de ellos, también es importante tener en cuenta otras dimensiones. Esto es, nuevas formas de concepción social que tienen un potencial progresista y que existen en las capas medias y también en ciertos sectores de las clases burguesas. Una de estas dimensiones es la tendencia a una posibilidad de solidaridad individualista. Es decir, un compromiso solidario sin la inserción colectivista, en un ambiente social colectivo a largo plazo. Esta solidaridad individualista se ha expresado de forma tal vez más clara e importante en la defensa de los derechos humanos. Dedicación que, en muchos casos, es y ha sido individual, pero al mismo tiempo ha supuesto un tipo de individualismo que refleja cierto grado de solidaridad, un individualismo solidario. Esta posibilidad de inéditas combinaciones de solidaridad e individualismo se deriva de las nuevas estructuras sociales y de las nuevas culturas emergentes a las cuales ya nos hemos referido en los debates anteriores.

4 Existe otro aspecto de una apertura posible (no necesariamente probable, aunque sí potencialmente realizable) en los sectores medios:

el egoísmo racional. Es decir, un egoísmo que reconoce la irracionalidad de los costos sociales y los efectos negativos de la miseria, la falta de esperanza, la violencia, la criminalidad y el miedo, no sólo para los pobres sino también para los mismos ricos. El individualismo solidario y el egoísmo racional podrán, en algunos países, añadir nuevas fuerzas al proyecto de una izquierda del futuro.

5 Por último, un discurso que aspira a la hegemonía tiene que dirigirse a los intereses de la nación. Pero a sus intereses, no en un sentido nacionalista y en oposición o en conflicto con los intereses de otras naciones. Un discurso hegemónico de la izquierda debe considerar que la "nación" es la sociedad en su totalidad, con su historia y su horizonte cultural colectivo.

No sé cuándo, pero el pos-neoliberalismo llegará. La historia no terminó.

El pos-neoliberalismo: un proyecto en construcción

Atilio A. Boron

La evidencia que surge de nuestras discusiones es que comenzó, al menos en una primera instancia, un proceso de agotamiento de las experiencias neoliberales. Tales experiencias no rindieron los frutos esperados y, mucho menos, consiguieron resolver los graves problemas que se instalaron en las economías capitalistas hacia mediados de los '70. Al mismo tiempo, como bien han destacado Perry Anderson y Göran Therborn, se produjo una tremenda regresión social expresada en un aumento importante de la desigualdad y de la miseria. Es probable que la inercia y el impulso de las políticas neoliberales continúen por un tiempo significativo en el mundo capitalista. De todas formas, y a pesar de ser prematuro decir que ya estamos en una fase pos-neoliberal, creo, sí, que es importante no perder de vista los síntomas de agotamiento que presenta este experimento y los obstáculos objetivos con los cuales él ha tropezado tanto en el mundo desarrollado cuanto en la periferia.

Quería comenzar mis reflexiones afirmando que no existe -ni existirá nunca- un triunfo final y definitivo del capitalismo, no hay -aun cuando así sea proclamado por los ideólogos burgueses- ningún fin de la historia. La idea de un capitalismo "eternizado" es una ilusión perversa que pretende instalar la resignación en el corazón de las clases subalternas, ocultando el hecho de que el capitalismo es un modo de producción y que, como tal, está condenado a la transitoriedad, a ser históricamente superado.

Aquellos que, en una vertiente crítica, analizamos el capitalismo y tratamos de abolir y superar sus prácticas de exclusión, no podemos perder de vista un hecho fundamental: la ideología burguesa intenta legitimar la lógica de la sociedad de clases, haciéndola aparecer como si fuese el último modo de producción de la historia. En este sentido,

Fukuyama representa la expresión paradigmática de esta ideología en el final de siglo: una nueva tentativa de fetichizar y eternizar el capitalismo. Para él, con el capitalismo llegamos al grado máximo de desarrollo humano, gracias a lo cual tendremos para siempre mercados libres y democracia liberal. En suma, acabó el movimiento de la historia. Esto, claro, es una falacia. Quienes nos oponemos al capitalismo y no admitimos las injusticias y las desigualdades inherentes a este modo de producción debemos tener presente que, a pesar de tales ideologías, el capitalismo está condenado a desaparecer. Jean-Jacques Rousseau, mucho antes de que se plantearan los debates acerca del supuesto fin de la historia, se preguntaba agudamente: “si Roma y Esparta murieron, ¿qué Estado puede esperar durar toda la eternidad?”. Obviamente, ninguno. Es sólo una cuestión de tiempo.

Pero el pos-neoliberalismo es, todavía, una etapa en construcción.

Creo que cuando reflexionamos sobre este asunto conviene recordar una sagaz observación de Adam Przeworski: “el capitalismo es irracional y el socialismo es inviable”. Creo que Przeworski captó sólo parcialmente el dilema de nuestro tiempo, porque mientras la irracionalidad del capitalismo es irresoluble, la inviabilidad del socialismo es provisoria. Tenemos un capitalismo irracional que no puede alimentar a una buena parte del planeta mientras, al mismo tiempo, destruye cosechas de alimentos todos los días. Un capitalismo predador, un capitalismo del desperdicio, un capitalismo con 38 millones de desempleados en los países de la OECD, la zona más productiva del mundo. La irracionalidad del capitalismo no tiene solución. En este sentido, y a pesar de todos los esfuerzos teóricos realizados, el posmarxismo y la posmodernidad no han sido capaces, al menos hasta el momento, de presentar propuestas claras para resolver esta endémica irracionalidad o, peor todavía, para demostrar la desaparición de la marca fundamental que caracteriza a la sociedad capitalista: la existencia de relaciones sociales mediante las cuales las clases dominantes explotan al trabajador asalariado. Esto, por cierto, todavía no desapareció. Por ahora, el capitalismo continúa vivo, sólo que cambió su fisonomía.

Claro que la audacia de ciertos intelectuales no tiene límite. Algunos dicen que el capitalismo no existe más, que hoy nos encontramos frente a un nuevo tipo de sistema: el pos-capitalismo de Alain Touraine o de Peter Drucker, por ejemplo. Sin embargo, el capitalismo consiguió sobrevivir a su propia irracionalidad produciendo una gigantesca reconversión, políticamente reaccionaria, bajo la hegemonía neoliberal. Estos procesos, combinados con la resolución de la Guerra Fría y el derrumbe de la URSS, se tradujeron en una inédita y formidable expansión territorial del capitalismo y de los mercados mundiales. Tal expansión, seguramente, revitalizará a las grandes potencias y a la gran burguesía transnacionalizada que mueve los hilos del capital a escala

planetaria. Probablemente estos acontecimientos den lugar a un nuevo ciclo expansivo de larga duración, aunque tengo mis dudas. Sin embargo, aun cuando todo esto pueda suceder, nada autoriza a pensar que el capitalismo pueda resolver sus contradicciones estructurales.

A pesar de la fuerza actual del neoliberalismo, el pos-neoliberalismo ya está aflorando en algunos países. Creo que la experiencia del Sudeste asiático es bien clara en este sentido: las economías más dinámicas del capitalismo internacional son, precisamente, las menos influenciadas por la ortodoxia del Consenso de Washington.

La herencia del neoliberalismo es una sociedad profundamente desgarrada, con gravísimas dificultades para constituirse desde el punto de vista de la integración social, con una agresión permanente al concepto y a la práctica de la ciudadanía. Creo que la herencia que deja la experiencia de los años '80 es que, al mismo tiempo que se produjo un avance significativo en los procesos de democratización en grandes regiones del planeta (entre ellas, obviamente, América Latina), la ciudadanía, que en el fondo es un conjunto de derechos y habilitaciones siempre arrancados gracias a las luchas democráticas de las mayorías populares, queda cancelada por las políticas económicas y sociales que excluyen de su ejercicio efectivo a grandes sectores de la población.

La "democratización" gana espacio en los discursos, en las retóricas, pero la ciudadanía es sistemáticamente negada por las políticas económicas neoliberales que tornan imposible el ejercicio mismo de los derechos ciudadanos. Quien no tiene casa ni comida, quien está desempleado, no puede ejercer los derechos que, en principio, la democracia concede a todos por igual.

¿Qué podemos hacer en este momento? Obviamente, en la agenda histórica de nuestras sociedades no existe la inminencia de una transformación revolucionaria en un sentido socialista. Tendremos que partir de la base de admitir la tremenda derrota que sufrió la izquierda y el movimiento obrero a escala mundial en este final de siglo. La derrota que se condensa en el derrumbe de la Unión Soviética y, al mismo, tiempo, en esa particular versión de capitalismo salvaje y mafioso que se ha ido desarrollando en aquella región. Esta derrota no tiene precedentes en la historia del movimiento obrero. Antes de la Revolución Rusa, los críticos del socialismo sostenían que éste era una utopía completamente irrealizable. Ahora la situación es mucho más grave: pueden decir que el proyecto fracasó, y la izquierda debe asumir esta derrota, la frustración de un proyecto que poco nos ayudó a avanzar por el camino del socialismo.

Ahora bien, hubo también una segunda derrota, de la cual casi nadie habla. Si recordamos el debate teórico en torno a las tesis de Bernstein, a comienzos de siglo, nos daremos cuenta que no sólo el ala

revolucionaria de la socialdemocracia fracasó en la tentativa de construir el socialismo, sino que también lo hizo, y de manera no menos estruendosa, el ala reformista. Aquella que confiaba, como sostenía Bernstein, en que el tránsito al socialismo sería “tan imperceptible como es para el navegante cruzar la línea del Ecuador”. Hoy también sabemos que por ese camino tal vez se pueda democratizar la sociedad y organizar el *We1fare State*, pero difícilmente se pueda superar los límites del propio capitalismo. De hecho, la socialdemocracia se fue convirtiendo en una diligente y responsable gestora de los intereses del capital.

Objetivamente estamos en un momento de retroceso. Creo que reconocer semejante hecho es importante porque, especialmente en América Latina, la tentación voluntarista de pensar que simplemente alcanza con una vanguardia enérgica y esclarecida para hacer avanzar la lucha por el socialismo puede constituir una barrera más en el proceso de reconstrucción de la fuerza social que necesitamos para realizar nuevas conquistas democráticas. Si el socialismo pudiese ser impuesto por obra y gracia de una vanguardia esclarecida, no restarían ya capitalismo en el mundo...

En este sentido, hay un consejo muy sabio que, casi al final de su vida, nos legó Friedrich Engels: uno de los errores más graves que pueden cometer los revolucionarios es confundir su impaciencia personal con un argumento teórico. Nuestra impaciencia y nuestro fervor revolucionarios no pueden constituirse en una supuesta “guía para la acción”. Creo que esto es fundamental como punto de partida.

Hoy, más que nunca, es importante diseñar una estrategia de larga duración en la lucha por el socialismo. Esta lucha es posible, no debemos abandonar nuestros ideales. En el momento en que el capitalismo se reconvierte en un sentido reaccionario y regresivo, es de extraordinaria importancia elaborar una estrategia y una táctica para la reconstrucción del socialismo. Esta es una tarea fundamental. Sobre todo en América Latina, donde podemos avanzar mucho en esta dirección.

El problema es que, en la tradición del socialismo marxista, la reflexión sobre la transición del capitalismo al socialismo está inevitablemente centrada en el corto plazo. Esto fue observado con inusual agudeza por Gramsci, cuando sostenía que el *corpus* teórico del marxismo se había desarrollado enteramente dentro del ciclo revolucionario que comienza con la Revolución Francesa en 1789 y que culmina con la Revolución Rusa en 1917. Este “clima ideológico de época” fue exaltado durante las revoluciones europeas de 1848, de las cuales tanto Marx como Engels formaron parte, a tal punto que el Manifiesto del Partido Comunista es una genial anticipación del desenlace de la coyuntura pre-revolucionaria que se vivía desde

mediados de 1840. El impacto de esas experiencias vitales, y la vigencia de una tradición política que concebía la revolución como un tema de “corta duración”, hicieron que en la teoría marxista no se desarrollasen enfoques y conceptos adecuados para comprender aquellas transformaciones que podrían llegar a abarcar décadas enteras. Por otro lado, la gravitación que en la teoría de Marx tuvo la noción de que la política era una esfera alienada y alienante y, más allá de esto, la subestimación -reconocida luego por el propio Marx- respecto a la enorme capacidad adaptativa del capitalismo, hicieron que la propia reflexión teórico-política sobre el Estado capitalista y su derrota en las manos de la revolución proletaria, fuesen concebidas como rápidas transiciones desprovistas de nuevas particularidades. En suma: el capitalismo sería liquidado de una manera tan fulminante como las masas parisinas pusieron fin al absolutismo feudal en las jornadas de 1789. Las cosas, claro, no ocurrieron de esa forma.

En todo caso, esta tradición “del ‘48”, como la llamaba Gramsci, fue recogida por la socialdemocracia rusa e impactó profundamente en Lenin y Trotski, así como en el pensamiento y en la práctica de Rosa Luxemburgo y de la izquierda de la socialdemocracia alemana. Sin embargo, el viejo Engels había notado, en su “testamento político” de 1895 (la famosa nueva “Introducción” a *Las luchas de clases en Francia*, de Karl Marx), que, teniendo en cuenta la capacidad del capitalismo para emerger fortalecido de la Gran Depresión de los años ‘70 y ‘80, sería necesario prepararse para una lucha mucho más prolongada que la esperada. Karl Kautsky se hizo eco de las incisivas reflexiones de Engels, aunque la polémica en el seno de la socialdemocracia alemana -como con el ala bolchevique del partido ruso- lo desvió por otros caminos que finalmente terminaron extraviándolo por completo. Quien realmente recogió las advertencias de Engels fue Antonio Gramsci. A él le cabe el honor de haber sido el primer gran teórico marxista que pensó una estrategia política revolucionaria de “larga duración”, para la cual forjó un aparato conceptual (“guerra de posiciones”, concepción “ampliada” del Estado, “hegemonía”, etc.) explícitamente diseñado con este objetivo. La coyuntura del capitalismo hacia el final de siglo XX nos exige, por lo tanto, retomar a las posiciones gramscianas, si es que queremos comprender las condiciones concretas bajo las cuales será posible luchar efectivamente por la causa del socialismo.

Debemos destacar que el socialismo es una combinación de ideas, de grandes valores y de proyectos concretos.

En este sentido, es importante saber que él anuda dos cuestiones fundamentales: un conjunto de valores, y un proyecto que precisamos desarrollar con experiencias concretas. Los valores del socialismo ya los conocemos: justicia, igualdad, libertad, cooperación, democracia, bienestar, desarrollo integral del hombre. Son sus valores clásicos,

aquellos que trascienden las determinaciones de un período concreto. Se trata, claro, de valores permanentes, aun cuando debamos actualizarlos frente a los nuevos desarrollos, a las nuevas dinámicas que caracterizan a la sociedad capitalista contemporánea. El conjunto central de estos valores es el mismo que se formuló en la tradición socialista inspirada en la obra de Marx. Hoy, sin embargo, debemos agregar nuevos ideales a ese conjunto de principios: el feminismo, la seguridad ecológica y del medio ambiente, el desarrollo sustentado, el pacifismo, etc. Valores que se articulan -no siempre sin fricciones- al *corpus* de la tradición valorativa socialista. Por otro lado, también creo que es muy importante entender que el socialismo requiere de proyectos concretos, los cuales, al estar históricamente condicionados, no pueden tener la abstracción propia de los valores fundamentales. Esto implica, nada menos, pensar aquello que podemos hacer en nombre de esos valores y en función de ciertas necesidades prácticas.

Göran Therborn y Perry Anderson ya subrayaron la magnitud de los cambios históricos del capitalismo (cambios que reflejan nuevas relaciones entre el Estado, el mercado, la sociedad civil, las empresas, etc.). En tales condiciones precisamos ideas claras respecto a qué vamos a hacer, por ejemplo, en relación a los procesos de liberalización, de privatización, de aperturas comerciales y en relación a la dinámica que asume la globalización económica.

¿Qué vamos (y qué podemos) hacer frente a estas cuestiones?

Con los valores del socialismo estamos en condiciones de dar respuestas alternativas a estas problemáticas.

Ahora bien, en los años '60, la mayoría de los socialistas hubiera dicho, por ejemplo: vamos a nacionalizar las industrias básicas, vamos a estatizar. Esta fue la respuesta de Salvador Allende en Chile y también la respuesta de toda la izquierda latinoamericana. Sin embargo, probablemente, hoy la estatización de grandes sectores industriales no sería una buena salida a la crisis económica y social por la que atraviesan nuestros países. En América Latina, difícilmente exista la fuerza política suficiente como desandar el camino de las privatizaciones. Argentina y México son dos buenos ejemplos de esa dificultad. Probablemente en Brasil existan mejores condiciones como para poder contener el avance indiscriminado de las privatizaciones. Aunque estas condiciones, claro, pueden modificarse. De cualquier forma, un proyecto socialista debe tener propuestas alternativas a la simple re-estatización. ¿Por qué no pensar en fórmulas de otro tipo? En algunos casos podría implementarse la progresiva transferencia de empresas a los trabajadores; en otros, a cooperativas de usuarios; en otros, a nuevas formas de asociación entre el capital estatal, los trabajadores y las propias cooperativas de usuarios. En Cuba, por ejemplo, se están

ensayando empresas mixtas de capital cubano y capital privado español. Al final de cuentas, no hay sólo una respuesta al problema de las privatizaciones (aunque para algunos todo se resuelva con una re-estatización anacrónica, siguiendo el modelo soviético). No podemos enfrentar la desregulación con un proceso simétricamente inverso de regulación. Evidentemente, había muchos problemas en la forma de regulación centralizada que existía en América Latina. Un proyecto socialista debería implementar mecanismos de regulación localmente descentralizados, donde los sectores de la sociedad civil, esto es, el pueblo, tengan más capacidad para efectuar los controles necesarios para fiscalizar la prestación de cierto tipo de bienes y de servicios.

Podríamos avanzar mucho más en este aspecto, pero considero importante pasar a un segundo punto fundamental en la perspectiva del socialismo: la reconstrucción del espacio público. En América Latina, el capitalismo neoliberal produjo una total destrucción de estos ámbitos, transformándolos en espacios privados monopolizados por la burguesía. Ahora bien, ¿cómo reconstruir los espacios públicos? Algunas lecciones podemos derivar de la experiencia por la que atravesaron los llamados países del “socialismo real”. Tal como ha señalado Kiva Maidanik, en la Unión Soviética se pensaba que cuanto más Estado se tenía, más se avanzaba en el camino del socialismo. Esto demostró ser un error trágico. El avance del Estado no significa el progreso del socialismo. Si así fuese, difícilmente se hubiera producido, en aquella región, la contrarrevolución capitalista mafiosa que está teniendo lugar. En suma, debemos reconstruir lo público sin caer en los vicios del estatismo.

Quiero llamar la atención sobre este punto: el espacio público tiene un carácter más estratégico que el propio Estado. Es allí donde deberá librarse la larga batalla por el socialismo. Si no se triunfa en ese terreno jamás se podrá conquistar el poder del Estado. El espacio público, además, comprende y excede al propio aparato estatal. ¿Debemos ceder este ámbito fundamental a la clase dominante? ¿Debemos dejar que el mercado fije los límites y las dimensiones del espacio público, el único plausible de ser gobernado democráticamente? Para la burguesía lo importante es “jibarizar” los espacios públicos cuanto antes y al máximo posible: privatizar las escuelas, los hospitales, las calles, las plazas, la playa, la selva, las ondas radiales y televisivas, los deportes; en una palabra, hacer que el mercado devore todas las formas democráticas de sociabilidad que sólo pueden existir en espacios públicos verdaderamente estructurados y vigorosos.

La defensa del espacio público, en consecuencia, es tan importante para los socialistas como la defensa del trabajador y de las clases desposeídas. Cometeríamos un error terrible si pensásemos que este desafío se reduce a una simple dinámica de progresiva estatización de la sociedad. No basta defender el Estado para defender los espacios

públicos. Sólo por citar un ejemplo: no existe en América Latina nada parecido a la *BBC* o al *Channel 4* del Reino Unido o al *Public Broadcasting System* de los Estados Unidos y de Canadá. Estos casos son ejemplares porque desarrollaron redes radiofónicas y televisivas de cobertura nacional, que se convirtieron en una verdadera alternativa a las empresas comerciales del sector sin depender del gobierno ni del Estado. Son genuinos espacios públicos, donde la sociedad participa mediante un conjunto de asociaciones civiles junto con agencias estatales y con total independencia de los gobiernos de turno. Esto hizo posible que, en aquellos países y gracias a la vitalidad de estos espacios, se pueda escuchar una “voz diferente” en la radio y la televisión.

Esta cuestión se relaciona con otra de gran relevancia. Existe un problema que el capitalismo no puede resolver: la contradicción entre un modo de producción fundado en la extracción de plusvalía y un modo de representación política de carácter democrático. La democracia cancela, al menos teóricamente, las posibilidades de extraer indefinidamente plusvalía. Esta contradicción fundamental debe ser comprendida por las fuerzas socialistas que, en el pasado y con excesiva frecuencia, sólo manifestaron desdén por las posibilidades que ofrecía la democracia. Profundizarla equivale a profundizar una contradicción que el capitalismo no puede resolver. En este sistema no puede haber democracia para todos; no puede haber libertad e igualdad para todos, en un sentido pleno del término. El capitalismo sólo puede tener democracias limitadas, con un gran número de excluidos y marginados. En los países industrializados se compra la paz social con el *Welfare State*. En América Latina, la única aproximación a este modelo fueron nuestros folklóricos Estados populistas. ¿Cómo va a democratizarse este continente con 61% de la población viviendo bajo la línea de pobreza? ¿Cuál será el destino de los más de 312 millones de pobres que viven en nuestros países? El avance de la democracia será, al mismo tiempo, el avance del socialismo en su lucha contra el capitalismo.

Hay una serie de estrategias y pasos concretos que podemos dar sin renunciar a ninguno de nuestros valores socialistas. Pero también tenemos que recordar que la implementación práctica de esos valores, hacia finales del siglo XX, exige imaginación y creatividad. Sólo con imaginación y creatividad podremos batallar por nuestro futuro. Para que esa batalla sea encarada con perspectivas de éxito es necesario descartar dos actitudes. Por un lado, la de los “negadores” que insisten en desconocer la magnitud de los cambios ocurridos en los últimos años y que consideran que la crisis del socialismo es apenas un complot propagandístico del imperialismo. Para ellos no es necesario revisar nada en nuestros análisis y nuestros diagnósticos. Es así que la teoría adquiere la firmeza intocada de un dogma sobre el cual se tropiezan los

accidentes de la historia. Una actitud de este tipo, propia de sectas milenaristas, es el camino más seguro para la extinción del socialismo.

Por otro lado, también es preciso cuidarse del “falso realismo” de los pequeños hombres prácticos que, como recordaba Keynes con ironía, siempre son “esclavos de algún economista muerto hace siglos”. En función del “pragmatismo”, del “realismo” y del “posibilismo” muchos marxistas cayeron en el desencanto y en la frustración y terminaron abrazando el neoliberalismo, convertidos en elocuentes apóstoles de nuestras burguesías.

Lo que se requiere es alimentar nuestra pasión por lo imposible, porque, tal como Weber sostuvo de forma acertada, “en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta reiteradamente lo imposible”.

Debemos recordar una de las conclusiones más incisivas de su célebre conferencia *La política como vocación*: “es preciso armarse de esa fortaleza que permite soportar la destrucción de todas las esperanzas si no queremos resultar incapaces de realizar inclusive lo que es posible”.

Un realismo sensato nos exige luchar por lo imposible para conquistar lo posible. Renunciar a esta lucha sería, como dice el poema de Silvio Rodríguez, “eternizar los dioses del ocaso” y reducir a los hombres al triste papel de diligentes funcionarios de la historia.

Más allá del neoliberalismo: lecciones para la izquierda

Perry Anderson

En mis intervenciones he tratado de enfatizar deliberadamente la fuerza tanto intelectual como política del neoliberalismo señalando que su energía, su intransigencia teórica y su dinamismo estratégico todavía no se han agotado. Creo que es necesario e imprescindible subrayar estos aspectos si queremos combatir eficazmente las políticas neoliberales en el corto y en el largo plazo. Una de las observaciones más importantes de Lenin -de cuya herencia la izquierda sigue precisando- posee hoy plena vigencia: jamás subestimar al enemigo. Es peligroso ilusionarse con la idea de que el neoliberalismo es un fenómeno frágil y anacrónico. Teórica y políticamente, él continúa siendo una amenaza activa y muy poderosa, tanto aquí en América Latina como en Europa y en otras partes. Un adversario formidable y victorioso, aunque no invencible.

Si miramos las perspectivas que podrían emerger más allá del neoliberalismo vigente, y buscamos orientarnos en la lucha política contra él, no debemos olvidar tres lecciones básicas legadas por estos regímenes.

Primera lección: *no tener ningún miedo a estar contra la corriente política de nuestro tiempo*. Hayek, Friedman y quienes los siguieron originariamente tuvieron el mérito -mérito entendido a los ojos de cualquier burgués inteligente- de realizar una crítica radical del *statu quo*, aun cuando hacerlo era aventurarse en una empresa muy impopular. No dudaron en mantener una postura de oposición marginal durante un largo período, a pesar de que el saber convencional los trataba como

excéntricos y locos. Simplemente, perseveraron hasta el momento en que las condiciones históricas cambiaron y su oportunidad política llegó.

Segunda lección: no transigir en nuestras ideas, no aceptar ninguna dilución de nuestros principios. Las teorías neoliberales fueron extremas y marcadas por su falta de moderación, una iconoclastia chocante para los bienpensantes de su tiempo. Pero a pesar de esto, no perdieron eficacia. Fue precisamente su radicalismo, la dureza intelectual de su agenda, lo que les aseguró una vida tan vigorosa y una influencia tan abrumadora. El neoliberalismo no puede ser confundido con un pensamiento débil, para usar un término de moda e inventado por algunas corrientes posmodernistas con el objeto de avalar teorías eclécticas y flexibles.

El hecho de que ningún régimen político realizó jamás la totalidad del sueño neoliberal no es una prueba fehaciente de su ineficacia práctica. Por el contrario, la intransigencia del temario aportado por los ideólogos neoliberales permitió a los gobiernos de derecha implementar el conjunto de medidas drásticas y decididas que ya conocemos. La teoría neoliberal supo proveer, mediante sus principios radicales, una ambiciosa agenda en la cual los gobiernos podían elegir los ítems más oportunos, según sus coyunturales conveniencias políticas o administrativas. El maximalismo neoliberal fue, en este sentido, altamente funcional: proveía un repertorio muy amplio de medidas radicales que se ajustaban a las circunstancias concretas de cada momento específico.

Esta dinámica demostró, al mismo tiempo, el largo alcance de la ideología neoliberal, su capacidad para abarcar todos los aspectos de la sociedad, y así desempeñar el papel de una macrovisión verdaderamente hegemónica del mundo.

Tercera lección: *no aceptar como inmutable ninguna institución establecida*. Cuando el neoliberalismo era un fenómeno menospreciado y marginal durante el gran auge del capitalismo de los años '50 y '60, parecía inconcebible para el consenso burgués de aquel tiempo que, en los países ricos, cerca de cuarenta millones de personas fueran conducidas al desempleo sin que esto provocase graves trastornos sociales. Asimismo, parecía impensable proclamar abiertamente la redistribución de los ingresos de los pobres hacia los ricos en nombre del valor de la desigualdad. Era inimaginable, también, la sola posibilidad de privatizar el petróleo, el agua, los correos, los hospitales, las escuelas y hasta las prisiones. Como bien sabemos, cuando la correlación de fuerzas cambió a partir de la larga recesión, todo esto se evidenció como una alternativa factible e, incluso, necesaria. El mensaje de los neoliberales fue, en este sentido, electrizante: ninguna institución, por más consagrada que sea, es, en principio, intocable. El paisaje institucional es mucho más maleable de lo que se cree.

El pensador brasileño-norteamericano Roberto Mangabeira Unger teorizó desde la izquierda este proceso más sistemáticamente que cualquier otro intelectual de la derecha, dándole una fundamentación histórica y filosófica en su libro *Plasticidad y Poder*. Se trata de un viejo tema siempre actual en el pensamiento marxista, “todo lo sólido se desvanece en el aire”, según la célebre proclama del *Manifiesto Comunista*. Ahora bien, una vez recordadas las lecciones que el neoliberalismo nos ha legado, ¿cómo encarar su superación? ¿Cuáles serían los elementos de una política capaz de vencerlo? El tema es amplio; por eso voy a indicar aquí solamente tres dimensiones que, a mi modo de ver, nos ayudan a pensar un pos-neoliberalismo factible.

1 Los valores. Tenemos que atacar sólida y agresivamente el terreno de los valores, resaltando el principio de la igualdad como criterio central de cualquier sociedad verdaderamente libre. Igualdad no quiere decir uniformidad, como afirma el neoliberalismo, sino, por el contrario, la única auténtica diversidad.

El lema de Marx conserva toda, absolutamente toda, su vigencia pluralista: “a cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus capacidades”. La diferencia entre las características, los temperamentos y los talentos de las personas está expresamente grabada en dicha concepción clásica de una sociedad igualitaria y justa. ¿Qué significa esto hoy en día? Igualar las posibilidades reales de cada ciudadano de vivir una vida plena, según sus propias opciones, sin carencias o desventajas debidas a los privilegios de otros. Iguales oportunidades de salud, educación, vivienda y trabajo son el punto de partida. No hay ninguna posibilidad de que el mercado pueda proveer, en cada una de estas áreas, ni siquiera el mínimo requisito de acceso universal a los bienes imprescindibles en cuestión. Solamente una autoridad pública puede garantizar la protección contra la enfermedad, la promoción de los conocimientos y de la cultura, la provisión de vivienda y empleo para todos, etc. Göran Therborn insistió con elocuencia, y yo coincidí con él, en la necesidad de defender el principio del Estado de Bienestar. Esta defensa debe articularse a la necesaria extensión de las redes de protección social, no confiando necesariamente su gestión a un aparato estatal centralizado (problema éste que asume una vital importancia no sólo en América Latina sino también en algunos países europeos, como Inglaterra y Suecia).

Para ello precisamos una fiscalización absolutamente distinta de la que existe hoy en nuestros países. No es necesario subrayar aquí el escándalo material y moral del sistema impositivo en Brasil, por ejemplo. Sin embargo, la evasión fiscal por parte de los sectores ricos o meramente acomodados no es solamente un fenómeno de lo que alguna vez se llamó el Tercer Mundo, sino también, y cada vez más, del propio Primer Mundo. Aun cuando no siempre es aconsejable entregar la

provisión de los servicios públicos al aparato estatal centralizado, la extracción de los recursos necesarios para financiar los servicios sociales es una función intransferible e indelegable del Estado. Pero, para esto, se precisa un Estado fuerte y disciplinado, capaz de romper la resistencia de los privilegiados y bloquear así la fuga de capitales que cualquier reforma tributaria desencadenaría. Todo discurso antiestatista que ignore esta necesidad, es demagógico.

2 La propiedad. La mayor hazaña histórica del neoliberalismo ciertamente ha sido la privatización de las industrias y los servicios estatales. Aquí se consumó su larga cruzada antisocialista. Paradójicamente, lanzándose a tal proyecto ambicioso, tuvo que inventar nuevos tipos de propiedad privada, como por ejemplo los certificados distribuidos gratis a cada ciudadano en la República Checa o Rusia, dándoles derecho a una proporción igual en acciones de las nuevas empresas privadas. Estas operaciones, claro está, se transformarán, a final de cuentas, en una farsa: esas acciones equitativamente distribuidas serán pronto adquiridas por especuladores extranjeros o mafiosos locales. Sin embargo, lo que estas operaciones demostraron es que no hay ninguna inmutabilidad en el modelo tradicional de propiedad burguesa. Nuevas formas de propiedad popular deberán ser inventadas; formas que desarticulen la rígida concentración del poder que caracteriza a la empresa capitalista. Este es otro de los grandes temas que aborda Mangabeira Unger en su obra, y también una de las cuestiones que discute el gran intelectual marxista, John Roemer, en su nueva obra *Un futuro para el socialismo*.

Existe hoy una discusión mucho más rica en los países occidentales sobre este tema: la invención de nuevas formas de propiedad popular, con numerosas contribuciones y propuestas diversas. Pero el tema está lejos de ser sólo una preocupación de los países ricos. Por el contrario, gran parte de la discusión más reciente sobre estas cuestiones se desprende directamente de la observación de formas mixtas de propiedad en las empresas colectivas chinas. Las famosas TVES, o sea, las llamadas empresas municipales y de aldeas, que hoy son el motor central del aparente "milagro" que registra una economía que posee el único crecimiento realmente vertiginoso del mundo contemporáneo. En China encontramos formas de propiedad tanto industrial como agraria que no son ni privadas ni estatales sino colectivas, ejemplos vivos de una experiencia social creativa que demuestra un dinamismo sin par en el mundo actual.

3 La democracia. El neoliberalismo tuvo la audacia de decir abiertamente que la democracia representativa no es un valor supremo en sí mismo. Por el contrario, se trata de un instrumento intrínsecamente fallible, que puede, y de hecho lo hace, tomarse excesivo. Su provocativo mensaje era claro: precisa mos menos democracia. De ahí, por su

insistencia en un Banco Central jurídicamente independiente de cualquier gobierno; o sea, de una constitución que prohíba taxativamente el déficit presupuestario. Aquí también debemos considerar e invertir su lección emancipadora, y pensar que la democracia que tenemos -si la tenemos- no es un ídolo que debemos adorar, como si fuera la perfección final de la libertad humana. Es algo provisorio y defectuoso, que se puede remodelar. Nuestro desafío es exactamente contrario al que se proponen los neoliberales: precisamos más democracia. Esto no quiere decir que debamos defender una aparente simplificación del sistema de voto, aboliendo la representación proporcional en favor de un mecanismo al estilo norteamericano (propuesta que ha sido preconizada por algunos líderes políticos latinoamericanos). Esta es una receta descaradamente reaccionaria mediante la cual se pretende imponer un sistema de fuerte contenido antidemocrático (de hecho, en Estados Unidos, ni siquiera vota en las elecciones la mitad de la población). Tampoco “más democracia” quiere decir conservar o fortalecer el presidencialismo. Tal vez la peor de las transferencias extranjeras a América Latina haya sido, históricamente, la servil imitación de la constitución de los Estados Unidos del siglo XVIII, la cual, dicho sea de paso, está siendo imitada por los nuevos gobernantes semicoloniales de la Rusia contemporánea.

Una democracia profunda exige exactamente lo opuesto a este poder plebiscitario. Precisa de un sistema parlamentario fuerte, basado en partidos disciplinados, con financiamiento público equitativo y sin demagogias cesaristas. Sobre todo, exige una democratización de los medios de comunicación, cuyo monopolio en manos de ciertos grupos capitalistas superconcentrados y prepotentes es incompatible con cualquier justicia electoral o soberanía democrática real.

En otras palabras, estos tres temas pueden ser traducidos al vocabulario clásico: son las necesarias formas modernas de la libertad, igualdad y no digamos fraternidad, término un tanto sexista, sino solidaridad. Para realizarlas precisamos un espíritu sin complejos, seguro, agresivo, no menos determinado de lo que fue en sus orígenes el neoliberalismo. Esto será lo que un día, tal vez, se llame neosocialismo. Sus símbolos no serán verborágicos: ni la arrogancia de un águila, ni un burro de sagacidad tardía, ni una paloma de convivencia pacífica y menos aún un tucán de connivencias fisiológicas. Los símbolos más viejos, aquellos instrumentos de trabajo y de guerra, capaces de golpear y de cosechar, tal vez volverán a ser los más apropiados.

Capítulo VI

Estado, democracia y alternativa socialista en la era neoliberal

Robin Blackburn, Atilio Boron, Michael Löwy,
Emir Sader y Göran Therborn

(Diálogo coordinado por Luis Fernandes, Pablo Gentili y Emilio Taddei)

Pablo Gentili

Hace dos años nos reunimos en este mismo sitio para efectuar, con algunos de ustedes, un balance crítico de las políticas neoliberales. Podríamos comenzar examinando qué es lo que ha cambiado desde entonces. Para incorporar un elemento de polémica a este balance, propondría también discutir en qué medida concuerdan con la afirmación de Göran Therborn acerca de que el neoliberalismo se ha convertido en la vanguardia modernizadora del capitalismo en este final de siglo.

Atilio Boron

Creo que, mirando las cosas con dos años de perspectiva, el neoliberalismo muestra señales de retroceso en América Latina. O sea, las previsiones que se hicieron acerca de que la onda neoliberal había llegado a un zenit luego del cual comenzaría a declinar, estaban en lo cierto.

Fíjense que, desde nuestra última reunión en Rio, se produjo el colapso espectacular del neoliberalismo en México (que hasta ese momento venía siendo el modelo que todos los países de la región debían copiar). Si leemos los documentos del Banco Mundial, por ejemplo, hasta finales del '94, y en algunos de ellos hasta principios del '95, casi todos hacían invariablemente referencia a México como paradigma a ser imitado. Por aquel entonces, Salinas de Gortari y Pedro Aspe, su Secretario de Hacienda, gozaban de un gran prestigio en los círculos internacionales. Sin embargo, el modelo mexicano se desplomó;

y lo hizo como producto de una serie de inconsistencias vinculadas a la propia aplicación del modelo neoliberal en ese país: el derrumbe de la balanza de pagos, el déficit fiscal, la crisis producida por la sobreevaluación de la moneda, la recesión que afectó a una gran parte de la economía, etc.

Me parece que el caso mexicano es muy interesante por varias razones. México fue el país que hizo todos los deberes impuestos por la ortodoxia neoliberal. Precisamente por eso su fracaso es ejemplar. Ahí no se puede decir que el programa se aplicó con algunas vacilaciones, sino que se lo llevó a cabo hasta el fondo, con una notable ausencia de limitaciones políticas debido a la inexistencia de una genuina democracia capitalista. No hubo restricciones ni por el lado de los partidos, ni de los sindicatos, ni del Congreso. Además, como es notorio, contó con el enorme apoyo de los Estados Unidos, que tenía mucho interés en que el experimento mexicano no fracasara debido a las negociaciones del NAFTA. Sin embargo, el modelo se derrumbó.

Otro caso interesante es el de Argentina, país en el que también se expresa claramente el agotamiento del modelo. No me voy a explayar demasiado en esto, pero creo que todos los indicadores (desequilibrios externos, crisis de la balanza de pagos, dependencia del flujo de capitales internacionales, aumento de la desocupación y de la pobreza), al igual que en el caso mexicano, se han precipitado en los últimos meses, especialmente desde que Cavallo fuera relevado de su cargo. Por cierto, esto último también es relevante: durante los cuatro días siguientes a la renuncia obligada del ex-ministro de economía, Menem no conseguía quien ocupase la cartera. En América Latina, como en cualquier otra parte del mundo, se sabe que una experiencia exitosa no demora tanto tiempo en encontrar un sucesor. La victoria tiene muchos padres, pero el fracaso es huérfano.

Ambos casos son una clara expresión de que, en América Latina, el neoliberalismo está encontrando un techo para su expansión. En Chile, por citar otro ejemplo, el Presidente Frei está batiendo todos los records de impopularidad, lo cual revela la insatisfacción ante el funcionamiento de un modelo también presentado como paradigma de éxito.

Por último, habría que agregar la experiencia brasileña. Aquí, durante estos dos años, el neoliberalismo no ha podido avanzar tanto como deseaban sus mentores. Tengo la impresión de que hay un enorme hiato entre la propuesta de reformismo neoliberal del gobierno de Cardoso y los avances concretos. En Brasil, a pesar de todas las dificultades existentes, ha habido una resistencia social muy fuerte que, al menos hasta ahora, ha limitado parcialmente las reformas neoliberales del gobierno.

En resumen: contemplando lo ocurrido en estos dos años parecería haber ciertos indicios que respaldarían nuestras predicciones acerca del agotamiento de la marcha ascendente del neoliberalismo.

Emir Sader

Ya que Atilio empezó por América Latina, voy a tratar de agregar alguna otra cosa al respecto. Estoy totalmente de acuerdo con él. Pero creo que, al mismo tiempo, estos dos años demuestran claramente que el neoliberalismo cambia el terreno en el que se da la lucha social, económica y política. La misma sustitución de Cavallo expresa el punto hasta el cual el mercado es un factor altamente condicionante, a grado tal que crea un clima tan histérico a favor de una reafirmación fundamentalista que ideológicamente toma insoportable que un neoliberal no sea reemplazado por otro neoliberal aún más ortodoxo y dogmático. Las alternativas no están en el horizonte, ni siquiera en el horizonte de la derecha conservadora tradicional. Hoy en día no hay alternativas económicas ni siquiera en el pensamiento conservador más clásico.

Pienso que el caso de Brasil es importante porque, como era de esperar, si había alguien que podía aplicar una política de ajuste fiscal con una dimensión social, ése no era otro que Fernando Henrique Cardoso, una figura que no proviene del pensamiento neoliberal y que, al menos superficialmente, no se parece a Fujimori o a Menem. Si fuera posible compatibilizar el ajuste fiscal con una política redistributiva global, el Presidente Cardoso sería quien podría supuestamente hacerlo. Pero Brasil demuestra la incompatibilidad radical entre esos factores. En la actual coyuntura, la política social es absolutamente periférica, asistencialista, localizada, y constituye una regresión en términos de derechos sociales universales. Estos dos últimos años fueron marcados por una estagnación económica que tal vez sea el horizonte probable del próximo período. Las alianzas sociales, y sobre todo el corazón de la política económica y financiera, el modelo de estabilización monetaria, bloquean aquí cualquier perspectiva de un nuevo ciclo de crecimiento más o menos prolongado.

La diferencia en relación al padrón universal del neoliberalismo la brindan los Estados Unidos, no sólo porque este país retomó un ciclo de crecimiento (aunque corto) sino porque, según datos difundidos, fueron creados diez millones de empleos. Propaganda o no, la realidad es que existe una gran campaña internacional para demostrar que Estados Unidos tienen un modelo alternativo al modelo europeo, y que el mismo estaría dando sus frutos. Aparentemente, los empleos calificados disminuyen mientras los descalificados no. En el reflujó del mercado

formal de creación de empleo éste es un elemento que debería ser discutido.

De cualquier forma, el factor más poderoso del neoliberalismo continúa siendo su dimensión político-ideológica. Esto es, los gobiernos neoliberales tienen poco prestigio, pero en los momentos en que se plebiscita la estabilidad de la moneda obtienen mayorías electorales. Menem, por ejemplo, a pesar de su imagen negativa, a la hora de las elecciones y con la estabilidad de la moneda en juego se las ingenió para obtener una votación masiva en las elecciones que lo re-eligieron como presidente en 1995.

En Brasil, el gobierno de Fernando Henrique tiene un bajo índice de popularidad. Sin embargo, en el momento de las elecciones presidenciales y planteado el problema de la continuidad o no de la estabilidad monetaria, tenderá a tener mucha fuerza porque las encuestas muestran que el prestigio del plan económico todavía es muy importante. Se trata de una cuestión esquizofrénica: las consecuencias del modelo económico son malas, pero se sostiene que enfrentamos una etapa inevitable, a partir de la cual no se debe retroceder. De allí que las dimensiones político-ideológicas de este modelo sean tan importantes.

Respecto a la afirmación de Therborn -en el sentido de que el neoliberalismo sería una "vanguardia modernizadora" del capitalismo- sólo podría coincidir con él si entendiésemos al neoliberalismo como la única alternativa vigente ante el proyecto de internacionalización capitalista actualmente en curso. Si existe un conflicto entre la alternativa neoliberal y el modelo japonés, esto tiene mucho más que ver con una determinada concepción del vínculo entre capital financiero y capital productivo que con la imposición de un proyecto de internacionalización de otro tipo. Creo, sin embargo, que el calificativo de "vanguardia" es un poco exagerado, ya que puede tener otras connotaciones. El neoliberalismo es regresivo en términos de la institucionalización de derechos, y en este sentido, es mucho más una contrarreforma social que un proyecto de modernización en la acepción democrática de la palabra.

Göran Therborn

Quisiera presentar un retrato un poco diferente. No un desacuerdo fundamental, sino un análisis que contempla otros aspectos. Podemos distinguir por lo menos cuatro tendencias en este balance.

Primero, los criterios monetarios. En América Latina, el neoliberalismo ha tenido éxito al lograr la estabilidad de la moneda. Este proceso también se verifica en Europa, aunque allí la estabilidad monetaria no es políticamente tan importante como en los países latinoamericanos.

Segundo, la reorganización del Estado. El proceso de privatizaciones ha continuado o se ha acelerado en varias naciones, las dinámicas de mercantilización del Estado se han fortalecido en estos últimos años. En Europa Occidental, esta reorganización del aparato estatal ha sido el éxito más importante del neoliberalismo. Tendencia que también se corrobora en los países socialdemócratas, como Suecia, donde se ha comenzado a imitar la reforma thatcheriana del Estado (reorganización del mercado interno, sistemas de *vouchers*, descentralización presupuestaria, etc.). Los socialdemócratas suecos plantean la necesidad de las privatizaciones, aunque el énfasis privatizador allí es menor que en Inglaterra. En cierto sentido, el programa del neoliberalismo continúa realizándose en un número importante de países.

Con respecto a estos dos aspectos, podemos reconocer que en América Latina los logros económicos y políticos han sido muy modestos, o como en el caso de México, un verdadero fracaso. El éxito monetarista y reorganizador del neoliberalismo no ha resuelto los graves y cada vez más intensos problemas económicos y sociales en esos países. Esto comienza a ser reconocido de manera relativamente amplia. Un artículo reciente del ex economista jefe del Banco Mundial para América Latina, Sebastián Edwards, admite que, en términos de crecimiento y eliminación de la pobreza, las reformas neoliberales no han logrado casi nada. En Europa Oriental la experiencia demuestra que la transición al capitalismo es mucho más compleja de lo que se suponía y que la aplicación simple y pura de las recetas neoliberales no siempre funciona. Por ejemplo, el único caso de esta región que ha logrado un PBI comparable al de 1989 es Polonia, cuyo "éxito" relativo es estar hoy igual a diez años atrás. En todos los demás países, la caída del PBI ha sido brutal. En suma, en términos de crecimiento económico, el neoliberalismo no ha tenido éxito.

En tercer lugar, la resistencia social contra el neoliberalismo está creciendo, incluso en algunos países de Europa Oriental, y más claramente, en Europa Occidental. Este es un dato elocuente.

Por último, como cuarto aspecto, debemos subrayar que la hegemonía político-ideológica del neoliberalismo se mantiene con sorprendente vigor. Esto se verifica electoralmente en Europa Oriental, donde los nuevos gobiernos post-comunistas en Hungría, Polonia y Rumania, por ejemplo, continúan las mismas políticas económicas que los gobiernos anteriores, simplemente con un poco más de habilidad administrativa y de honestidad personal y con menos corrupción; aunque, en términos de políticas públicas, la diferencia es mínima.

Lo mismo ha ocurrido en Suecia con el regreso del partido socialdemócrata al gobierno.

¿Cómo explicar esto? Creo que es difícil hacerlo de forma rápida y en poco tiempo. Sin embargo, me parece importante destacar que el neoliberalismo representa, en lo que se refiere a su análisis de las relaciones entre el Estado, el mercado y la sociedad civil, una nueva onda de modernización. Es correcto afirmar, desde mi punto de vista, que el neoliberalismo está en la vanguardia de la modernidad en cuanto a su crítica racionalista de todas las instituciones existentes, en lo que respecta a su radicalismo anti-institucionalista y a su perspectiva de futuro. Esto se visualiza claramente en lo que se refiere a la crítica neoliberal de la organización del Estado y del sector público.

Desde mi perspectiva, este balance nos plantea tres campos o posibilidades de lucha. Uno es el de la defensa de las conquistas sociales existentes. Se trata de una estrategia defensiva, y a largo plazo, destinada a la derrota. Por otro lado, se podría dar batalla en el campo de la posmodernidad; es decir, cuestionar el racionalismo mercantil del neoliberalismo, enfatizando otras problemáticas como las políticas de identidad, culturales y el pluralismo social. También, en mi opinión, se trata de una opción destinada a la derrota. Nos queda la tercera opción: dar batalla en el campo de la modernidad. Reconocer la lógica modernizante del neoliberalismo, y por otro lado, oponer a éste una modernidad diferente que tenga en cuenta las relaciones sociales en su conjunto, los intereses y los derechos de toda la población. El discurso modernizante del neoliberalismo es un discurso de exclusión implícita y explícita, donde no se presentan alternativas para todos aquellos y aquellas que van quedando definitivamente excluidos. En este sentido, podemos reconocer un alto contenido de autodestrucción social en el discurso neoliberal. Ahora bien, tampoco podemos negar que existen elementos analíticos importantes en los estudios del Banco Mundial, aunque no dejemos de destacar que se trata de una perspectiva economicista y reduccionista. La modernidad no puede ser condenada a los estrechos márgenes que plantean estas perspectivas. Y es allí donde debemos dar batalla.

Michael Löwy

Concuerdo con el diagnóstico en el sentido de que estamos asistiendo a los síntomas iniciales de una crisis del modelo neoliberal. Pero tengo la impresión de que es un poco prematuro hablar de su declinación definitiva.

Creo que el neoliberalismo corresponde efectivamente, y de manera muy profunda, a la lógica de la modernización capitalista en la etapa actual. En este sentido, estoy de acuerdo con la tesis de Göran Therborn.

Sus causas no se encuentran en el arbitrario capricho de algunos políticos, en la mala voluntad de algunos sectores de la burguesía, ni en el corazón endurecido de la clase dominante. Realmente, se trata de una lógica férrea del capitalismo en la presente coyuntura que exige una serie de políticas económicas y sociales que tienen que ver con el propio funcionamiento del mercado internacional y con el proceso de globalización.

Todo esto exige mayor competitividad, y consecuentemente, racionalización de recursos, lo cual conduce a las regresiones sociales que conocemos. Estamos en presencia de un conjunto de medidas que se sitúan en el núcleo del actual proceso de racionalización y modernización capitalista.

Por eso considero una ilusión pensar que sustituyendo un equipo de gobierno por otro, o bien aumentando la presión social, podríamos obligar al neoliberalismo a retroceder, sustituyéndolo por una política más favorable a los intereses de las grandes mayorías. En tal sentido, el neoliberalismo no va a entrar en crisis o desaparecer por causa de sus contradicciones internas. Sólo declinará y entrará en una crisis definitiva si aparece una alternativa creíble y viable. En ausencia de esta alternativa, la crisis del neoliberalismo producirá un conjunto de situaciones catastróficas, aunque éstas serán sustituidas por nuevas políticas liberales que producirán nuevas catástrofes sociales y así sucesivamente. No hay un automatismo económico que produzca una modificación de estas políticas si, al mismo tiempo, no se desarrolla una fuerza social y política, una alternativa coherente, creíble y suficientemente radical como para cuestionar las raíces del neoliberalismo y de la lógica de modernización y globalización del capitalismo en el presente período.

Lo que sí me parece promisorio es la aparición limitada y embrionaria de resistencias sociales a la hegemonía neoliberal. Digo "sociales" porque todavía tienen mucha dificultad para encontrar una expresión política que las represente. Cada vez se expresa con más fuerza un sentimiento social generalizado acerca de que las cosas no pueden continuar así y de que hay algo completamente equivocado en la lógica neoliberal. Podría citar algunos ejemplos. Therborn ya se refirió al hecho que, en Europa Oriental, las fuerzas que ganan las elecciones son, salvo algunas excepciones, identificadas, de forma correcta o no, con los regímenes anteriores, los ex-partidos comunistas. A veces ganan y a veces logran una fuerza bastante sorprendente. Nadie podía imaginar que en Polonia, país donde existía un anticomunismo visceral, los ex comunistas iban a ganar las elecciones. Esto expresa un descontento muy grande con las políticas neoliberales que fueron llevadas a la práctica en aquella nación. Ahora bien, sostengo que hay un desfase entre esta insatisfacción popular y su expresión política porque, en realidad, esas fuerzas, los antiguos partidos comunistas hoy convertidos

en socialistas, acabaron llevando a la práctica una política no muy diferente a la que ha dado origen a ese mismo descontento. Ha sido, es verdad, una política con un sentido más social, menos dogmático, aunque en el fondo no ha habido un cambio sustantivo en su orientación. De allí que podemos reconocer una cierta frustración en las expectativas populares de cambio. Nos encontramos en un momento donde existe una cada vez más intensa insatisfacción social con el neoliberalismo, y al mismo tiempo, el desarrollo de un conjunto de expresiones políticas que, de forma inadecuada, acaban reproduciendo el modelo que causa las reacciones populares de descontento.

Esto se verifica también en algunos países de Europa occidental. El ejemplo más impresionante de resistencia social contra la política neoliberal fueron las huelgas de noviembre y diciembre de 1995 en Francia. No sólo fueron medidas de fuerza y manifestaciones sin precedentes en la historia francesa (en algunas ciudades, las marchas callejeras fueron mayores que las del Frente Popular en 1936), sino que dicho movimiento fue muy impresionante debido al tipo de reivindicaciones formuladas. Reivindicaciones que aparentemente eran categoriales o profesionales y que correspondían a ciertos sectores sociales que defendían sus "privilegios"; pero que, en realidad, cuestionaban algunos de los fundamentos de las políticas neoliberales: defendían las conquistas sociales tradicionales de los trabajadores y el servicio público, y se oponían a las privatizaciones. Se trató de un movimiento que rechazaba lo esencial del proceso de reforma neoliberal. Sin embargo, también en este caso la expresión política fue inadecuada. La fuerza política dominante de la izquierda francesa, que posiblemente vuelva a formar gobierno en el próximo período, el Partido Socialista, si bien critica marginalmente algunos de los aspectos "excesivos" de la política neoliberal llevada a cabo por el actual gobierno conservador, en el fondo no tiene una alternativa real y acaba proponiendo políticas bastante similares.

El tercer ejemplo, del cual se habla poco pero que creo es muy interesante, es, en América Latina, el de Ecuador. Allí hubo un referéndum sobre las privatizaciones. Prácticamente todos los partidos políticos apoyaron abiertamente el proceso privatizador. El gobierno apoyó, la publicidad también, así como todas las fuerzas de la burguesía, las radios y la televisión. Había, podría creerse, un consenso universal en tomo a este asunto. Sólo algunos pequeños grupos muy marginales intentaron contraponerse a esa onda propagandística. Sin embargo, por increíble que parezca, el referéndum se pronunció contra dichas privatizaciones, ante la perplejidad de la clase dominante. Ocurre que aquí tampoco hubo expresión política de este rechazo. En las elecciones volvieron las mismas fuerzas reaccionarias, los mismos populistas y conservadores. Aquel poderoso movimiento social de rechazo al

neoliberalismo acabó no encontrando una expresión política creíble y eficaz.

Otro fenómeno, un poco más reducido aunque también lo encuentro interesante, es la conferencia que hubo en Chiapas contra el neoliberalismo. Es la primera vez que se organiza a escala mundial un encuentro de todos los adversarios del neoliberalismo, con participación de fuerzas políticas, sindicales y movimientos sociales. Todo esto es todavía muy embrionario, muy difuso, muy heterogéneo, no podemos pensar que de allí va a salir una alternativa; pero también es un elemento que demuestra la existencia de un sentimiento de insatisfacción que busca una expresión política que todavía no se manifiesta. Obviamente, no es la conferencia de Chiapas la que va a poder construir una expresión política efectiva en esta búsqueda de alternativas.

La situación en que nos encontramos hoy en día permite reconocer que el neoliberalismo está en crisis, que es incapaz de resolver los problemas económicos y sociales que él mismo produce, aunque no por ello se vislumbra que desaparecerá o declinará en un futuro próximo. Por el contrario, es previsible que los gobiernos neoliberales sean reemplazados por otros gobiernos neoliberales, más a la izquierda o más a la derecha. Los ministros neoliberales como Cavallo serán sustituidos por otros Cavallos. Si no aparece una alternativa creíble capaz de poner en práctica un programa radical de transformación social, continuará la repetición de las mismas políticas con otra etiqueta. Se difunde una sensación social cada vez más generalizada de que el neoliberalismo es un *impasse*, pero mientras ese sentimiento no se traduzca en una expresión política consecuente, coherente, realista y radical, no podremos salir del brete.

Robin Blackburn

A pesar de que estoy de acuerdo con mucho de lo que fue dicho, me gustaría llamar la atención sobre una cuestión analítica que no ha sido objeto de discusión. Por razones obvias, el debate estuvo principalmente centrado en el ámbito de las políticas gubernamentales y de las relaciones sociales de ellas derivadas.

Observamos, por un lado, el carácter hegemónico del neoliberalismo. Por otro, destacamos las diversas formas de resistencia social a dicho proyecto, aunque tal resistencia no parezca crear un polo de atracción hegemónico alternativo que pueda sustituir la política dominante en la esfera del Estado. De una forma extraña, la tesis de Göran Therborn es correcta. La primera cuestión paradójica es que la izquierda parece estar tan involucrada en este proceso como la derecha. Según ha sido destacado, podemos estar muy felices con la derrota del ala

conservadora en Polonia, aunque la elección del gobierno de izquierda no ha traído aparejada una modificación sustancial en las políticas gubernamentales de aquel país. El gobierno laborista neocelandés y la administración socialista española, por su parte, también desempeñaron un papel importante en la introducción de reformas neoliberales. Mirando hacia el futuro, me preocupa la cierta probabilidad de que el próximo gobierno laborista en Inglaterra no sea otra cosa que un capítulo más en el proceso de modernización iniciado por Margaret Thatcher. Una reforma que desde 1991 se encuentra en un impasse y que Tony Blair ha prometido renovar, al destacar la necesidad de no acabar con el proceso privatizador y de continuar introduciendo nuevos mecanismos de mercado en la sociedad inglesa. En el actual discurso laborista podemos reconocer una cierta filosofía social asociada a un tipo de retórica que convoca a una solidaridad moralizante, aunque esto no es suficiente como para suponer que el gobierno de Blair va a resistir a la marea neoliberal. Las tendencias neoliberales en los partidos de centro-izquierda se han convertido en una característica recurrente en la coyuntura que atravesamos.

Sin embargo, esto nos lleva a otro terreno sobre el cual me gustaría que pudiéramos discutir. Me refiero a la esfera de la producción y del proceso de acumulación. Creo que debemos juzgar al neoliberalismo en sus propios términos, como una filosofía económica con la pretensión por restablecer niveles de lucratividad que permitan crear condiciones orientadas a una explosión global de desarrollo. Si analizamos el mundo capitalista avanzado, y el capitalismo tomado en su conjunto, veremos que el neoliberalismo no rompió con el ciclo recesivo. El desempleo se mantiene en un alto índice o ha aumentado en los países industrializados, con excepción de Japón, aunque allí también hay señales de un incremento en las diferentes formas de desempleo.

Las tasas de ganancia, que son críticas en el proceso de acumulación, no han experimentado una recuperación sostenida. Al mismo tiempo, una dinámica que está creando problemas cada vez más complejos es el hecho de que viejos capitalistas con inversiones macizas en parques industriales entran en contradicción con nuevos productores capaces de minar su tasa de ganancia y sus niveles de ventas. El papel desempeñado por los llamados NICs (Newly Industrialised Countries) del Sudeste asiático, y todavía en un sentido más importante, la posibilidad de que China o inclusive Vietnam puedan surgir como un gran eje de presión sobre la tasa de ganancia, constituyen una expresión clara de este proceso. O sea, ciertos productores de esta región pueden alcanzar una tasa de ganancia media capaz de deprimir significativamente aquella que obtienen los "viejos" grupos económicos localizados en los centros tradicionales del sistema capitalista. Esta es una cuestión fundamental de la cual el neoliberalismo no puede escapar.

Podemos observar dos dimensiones importantes en dicho proceso. Primero, esta presión económica no está siendo organizada por el pensamiento y las formulas neoliberales, mucho menos es producto de ellas, sino que reposa sobre otros principios que el neoliberalismo no puede explicar adecuadamente. Usando la ortodoxia neoliberal no podemos comprender el aumento progresivo en el poder económico de Japón, Taiwán, Corea del Sur, China, y no muy lejos de ellos, Vietnam. De hecho, en este grupo de países tenemos dos naciones comunistas que difícilmente puedan ser consideradas especímenes puros de neoliberalismo, aunque no hay dudas de que en ellas existen muchos elementos fuertes de organización capitalista de la economía. Varios analistas neoliberales, por ejemplo, se muestran preocupados con la fuerza del sector público en China, país que acaba de sobrepasar a Japón en su superávit comercial con los Estados Unidos. Se trata de un desarrollo realmente notable. En el ámbito de la producción, otra forma de capitalismo parece estar superando el modelo neoliberal. Estas cuestiones constituyen un gran desafío teórico, y en gran medida político, para el todavía dominante modelo hegemónico del neoliberalismo.

No obstante, podemos reconocer que ha habido un cierto grado de recuperación con relación a las tasas de desempleo en algunas naciones del capitalismo avanzado. De cualquier forma, tal recuperación es modesta y frágil, sobre todo en los Estados Unidos, donde el estancamiento de los salarios de la clase trabajadora ya tiene una historia de más de dos décadas (el crecimiento de los salarios ha sido cero, al mismo tiempo en que ha aumentado la intensidad del trabajo). Gran parte del crecimiento de los empleos ha sido en actividades de medio tiempo y sin garantías sociales. De allí que dicha recuperación sea, en gran medida, precaria. En el caso británico, y hasta cierto punto también en el norteamericano, la economía productiva no experimentó una verdadera recuperación. En el caso de los Estados Unidos, parcialmente debido a la desvalorización del dólar en relación al yen y al marco. Aun así, el margen de lucro es muy insatisfactorio, del mismo modo que las condiciones sociales ofrecidas a la masa de ciudadanos. Hay una gran insatisfacción social latente. Por eso sostengo que debemos prestar el debido cuidado analítico al campo de la producción y de la acumulación de capital. En este campo, ellos tendrían que haberle devuelto una cierta cuota de salud al sistema capitalista. Y no lo hicieron.

Todo esto es todavía más claro en Europa, donde Maastricht, como programa neoliberal, ha tenido muchísimas dificultades y poco éxito, además de una intensa resistencia social. A pesar de Maastricht no se consiguió restablecer la competitividad de las economías. Es cierto que, en la lógica del neoliberalismo, resulta ingenuo esperar que todos tengan

la chance de vencer. Sin embargo, lo curioso en las actuales condiciones es que, por el momento, todos parecen estar perdiendo.

En tal sentido, si bien debemos realizar una crítica moral al neoliberalismo, no debemos limitarnos a ella. Precisamos traducir esa crítica en un conjunto de reformas económicas e institucionales concretas. La defensa del sector público y de una esfera de derechos iguales para todos son principios que continúan siendo tan válidos como en el pasado. Sin embargo, paradójicamente, sólo pueden ser alcanzados si tomamos la ofensiva contra el capital en el sector privado de la economía, que es realmente el sector dominante, el motor del crecimiento.

Debemos seguir apostando a la construcción de nuevas formas de socialismo, discutiendo el propio proceso de acumulación, y naturalmente, debemos ganar el apoyo popular en esta tarea. Ganar el apoyo de los pobres y de los excluidos, pero también el de una amplia gama de trabajadores y sectores medios que pueden y deben ser conquistados para el desarrollo de formas realistas que conduzcan a un control social del capital, en una primera instancia, y en una segunda hacia medidas más ambiciosas de socialización.

Luis Fernandes

Mi pregunta se sitúa dentro del tema que estamos discutiendo, aunque quizás va un poco más allá. Me parece que en el balance se presentan dos cuadros generales. En Europa Occidental y Oriental hay un inicio de crisis política por parte de las fuerzas que encabezaron el proceso de implantación del proyecto neoliberal. Sin embargo, lo que surge como alternativa, a pesar de que tiene un semblante de oposición a veces muy marcado, cuando asume el poder no se traduce en una alternativa real a las políticas antes implementadas. Ese es el cuadro general. Creo, sin embargo, que la situación de Rusia no es exactamente la misma que la del resto de Europa Oriental. En el campo de alianzas de Ziuganov había una alternativa que incluso mezclaba elementos de gran chauvinismo ruso. La victoria de Ziuganov hubiera sido distinta a la de los otros partidos en Europa Oriental, aunque como esto no ocurrió poco podemos discutir al respecto.

Aquí, en América Latina, por otro lado, estamos todavía un paso más atrás de todo esto. La tendencia política dominante ha sido la del continuismo, como lo demuestran los casos de Brasil, México, Argentina y Perú. Tanto es así que en los países de la región el tema político central es la reelección presidencial.

La pregunta que se deriva de todo esto es por qué nosotros no hemos sido capaces de acumular fuerza suficiente como para presentar una

alternativa efectiva al neoliberalismo. ¿Cuáles son los problemas teóricos que han impedido a la izquierda madurar esta alternativa? ¿En qué medida no enfrentamos hoy una profunda crisis teórica que ha contribuido directa o indirectamente a esa ausencia de alternativas o a la fragilidad que ellas manifiestan cuando existen? Creo que esta cuestión es parte de la crisis política de la izquierda: la ausencia de alternativas esconde, en cierto sentido, un elemento de crisis teórica.

Atilio Boron

Quisiera hacer algunos comentarios al respecto. No quiero pecar de excesivo optimismo, pero creo que debemos recordar la célebre fórmula granisciana: “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad”. El desánimo y la desmoralización que a menudo cunden en la izquierda tienen un sentido que va más allá de lo simplemente práctico, penetrando también en el plano de la teorización. Me Parece importante destacar que, por lo menos en el ámbito latinoamericano, y pasados ya dos años de nuestro diálogo anterior, el modelo todavía no se agotó, aunque su tendencia al crecimiento se ha frenado.

La situación de Francia que ya fue mencionada; algunos datos sobre Alemania y la derrota de Berlusconi -un hecho muy importante ya que él era un símbolo no solamente del proyecto neoliberal sino también de las potencialidades de manipulación política que ofrecen los medios de comunicación de masas- son indicadores muy positivos en este sentido.

Al mismo tiempo, hay otras cuestiones que podemos discutir y que tienen que ver con lo que Robin Blackburn planteó anteriormente. Cuestiones que remiten a su trabajo *Socialism after the crash*, donde analiza los regímenes mixtos que parecerían ser los núcleos más dinámicos de la economía mundial, regímenes que poco tienen que ver con el neoliberalismo. En el Sudeste asiático, por ejemplo, hay palabras que no tienen traducción.

“Desregulación” es intraducible al japonés o al coreano; simplemente, porque no hay palabras para describir la cuadratura del círculo. Como sucede en América Latina, donde no existe traducción para *accountability*”. Según nuestras prácticas políticas los gobiernos no son, por definición, *accountable to the people*. Por lo tanto, dicha palabra sobra en nuestro léxico político.

En segundo lugar, quería tomar la inteligente provocación de Göran Therborn sobre el neoliberalismo como nueva onda de modernización. En los países latinoamericanos, si consideramos la reorganización del Estado y el avance de las privatizaciones, nadie podría seriamente demostrar que ha habido un proceso efectivo de modernización y

racionalización del aparato estatal. Conuerdo con Francisco de Oliveira cuando afirma que, en el caso brasilero, la llamada modernización del Estado es apenas un eufemismo para ocultar políticas que permiten despedir masivamente empleados públicos. En Argentina y Chile, por cierto, estas reformas no fueron mucho más que eso. La reforma del Estado llevada a cabo por el gobierno de Pinochet consistió, entre otras cosas, en la creación de diez unidades territoriales artificiales, las “regiones”, que ni siquiera pueden ser identificadas con un nombre, sino por un número, y que carecen de entidad sociológica, geográfica, económica o cultural de otro tipo. Evidentemente, en términos de presupuesto nacional, esto les ha permitido a los tecnócratas pinochetistas poder exhibir un “presupuesto equilibrado” y cumplir con las metas negociadas en distintos momentos con el BM o el FMI. El problema es que prácticamente todos los servicios que antes producía el Estado centralizado actualmente no los pueden ofrecer las autoridades regionales, cosa que se ve en el retroceso de los índices sanitarios y educativos de las distintas regiones. En síntesis: la tan mentada modernización del Estado a la usanza neoliberal significó transferir a unidades sub-estatales (provincias, municipios o regiones, en el caso de Chile) la responsabilidad por la provisión de servicios, sin ningún esquema mínimo de tributación que permita financiarlos. Ocurre que ahora las protestas ante tamaña situación son regionales, y en muchos casos, de carácter marginal. Obviamente, las cámaras de la CNN no transmiten desde el sur de Chile cuando quinientos padres protestan porque la escuela de su municipio no funciona. Lo que realmente ha habido con esta reforma, y otras más inspiradas en ella en América Latina, son recortes presupuestarios a mansalva y un masivo despido de empleados públicos.

Un dato es alarmante: ni en México ni en Argentina se han podido estimar de forma precisa los números del déficit fiscal. Y esto es así porque los aparatos estatales han sido mutilados, los sistemas de información desmembrados y los mejores funcionarios despedidos de forma “voluntaria” o involuntaria de la administración pública. Argentina, por ejemplo, gastó seiscientos millones de dólares mediante financiamientos del Banco Mundial para despedir empleados públicos, pagándoles la correspondiente indemnización y evitando la protesta social. Ese dinero podría haber sido utilizado en programas de salud, educación o para financiar una genuina reforma del Estado y no en pagar las indemnizaciones por despidos arbitrarios. Todo esto es muy grave, especialmente si se recuerda que el tamaño del Estado latinoamericano, lejos de ir creciendo a la par de lo que ocurre en los capitalismos metropolitanos, se ha ido achicando cada vez más, aproximándose al patrón imperante en el África negra. Tal vez el neoliberalismo haya sido efectivamente una “vanguardia modernizadora”.

Sin embargo, en América Latina, esta oleada neoliberal, lejos de haber mejorado el aparato estatal, lo ha empeorado, y en algunos casos, destruido irreparablemente. Ahora es el propio BM quien, como arrepentido aprendiz de brujo, comienza a urgir a los gobiernos de la región para que reconstruyan sus aparatos estatales...

En relación a las tres posibilidades de lucha que plantea Therborn, creo que hay que dar la batalla defendiendo, resistiendo, y al mismo tiempo, desarrollando una agenda que nos permita resolver todos estos problemas. No alcanza sólo con resistir. Ahora bien, resistir y aceptar al mismo tiempo que el neoliberalismo representa la lógica inexorable del desenvolvimiento histórico tampoco me parece una buena alternativa. Este es un proyecto que obedece a intereses muy claros y estamos obligados a pensar en una alternativa efectiva que nos permita dejar atrás todo este espanto. El problema central sigue siendo cómo elaborarla, y más aún, cómo hacer que una tal alternativa se haga carne en la conciencia de las clases populares. A esto precisamente se referían Löwy y Therborn cuando se preguntaban cómo pasamos de la resistencia social a la resistencia política.

Luis Fernandes planteó con todo acierto el tema de la teoría. Se dice que Keynes fue el Marx burgués; precisamos algo así como un Keynes del proletariado, capaz de traducir estas preocupaciones y opciones morales y filosóficas en un esquema integrado de política económica. De todas maneras, corremos el riesgo de padecer el síndrome del ciempiés que, por querer coordinar cada uno de sus movimientos, acaba inmovilizado y sin poder avanzar. En el fondo, el esquema keynesiano era increíblemente sencillo. Keynes era un hombre muy práctico y quería re-equilibrar al capitalismo manipulando un puñado de variables estratégicas, como el empleo, la tasa de interés, el tipo de cambio, la inversión pública, etc. La impresión que tengo es que las izquierdas latinoamericana y europea están queriendo volver a escribir *El Capital* para responder a esta crisis. Y lo que hace falta es algo mucho más sencillo.

Göran Therborn

Puede ser que la experiencia empírica del neoliberalismo en cuanto a la reorganización del Estado sea, en América Latina, completamente negativa. Sin embargo, lo que quiero destacar es que un enfoque modernista no implica, necesariamente, un Estado mejor. Debemos distinguir, por una parte, los logros y los efectos sociales de dichas reformas, y por otra, la lógica del discurso. Esto es fundamental para dar batalla efectiva al neoliberalismo. Los estudios y documentos del Banco Mundial, por ejemplo, representan un enfoque analítico racionalista que,

a pesar de ser una perspectiva economicista, limitada y parcial, representa un impulso modernizante de carácter hegemónico. En esta racionalidad se produce el vínculo entre el neoliberalismo como superestructura ideológico-política y los procesos de acumulación.

Con respecto a la pregunta de Luis, no tengo ninguna receta para la izquierda latinoamericana. Sin embargo, creo que hay tres diferencias fundamentales entre América Latina y Europa que me gustaría subrayar. En primer lugar, es importantísimo aquí, tal como lo he señalado, el papel desempeñado por la estabilización de la moneda. No ocurre lo mismo en los países europeos. En segundo término, la izquierda realmente existente es, en Europa, más clasista. Me sorprendió mucho, cuando Pablo me envió varios datos sobre la distribución del voto en Brasil, que la diferencia social del electorado del Partido de los Trabajadores y de las fuerzas conservadoras en Río de Janeiro y San Pablo, por ejemplo, es mínima. En Europa hay instituciones de clase (partidos y sindicatos) que marcan una resistencia clasista mucho más marcada. Por último, en los países europeos, al menos en los de Europa Occidental, los gobiernos deben dar al electorado alguna cuenta sobre sus acciones. El hecho de que las administraciones neoliberales no han evitado los costos sociales de sus políticas económicas ha producido una reacción inmediata de las clases populares.

Emir Sader

Creo que es importante lo que afirma Luis respecto a la dimensión teórica de la crisis. Los términos de la lucha histórica cambiaron menos de lo que se suele decir, aunque hay una dimensión teórica de la crisis que no está a la altura de lo que plantean los desafíos actuales. Ahí sostengo lo que dice Göran. El elemento más fuerte del neoliberalismo, desde el punto de vista de una eventual modernización, es la lucha anticorporativa. A esto la izquierda no ha respondido. Corporaciones dentro del Estado, corporaciones en la sociedad, derechos corporativos que chocan con derechos de la ciudadanía globalmente, de la economía nacional, de la universalización misma de los derechos. Es significativo que nosotros usamos el término “hegemonía” para hablar de la hegemonía neoliberal. No nos hemos planteado el tema de cuáles son los términos de una nueva hegemonía. Y en términos gramscianos, la palabra que se opone a “corporativo” es “hegemónico”.

El movimiento social queda abandonado a sí mismo porque, sin los partidos, la intelectualidad no le propone nuevos términos hegemónicos. Ellos se defienden, resisten, pero muy a menudo en la trampa del corporativismo. El sector más fuerte hoy en la *Central Única dos Trabalhadores* son los empleados públicos, y es dudoso si defienden intereses democráticos socializables para el conjunto de la sociedad.

Más allá del derecho a un salario razonable que cualquiera tiene, lo cierto es que pocas veces se cuestiona la pésima calidad de los servicios públicos para el conjunto de la población en países como Brasil.

Debemos discutir cuál es el sujeto de una nueva hegemonía; pero también qué alternativa tenemos para pasar en limpio a ese estado, para evitar quedar condenados a una postura estrictamente defensiva que acabe tratando de preservar cuestiones indefendibles para el conjunto de la sociedad. Nosotros debemos ser los principales interesados en la reforma del Estado.

Evidentemente, con la crisis de la intelectualidad y de las relaciones sociales hay una crisis de la forma “partido”.

Sea por las dimensiones de la lucha social, sea por la diversidad de identidades, el partido debe tener un rol fundamental en cualquier proceso de transformación social. Hegemonía significa la existencia del partido como formulador de proyectos hegemónicos y de propuestas de bloques de clase alternativos, aunque él debe desempeñar un rol de dirección político-ideológica más que de dirección de luchas sociales concretas.

No hay paradigmas generales, aunque podemos recuperar la experiencia del *Movimento Sem Terra en Brasil*.

Ellos lucharon durante quince años discriminados incluso en el seno de la izquierda, La imagen pública que de ellos trataba de imponerse era la de campesinos violentos y asesinos. Una imagen que sintetizaba la pretensión por criminalizar la lucha por la tierra, y que perduró durante años. Sin embargo, por detrás de eso había otra realidad: asentamientos rurales que funcionan hace más de una década con un nivel de productividad mucho más alto que el promedio de la agricultura brasileña; experiencias con un nivel de vida colectiva y comunitaria extraordinario, donde se respeta y viabiliza la propiedad individual cuando el campesino la quiere, pero donde también se garantiza la utilización colectiva de los medios productivos, de la comercialización; donde se desarrollan sistemas de financiamiento de los que ya tienen tierra hacia los que van a realizar futuras ocupaciones. Sólo se descriminalizaron cuando una dirigente campesina fue tomada prisionera y apareció esposada en la primera página de los periódicos, acusada de formación de cuadrilla y de formar parte de una banda ilegal. Esto ocurrió el mismo día en que Paulo César Farias era liberado después de ser acusado, él también, de pertenecer a una banda clandestina. Fue un escándalo nacional. A partir de allí, los *Sem Terra* comenzaron a aparecer con otra imagen. Hoy son más de seiscientos mil asentados y muchos más en campamentos provisorios.

Ellos legitimaron el derecho al trabajo, legitimaron la ocupación de tierras no ocupadas. Al igual que los campesinos de Chiapas ellos tampoco se detuvieron frente a lo que es legal. Lograron legitimar lo que es legítimo, lo que se puede, lo que se debe. Mostraron los límites de la institucionalidad vigente. Fue el único movimiento que tuvo y tiene iniciativas constantes en el plano económico, social y político. Posee una estructura educacional que hace que no haya niños fuera de la escuela, además de un sistema de formación de técnicos en cooperativas, las cuales, por cierto, han demostrado ser económicamente viables. La cuestión de la tierra es el eje central de sus acciones, aunque también denuncian lo que fueron los acuerdos de la élite brasileña a lo largo de la historia, incluyendo la alianza actual del PSDB y el PFL que permitió elegir a Fernando Henrique Cardoso. Tiene un rol extraordinario. Es el único movimiento social que crece en Brasil y uno de los pocos que crece en el mundo. No es un paradigma, porque no hay paradigma parcial que pueda generalizarse. Pero es una escuela de socialismo. Tienen todas las formas tradicionales de organización; son casi un partido. Poseen una capacidad de iniciativa fantástica, y si bien gran parte de sus iniciativas son de carácter local, dan fuerza a lo que Perry Anderson llama la recreación de nuevas formas de lucha política alternativa.

Los *Sem Terra* son un modelo de lucha y de organización antineoliberal. Tienen un poder económico muy grande, por las finanzas que recaudan entre ellos, por la capacidad de movilización social económica y por las negociaciones que logran con los alcaldes locales al constituir, de hecho, una herramienta de reactivación de las economías regionales. No por nada el PT tiene grandes dificultades para relacionarse con ellos. En la medida en que se ha institucionalizado excesivamente, el PT enfrenta problemas para vincularse con fenómenos como Chiapas o los *Sem Terra*. El partido acaba muchas veces preso de un calendario electoral y de modalidades institucionales de hacer política que limitan mucho la capacidad de creación estratégica innovadora de su parte.

Para terminar, diría que la cuestión de la moralidad (o inmoralidad) del neoliberalismo es un asunto que debemos considerar seriamente. Cuando el gobierno brasileño usa miles de millones de dólares para apoyar a los bancos y nada para garantizar el derecho al empleo, la universalización de la salud y de la educación, estamos presencia de una lógica brutalmente cruel. Todo puede cerrarse en el país: una escuela, un hospital, una empresa industrial. Pero si se cierra un banco, su techo cae sobre la cabeza de toda la gente.

Debemos continuar enfatizando que el Estado es el tema central. No porque debemos reducir todo a la problemática estatal, sino porque precisamos entenderlo en el sentido más amplio de la palabra:

regulación económica, política de estabilidad, crisis fiscal, regulación social, control sobre el mercado. Incluso el tema económico tiene que ver con el Estado. Si no hay creación y ampliación de una esfera pública, cuestión que también tiene que ver con el Estado, aunque no se reduzca a los límites de este último, estaremos cada vez más lejos de la posibilidad de una alternativa al neoliberalismo. Retomando lo que dijo Luis, creo que todo esto tiene que ver con nuestra crisis teórica, aunque me parece que estamos precisando más de una reactualización social y económica del pensamiento de Gramsci que de Keynes del proletariado.

Robin Blackburn

Para comprender el modelo neoliberal es muy importante algo que Pablo ha dicho y sobre lo cual me interesaría plantear rápidamente algunas observaciones: el proceso de “dumping” social característico de las políticas neoliberales. Se trata de una cuestión que está adquiriendo dimensiones profundas en el mundo moderno y que provoca reacciones tanto morales como sociales, y espero que, eventualmente, también políticas. Es como si las fórmulas neoliberales y las instituciones del neoliberalismo global estuvieran creando un círculo vicioso. Tal vez aquí yo me distancie de Göran Therborn, porque, a pesar de considerar esto como una dimensión de la modernidad capitalista, creo que corresponde mucho más a lo que llamabamos comúnmente imperialismo americano. De cierta forma, su funcionamiento se corresponde con la dinámica del viejo capital y sus métodos de defensa contra los nuevos complejos capitalistas, sobre todo a los ya mencionados del Sudeste Asiático, y en un grado menor, contra las formas europeas del llamado “capitalismo renano”, que no obedecen integralmente a las fórmulas neoliberales. Es por eso que en los capitalismo anglosajones se intenta descartar cualquier elemento de control social y político del proceso económico, tal como lo vemos en otras regiones. El “dumping” social, en consecuencia, no sólo ocurre en la propia esfera de la producción sino también en la de las políticas públicas.

Al examinar el proceso histórico de la revolución industrial en la Inglaterra del siglo XIX, no pude menos que asombrarme ante la increíble correspondencia existente entre las terribles condiciones laborales imperantes en las fábricas inglesas y las que prevalecían en las plantaciones esclavistas norteamericanas.

De alguna manera ambas estaban ofreciendo condiciones propicias para el desarrollo de un cierto tipo de capitalismo que pudo prolongarse sólo hasta el momento en que aquellas desaparecieron: con la Guerra Civil y la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos y con la introducción de múltiples regulaciones en el mundo fabril inglés, como

por ejemplo la célebre *Factory Act*. Si a esto sumamos el reconocimiento de los sindicatos, el control social del trabajo de mujeres y niños, las campañas de la Primera Internacional para reducir la jornada de trabajo primero a diez y luego a ocho horas, comprobamos cómo todo un conjunto de restricciones se fue imponiendo sobre el capitalismo, no sólo en el Reino Unido sino a escala internacional. En síntesis: esto produjo un círculo virtuoso de elevación de las condiciones laborales mediante el cual las luchas y las conquistas sociales de los productores y trabajadores de una parte del globo se transmitían, mejorando la suerte de sus camaradas de otros países.

Este círculo virtuoso hoy ya no existe, al menos en esta fase del capitalismo. Es cierto, se ha abolido la esclavitud, pero tenemos trabajo infantil, una suerte de “trabajo forzado” que según ha estimado la UNICEF afecta a unos trescientos millones de niños de todo el mundo, una cifra vastamente superior a la del número de esclavos que existía en el apogeo del esclavismo en el siglo XIX. Este fenómeno del trabajo infantil presiona hacia la baja de los salarios no sólo de los obreros ingleses sino también de los de la India o Bangladesh, donde las hilanderías y firmas textiles desplazan el trabajo de las mujeres por el de adolescentes o niños, contratados con salarios muy bajos y atentando irreparablemente sobre sus condiciones de salud.

Este círculo vicioso es característico del neoliberalismo y no sólo configura una grave situación de dumping social sino que, al mismo tiempo, recorta gravemente los derechos sociales. En los Estados Unidos, por ejemplo, donde el tema del trabajo infantil está más controlado, la alternativa es el trabajo de los “indocumentados”, y algo similar ocurre en el Reino Unido. El gobierno inglés, mientras tanto, interesado en promover la competitividad internacional de Gran Bretaña, propone acentuar la desregulación de la jornada de trabajo. Hoy, en mi país y como resultado de esta política, se trabaja en promedio cinco horas más por semana que en Alemania o Francia.

El método clásico para combatir esto en el pasado ha sido el de organizar grandes campañas mundiales tendientes a reducir la jornada de trabajo o a establecer nuevas regulaciones laborales. Hoy en día la OIT está haciendo algo de esto: presiona por condiciones mínimas de trabajo, por el reconocimiento de los sindicatos, etc. Pero necesitamos nuevas formas y métodos de lucha para poder resistir al neoliberalismo: cambios en las políticas sociales de los países, mayor control sindical sobre las decisiones de la firma, campañas en favor de una “inversión ética” que impida que las empresas inviertan en países que practican el “dumping” social, etc. En relación a esto último me sorprende que la izquierda socialista y comunista no haya planteado el tema del trabajo infantil, algo que los “burgueses éticos” vienen haciendo hace ya un tiempo; o que no haya desarrollado una estrategia, conjuntamente con

los sindicatos, para intervenir en las asambleas de accionistas y democratizar en cierta forma las decisiones empresarias. La izquierda necesita urgentemente avanzar en la socialización del capital, no sólo del mercado, y apelar a nuevos, ingeniosos, y a veces extraños mecanismos de intervención social.

Michael Löwy

Quería retomar algunos de los comentarios de Therborn en relación al movimiento obrero brasilero y latinoamericano. En Brasil, concretamente, el PT y la CUT representan un movimiento obrero clasista de tipo clásico; quizás, más clasista que la izquierda europea tal como existe hoy en muchos países. Es verdad que, en América Latina, la resistencia al neoliberalismo está lejos de ser únicamente proletaria sino que es mucho más amplia. Incluye, en primer lugar, a los movimientos campesinos, como lo subrayó Emir, y a los sectores indígenas, como hemos visto en México. Incluye también a toda una masa de gente que sencillamente es pobre, lo que algunos cristianos llaman el “pobretariado”, un sujeto social de lucha y de resistencia al neoliberalismo tan importante como la clase obrera clásica.

Quisiera dar un ejemplo que a mí me ha impresionado mucho. En Haití hay poquísimos obreros en el sentido marxista clásico, pero hay una masa de pobres que lucha hace años, primero contra la dictadura y ahora contra el neoliberalismo. El año pasado hubo elecciones parlamentarias y sucedió algo que no ocurrió en ninguna otra nación latinoamericana, o tal vez del mundo: ganó la izquierda con más del sesenta por ciento de los votos... Una izquierda que, por lo menos en su programa, formulaba su negativa al neoliberalismo y a las políticas de los organismos financieros internacionales. Hace unas semanas estuvo en Haití el presidente del FMI y dijo que quería reunirse con el Parlamento para explicarles la necesidad de las privatizaciones. La mayoría de los diputados se recusó diciendo que no tenían interés de discutir con él. Tuvieron la insolencia de rechazar una discusión nada menos que con Michel Candessus. Claro, no soy muy optimista. Creo que la resistencia de Haití no va a durar mucho y tarde o temprano serán obligados a alinearse, a capitular, porque en un país pequeño es sumamente difícil resistir aislado a las presiones de los órganos financieros internacionales. Pero es un ejemplo de resistencia popular, de acción política del “pobretariado”, una resistencia que existe, a veces explícita y a veces potencialmente, en América Latina.

Göran se refería a la racionalidad del Banco Mundial. Estoy de acuerdo con él, aunque debemos destacar que se trata de una racionalidad parcial, instrumental y en los límites de la lógica de

acumulación de capital tal como ella se caracteriza en el proceso de globalización actual. Una racionalidad absolutamente negativa desde el punto de vista de las necesidades sociales, incapacitada para resolver el problema del desempleo y del empobrecimiento del Tercer Mundo, la crisis ecológica, etc. Desde este punto de vista, se trata de una racionalidad que, dialécticamente, se expresa como su contrario, como una verdadera irracionalidad.

Permítanme unas palabras sobre el problema de las alternativas. No creo que tengamos que reinventar la pólvora o la rueda. La alternativa al sistema en que vivimos, el capitalismo en su forma neoliberal, es el socialismo. Una vez que hemos hecho el balance crítico de la así llamada experiencia, del “socialismo real”, volvemos a encontrar en el marxismo y en la tradición del pensamiento socialista los instrumentos y las armas necesarias como para formular una alternativa. En este sentido, reafirmo lo que ha planteado Robin, la expropiación de los expropiadores sigue en el orden del día. Debemos enriquecer esa herencia teórica del socialismo con el aporte de una serie de movimientos sociales nuevos. Pero no se trata de descubrir una nueva fórmula, una nueva teoría, una nueva alternativa, sino de enriquecer nuestra tradición marxista y socialista con una serie de aportes nuevos que efectivamente han sido planteados por los movimientos sociales, por la ecología, por el feminismo, por el movimiento de consumidores, etc.

Obviamente, no podemos plantear esto como una tarea abstracta e inalcanzable; o sea, afirmar, por ejemplo, que si la alternativa es el socialismo debemos salir de la mañana a la noche a expropiar a los capitalistas. Precisamos empezar con demandas concretas que correspondan a las necesidades de la gente. Esas demandas tienen hoy en día una lógica muy radical. Se enfrentan con el neoliberalismo y con los fundamentos mismos de la acumulación de capital. Por ejemplo, cuando planteamos la simple defensa de los derechos sociales (que ni siquiera es una reforma, ya que se trata de mantener algo que nos está siendo quitado), estamos defendiendo viejas conquistas de los sindicatos, de la socialdemocracia o del New Deal, que ni siquiera llegó a ser socialdemócrata. Defender estas conquistas es explosivo, ya que la actual lógica de la acumulación de capital es incompatible con esos derechos. Esta lucha puede tener resultados muy radicales. Lo hemos visto en Francia, donde la gente salió a la calle defendiendo los servicios públicos y las pensiones, cosas muy simples, que no tienen nada de revolucionario, pero que marcan una dinámica de enfrentamiento profunda con el neoliberalismo y con el capital.

Obviamente no podemos contentarnos con defender las conquistas alcanzadas, sino que hay que plantear avances, como por ejemplo la reducción de la jornada de trabajo. Un planteamiento que no garantiza la construcción del socialismo o el fin de los monopolios, pero que tiene

una lógica radicalmente contraria a la política de modernización neoliberal y a su permanente creación de desempleo de masas. En la medida en que se racionaliza el proceso de trabajo se va despidiendo gente. De allí que la reducción de la jornada de trabajo es la única respuesta concreta y palpable al desempleo, una respuesta que choca con la lógica de la globalización neoliberal.

Otro ejemplo evidente es la anulación de la deuda del Tercer Mundo. Se trata de una demanda inmediata, pero con implicancias muy importantes, ya que si el conjunto de los países del Tercer Mundo imponen el no pago de la deuda se producirá un cambio sustantivo en la relación de fuerzas a escala mundial, lo que va a plantear problemas graves al sistema financiero internacional. Son demandas limitadas en sí mismas, pero que tienen un potencial explosivo y con las cuales se pueden identificar muy amplias capas obreras y populares en Europa y en el Tercer Mundo.

Creo que a partir de estas cuestiones podemos empezar a pensar en una alternativa histórica de largo plazo, y al mismo tiempo, en estrategias que partiendo de lo concreto contribuyan a la transformación estructural de la sociedad.

Göran Therborn

Me gustaría volver sobre la discusión de los derechos fundamentales de los trabajadores planteada anteriormente por Robin. Con relación a esto, hay un problema político importantísimo que debemos reconocer: la frontera de batalla será contra los países asiáticos, contra los empresarios y los gobiernos de India, Paquistán, China, Malasia, Bangladesh, Indonesia, Vietnam. La confrontación existe ya entre el gobierno norteamericano, la Unión Europea, y por otra parte, la Organización del Comercio Mundial. No se trata simplemente de la confrontación entre un capitalismo más popular contra los grandes monopolios y los inversores inmorales en Inglaterra, Suecia o Estados Unidos, sino de una confrontación con las políticas de desarrollo implementadas actualmente en algunos países de Asia. En esto es en lo único que coincido con el gobierno de Clinton, sobre la organización sindical y los derechos de los trabajadores en los países asiáticos...

Atilio Boron

Sí, aunque a Clinton no parecen interesarle demasiado esos mismos derechos en México y en América Latina.

Göran Therborn

Sí, es verdad. Sin embargo, ésta es una cuestión que remite a un tema ya introducido por Emilio Taddei cuando se refería, en un debate anterior, a las tesis de Arrighi sobre un posible desplazamiento de los centros de acumulación en el mundo. O sea, ¿qué significaría el desplazamiento del centro de acumulación mundial a los países asiáticos? Si ellos no son neoliberales, ¿esto significaría un debilitamiento progresivo del propio neoliberalismo?

Atilio Boron

Göran, tú presentas ese desplazamiento como una hipótesis. Sin embargo, ¿no crees que ya se ha producido?

Göran Therborn

Sí, ha habido un cierto desplazamiento, aunque todavía es evidente que el centro del capitalismo mundial son los Estados Unidos.

Emilio Taddei

Cuando tú dices que el centro del capitalismo siguen siendo los Estados Unidos, me parece que estás concordando con la hipótesis de Giovanni Arrighi referida a que atravesamos un período de transición caracterizado por un desplazamiento del centro mundial del capitalismo hacia el eje asiático, pero que todavía Estados Unidos continúa regulando mayoritariamente la producción capitalista y el comercio internacional. En este sentido, ¿crees como él que avanzamos hacia un casi seguro desplazamiento del eje del capitalismo?

¿Compartes su visión sobre el hecho de que vamos asistiendo al fin de una onda larga capitalista y al comienzo de un nuevo período de acumulación cuyo epicentro estaría en los países asiáticos?

Göran Therborn

Lo que presenta Giovanni Arrighi es una hipótesis que tiene muy poca base empírica. Quizás sea así, aunque eso habría que comprobarlo. Es posible que en una perspectiva histórica de largo plazo veamos cerrarse el ciclo euro-americano en el capitalismo mundial. Sin embargo, todo esto es bastante especulativo.

Ahora bien, en cuanto a si existe un desplazamiento del centro del capitalismo a Asia, ello plantea una serie de problemas que Robin mencionó, aunque de otra manera. Los países capitalistas o casi capitalistas de Asia no son neoliberales, pero tampoco liberales progresistas. Hay en ellos un sexismo y un patriarcado muy fuerte, además de muchísimos otros problemas y nuevas confrontaciones que debemos reconocer.

Con referencia a lo que afirmaba Michel Löwy anteriormente, yo niego el carácter clasista del PT. Fue justamente por eso que me sorprendió que el electorado no este dividido en algunas ciudades brasileras por fuertes clivajes de clase, como en Europa, donde los votos sí se distribuyen por criterios de ingresos y de educación.

Atilio Boron

Yo quería hacer una reflexión a propósito del rumbo que toma la discusión. En términos de la economía mundial es evidente que se ha producido un desplazamiento de su "centro de gravedad" en dirección a Asia, lo cual no quiere decir que los Estados Unidos hayan dejado de ser la economía capitalista más importante del planeta o que el capitalismo europeo se encuentre en retirada. A partir de esto uno podría plantearse algunas hipótesis sobre la incierta y azarosa sobrevivencia del neoliberalismo en momentos en que éste, en tanto ideología, tiene su patria y sus raíces en zonas que están siendo relegadas por la dinámica capitalista mundial y no en las que se encuentran en la vanguardia del mismo. Me parece que sería razonable esperar que, en un tiempo no demasiado prolongado, surgieran nuevas formulaciones ideológicas capitalistas que reflejen la realidad de ese núcleo más dinámico de la economía mundial que es el Sudeste asiático.

Miremos con detenimiento el caso del Japón, la segunda economía mundial. Pese a ello, la representación japonesa en los directorios del Banco Mundial y el FMI es absurdamente minoritaria. Japón es un gigante de la economía mundial y un enano en términos de su gravitación institucional en las grandes usinas elaboradoras del discurso neoliberal. En parte por la hegemonía norteamericana aunque también -si bien en mucha menor medida- por propia decisión de los nipones. Pero la creciente vulnerabilidad y fragilidad del orden económico neoliberal y la enorme incertidumbre internacional generada por esas políticas están impulsando a los propios funcionarios japoneses a plantear, en algunos casos con extensos avisos pagos en los principales periódicos especializados de los Estados Unidos y Europa, sus públicas divergencias con el "fundamentalismo de mercado" promovidos por el

BM y el FMI y la necesidad de asentar sobre nuevas bases el funcionamiento de la economía mundial.

Por lo tanto, es preciso seguir de cerca este fenómeno, porque no sería raro que la ortodoxia neoliberal en poco tiempo más fuese a quedar abandonada por la fuerza de las nuevas realidades de la economía mundial.

De hecho, en el terreno económico, Japón, el Sudeste asiático y China -de lejos las zonas más dinámicas del planeta- han demostrado ser mucho más eficientes y competitivos que los países inspirados en el neoliberalismo. Y esto es lo que ya provoca una gran inquietud en los Estados Unidos y Europa, y lo que hace que sean cada vez más las voces críticas que se alzan exigiendo una modificación del rumbo económico de estos países.

Luis Fernandes

Creo que es correcto afirmar que Asia y el Sudeste asiático constituyen el sector más dinámico de la economía mundial, aunque esto no significa que dicha región sea el epicentro del sistema capitalista. Se trata de dos cuestiones distintas. Por otro lado, una cosa es la política interna de desarrollo que adoptan esos países, sobre todo Japón, y otra cómo este país se posiciona en el mundo frente a las otras naciones. Por ejemplo, aquí en Brasil estamos en medio de un litigio con Japón. Este último, a pesar de no ser neoliberal, accionó la Organización Mundial de Comercio contra el Brasil para reducir la política de protección a la industria automovilística. Evidentemente, se puede rechazar el neoliberalismo en el plano interno, y al mismo tiempo, apoyar políticas neoliberales para abrir mercados para sus inversiones.

Atilio Boron

Estoy completamente de acuerdo contigo. La expresión que utilicé es desplazamiento del centro de gravedad, del punto de equilibrio de la economía mundial. Es cierto que todavía hoy el corazón de la economía capitalista se sitúa sobre el eje Europa-Estados Unidos. Sin embargo, es evidente que la Cuenca del Pacífico está teniendo una importancia creciente e insoslayable. Ahora bien, lo que tú afirmas sobre el doble standard “neoliberales para los otros, proteccionistas para nosotros” es un rasgo evidente en la economía internacional. Expresiones tales como “fortaleza Europa” revelan precisamente esto: un discurso librecambista de los líderes europeos, que no cesan de cantar loas al mercado y a la apertura económica, y una realidad prosaicamente proteccionista. Algo similar también ocurre con los Estados Unidos.

Göran Therborn

Yo agregaría que Japón enfrenta otro problema. La cultura japonesa es muy provinciana. No tiene la visión misionaria del mundo que caracteriza al liberalismo anglosajón. Es muy poco probable que Japón o los países del Sudeste asiático puedan utilizar su poder creciente en el campo económico de forma universalista.

Robin Blackburn

Estoy de acuerdo con lo que Atilio y Luis comentaban sobre el desarrollo económico en el Este asiático. Se trata de una configuración nueva, diferente del neoliberalismo y del capitalismo anglosajón. Es más dinámico, aunque no por eso es dominante, y de hecho, el gran problema de la economía mundial es el impasse entre los dos sistemas. Básicamente, el modelo asiático es lo suficientemente fuerte como para alcanzar la posición que ocupaban en el pasado los otrora grupos dominantes de Estados Unidos y Europa. Es fuerte como para bajar el margen de lucro, sobre todo, de la industria automovilística y de otras industrias de bienes durables, así como de la industria pesada. Ha sido lo suficientemente fuerte como para bloquear por veinte años la recuperación de estos sectores en las más importantes economías capitalistas de Occidente. Sin embargo, no es lo suficientemente fuerte como para dominar la política económica mundial. Es débil como para hacerlo, no tiene el desarrollo institucional como para lograrlo. En rigor, Estados Unidos, con el apoyo voluntario o no de los estados capitalistas europeos, es lo suficientemente fuerte como para reducir la tasa de ganancia de los países del Este asiático forzando la desvalorización del yen y de otras monedas de aquella región. Lo es también para imponer a estos países ciertas reglas. Pero, por otra parte, la ideología neoliberal está obligando a los viejos líderes del capitalismo internacional a abandonar algunas de sus medidas proteccionistas. Por lo tanto, estamos frente a un impasse negativo, aún desde el punto de vista capitalista. No está conduciendo a un nuevo ciclo de desarrollo o a una nueva fórmula que pueda orientarlo.

Emir Sader

Sólo una observación sobre la naturaleza de la hegemonía y el imperialismo norteamericanos. La Guerra Fría fue un obstáculo importante para que Japón se convirtiera en un centro hegemónico mundial. A lo mejor si la Guerra Fría hubiese terminado diez o veinte años antes, esa posibilidad se hubiera dado. En tal sentido, creo que Arrighi termina su libro poco confiado en que Japón pueda ser el motor

dirigente de un nuevo ciclo, ya que, de hecho, la nueva división internacional del trabajo se encuentra configurada. Por no haber aplicado un modelo neoliberal, Japón se inserta de manera muy favorable desde el punto de vista de la competitividad económica y tecnológica; pero la hegemonía norteamericana se basa en otros tres factores centrales: la hegemonía militar, la de los medios de comunicación y la de los grandes organismos financieros internacionales. La guerra de Irak fue el símbolo mismo de la vinculación estrecha entre hegemonía de los medios de comunicación y hegemonía militar. Estados Unidos no produce más televisores, aunque produce el 70% de lo que pasan los canales. Y en esto Japón no tiene cómo competir.

Menciono siempre Corea del Sur como la alternativa del milagro que se prometió que Brasil llegaría a ser. Tuvo dictadura, corrupción e hizo la reforma agraria (bajo la presión de McArthur, es cierto, pero la hizo); importó tecnología y no capitales, hizo grandes inversiones en tecnología, en investigación y desarrollo y en educación; protegió sus sectores de punta y cuando abrió su economía logró competir de manera extraordinariamente favorable. Los índices de Corea y Brasil, que eran similares hace treinta años, hoy tienen una diferencia fantástica. Incluso, desde el punto de vista político, mientras los militares brasileños protestan porque se pagan indemnizaciones a los familiares de los desaparecidos y las víctimas de la dictadura, comienza a circular por el mundo la imagen de dos dictadores coreanos con las manos atadas condenados uno a la horca, otro a veintitrés años de cárcel, y ambos a devolver trescientos millones de dólares cada uno.

Desde el punto de vista político tenemos algo que aprender de la experiencia coreana. Pero es una oportunidad perdida. Hubiera sido un camino posible, pero la misma Guerra Fría bloqueó esta posibilidad ubicándonos en el patio trasero de los Estados Unidos.

Pablo Gentili

Volviendo al plano de las alternativas, ¿cómo se posicionan ustedes frente a la necesidad de defender lo que algunos intelectuales críticos, como John Roemer, llaman “socialismo de mercado”? Si concuerdan con esta propuesta, ¿cómo creen posible compatibilizar criterios de competitividad y eficacia económica en un sistema globalizado, formas de propiedad características del mercado y el irrenunciable principio socialista de la lucha por la igualdad?

Michael Löwy

Creo que este tema hay que discutirlo en profundidad porque una de las características centrales del neoliberalismo es hacer del mercado una religión. La sacralización del mercado se ha transformado en una victoria ideológica del neoliberalismo, quizás la más grande. La lógica mercantil está siendo aceptada como una ley de la naturaleza, como un dato incuestionable, inclusive por amplios sectores de la izquierda. Por eso considero que cualquier enfrentamiento con el neoliberalismo implica una desacralización del mercado, su necesaria desmitificación y el desarrollo de un planteo crítico que lo reconozca como parte de un sistema económico que no tiene nada de natural, de fatal o de inevitable.

Ahora bien, sobre la relación entre mercado y socialismo debo decir francamente que tengo una posición bastante extrema o “dogmática”. Veo una contradicción intrínseca entre la idea de socialismo y la realidad del mercado. El mercado, por su misma estructura, es una forma de alienación, su dinámica y sus procesos escapan al control de los individuos, de los productores o de los consumidores. El socialismo, en su núcleo más fundamental, implica contrariamente un control racional y democrático del proceso de producción por parte de la sociedad, de los productores y de los individuos. El mercado está fundado, por definición, en la producción de mercancías, es decir de valores de cambio. El socialismo implica un proyecto basado, entre otros elementos, en la producción de valores de uso, los cuales asumen un carácter determinante y orientador de todo el proceso productivo.

El mercado genera desigualdades, acumulación de mercancías, el empobrecimiento progresivo de un polo de la sociedad en función del enriquecimiento de otro. El socialismo plantea la igualdad.

En una economía capitalista los precios resultan del despliegue de una serie de dinámicas llamadas “leyes del mercado”. Por el contrario, en una economía socialista, deben ser el resultado de decisiones democráticas de una sociedad que puede determinar, por ejemplo, que tal o cual mercancía o servicio se vende a un precio inferior a su costo, o que es gratuita, haciendo abstracción de las supuestas leyes que gobiernan la esfera del mercado.

Las inversiones en el capitalismo se dan en función de la rentabilidad mercantil de cada rama de producción. En una economía socialista las inversiones son producto de necesidades sociales determinadas democráticamente en su conjunto. El debate acerca de si se prioriza la producción de automóviles o de medios de transporte públicos no es, en una sociedad igualitaria, una cuestión que se deja liberada a las leyes del mercado, sino que resulta de una planificación democrática. De allí que existe una contradicción intrínseca entre socialismo y mercado. Una

contradicción inherente a la propia definición de los términos en discusión.

Dicho esto, y volviendo a una cuestión ya clásica en el pensamiento de Marx y del marxismo, me parece evidente que plantear la abolición del mercado supone un larguísimo proceso histórico. El proceso de transición al socialismo implica, creo yo, una dinámica de lucha entre la lógica democrática de la planificación y la ley del valor. Un proceso durante el cual el mercado, obviamente, va a seguir funcionando. La transición al socialismo es necesariamente una problemática de articulación entre planificación democrática y mercado. Toda tentativa de eliminar el mercado por decreto, o intentar autoritariamente destruirlo, ha traído consecuencias catastróficas para las sociedades que pretendieron hacerlo. Existen muchísimas experiencias que así lo demuestran. Se trata efectivamente de controlar el mercado, de socializarlo en un proceso de transición histórica entre el capitalismo y el socialismo.

Hoy en día, las contradicciones que el propio mercado plantea han dado origen al desarrollo de movimientos de consumidores que no cuestionan la existencia misma de una esfera mercantil, sino justamente sus contradicciones internas. En tal sentido, dos propuestas a las que Robin Blackburn se ha referido me parecen muy interesantes: el control efectivo de los accionistas sobre las actividades de sus empresas, y de los trabajadores y pensionados sobre los fondos de pensiones. Hay toda una serie de demandas concretas que se aprovechan de las contradicciones del mercado, eso es evidente. Pero, para mí, esto no deja de implicar que, en el largo plazo, la lógica del socialismo es contradictoria con la lógica del mercado.

Se podría decir, como Keynes, que en el largo plazo todos estaremos muertos. Sin embargo, me parece importante tener presente que el horizonte histórico del socialismo implica una lógica económica distinta a la que impone el mercado.

Atilio Boron

Estoy completamente de acuerdo con lo que acaba de plantear Michael, de modo que me limitaré a señalar tan sólo lo siguiente: vistas las cosas desde el ángulo de la teoría política, cuando consideramos a los mercados y al funcionamiento de la democracia socialista observamos dos lógicas totalmente contradictorias e incompatibles.

El principio sobre el que se fundamenta la democracia socialista es la justicia, mientras que el del mercado es la ganancia; la lógica de la democracia es ascendente y reposa sobre la soberanía popular, mientras que la de los mercados es descendente y descansa sobre el

dinamismo de sus sectores más concentrados. La democracia, aún en su forma imperfecta, como la que existe en los capitalismos democráticos, se caracteriza por una dinámica inclusionista que se contrapone con las tendencias segmentadoras y marginalizantes de los mercados. De manera que, en el largo plazo, no hay posibilidades de reconciliación. Son estructuras, lógicas de funcionamientos e invenciones sociales incompatibles entre sí. Lo que sí puede haber es una “cohabitación” mientras se materializa -en un proceso histórico sin dudas de larga duración- la superación de los mercados. Por eso es que yo propondría para la izquierda un planteo político flexible, en la medida en que hubiese clara conciencia de la existencia de tal radical incompatibilidad entre democracia y mercados -mucho más si se trata de una democracia socialista- y de que la historia puede colocar a las fuerzas socialistas ante la necesidad, en el sentido en que Maquiavelo utilizaba la expresión, de tener que gobernar durante un largo período histórico a países cuya organización económica responde en mayor o menor medida a la dinámica de los mercados. Lenin y Gramsci reflexionaron largamente sobre este tema, sobre el hiato que separaba el triunfo de la revolución socialista de la construcción efectiva del socialismo, impensable sin la cuidadosa “reconstrucción” de los mercados. En suma: el socialismo y los mercados no se aman, pero tal vez por un tiempo estén forzados a convivir. Me preocupan, eso sí, aquellos socialistas “descafeinados” que hacen de la necesidad virtud y que creen que porque tendremos que convivir con los mercados debemos entregarnos a ellos y admitir que, tal como lo apunta el dogma neoliberal, son eficientes, racionales y equitativos.

El mercado es una organización implacable, esencialmente antidemocrática y completamente antagónica al socialismo. Es claro que mientras el proceso social avanza habrá que buscar formas concretas de establecer una cierta convivencia, teniendo en cuenta las fenomenales capacidades extorsivas del mercado y su tendencia incontrolable a chantajear a los gobiernos, aún a aquellos que son tibiamente reformistas. En este sentido, hay que recordar dos experiencias a mi juicio muy importantes: el caso de Allende en Chile y el de Mitterrand en Francia. Ambos demuestran la casi nula capacidad de los gobiernos populares para resistir a un golpe de mercado. Se impone, por lo tanto, elaborar una estrategia de progresivo desgaste, control y socialización de los mercados que permita avanzar en la dirección del socialismo. De última, se trata de devolverle al pueblo mayores capacidades de autocontrol, lo que no es otra cosa que ir cumpliendo con el programa socialista de extinción del Estado mediante el reforzamiento del protagonismo de las clases y capas populares en la producción de sus propias condiciones de existencia.

Emir Sader

Intentando ser todavía más ortodoxo, yo diría: socialismo de mercado, sí; comunismo de mercado, no. El socialismo es un proyecto de transición hacia una sociedad sin alienación y sin explotación. El socialismo no es una sociedad desalienada, continúa siendo una sociedad en la que la gente es remunerada en función de la productividad.

Tengo todas las desconfianzas clásicas respecto al mercado, algunas de las cuales ya han sido mencionadas aquí.

Debemos considerar la necesidad de una diversidad de ofertas en el mercado, tal como plantea Diane Elson, aunque no con formas de propiedad individual que posibiliten la explotación del trabajo ajeno. Hay que desplazar el problema de la socialización del mercado hacia la discusión sobre qué formas de propiedad van a estar presentes en dicho mercado. Las cooperativas nacionales, municipales o las pequeñas propiedades familiares, ¿son históricamente posibles? Tengo mis serias dudas sobre si el grado de acumulación de capital existente no plantearía, necesariamente, la existencia de grandes propiedades públicas.

En suma, no debemos pensar que el socialismo es la sociedad sin clases, sin Estado, sin alienación. Es una transición, y en ese margen yo aceptaría pensar formas mercantiles sobrevivientes, pero con una dinámica tendencialmente superadora de la lógica del mercado.

Robin Blackburn

Nos enfrentamos aquí al problema práctico de lo que debe hacer o proponer la izquierda en las actuales condiciones del desarrollo capitalista. En este punto no iría mucho más allá de las observaciones realizadas por quienes me antecedieron en el uso de la palabra. Sin embargo, a veces subestimamos la tarea teórica de analizar el mercado. Creo que en algunas intervenciones parecería existir la tendencia a considerarlo de una manera supra-histórica. Probablemente precisemos de un lenguaje diferente. Estoy perplejo, por ejemplo, con el hecho de que Marx raramente se haya referido al mercado. La idea de su eliminación no aparece demasiado en Marx, a menos que yo esté engañado al respecto. Claro que él se refiere a la producción de mercancías y a su intercambio, lo que podría ser considerado como una referencia a la necesidad de suprimir las relaciones de mercado. Ahora bien, lo que me preocupa -aunque ésta es una cuestión que técnicamente ocuparía mucho más tiempo del que disponemos ahora- es lo que está por detrás de las intervenciones de Atilio y Michael. Este último sostuvo hace algunos instantes que no necesitábamos inventar la

rueda, lo cual equivaldría a decir que todos los mecanismos económicos que precisamos ya están disponibles, aunque ellos fallaron por razones políticas o históricas. No creo que esto sea exactamente así.

Puede ser verdad que, con la moderna cibernética, en mil años el mercado deje de existir. Pero para poder estar seguros de ello deberíamos esperar demasiado tiempo. Para escapar a estas especulaciones, me parece que los problemas que enfrentamos son prioritarios para el presente. De allí que, si proponemos una economía no regulada por los precios, debemos asumir el problema de cómo serán las relaciones entre las empresas, entre los diferentes sectores económicos, etc.

Una respuesta implícita a estas cuestiones la ha dado la teoría de la autogestión, aunque lo hizo, en mi opinión, presentando una solución equivocada. Yugoslavia, por ejemplo, a pesar de no haber propiciado la posibilidad de verificar estas experiencias en condiciones de laboratorio, es un modelo de la limitación a la que se enfrentan este tipo de concepciones. Tenemos que indagar por qué la autogestión obrera no tuvo éxito. Una de las razones ha sido que cierta dosis de democracia dentro de la empresa es una buena propuesta para su administración, pero no resuelve el problema principal. Hoy, los mismos capitalistas ilustrados reconocen esto y defienden formas cada vez más activas de participación de los trabajadores. El llamado modelo asiático las incorpora como mecanismos de gestión. Sin embargo, las decisiones realmente substantivas de la economía capitalista, por ejemplo, quién es rico y quién es pobre, no son tomadas por los gerentes de las fábricas, sino por un conjunto de relaciones mucho más complejas realizadas en la esfera del mercado. La meta debe ser controlar ese mecanismo. Creo que “socializar el mercado” es un slogan mucho más viable que la propuesta de suprimirlo.

Esto nos conduce al mecanismo fundamental del proceso de acumulación. En mi opinión debemos, apoyar formas de capitalismo popular como medida transitoria, estrategias para democratizar y controlar el excedente y la toma de decisiones, incluyendo decisiones morales y económicas sobre el destino mismo de los excedentes acumulados.

La socialdemocracia sueca ha sido quizás la que más avanzó en demandas programáticas de este tipo, a partir de establecimientos de fondos para asalariados en todas las áreas creadas a partir de deducciones compulsivas en las planillas de sueldos y de pagos, posibilitando el establecimiento de bancos populares que, en un corto período, llegarían a dominar todo el proceso de acumulación. Esto significaría que los trabajadores, además de ser representados en sus consejos de fábrica, deberían tener instancias de representación en los

consejos administrativos de las instituciones financieras. No estoy proponiendo una multiplicación de los mecanismos de representación, sino la necesidad de ampliar la intervención social en un tipo de instituciones que, como las financieras, escapan al control popular. Tampoco llamo a eso “socialismo de mercado”, aunque considero las ideas de John Roemer técnicamente sofisticadas y estimulantes para el análisis crítico por parte de la izquierda.

Mejores instituciones pueden generar más democracia. Y aunque es verdad que más democracia económica no produce linealmente socialismo, precisamos de nuevas instituciones financieras. Sabemos que el socialismo precisa de tecnologías, de estaciones generadoras de energía, de telecomunicaciones: aquella famosa frase de Lenin, “el socialismo es electricidad más poder soviético”. ¿No será que a final del siglo XX precisamos también de nuevas formas de control y cálculo de la cibernética moderna? Hoy existen a este nivel mecanismos más sofisticados y poderosos que podrían tornar al mercado más visible, más controlable, y de esta forma ayudarnos a su progresiva supresión.

Göran Therborn

Quisiera destacar tres cuestiones. En primer lugar, existe una contradicción intrínseca entre socialismo y mercado, ya que este último contradice la propia idea de derecho y los derechos humanos. En el mercado se vende todo, incluidos los niños. Si hubiera una demanda se venderían los padres y los viejos. Por otro lado, la contradicción entre ambos términos se expresa en el hecho de que el socialismo involucra una perspectiva comunitaria, solidaria, de relaciones sociales que no pueden reducirse a criterios mercantiles. La perspectiva socialista tiene otros aliados que los liberales. Tiene aliados, por ejemplo, en los llamados comunitaristas, con su crítica al individualismo utilitarista.

El segundo aspecto es que el mercado, en tanto esfera de decisión, es un mecanismo: no jerárquico, racional y extremadamente rápido. Me parece que una economía eficiente y un consumo masivo necesitan de mecanismos de decisión con esas características. Esta es una de las conclusiones que podemos sacar de las tentativas socialistas desarrolladas hasta el momento.

Por último, quisiera advertir sobre el fetichismo de la democracia y del control democrático. Se trata de una provocación, claro. Naturalmente, soy tan democrático como ustedes. Lo que me interesa destacar es que si pensamos cómo funcionan la democracia y las decisiones democráticas, necesitamos un poco más de escepticismo que el que encontramos en la tradición clásica. Por ejemplo, sabemos muy bien a partir de nuestras experiencias políticas en movimientos y partidos que

en toda decisión democrática hay intereses en juego, manipulación de información, alianzas y diferentes formas de presión. Si esto ocurre en pequeños grupos con muy poco poder de intervención, es de esperar que semejante dinámica se amplíe cuando consideramos la economía en su totalidad. De tal forma, debemos advertir que la democracia no sintetiza nuestro ideal, aunque sea lo mejor que tenemos. La democracia no es el comunismo, tampoco el socialismo. Se trata de un mecanismo para la toma de decisiones fundamentales. Verdaderamente, precisamos de una ampliación de los mecanismos de control y planificación democrática, aunque esto no es suficiente para substituir los sistemas de decisión propios del mercado, donde cada consumidor individual puede tomar decisiones, y no sólo el congreso del Partido o la Asamblea de representantes empresariales. Es una lección que nos ha dado nada menos que George Soros al afirmar que el mercado vota cada día o cada minuto.

En suma, tres puntos me parecen fundamentales: establecer la contradicción intrínseca entre los principios éticos y sociales del socialismo y del mercado como modelo de sociedad; reconocer la eficiencia, la racionalidad y la igualdad potencial del mercado como mecanismo de decisión; asumir que el control y la planificación democrática no es la solución sino un medio para resolver problemas.

Atilio Boron

Quisiera hacer una pequeña apostilla. Estoy de acuerdo con casi todo lo que dijo Göran, excepto en un punto: me parece que sobreevalúas lo que significa la racionalidad en el funcionamiento de los mercados. En tal sentido, podríamos decir que en él se despliega una racionalidad a nivel micro pero otra muy diferente a nivel macro. El problema del mercado es que puede, eventualmente, ser muy racional en el primer nivel, y al mismo tiempo, irracional y suicida en el segundo. Debemos ser muy cuidadosos en esta cuestión.

El segundo asunto que quisiera destacar es que nuestro debate giró en torno al problema del Estado y del mercado. Me parece que, de cierta forma, caímos en una situación en la cual parecería que más allá del mercado tenemos simplemente el Estado. Creo que un socialismo renovado tiene que necesariamente plantear una perspectiva superadora de la polaridad Estado-mercado. La ampliación, construcción y recreación de los espacios públicos como áreas que se sitúan en la frontera entre lo social y lo estatal constituye una promisorio línea de avance para la perspectiva socialista. De lo contrario, podemos caer en el viejo determinismo que invadió el socialismo en la época de Stalin, lo cual nos conduciría a una vía muerta. La renovación de la izquierda pasa, entre otros factores, por la posibilidad de repensar el espacio

público como una esfera fundamental en la cual se pueden crear instrumentos e instituciones controladas socialmente, siendo el Estado sólo una de ellas, y por cierto, en el largo plazo no la más importante. Debemos despojar al proyecto socialista de la fuerte impronta estatalista que lo ha caracterizado durante mucho tiempo y mediante la cual se asimilaba, en un reduccionismo salvaje, lo público con lo estatal. No es ocioso recordar que esta impronta es del todo ajena a Marx y a la tradición clásica del marxismo, incluyendo a Lenin.

Retomando la pregunta con la que Blackburn finalizaba su intervención, creo que es verdad que en manos de una coalición socialista el desarrollo cibernético permite, o eventualmente podría permitir, disponer de mejores instrumentos de control y regulación de las acciones e iniciativas tomadas por sectores sociales tan poderosos como la burguesía transnacionalizada. En este sentido, la cibernética, la informática y todo el impresionante desarrollo de las tecnologías de comunicación tienen una potencialidad extraordinaria para fortalecer el control social de los procesos de producción y circulación, y un socialismo de cara al siglo XXI mal podría ignorar las posibilidades que se abren con estas nuevas tecnologías para promover el autogobierno de los productores, que es la vieja fórmula marxista de la democracia.

Robin Blackburn

Quería finalizar complementando algunas de mis observaciones anteriores. Aunque apoyo la socialización del mercado, creo que debemos reconocer que ésta presenta el mismo problema que la reorganización de la economía a partir de la autogestión obrera con el objetivo tendencial de suprimir el proceso de acumulación capitalista. Obviamente, tal objetivo no puede depender del desarrollo de ciertas dinámicas de participación activa; éstas son fundamentales para el proyecto socialista, aún cuando no llegan a definirlo enteramente. Para poder desempeñar un papel determinado en un grupo de trabajo que toma decisiones relativas a grandes proyectos de inversión, es preciso tener capacidad técnica, y tal vez, disponibilidad de tiempo libre, lo cual no se aplica a todos. No se aplica a los niños, a algunos ancianos, a las personas enfermas o con necesidades especiales, e inclusive, a algunos adultos relativamente hedonistas, como artistas más preocupados con las artes plásticas que con la toma de decisiones financieras. Quiero registrar esto como un problema central para el socialismo que queremos construir. Debemos ser capaces de edificar una sociedad socialista donde cada uno colabore de acuerdo a sus habilidades y capacidades. Se trata de un concepto clásico y del cual nunca deberíamos alejarnos. Más allá de las fórmulas de auto-gerenciamiento y de socialización del mercado, deberíamos ser capaces de desarrollar

una perspectiva que sea lo suficientemente universal como para incluir a todos.

Precisamos construir una nueva sensibilidad para estas cuestiones. El ataque al neoliberalismo involucra una crítica radical a las dimensiones de la exclusión que produce y amplía. Sin embargo, nuestro proyecto socialista suele ser demasiado heroico y no demasiado integrador que digamos. El desarrollo de esta nueva sensibilidad, presente, por ejemplo, en algunos sectores del movimiento feminista, en los verdes y en otros movimientos sociales, constituye una contribución fundamental para la derrota del neoliberalismo. Inclusive para su derrota moral.

Referencias de los autores y compiladores

Perry Anderson. Profesor de la Universidad de California (Los Ángeles). Entre sus principales obras se destacan: *Passages from antiquity to feudalism*; *Lineages of the absolutism state*; *Considerations on Western Marxism*; *In the tracks of historical materialism*; *A zone of engagement* y *Mapping the west european left*, todos ellos publicados por Verso Books (Londres). Ha sido editor de la *New Left Review*.

Robin Blackburn. Editor de la *New Left Review* Autor de numerosos artículos. Ha publicado *The Overthrow of Colonial Slavery* y, más recientemente, compilado una colección de trabajos sobre las perspectivas del socialismo a finales del siglo bajo el título de *After the Fall. The Failure of Communism and the Future of Socialism*.

Atilio Boron. Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y Director del Centro de Investigaciones Europeo Latinoamericanas (EURAL). Autor, entre otros, de los libros: *The formation and crisis of the liberal State in Argentina, 1880-1930* (Harvard University, Cambridge); *Memorias del capitalismo salvaje* (Imago Mundi, Buenos Aires) y *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires).

Luis Fernandes. Profesor de la Universidad Federal Fluminense. Autor de los libros *URSS - ascensão e queda. A economia das relações da União Soviética com o mundo capitalista* (Anita Garibaldi, Río de Janeiro) y *O enigma do socialismo real* (Vozes, Petrópolis).

Pablo Gentili. Profesor de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Autor de: *Poder económico ideología y educación* (Miño y

Dávila, Buenos Aires) y *Proyecto neoconservador y crisis educativa* (CEAL, Buenos Aires). Ha organizado también los libros: *Neoliberalismo, qualidade total e educação. Visões críticas* (junto a Tomaz Tadeu da Silva; Vozes, Petrópolis) y *Pedagogia da Exclusão. Crítica ao neoliberalismo em educação* (Vozes, Petrópolis).

Pablo González Casanova. *Ex Rector y Catedrático de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus principales obras se destacan: La Democracia en México* (ERA, México); *Sociología de la Explotación* (Siglo XXI, México); *América Latina. Historia de Medio Siglo* (Siglo XXI, México).

Michael Löwy. Profesor de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Director de Investigaciones del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS). Autor de numerosas obras acerca de distintos aspectos de la teoría social, entre las cuales sobresalen *El pensamiento del Che Guevara* y *La teoría de la revolución en el Joven Marx*.

Emir Sader. Profesor de la Universidad de San Pablo y de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Entre sus obras se destacan: *Democracia e ditadura no Chile* (Brasiliense, San Pablo); *Cuba, Chile, Nicaragua - Socialismo na América Latina* (Atual, San Pablo); *A Transição no Brasil. da ditadura à democracia?* (Atual, San Pablo); *Estado e política em Marx* (Cortez, San Pablo); *O anjo torto* (Brasiliense, San Pablo). Ha organizado también los libros: *1994. Idéias para uma alternativa de esquerda à crise brasileira* (Relume Dumará, Río de Janeiro) y *O mundo depois da queda* (Paz e Terra, San Pablo).

Pierre Salama. Profesor de la Universidad de París (París XIII) y coordinador del Centre d' Etudes des Dynamiques Internationales (CED1-GREITD). Entre sus obras se destacan: *Une introduction à l'économie politique* (junto a J. Vallier; Maspero, París); *L'industrialisation dans le sous-développement* (Maspero, París); *L'Etat surdéveloppé. Essai sur l'intervention de l'Etat* (junto a G. Mathias; La Découverte, París); *La Dollarisation* (La Découverte, París); *L'Economie gangrenée. Essai sur l'hyperinflation* (junto a J. Valier- La Découverte, París) y, recientemente, *Pauvretés et inégalités dans le Tiers Monde* (junto a J. Valier; La Découverte, París).

Emilio Taddei. Licenciado en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires). Ex-Consejero Superior de dicha casa de estudios. Candidato doctoral en la Fondation Nationale de Sciences Politiques de París. Becario externo del CONICET.

Göran Therborn. Profesor de la Universidad de Götemburgo. Fue Presidente de la Asociación Escandinava de Sociología. Entre sus obras se destacan: *What does the ruling class do when it rules?* (Verso,

Londres); *Science, Class and Society* (Verso, Londres); *The ideology of power and the power of ideology* (Verso, Londres); *Why some peoples are more unemployed than others?* (Verso, Londres); *Can the Welfare State compete?* (con A. Pfaller & I. Gough; Macmillan, Londres) y, recientemente, *European modernity and beyond. The trajectory of european societies, 1945-2000* (Sage, Londres).